

Nova

ORSON SCOTT CARD

El **cofre** del tesoro



«Una
inteligente
historia de
fantasmas.»
Faren Miller

se

Lectulandia

La hermana de Quentin murió cuando él tenía diez años. A partir de ese momento el muchacho se refugia en los libros y lleva una vida apartada, tanto que acaba convirtiéndose en un solitario genio de la informática. Millonario gracias a las ventas del software que ha creado, Quentin es, pese a todo, un personaje desarraigado con dificultades para relacionarse con los demás.

Un día, de forma inesperada aunque a la vez inevitable, el joven solitario encuentra a la mujer que encarna a la perfección su más recóndito sueño. Para Quentin, Madeleine ofrece todo lo que esperaba encontrar en una mujer: es bella, inteligente y tan retraída como él mismo. Aunque, eso sí, la extraña y enigmática familia de Madeleine guarda un terrible secreto cuya llave mantiene en un misterioso cofre. Su apertura puede liberar un ominoso poder que ha permanecido encerrado desde el origen de los tiempos y que, según parece, persigue la total dominación del mundo.

Por amor a Madeleine, Quentin deberá aprender a conocer la fuerza de la amistad, armarse de coraje y recurrir a la verdad y el perdón para enfrentarse a la maldad más cierta y definitiva.

Lectulandia

Orson Scott Card

El cofre del tesoro

ePub r1.0

Titivillus 10.12.17

Título original: *Treasure Box*
Orson Scott Card, 1996
Traducción: Rafael Marín Trechera

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

Temo que, a estas alturas, poco nuevo podré decir de Orson Scott Card, de quien he presentado ya una veintena larga de novelas en las diversas formas que ha ido adoptando con el tiempo la colección NOVA. Con los lógicos altibajos de una producción tan dilatada, Card siempre es garantía de una amena narración con personajes que a menudo parten a la búsqueda de sí mismos.

Todo empezó con el éxito popular y las repetidas reediciones de una novela: EL JUEGO DE ENDER (1985). Tras ese hito de la literatura fantástica moderna, Orson Scott Card logró en pocos años el reconocimiento que, hasta el momento sólo habían conseguido autores ya consagrados como Isaac Asimov o Arthur C. Clarke.

Card ha sido el primer autor avalado por la extraordinaria acogida popular que supone la obtención de tres premios Hugo consecutivos, el mayor galardón de la ciencia ficción y la fantasía mundiales. Un éxito inédito hasta que Card lo lograra a mediados de los ochenta con novelas como EL JUEGO DE ENDER (1985, NOVA ciencia ficción, núm. 0), LA VOZ DE LOS MUERTOS (1986, NOVA ciencia ficción, núm. 1) y la novela corta Ojo por ojo (1987, incluida en MAPAS EN UN ESPEJO, NOVA Scott Card, núm. 1).

Tal vez el secreto de Card, la explicación de su gran éxito popular, resida en su gran habilidad como narrador y en el profundo humanismo que preside sus novelas. Card concede gran importancia a los sentimientos de sus personajes. Sus historias, siempre amenas, interesantes y sorprendentes, tienen también una gran intensidad emotiva. Sin llegar a predicar, Card es un autor que aborda los temas de tipo ético y moral con un intenso lirismo. Sin olvidar su excepcional habilidad para superar el difícil reto de narrar historias que cautiven la atención del lector.

Card siempre ha mostrado interés por las muy diversas modalidades de la literatura fantástica, desde la ciencia ficción hasta la fantasía. También ha cultivado la narrativa de terror, horror o espanto, temática en la que, en cierta forma, puede inscribirse EL COFRE DEL TESORO. Remito al lector interesado a las apasionantes disquisiciones sobre sí mismo y el arte de escribir y de narrar que expone el mismo Card en sus presentaciones y apostillas a MAPAS EN UN ESPEJO.

En la línea que pretende escapar de la literatura de género hay que encuadrar la novela NIÑOS PERDIDOS (1992, NOVA Scott Card, núm. 4), su primer intento de dirigirse al público, mucho más amplio, que no suele leer ciencia ficción o fantasía. Una obra, al igual que EL COFRE DEL TESORO que hoy presentamos, destinada en definitiva a ese mundo literario que los anglosajones denominan mainstream que podríamos traducir por «la corriente principal de la literatura», con temas de difícil inclusión en obras más explícitamente de género como la ciencia ficción o la fantasía tolkiniana.

NIÑOS PERDIDOS partía de un relato que obtuvo el premio Locus en 1990

(recogido en MAPAS EN UN ESPEJO, págs. 149-166). Se trataba de una novela fantástica y de miedo o, mejor, de lo que el mismo Card etiqueta como espanto, tema que identifica con «esa tensión, ese compás de espera que se produce cuando sabemos que hay algo que temer, pero aún no hemos identificado de qué se trata». Tras esa primera sensación, en opinión de Card la más agobiante e interesante desde el punto de vista literario, viene el terror, precisamente «cuando comprobamos que en efecto ocurre aquello que tememos» y, a la postre, queda lo que, para Card, es el sentimiento más débil de todos, el horror, que se centraría en cómo «una vez que ha ocurrido lo que temíamos, vemos sus vestigios, sus reliquias». Ni que decir tiene que Card lamenta que «los narradores contemporáneos de cuentos de miedo se hayan dedicado casi exclusivamente al horror, apartándose del espanto». (Todas estas reflexiones, y muchas más, se encuentran en las interesantes presentaciones y apostillas que el propio Card redactó para MAPAS EN UN ESPEJO, a la que, de nuevo, les remito).

Evidentemente, para que el espanto sea efectivo es necesario que antes nos hayamos identificado con los protagonistas, y para ello es imprescindible describir su vida, sus problemas cotidianos y sus temores. Stephen King es un maestro en ello y asilo reconoce el mismo Orson Scott Card:

Muchos autores de relatos de miedo no han aprendido la verdadera lección que brinda el éxito de Stephen King. Los relatos de King no funcionan por acumulación de truculencias, sino porque consigue que nos identifiquemos con los personajes antes de que empiecen las escenas truculentas.

Con esta idea en mente, Card, el autor de ciencia ficción y fantasía más popular de los años ochenta, nos emocionaba y sobrecogía en NIÑOS PERDIDOS con las dificultades cotidianas de una familia muy parecida a la suya propia, antes de que el espanto y el horror entren de forma definitiva en sus vidas. El resultado, como no podía ser de otra manera, es una novela intensa, emotiva y sorprendente que, además, aporta muchos datos sobre los mormones (y en definitiva del mismo Card) y de la vida en las pequeñas comunidades de la Norteamérica más alejada de urbes tan conocidas como Nueva York, Los Ángeles y San Francisco.

En cierta forma, EL COFRE DEL TESORO, escrita con la misma voluntad de superación de la literatura de género que ya apuntaba en NIÑOS PERDIDOS, es algo realmente distinto. Podríamos decir que combina el espanto con la comedia ya que, en esta novela, Card nos presenta un personaje atípico, un desarraigado social que encontrará inesperadamente a la mujer de sus sueños y, paulatinamente, debido al amor, se verá envuelto en una compleja y misteriosa aventura de fantasmas y poderes ocultos.

Ese Quentin Fears que protagoniza la novela ha sido un niño desgraciado y

atípico. Su hermana murió cuando él tenía diez años y, a partir de ese momento, el muchacho se refugia en los libros y lleva una vida apartada, tanto que acaba convirtiéndose en un solitario genio de la informática. Millonario gracias a las ventas del software que ha creado, Quentin es, pese a todo, un personaje desarraigado con dificultades para relacionarse con los demás.

Un día, de forma inesperada aunque tal vez inevitable, el joven solitario encuentra a la mujer que encarna a la perfección su más recóndito sueño. Madeleine es todo lo que Quentin esperaba encontrar en una mujer: bella, inteligente y tan retraída como él mismo. Aunque, eso sí, la extraña y enigmática familia de Madeleine tiene un terrible secreto cuya llave se guarda en un misterioso cofre. Su apertura puede liberar un ominoso poder encerrado desde el origen de los tiempos y que, según parece, persigue la total dominación del mundo.

Por amor a Madeleine, Quentin deberá aprender a conocer la fuerza de la amistad, armarse de coraje y recurrir a la verdad y el perdón para enfrentarse a la maldad más cierta y definitiva. Y ése es un ámbito en el cual Card se desenvuelve a las mil maravillas como escritor. Por eso EL COFRE DEL TESORO queda en la memoria como una sorprendente aventura de amor y misterio, con el sabor de una excepcional historia de fantasmas y poderes inescrutables. Una narración amena y emotiva que se convierte en una de las novelas más llamativas del famoso y popular autor de EL JUEGO DE ENDER.

Para muchos de sus lectores y críticos anglosajones, EL COFRE DEL TESORO es uno de esos libros que, como dice el tópico, no se pueden soltar hasta la última página; una lectura entretenida y fácil, que deja un grato recuerdo. Ahora está a su alcance. Que ustedes la disfruten.

MIQUEL BARCELÓ
diciembre 1998

*A Russ y Tammy Card, queridos amigos y amada familia,
por la fidelidad que os lleva por caminos pedregosos y tranquilos.*

AGRADECIMIENTOS

Por primera vez en muchos años, he escrito una novela entera en casa. Así que cada página se debe a la paciencia de mi familia. Kristine y Emily fueron leyendo cada capítulo a medida que el primer borrador salía de la impresora, y Geoff no tardó demasiado en imitarlas. Los faxes zumbaban mientras Kathy Kidd, en la remota Sterling, en Virginia, recibía y leía a la mañana siguiente el trabajo de cada noche. A vosotros cuatro, gracias por vuestras respuestas, que me ayudaron a saber qué había escrito y en qué necesitaba mejorarlo.

Más tarde, cuando el primer borrador estuvo terminado, recibí mucha ayuda de otros lectores, sobre todo de mi amigo David Fox y de mi sabio editor de Harper, Eamon Dolan; también cuentan con mi gratitud. Todos los defectos que quedan son sin duda debidos a mi obstinación por rechazar los buenos consejos.

Mi agradecimiento a Kathleen Bellamy y Scott Alien por su buen trabajo en todo tipo de circunstancias. Gracias también a Clark y Kathy Kidd por enseñarme el distrito de Columbia y el norte de Virginia.

Y, por último, muchísimas gracias a Charlie Ben y a Zina, por recordarme siempre el alegre afán de la infancia.

1

COSECHA

Quentin Fears nunca les contó a sus padres lo último que le dijo su hermana Lizzy antes de que la desconectarán y la dejarán morir.

Durante tres días después del accidente de tráfico, Lizzy permaneció en coma con el cuerpo intubado, bombeado, sondado, medido, sedado, medicado y alimentado a fin de que los médicos pudieran mantener los órganos en buen estado para su trasplante, mientras mamá y papá se debatían con la cuestión de si estaba realmente muerta.

No es que cupiera ninguna duda. Los médicos les mostraron las líneas planas de las ondas cerebrales de Lizzy. Los médicos aseguraron amabilísimamente a los Fears que de haber la más mínima chispa de esperanza de que Lizzy estuviera viva dentro de aquella cabeza vendada, se aferrarían a esa esperanza y harían todo lo que estuviera en su mano para revivirla. Pero sólo había esperanza para la gente cuyas vidas podrían ser salvadas por los órganos de Lizzy, y sólo si los recogían antes de que se deterioraran. Mamá y papá asintieron, las lágrimas corriéndoles por la cara, y creyeron.

Pero Quentin, de once años, no creyó a los doctores. Podía ver que Lizzy estaba viva. Veía la gran magulladura que asomaba bajo los vendajes ennegreciendo sus ojos. Vio cómo cambiaba a lo largo de los tres días del coma, y supo que estaba viva. Las magulladuras de los muertos no cambiaban así. Y las manos de Lizzy eran cálidas y flexibles. Los muertos tenían las manos frías, tíasas. Las máquinas que medían las ondas cerebrales no eran infalibles. ¿Y quién podía asegurar que no había algo más profundo que la actividad eléctrica del cerebro?

—Quien entiende lo que es la muerte cerebral —le dijo su padre a uno de los médicos el primer día del coma. Era tarde ya; hablaba en voz baja, creyendo quizá que Quentin dormía—. No hay que dorarle la píldora.

El doctor murmuró algo en voz aún más baja. Tal vez empezó siendo una disculpa, pero acabó pareciéndose más a una pregunta, una duda, una exigencia.

Fuera lo que fuese lo que dijo el doctor, papá respondió:

—Lizzy y él eran muy íntimos.

Quentin lo corrigió en un susurro:

—Somos íntimos.

No era más que una palabra. Un lapsus. Pero significaba que papá se había rendido. Para él ya estaba muerta.

Los hombres salieron al pasillo para continuar la conversación. Eso sucedió con más frecuencia a medida que pasaron las horas y los días. Quentin sabía que tenían la intención de quitárselo de encima. Sabía que todo lo que los adultos le decían iba destinado a ese fin. Los abuelos Fears vinieron a verle, y luego la abuela Say, la

madre de mamá; pero todas las conversaciones acababan con lo mismo.

—Vente a casa, querido, y deja descansar a Lizzy.

—Querréis decir que deje que la asesinen.

Y entonces rompían a llorar y salían del cuarto y papá y mamá entraban y había otra discusión en la que Quentin los miraba a los ojos y decía (sin gritar, porque Lizzy le había dicho hacía años que gritar sólo hacía que los adultos te consideraran un niño y entonces nunca te ganabas su respeto), los miraba a los ojos y decía cualquier cosa para detenerlos, cualquier cosa que los hiciera dejar la habitación con Lizzy todavía viva sobre la cama y Quentin montando guardia a su lado.

—Si me drogáis, si me sacáis a rastras de aquí, si la asesináis mientras duermo, os odiaré durante el resto de mi vida. Nunca, nunca, nunca, nunca, nunca...

—Captamos la idea —decía papá, en un tono glacial.

—Nunca, nunca, nunca, nunca, nunca...

Mamá le suplicaba.

—Por favor, no lo digas, Quen.

—Nunca os perdonaré.

La tercera vez que representaron esta escena, al tercer día del coma, mamá salió llorando de la habitación al pasillo, donde su propia madre lloraba ya por lo que Quentin le había dicho. Papá se quedó a solas con él en el cuarto de Lizzy.

—Esto ya no es por cosa de Lizzy —dijo papá—. Se trata de salirte con la tuya. Bien, no vas a salirte con la tuya en esto, Quentin Fears, porque nadie en el mundo tiene el poder para dártelo. Ella está muerta. Tú estás vivo. Tu madre y yo estamos vivos. Nos gustaría poder llorar por nuestra niña pequeña. Nos gustaría recordarla tal como era, no intubada como ahora. Y, de paso, nos gustaría recuperar a nuestro hijo. Lizzy significaba mucho para ti. Tal vez creas que lo es todo para ti y que si la dejas ir no te quedará nada. Pero queda algo. Está tu vida. Y Lizzy no habría querido que tú...

—No me digas lo que habría querido Lizzy —dijo Quentin—. Ella quería estar viva, eso es lo que quería.

—¿Crees que tu madre y yo no lo queremos también? —Papá apenas consiguió articular las palabras y tenía los ojos húmedos.

—Todo el mundo quiere que muera menos yo.

Quentin se dio cuenta de que su padre tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no pegarle, para no gritarle enfurecido. Se limitó en cambio a salir de la habitación y a dar un portazo. Y Quentin se quedó a solas con Lizzy.

Lloró en su mano, notando la calidez a pesar de la aguja que introducía algún fluido en la vena, a pesar del esparadrapo que mantenía la aguja en su sitio, a pesar del frío del tubo de metal de la cabecera de la cama contra la que apoyaba la frente.

—Oh, Dios —dijo Quentin—. Oh, Dios.

Nunca decía eso, no como los otros chicos. «Oh, Dios», cuando el otro equipo consigue una canasta. «Oh, Dios», cuando alguien dice algo realmente estúpido.

«Jesús», cuando te das un coscorrón. Quentin no había sido educado de esa forma. Sus padres nunca maldecían, nunca decían Dios o Jesús excepto cuando hablaban de religión. Así que, cuando la boca de Quentin articuló las palabras, era imposible que estuviera jurando como sus amigos. Tenía que ser una oración. Pero ¿para qué rezaba? ¿Oh, Dios, déjala vivir? ¿Creía él mismo en esa posibilidad? Como en la historia de la escuela dominical, en la que Jesús le decía a Jairo: «No está muerta, la pequeña sólo duerme». Incluso en esa historia se reían y se mofaban.

Quentin no era Jesús y sabía que no estaba rezando para que ella se levantara de entre los muertos. Bueno, tal vez sí, pero eso habría sido una tontería porque no iba a suceder. ¿Entonces qué? ¿Para qué rezaba? ¿Para comprender? ¿Comprender qué? Quentin lo comprendía todo. Mamá y papá se habían rendido, los doctores se habían rendido, todo el mundo menos él. Porque todos «comprendían». Bien, Quentin no quería comprender.

Quentin quería morir. No morir él «también» porque no estuviera dispuesto a admitir que Lizzy se moría o sobre todo que estuviera ya muerta. No, quería morir en su lugar. Un intercambio, un trato. Oh, Dios, déjame morir a mí. Ponme en esta cama y deja que ella vuelva a casa con mamá y papá. Deja que sea a mí a quien renuncien. Deja que sea a mí a quien desconecten. No a Lizzy.

Entonces, como en un sueño, la vio, la recordó viva. No como estaba hacía sólo unos días, a sus quince años, el sábado por la mañana en que su amiga Kate la llevó a dar una vuelta aunque ninguna de las dos tenía permiso de conducir y Kate chocó de lado contra un árbol y una rama atravesó la ventanilla abierta de pasajeros, como si fuera el dedo de Dios, e introdujo diez centímetros de corteza y hojas a través del oído de Lizzy y Kate salió completamente ilesa mientras la sangre de Lizzy y sus sesos chorreaban por las hojas y caían sobre su hombro. Quentin no vio a Lizzy acicalada y con algún muchacho que quisiera salir con ella y con el maquillaje que guardaba en su parte del cuarto de baño. Lo que Quentin vio en su sueño fue a la antigua Lizzy, a su mejor amiga, cuyo cuerpo era esbelto como el de un chiquillo; la Lizzy que era realmente su hermano y su hermana, su maestra y su confidente. Lizzy, que siempre lo entendía todo y lo guiaba para protegerlo de las equivocaciones tontas y le hacía sentir que nada resultaba peligroso si eras listo y tenías cuidado. Lizzy en monopatín, enseñándole a subir las escaleras del porche.

—Pero no dejes que mamá te vea o le dará un patatús porque piensa que nos mataremos haciendo cualquier cosa de las que solemos hacer.

Bueno, podías matarte, Lizzy. No lo sabías todo. ¡No sabías nada, maldición! No sabías que tenías que tener cuidado con una rama que entraría por la ventanilla abierta del coche y te abriría un agujero en el cerebro. ¡Estúpida! Estúpida, estúpida...

—Cálmate —le dijo Lizzy.

Él no abrió los ojos. No quería saber si era Lizzy hablando a través de aquellos labios, por debajo de aquel grueso vendaje, o si era simplemente Lizzy hablando en el

sueño.

—No fui estúpida; sólo que las cosas suceden así a veces. A veces una rama y un coche se cruzan y, si hay una cabeza en el camino, bueno, pues es una lástima.

—Kate no debería haber conducido sin carnet.

—Vaya, eres un genio. ¿Crees que no me he dado cuenta? ¿Qué imaginas que estoy haciendo, tendida aquí en esta cama, aparte de repasar una y otra vez todos los momentos en que podría haberle dicho que no a Kate? Así que, déjame que te lo diga, no te atrevas a echarle la culpa a ella; si yo hubiera dicho que no, ella no lo habría hecho. Nos fuimos de marcha porque yo lo quería tanto como ella y puedes apostar a que se siente fatal, así que no se te ocurra escupírselo a la cara, ¿me entiendes, Tin, sesos de chorlito?

Quentin no quería que le echara una bronca, no ahora. Estaba en medio de una guerra tratando de salvarle la vida y lo último que le preocupaba era Kate.

—Nunca volveré a verla, de todas formas.

—Bueno, pues deberías, porque si no lo haces va a pensar que le echas la culpa.

—¡No me importa lo que piense, Lizzy! Todo lo que quiero es que tú regreses, ¿no lo entiendes?

—Ey, Tin, no hay manera. Mi cerebro está muerto. Las luces se han apagado. El cuerpo está vacío. Me he ido. Estoy frita. Kaputt.

Él no quería oír eso.

—Estás... viva.

—Sí, bueno, vale, y es divertidísimo.

—Están intentando matarte, Lizzy. Mamá y papá, igual que los doctores. Y los abuelos también. Quieren quitarte todos los enchufes y luego sacarte los riñones y los ojos y el corazón y los pulmones.

—Las entrañas, quieres decir.

—¡Calla!

—Los menudillos.

—¡Calla!

¿No se daba cuenta de que aquello no era una broma? Estaban hablando de vida y muerte y ella seguía bromeando como si no importara.

—Sí que importa —dijo—. Sólo estoy tratando de animarte. Sólo intento demostrarte que no me he ido realmente.

—Pues no me lo digas a mí, díselo a ellos. Si trato de decirles que has hablado conmigo, me meterán en el manicomio.

—Vienen a hacerme pedacitos, ja ja, je je, jo jo...

—¡Basta!

—Tin, estoy aquí, no allí, no en ese cuerpo. Aquí.

Pero él no quiso mirar. No quería ver lo que ella deseaba que viese.

—Muy bien, sea. El chico más tozudo jamás nacido de hombre y mujer. Estás volviendo locos a papá y mamá, ¿captas, captas, captas?

Él dio el siguiente paso en el ritual.

—Capto, capto, capto.

—Bien, bien, bien —dijo ella, y se echó a reír.

—Están intentando matarte.

—Mi cuerpo ya no me sirve para nada, Tin. Lo sabes. E incluso cuando se lo hayan llevado y lo hayan quemado, o lo que sea, yo seguiré aquí.

—Sí, vale, como si fueras a venir a hablar conmigo todos los días.

—¿De eso se trata entonces, Tin? ¿De lo que tú quieres? ¿Se supone que he de quedarme para que tú puedas cuidarme como a un animal disecado o algo por el estilo?

—¡Mamá y papá son los que tendrían que estar intentando salvarte!

Esa era la cuestión, ¿no? Papá y mamá no tendrían que haber creído a los médicos con tanta facilidad. Demasiada facilidad.

—Tin, escúchame. A veces tus padres son los únicos que saben en qué momento debes morir.

—¡Ésa es la cosa más indigna y malvada que he oído decir jamás! ¡Los padres nunca quieren que sus hijos mueran!

—Ellos no pusieron ese árbol allí. No pusieron allí el coche. No me pusieron dentro del coche. No me pusieron en esta cama. Lo hice todo yo sola, Tin, o lo hizo la casualidad, o el destino o tal vez Dios, quién sabe. La única opción que les he dejado es si mi muerte va a ser completamente absurda o no. Dales un respiro.

—Nunca los perdonaré.

—Entonces yo nunca te perdonaré a ti.

—¿Por qué?

—Por retenerme de esta forma, Tin.

Entonces no pudo evitarlo. Abrió los ojos. Y ella no estaba allí. No había nadie, excepto aquel cuerpo inmóvil tendido en la cama, respirando a través de una mascarilla. Su voz permanecía en silencio.

Quentin se levantó, las piernas como de goma, y se acercó a la puerta. ¿Temblaba aún por el golpe de su padre? La abrió y salió al pasillo. Todos estaban allí, mirándole con sorpresa: papá, mamá, los tres abuelos, y los tres médicos principales. Uno de los doctores sostenía una jeringuilla hipodérmica. Quentin supo para qué era: para tranquilizarlo y sacarlo de la habitación. Bien, demasiado tarde. Lizzy lo había echado ya.

—Adelante, matadla ahora —dijo Quentin. Luego les dio la espalda y caminó pasillo abajo hacia los ascensores.

Su padre salió al coche y charló con él antes de que recolectaran los órganos de Lizzy. En esa conversación Quentin se vino abajo y lloró y dijo que lo sentía y que sabía que papá y mamá no estaban matando a Lizzy, que ella ya estaba muerta, y que podían continuar llevándose los órganos y que retiraba lo que dijo de no perdonarlos nunca y que si por favor podía esperar allí en el coche para no tener que hablar con

los abuelos ni con ninguno de los médicos o enfermeras, que no serían capaces de apartar el triunfo de sus voces o sus rostros y él no podría soportarlo.

—Nadie se siente triunfal por esto —dijo papá.

—No. —Contestó Quentin, todavía tratando de decir lo que papá necesitaba oír—. Sólo aliviado.

Papá lo aceptó.

—Sí, supongo que eso es, Quen. Alivio.

Entonces papá se inclinó hacia delante y lo rodeó con su brazo y le besó la cabeza.

—Te quiero, hijo. Te quiero por permanecer tanto tiempo junto a tu hermana. Y te quiero por apartarte de su lado a tiempo.

Quentin se quedó solo en el coche después de que el cuerpo de su hermana muriera. Y nunca les contó que Lizzy había acudido y había hablado con él. Al principio porque estaba demasiado furioso para decirles algo tan privado; luego porque supo que lo someterían a una terapia para tratar de hacerle comprender que había sido sólo una alucinación surgida de la pena y el miedo y la tensión y la fatiga. Y finalmente nunca dijo nada porque incluso sin terapia él mismo llegó a creer que era, de hecho, una alucinación nacida de la pena, el miedo, la tensión y la fatiga.

Pero no fue una alucinación. Y en lo más profundo de su ser, en un lugar que no visitaba con frecuencia, donde guardaba las cosas en las que no le gustaba pensar pero no se atrevía a olvidar, sabía que Lizzy seguía viva en alguna parte y, de algún modo, observaba lo que él hacía, o al menos le echaba un vistazo de vez en cuando.

¿Cómo superó la pena?

Leyó su biblioteca. Ella siempre la llamaba así: cuatro estanterías repletas de libros en rústica que había comprado o le habían regalado sus amigas. Quentin escogió los más manoseados, los más arrugados, los más estropeados y los leyó primero. *El Señor de los Anillos*, *Yo canto al cuerpo eléctrico*, *Crónicas de Narnia*, *El manantial*, *La cueva de cristal*, *Orgullo y prejuicio*, *Ascenso y caída del Tercer Reich*, *Forastero en tierra extraña*, *Lo que el viento se llevó*, *El fin de la infancia*, *Desayuno de campeones*. Quentin los leyó todos y, sin embargo, le parecía que los recordaba de modo distinto; recordaba haberlos oído mientras Lizzy los leía en voz alta. Su hermana leyendo las musicales cadencias de Bradbury, la delicada amabilidad de Austen; Lizzy contándole que el anillo caía accidentalmente del dedo de Frodo mientras el *hobbit* caía de una mesa en Bree; Lizzy leyendo las medidas de todos los personajes masculinos de *Desayuno de campeones* y partiéndose de risa cuando el narrador daba las suyas propias. Lizzy encantada con la magia de Merlín, Lizzy riendo, Lizzy llorando mientras leía que un soldado nazi aplastaba los sesos de un bebé judío contra la pared, Lizzy llena de trágico asombro por los niños humanos que se llevaban los malignos extraterrestres flautistas, Lizzy implacablemente ambiciosa mientras construía edificios que nadie más se atrevía a levantar o se casaba con Frank Kennedy por su dinero aunque estuviera prometido a su hermana. Todas las voces de

todos los libros eran la suya. Era el único modo en que Quentin podía escucharla hablándole. Los leía todos y luego empezaba otra vez, los leía de nuevo y otra vez empezaba.

Sus padres le regalaron otros libros por Navidad, por su cumpleaños, como recompensa por sus buenas notas (Lizzy siempre tenía buenas notas, así que Quentin también). Finalmente, después de que Quentin hubiera hecho ya su cuarta pasada por aquellos estantes, volvió a casa del colegio un día y los libros habían desaparecido.

Las estanterías no estaban. La habitación de Lizzy no estaba. Sólo quedaba un cascarón vacío: paredes, techo, alfombra. Sólo los agujeros de las chinchetas en las paredes y la mancha roja en la alfombra donde derramó esmalte de uñas durante su primer y único intento de decoración personal demostraban que ella la había ocupado. Limpia, barrida, vacía; la habitación era como si Lizzy hubiera muerto otra vez. Para Quentin, quizá fue realmente su muerte por primera vez. El silencio de su voz.

Se dirigió a la cocina donde sus padres estaban sentados a la mesa. Esperando. Sabían lo que habían hecho, sabían lo que significaría, esperaban discutirlo con él. Quentin entró en la cocina y se sirvió un vaso de agua. Bebió hasta la última gota y luego se sirvió otro y lo vació en el suelo.

—Quentin —dijo papá—. No hay necesidad de...

Quentin abrió el frigorífico y empezó a sacar cosas y a tirarlas al suelo. Cartones de leche, cartones de huevos, sobras, botellas medio vacías. Los brazos de su padre lo agarraron por detrás, sujetándolo. Quentin se rebulló hasta liberarse y salió corriendo por la puerta trasera, al patio. Papá se dispuso a seguirlo.

—Déjalo que exprese su ira —dijo mamá—. Ya limpiaré todo esto.

Quentin corrió al jardín y pateó los tulipanes y luego empezó a arrancarlos, a arrancar cada planta. Las duras raíces espinosas de los rosales se le clavaron en las palmas, pero logró arrancar tres antes de que papá y mamá salieran de casa y corrieran a sujetarlo. Pataleó y agitó los brazos sin reparar en cómo gritaban de dolor por los golpes que asestaba, hasta que finalmente quedó boca abajo sobre la hierba, con los brazos a la espalda, y el peso del cuerpo de su padre sobre el suyo. Mamá lloraba frenética, papá jadeaba por el esfuerzo.

—No tienes derecho a destruir así las cosas —empezó a decir papá.

—Vosotros no tenéis derecho a matar a Lizzy.

—Ya es hora de que sigamos adelante con nuestra vida. Todos, incluido tú, Quentin. Te pedimos que no te ahogaras en la vida de Lizzy. Instamos, suplicamos, ordenamos. No tienes ningún amigo, no haces nada más que sentarte en esa habitación y leer los mismos libros una y otra vez.

Sus libros. Su voz leyéndome.

—Y eso se va a acabar. No podemos dejarte vivir en esta... niebla, no está bien, se acabó...

En ese momento, cuando dijo la palabra «acabó», la voz de papá cambió, sólo un poquito: una corriente interna de furia incontrolable afloró a la superficie y, como

había sucedido sólo unas cuantas veces en la vida de Quentin, tuvo miedo de su padre, de lo que aquella furia podría hacerle ahora que tenía el control.

Al igual que en las otras ocasiones, mamá inmediatamente captó el cambio y de repente sus lágrimas cesaron y empezó a hablar calmada, racionalmente. Tranquilizando.

—Ya hemos perdido un hijo, Quen. No hagas que perdamos al otro.

Inmediatamente, la furia remitió y la voz de papá se calmó también.

—No sé qué tiene que ver el jardín con todo esto. Ni el frigorífico.

Ahora mamá dio una respuesta completamente intelectual.

—Son nuestras cosas, querido. Le quitamos su mundo, así que quiere quitarnos el nuestro. Metafóricamente hablando.

—Bien, sean cuales sean los términos psicológicos oficiales, es una tontería infantil.

—Sí, pero es que es un niño.

La crisis pasó. El sobado guión había sido representado. Mamá llora; papá se pone protector; su furia la asusta y ella empieza a hablar como una universitaria (cosa que era y papá no), y así papá retrocede y le devuelve la autoridad. Conciliación y análisis están a la orden del día. Quentin no podría haber explicado la secuencia con palabras, pero conocía su ritmo. Sabía que no habría ningún castigo severo, sino que mamá y papá tendrían cuidado con él y entre sí durante varios días, tratarían de puntillas cualquier tema, sortearían todos los conflictos, ambos vagamente avergonzados de sí mismos y temerosos el uno del otro, inseguros de por qué. En el espacio eléctrico entre ellos, dejarían a Quentin en paz. No recordaba haber aprendido esta conducta. Siempre se había dado y tanto él como Lizzy la habían utilizado durante años: el único fragmento de poder que tenían los niños. Lo usaban raramente, sin embargo, porque era demasiado aterrador darse cuenta de que mamá y papá podían ser controlados, o al menos evitados. A veces era mejor no salirte con la tuya que enfrentarte a la fragilidad de tus padres.

—Si te suelto, Quen —dijo papá—, ¿dejarás esta tontería y te irás a tu habitación?

Quentin asintió. Oyó mentalmente la canción que el coro del colegio estaba aprendiendo: «Que haya paz en la tierra, y que empiece por mí. Dum, dum, ta-dum, ta-dum».

Papá le soltó los brazos y se levantó. Quentin se puso en pie de un salto y se marchó a casa, a su cuarto. Al pasar ante la puerta abierta de la habitación de Lizzy la cerró. Cerró también la puerta de su habitación y se tumbó en la cama y se quedó mirando la pared.

Poco después, mamá llamó a la puerta.

—¿Quen, vas a cenar?

Él no respondió.

—Quen, tienes que comer.

El no respondió.

—Quen, ¿de verdad pretendes no hablarme nunca más?

Él no respondió y ella se marchó.

Al parecer, decidieron no forzar el asunto. Quentin no comió nada esa noche, pero a la mañana siguiente se levantó y desayunó con mamá antes de irse al colegio. Habló con ella. Lo normal. Ninguna mención a los acontecimientos del día anterior. Nunca volvieron a salir a colación. La cocina olió durante un par de días al frasco de pepinillos que había roto y luego dejó de hacerlo. Su padre volvió a sembrar las plantas arrancadas y sólo una de las rosas murió a consecuencia del trauma. Convirtieron la habitación de Lizzy en una combinación de cuarto de costura y leonera. El único rescoldo de tensión era que Quentin simplemente no entraba en el cuarto, no hablaba con nadie que estuviera allí dentro y, cada vez que la puerta de la habitación de Lizzy estaba abierta, la cerraba al pasar, no importaba quién estuviera dentro, no importaba que le pidieran que no lo hiciera. Al final, sus padres simplemente renunciaron y la mantenían cerrada todo el tiempo, estuvieran dentro o no, y si querían hablar con él se levantaban y salían de la habitación y cerraban la puerta tras ellos. Era un pequeño esfuerzo, en realidad, considerando cómo estaban las cosas. Su único acto de venganza permanente por haberle robado la voz de Lizzy.

Lentamente, a lo largo de meses y años, Quentin encontró uno a uno ejemplares de las mismas ediciones de aquellos libros que había poseído Lizzy. Los compró y los guardó en cajas en su armario, hasta que los repuso todos. Si sus padres lo sabían, no dijeron nada. Después de todo, tenía buenas notas, no tomaba drogas ni bebía ni fumaba como los chicos malos del colegio y el instituto. El psicólogo con el que hablaron les dijo que, aunque no habría estado mal poder hablar con Quentin y asegurarse, parecía que el muchacho había aceptado bastante bien la muerte de su hermana.

Con el tiempo, todos los que habían recibido órganos de Lizzy murieron. Con el tiempo todo el mundo muere. Quentin se volvió bastante filosófico al respecto. Todo el mundo muere. Lo que importa es lo que haces entre el momento presente y el de la muerte. Eso resultaba especialmente importante para Quentin, porque vivía por dos.

2

COMPRAS

El colegio, el instituto. Los días de Quentin estuvieron ocupados y luego fueron olvidados, o al menos no pensó mucho en ellos. Hubo amigos. Hubo risas. Los chicos rebeldes no le atraían; los chicos ricos no lo soportaban porque no les doraba la pildora; así que se situó entre los chicos listos, los chicos que jugaban ateniéndose a las reglas. Quentin pronto se convirtió en el más agudo del círculo, en el que no decía mucho pero siempre tenía la frase adecuada, la puntilla, la última ocurrencia. Quizá se debía a todos los diálogos memorizados gracias a los libros de Lizzy. Se convirtió en un amigo a la vez deseable y peligroso. No importaba lo íntimo que fueras, no importaba las veces que te divertieras con él, siempre podía darse la vuelta y herirte, y tú tenías que sonreír y aguantarte. Así que tenía amigos, sí, pero siempre los mantenía a raya.

Terminó el instituto con mención en español y matemáticas en el último trimestre. Estas notas le hicieron popular. En la votación oficial sobre la popularidad de los chicos fue pasado por alto, pero en la no oficial de su clase fue elegido como «el chico con el que tu madre desearía que salieras», y «el chico que terminará siendo el dueño de la compañía en la que acabas trabajando cuando la primera carrera elegida fracasa». Apreciado, admirado un poco por sus compañeros, aunque nunca confiaban plenamente en él. Sabían sin saberlo que no encajaba con ellos.

Era gracioso que le votaran para chico con el que las madres querrían que salieran sus hijas porque en realidad no salía con nadie. Ni siquiera acudía a los bailes de la promoción, excepto cuando se lo pedía alguna chica dulce y sólo vagamente intelectual y poco atractiva. Decía que sí siempre y alquilaba un esmoquin y compraba el ramillete y nunca le pedía volver a salir después, cosa que probablemente hería los sentimientos de la muchacha, pero él no estaba interesado en conseguir nada. Cuatro citas en cuatro años. No era un gran récord. Si sus padres se preocupaban, no dijeron nada.

A él desde luego no le preocupaba. No era ciego: sabía qué chicas eran atractivas. Tenía su ración de sueños interesantes y fantasías agradables. Pero cuando se ponía a pensar en invitar a salir a una chica, empezaba a verla un poco en clase o entre clases o en el almuerzo o donde fuera, y pronto ella decía algo o hacía algo... equivocado. No estaba a la altura. Aunque no habría sabido decir exactamente a la altura de qué.

Tal vez fuera lo que había dicho Lizzy cuando los chavales empezaron a invitarla a salir: «¿Por qué perder el tiempo con un tío cuando sé que no tiene sentido?». Y mamá solía responder: «Pero es un chico muy agradable, ¿por qué no vas a ver esa película? Ve a comer una pizza». Y Lizzy ponía los ojos en blanco y decía: «Mamá, por favor, ¿estás diciendo en serio que debería dejar que se gasten dinero en mí cuando sé que sólo les sigo la corriente?». Y entonces las dos se echaban a reír y

Quentin permanecía allí sentado sin que se dieran cuenta de su presencia, en la mesa de la cocina o en el comedor o donde fuera y pensaba qué hay entre las mujeres, como si los hombres fueran un chiste que las mujeres se vienen contando desde hace mucho tiempo pero los hombres nunca entienden.

Sólo que tal vez fuera él quien no lo entendía. El chiste no eran los hombres, el chiste era la gente que no sabía lo que quería dar o recibir y por eso seguía decepcionándose y decepcionando. Quentin no sabía lo que quería, pero sí sabía lo que no. Lo que no quería era a ninguna de las chicas del colegio. Tenía montones de amigas. Les gustaba. Resultaban agradables. Pero no eran para él.

Y tampoco fueron para él las chicas de Berkeley, donde se graduó en español y luego en matemáticas y luego en historia, esforzándose y sacando buenas notas de forma que incluso con todos los cambios de programa se graduó a tiempo. No tuvo más que diez citas en los cuatro años de facultad. Durante el primer par de años sus padres no dijeron nada, pero en tercero su madre empezó a preguntar cada vez que llamaba por teléfono y en cada visita a casa, en Santa Clara: «¿Has estado saliendo con alguna chica agradable? ¿Hay chicas guapas en tus clases?». Y luego mantuvo aquella crucial conversación con papá en el garaje mientras le ayudaba a mezclar las pinturas para los marcos de las puertas y ventanas, cuando las extrañas preguntas de su padre finalmente tuvieron sentido y Quentin se ruborizó hasta las cejas y le aseguró que sí, que le gustaban las chicas y no los chicos; simplemente no había encontrado a la chica adecuada todavía pero la estaba buscando y, no tienes que preocuparte, papá, cuando traiga a alguien a casa llevará un vestido y tendrá dos cromosomas X, ¿podemos ahora pintar los marcos?

Se graduó por partida doble, en español e historia, y enseguida encontró trabajo en Santa Clara, en una compañía que intentaba vender ordenadores para que la gente los utilizara en casa o en pequeños negocios. Entró en la compañía porque un amigo del instituto encontró trabajo allí y le pareció que él sería un buen asesor para un programa de historia que estaban desarrollando. Quentin se enamoró de inmediato de la informática y descubrió que tenía verdadero talento para ella. A finales de año había vendido su participación en la compañía de hardware y pasó a una casa de software que desarrollaba un procesador de textos para los nuevos PC de IBM. Un año más tarde esa compañía fue adquirida por otra aún más grande que elaboraba sistemas operativos y lenguajes de programación y hojas de cálculo y procesadores de textos. No tardó en subir lo suficiente en la jerarquía para que lo trasladaran al estado de Washington. Oficialmente vivía en una casa flotante alquilada, pero en realidad dormía la mayor parte de las noches en su oficina porque era indispensable para varios proyectos importantes. No tenía nada en lo que gastar el dinero, así que lo invirtió todo en comprar acciones de su propia compañía. Fueron aumentando de valor, y luego lo duplicaron y duplicaron y duplicaron hasta que todos los que habían empezado a trabajar para ellos en los setenta se convirtieron en multimillonarios, con Quentin a la cabeza.

Un buen día, en 1987, se encontró con que ya no le interesaba programar. El día anterior era todavía un desafío, ese día no. Tampoco le importaba el negocio o el marketing, ni siquiera la gente con la que trabajaba. Todos habían cambiado, el trabajo había cambiado, la compañía había cambiado. Ya no era divertido, y si vendía sus acciones, no tendría que trabajar un solo día *más en su vida*. *Cuando ganas* La lotería, ¿sigues barriendo los pasillos del supermercado? En eso se había convertido el trabajo para él.

Recuperó todo el dinero de sus acciones menos el diez por ciento y allí estaba, a los veintiséis años de edad, con doce millones y medio de dólares. Cincuenta compañías de software y hardware le ofrecieron salarios ridículamente altos que nadie podía realmente ganar. Rechazó todas las ofertas. Y allí estaba, con una casa flotante alquilada, sin carrera y, por así decirlo, sin vida. Era como si hubiera estado corriendo una larga, larguísima carrera para caer finalmente en la cuenta de que no había nadie a su lado, de que había cruzado la línea de meta hacía años y no se había fijado porque no había ni un alma para aplaudirle y darle palmaditas en la espalda y decir: «¡Buena carrera, Quen! ¡Buena carrera!».

O, pensándolo mejor, tal vez estaban allí, sólo que al propio Quentin no le importaba lo que pensarán de él y por eso rechazaba sus elogios y su amistad, porque aún esperaba aquella voz que nunca había vuelto a oír.

¿Qué haces con doce millones y medio de pavos? Quentin invirtió la mayoría en acciones y bonos del Tesoro, un colchón que nunca tocaba excepto para pasarlo de una inversión segura a otra. En su peor año, la recesión de 1991, ganó a pesar de todo un millón en intereses, dividendos y ganancias de capital. Terminó de pagar la casa de sus padres y les compró un buen coche y luego no se le ocurrió qué más hacer con el dinero. Incluso después de alquilar un apartamento precioso, sólo necesitaba unos cincuenta mil al año para ir viviendo, incluido el mantenimiento de un coche propio (nada del otro mundo, un Nissan Máxima). Viajó un poco al principio, hasta que descubrió que los hoteles de Cancún y París y Hong Kong eran muy similares. Tenía unos ingresos enormes, así que consideraba completamente absurdo seguir invirtiendo y ganar más dinero que no necesitaba para nada en particular. Además, después de haber hinchado tu cuenta corriente hasta que incluso tu corredor te dice que ya tienes bastante, ¿qué hay que hacer el resto del día, el resto de la semana, del mes, del año?

El Día de Acción de Gracias de 1992, cuando papá hubo terminado de criticar la elección de Bill Clinton, la conversación tomó un giro serio. Quentin permaneció allí sentado, contemplando el fuego, y en mitad del silencio su madre dijo:

—Quentin, ¿te ha resultado todo demasiado fácil?

De inmediato papá saltó en defensa del capitalismo y explicó de nuevo que Quentin había trabajado duro y calculado bien y que por eso la economía de libre mercado le había recompensado adecuadamente con un capital que no llegaba al grado de extravagancia de Ross Perot o Bill Gates, por lo menos.

Pero luego papá se quedó sin fuelle y permanecieron de nuevo en silencio, contemplando el fuego, hasta que mamá volvió a hablar.

—Si no tienes ningún sueño propio, Quentin, ¿por qué no sigues el de otra persona?

Papá hizo una mueca.

—Sueños.

Pero, por supuesto, él siempre había sido el soñador de la familia. Mientras Quentin pensaba en ello se dio cuenta de que haciéndose tan extravagantemente rico había estado cumpliendo el sueño de su padre. Unos cuantos años en un trabajo que había disfrutado y había roto la dureza del corazón de papá y el viejo era ahora feliz, estaba en paz. El sistema había funcionado para su hijo, y eso era casi mejor, a sus ojos, que si él mismo hubiera ganado el dinero.

Al lunes siguiente, Quentin le entregó a su padre cien mil dólares para que los administrara en su nombre, de los cuales podía quedarse con la mitad como comisión. Pero eso fue sólo el principio de su respuesta al comentario de su madre. Había otras personas con sueños que necesitaban sólo unos cuantos miles o unos cuantos cientos de miles de dólares para tener una oportunidad de que sus sueños se hicieran realidad. Era algo en lo que invertir el dinero que le sobraba.

Puso durante una semana un anuncio en el *San José Mercury News*: «Pequeño inversor busca socio trabajador con buenas ideas». Las cartas lo inundaron. De entre las escritas a mano eligió unas docenas que parecían merecer la pena. Quentin acabó formando catorce sociedades, a las que suministraba todo el capital y el salario de un contable que le rendía cuentas; el propio Quentin permanecía benignamente en silencio hasta que llegaba el momento de liquidar un negocio en quiebra o de ofrecerle a un socio de éxito comprar su salida. Las cosas quedaban claras en cuestión de un año. Más de la mitad de los negocios salieron bien, y algunos obtuvieron considerables ganancias. Dos de ellos cotizaron en bolsa y los beneficios que Quentin sacó en cada caso pagaron más que con creces toda su inversión en las catorce empresas.

Había, sido el mejor año de su vida. Podía compartir la felicidad de los socios de éxito. En cuanto a los que fracasaron, aunque se sintieran decepcionados, sabían que, al menos, lo habían intentado. Y puesto que Quentin cubría todas las deudas y pérdidas de las sociedades, todos acabaron limpios. Nadie perdió. Se consiguieron algunas cosas buenas.

Pero ¿por qué limitar su proyecto a la bahía sur? Quentin empezó a viajar de nuevo. Alquilaba un apartamento en la zona metropolitana, ponía un anuncio en el periódico local, estudiaba las respuestas, formaba las sociedades. Invertía unos cuantos meses en ponerlo todo en marcha; luego continuaba su camino. Conservaba el apartamento un par de años para tener un lugar donde alojarse cuando volviera de visita. No elegía sus puntos de destino cerrando sin más los ojos y clavando una chincheta en un mapa, pero su método no resultaba mucho más científico: examinaba

la sección de viajes de alguna librería y acudía allá donde una foto le llamaba la atención. La elección era impredecible. Su estancia en Vermont no transcurrió en la hermosa Montpelier, sino en la sucia y oscura Burlington. Cuando se trasladó a Tejas, evitó las ciudades y dejó atrás Dallas para internarse en el tupido paisaje hasta llegar a Nacogdoches. Pensó, durante un tiempo, que quizás había encontrado su hogar definitivo.

Sin embargo, al cabo de unos cuantos meses se puso de nuevo en marcha. Durango, Missoula, Kennewick, Séneca. Asheboro, Mandeville, Oakland, el Bronx. Nunca faltaban soñadores, ni sueños interesantes. Dayton, Concord, Grand Junction, Grand Island. Flaggstaff, Johnstown, Boise, Savannah.

Primavera de 1995. Herndon, Virginia. Por fin hacía calor y Quentin acababa de poner su anuncio, no en el *Washington Post* sino en el periódico local, así que pasarían unos cuantos días antes de que saliera publicado y tenía tiempo que perder. Fue a Worldgate y, un miércoles por la tarde, asistió al pase de una película sobre el virus de Ébola protagonizada por Dustin Hoffman. Interpretaba al héroe que encuentra un modo de sintetizar un suero de fabricación rápida capaz de curar a gente en estado avanzado de enfermedad. Salió de la película preguntándose por qué se sentía tan inquieto. Siempre ha habido películas estúpidas. ¿Por qué le molestaba ésta tanto?

Se detuvo ante la tienda que servía helado de yogur en Worldgate, pero el lugar estaba invadido por cafés para *gourmets* extraordinariamente aromáticos, lo que significaba que todos los yogures sabrían a café no importaba de qué sabor fueran. ¿Por qué un contratiempo insignificante como aquél le dio ganas de gritar que no debe ponerse algo de perfume tan intenso en una tienda cuya especialidad es ofrecer una gran variedad de sabores? No importaba. Pero cuando llegó a su coche golpeó el techo tan fuerte que la mano le dolió y durante un rato sintió cierto alivio.

Tal vez mi vida no es tan magnífica después de todo, pensó mientras conducía por la calle Elden hasta el supermercado Giant. Eran poco menos de las cinco. La hora punta local no resultaba de las peores, y faltaba todavía media hora para la oleada de trabajadores de vuelta a casa. Tal vez me estoy cansando de vivir de sueños ajenos. Pero si lo dejo, ¿qué haré a continuación? ¿Y cuánto durará mi próxima carrera?

Últimamente su dieta consistía en pastelitos de carne, néctar de melocotón y Teddy Grahams. Se le ocurrió comprar acciones en Marie Callendar's, Libby's o Nabisco, pero decidió que, en cuestión de comidas, prefería ser consumidor a inversor. Se preguntó qué presión habría que ejercer para que Giant aceptara American Express, ¿o es que tenían algún acuerdo secreto con Amex para que los precios no fueran tan altos? Y luego pensó, ¿tan vacía está mi vida que eso es lo mejor que se me ocurre pensar?

«Piensa una cosa en la que pensar» se convirtió en su mantra mientras sacaba del congelador los pastelitos de carne.

Y entonces una vocecita infantil interfirió en el absurdo de su mente.

—Si estuvieras alguna vez en casa sabrías que siempre como cosas sanas. Todo lo que pido es un poco de helado de verdad en vez de esas porquerías.

Era una niña, de unos diez o doce años, con la melena rubia peinada de esa forma demasiado sofisticada que siempre hacía que Quentin se sintiera vagamente triste, como si alguien dejara que la criatura lanzara por la borda su infancia.

Sólo que aquélla era evidentemente una auténtica arpía. Un puchero, un tono de voz demasiado fuerte, y los padres todos nerviosos intentando aplacarla.

—Sólo queremos que seas feliz, querida —dijo la madre.

—Nos dijiste que te ayudáramos a vigilar tu silueta —dijo el padre.

¿Se daban cuenta de lo que decían? Hablaban como los pelotas de alguna estrella de cine.

—Pero no me refería al helado, ¿no? —dijo la niña, como si sus padres fueran las personas más estúpidas que jamás hubieran pisado la Tierra.

—Creo que no tiene nada de malo tomar un poco de Ben and Jerry's, ¿no, querido? —dijo la madre—. No lleva tanta grasa como un Häagen-Dazs, ¿no?

—Como quieras —respondió el padre. Él, al menos, parecía comprender en qué monstruo se había convertido la niña, lo débiles que parecían, si dejaban que los manipulara de aquella forma.

De inmediato un recuerdo afloró: tendido en la hierba, el cuerpo de papá presionando sobre el suyo. Papá cabreado y mamá conciliadora, y Quentin saliéndose con la suya. Como había hecho una docena de veces con anterioridad.

¿Y qué? Todos los niños son manipuladores... al menos él siempre había tenido la decencia de no humillar a sus padres en público como hacía aquella pequeña fiera.

Naturalmente también podía interpretarse como que él era un hipócrita mientras que esa niña se comportaba abiertamente como todos los niños intentan hacer y todos los padres, menos unos cuantos, son demasiado débiles para impedirles que lo hagan. Gracias al cielo que nunca me he casado ni he tenido hijos, pensó Quentin. ¿Quién necesita toda una vida de luchas de poder con sus propios hijos?

Tenía los pastelitos que quería para pasar un par de semanas: en el congelador de su casa alquilada no cabían más. Empujó el carrito pasillo abajo y pasó por delante de la niña y sus padres domados. Decidió no mirarlos... ¿por qué no dejarlos creer que nadie había sido testigo de su humillación? Pero no pudo resistirse a dedicar una larga y dura mirada de desdén a la niña.

Ella la soportó muy seria, pero había unas chispitas en sus ojos que le desconcertaron. ¿Serían de ironía? ¿Era posible que supiera exactamente lo malcriada que parecía?

¿Y qué si es así? Saber que eres un capullo no te hace menos capullo; probablemente todo lo contrario. Lizzy nunca había sido así. Tenía demasiado orgullo para actuar como aquella niña, o parecerse a ella, o hablar como ella. Esa niña estaba viva y Lizzy muerta. De repente Quentin comprendió cuántos años de vida se había perdido ella y lo mucho mejor que habría aprovechado esos años que aquella niña

incordiosa. Mejor que Quentin, también. No se habría encontrado a los treinta y cuatro años vieja y harta del vacío de su vida. Porque su vida no habría sido vacía. Habría amado a alguien y se habría casado y tenido hijos. Y no habrían sido como esa niña, sino buenos críos, críos decentes, críos de los que sentirse orgulloso. Ella le habría dado un sentido a su vida. Mientras que Quentin tenía... ¿qué? ¿Dinero? Y esa niña... con aquella ironía en la mirada. Conocimiento sin sabiduría. Poder sin propósito. Como yo.

Se puso en la cola para pagar. El empleado se entretuvo un poco con la mujer que iba delante. Quentin contempló distraído el local, viéndolo todo sin advertir nada.

Hasta que vio a la mujer en la caja rápida, inclinada sobre el bolso, buscando monedas o un boli. Había algo en ella: en la forma de su pelo, en la curvatura de sus hombros, en la ropa que llevaba. La conocía, la conocía absolutamente, sólo que no podía ser ella, pero era tan idéntica a su recuerdo de Lizzy que se quedó sin respiración. Y cuando se enderezó y le tendió el dinero a la cajera, lo hizo con ese movimiento típico característico de Lizzy.

—¿Señor? —llamó su atención el empleado.

La mujer que lo precedía recogía sus bolsas y se marchaba. Quentin se apresuró a pasarlo todo del carrito a la cinta continua; volvió la cabeza tanto como pudo procurando verle el rostro. No es que tuviera esperanza alguna de que fuese Lizzy, pero la mujer era realmente un doble suyo, así que tal vez pudiera ver su cara, ver cómo habría sido ella de adulta; sólo que eso era una locura, todo lo que vería era que no era Lizzy, y le haría daño otra vez porque ella no estaba allí. Ya se lo estaba haciendo. Algo profundo, largamente negado, se rebullía en su interior. La pena que nunca había expresado excepto en una miserable tarde cuando arrojó frascos al suelo y se puso a arrancar flores.

La mujer se dio la vuelta justo cuando él se inclinaba para sacar del carrito los últimos pastelitos. Cuando volvió a alzar la cabeza ella casi se encontraba ya en la puerta, pero captó un atisbo de su cara y se quedó boquiabierto ante aquel rostro, ante la exacta y perfecta copia de...

—Señor, ¿adonde...?

—Un momento, ahora mismo vuelvo.

Pero la mujer se había marchado. La buscó desde la balaustrada que impedía que los carritos bajaran al aparcamiento; buscó aquellos andares, aquel cabello, aquel ligero sudor primaveral, acercándose a algún coche, entrando en otra tienda. No estaba. Ni rastro.

Se llevó las manos a la cara. Era imposible que se pareciera tanto, su mente le gastaba una broma. Regresó a la tienda. El empleado estaba claramente molesto; la cola de compradores (refugiados ya de la hora punta) parecía a punto de convertirse en una turba de linchamiento. Pasó el carrito por el torniquete, firmó la factura, recogió su comida congelada y se dirigió hacia su coche.

Lo único que no podía tener en este mundo era a Lizzy. Pero a ella es a quien he

querido todos los días, todos los meses, todos estos años. Al salir hoy de esa estúpida película quise echarle en cara lo estúpida que era la ciencia, lo patético que era ver a Dustin Hoffman en un papel tan tonto, como un Stallone de segunda. Ella se habría reído y habría citado alguna frase de diálogo de *El graduado*, que por supuesto había visto a pesar de que mamá y papá la consideraban una película sucia que no debían ver.

—Para mí no fue sucia —dijo—. Volví a casa y demostré que hacían falta tetas más grandes que ésas para ponerse esos sujetadores.

Y en el local de los yogures, era a Lizzy a quien quería echar la bronca. Y en la tienda, necesitaba a Lizzy junto a él para reírse de aquella niña caprichosa y luego idear algún plan retorcido para secuestrarla y ver hasta dónde subía el rescate antes de que sus padres pagaran por fin y la recuperaran.

Pero no puedo tener a Lizzy.

Mientras se incorporaba al lento tráfico de la calle Elden, se le ocurrió por primera vez que, aunque Lizzy no hubiera muerto, no la habría tenido a su lado a los treinta y cuatro años en Herndon, Virginia, en la primavera de 1995, porque ella tendría veintinueve años y sin duda estaría casada y probablemente con un par de chavales en el instituto a estas alturas y un marido que la adoraba porque ella no se casaría con nadie lo suficientemente estúpido para no adorarla y sería él quien le hablaría; la escucharía y compartiría chistes con ella y la convertiría en el blanco de sus broncas. No yo.

De continuar con vida, se habría marchado a la facultad antes de que él entrara siquiera en el instituto. La intimidación entre ambos se habría reducido. Aunque a él le doliera un poco, se habría entregado a sus amigos, como hacían los demás, no comparado a cada chica que conocía con la imagen perfecta de Lizzy, porque Lizzy acudiría a casa por vacaciones y él no la necesitaría tanto; el estilo fresco de cualquier otra chica, o su aspecto o su actitud le habrían intrigado en vez de inspirarle rechazo. Se habría enamorado la típica docena de veces y ahora mismo, de tener aquellos millones de dólares, no estaría vagabundeando por Norteamérica tomando prestados los sueños de los demás. Estaría en casa, y todo lo hecho, ganado, construido y conseguido habría sido por su esposa, sus hijos, su futuro. Juntos habrían inventado sueños propios, sueños que compartir, sueños suficientes para compartirlos libremente con desconocidos en vez de tener que ir a comprarlos.

Los hombres adultos no comparten la vida con sus hermanas, la comparten con sus esposas.

Se sintió enfermo por la sensación de pérdida. ¿Qué he estado haciendo todos estos años? ¿Cuan estúpido podía ser un tipo razonablemente inteligente?

Aquella revelación le causó tal impacto que tuvo que parar en un aparcamiento de Herndon Parkway y apoyar la cabeza contra el volante. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué lloraba como un crío de diez años? No era por Lizzy por lo que se sentía apesadumbrado, después de todo. Era por sí mismo. Era por sus propios años

perdidos.

Fueron los órganos de Lizzy los que tomaron, no los míos. Entonces ¿por qué me he vuelto tan solitario como los muertos?

Finalmente logró controlarse. Sacó un pañuelo de papel de la caja que llevaba en el asiento de pasajeros, perpetuamente vacío, se secó los ojos, se limpió las gafas, se las volvió a poner y se arrellanó para contemplar la hermosa tarde que le rodeaba. Los coches entraban en el aparcamiento. La gente entraba y salía de sus casas, donde algunos vivían solos y otros tenían compañeros y algunos una esposa o un marido y algunos hijos, y cada uno de ellos tenía una vida con más sentido que la de Quentin Fears.

Allí estaba ella, subiendo las escaleras del último edificio situado a su derecha. Pudo verle la cara claramente mientras rebuscaba las llaves en el bolso. No, no se parecía a Lizzy después de todo, no tanto como le había parecido en la tienda. Pero sus movimientos eran iguales, o muy similares; eso no se lo había imaginado. Y tenía el pelo casi como el de Lizzy, ¿no? ¿Lizzy lo llevaba de esa manera o de una muy parecida? Largo, en cualquier caso.

No era Lizzy en realidad. Pero (y eso fue lo que le sorprendió) seguía pareciéndole atractiva. Seguía resultándole interesante. La forma en que dejó de buscar, se enderezó, alzó la mirada al cielo con desesperación y luego introdujo una última vez la mano en el bolso para sacarla, un instante después, agarrando las llaves con su gran anillo de latón.

¿Cómo podía haber pasado por alto algo de ese tamaño dentro del bolso? Introdujo en la cerradura la llave correspondiente, entró y cerró la puerta tras ella. Las luces se encendieron. Estaba en casa.

Pero yo no estoy en casa. Ni aquí ni en ninguna parte.

Más que ninguna otra cosa Quentin quiso salir del coche y acercarse a aquella puerta, llamar, sonreír tímidamente cuando ella la abriera y...

¿Y qué? ¿Mentir? Lo siento, parece que me he dejado las llaves dentro del coche, ¿puedo usar su teléfono para llamar a un cerrajero? Perdona, pero me fijé en usted en el supermercado y se parece tanto a mi hermana muerta que quiero pasar algún tiempo con usted, pensar en ella y llorar... ¿tiene unas cuantas tardes libres?

Probablemente ella tenía un marido allí dentro esperándola o que no tardaría en llegar a casa. Pero mientras permaneció sentado en el aparcamiento, nadie más subió las escaleras. No había ningún marido. De algún modo, no lo había. Y la certeza creció. Yo debería ser quien subiera esas escaleras, abriera esa puerta y exclamara risueño: «Hola, cariño, estoy en casa». Se burlaría de ella por llevar un bolso tan atiborrado que no podía encontrar siquiera un llavero de latón de medio kilo.

Hola, soy un multimillonario patológicamente solitario tan lleno de ansiedad que sólo tiene usted que pensar un deseo y yo lo haré realidad. ¿Le importa si entro?

Puso el motor en marcha y se fue. Estaba oscuro. Había permanecido allí sentado durante casi tres horas. Cuando regresó a su apartamento los pastelitos de carne no

estaban congelados, de hecho ni siquiera fríos. Se pasó media hora sacándolos a cucharadas de las bandejas y tirándolos a la basura. Luego se dirigió al Río Grande y, ante un plato de tamales de cerdo y una botella de sangría Peñafiel, planeó cómo averiguar quién era ella y, más concretamente, cómo apañárselas para conocerla antes del fin de semana.

3

EN EL JARDÍN

Lo primero que averiguó el abogado de Quentin fue que ella no era la dueña de la casa: una firma inmobiliaria la alquilaba en nombre de un grupo inversor de Atlanta que poseía veinte condominios en el complejo. Así que era de alquiler.

Pero no estaba alquilada. El inmueble seguía desocupado.

¿Entonces trabajaba para la compañía inmobiliaria? Nadie de la firma había visitado la propiedad, excepto los del servicio de mantenimiento, y no tenían ninguna empleada que encajara demasiado bien con su descripción.

¿Una inquilina anterior? ¿Familiar de un inquilino anterior? ¿Una ex esposa o una antigua amante de un inquilino anterior? ¿Una compañera de habitación o una realquilada de un inquilino anterior?

Los condominios eran relativamente nuevos. Sólo habían tenido inquilinos una vez: una familia paquistaní de cuatro miembros que esperaba que construyeran su casa en Oak Park. Ningún compañero de habitación, ningún realquilado, ninguna ex esposa o antigua amante y, aunque alguno de sus parientes se hubiera parecido a la mujer, no le habría hecho falta llave porque la esposa estaba siempre en casa, así que, ¿para qué cerrar las puertas?

La investigación le había costado unos mil dólares en abogados y detectives privados y el resultado fue nulo. Ella no existía. Ninguna mujer podría haberse acercado a la puerta e introducido una llave en la cerradura y entrado. Él no lo había visto, no había sucedido.

El sábado permaneció sentado en el aparcamiento durante media hora, tratando de decidir en qué se había equivocado. Y llegó por fin a la conclusión obvia: era un solitario enfermizo. Conjuraba imágenes alucinatorias de una mujer muy parecida a su hermana muerta para poder fantasear acerca de que la conocía y hablaba con ella y tenía a alguien con quien construir su vida. Decididamente, era el momento de empezar a salir con alguien.

El problema era que no tenía ni idea de cómo conseguirlo. Había visto fiestas de solterones en bares restaurantes como Río Grande y Lone Star y T.G.I. Friday's, y siempre le habían parecido patéticas. ¿Vienes aquí a menudo? Tienes un aspecto inmejorable, y eso que no he tomado ni una copa todavía. ¿Te invito a un trago? ¿Quieres que celebremos juntos mi ascenso? Espero que rompas con tu novio para no tener que matarlo. ¿Funcionaba de verdad alguna de aquellas frases? Y cuando lo hacía, ¿cuál era el resultado? ¿Citas de una noche? ¿Breves y tórridos romances? ¿Conducía alguno de aquellos encuentros deliberados a algo que curara la soledad en vez de aliviar simplemente los síntomas durante una hora o dos? Quentin no estaba interesado en conocer al tipo de mujer que acudía a uno de aquellos lugares buscando al tipo de hombre que esperaba conocer mujeres allí.

Pero estaba en la zona de la capital, ¿no? Había fiestas a lo grande cada noche. Quentin lo sabía porque algunos de sus nuevos socios se movían en esos círculos: el tipo que intentaba iniciar un negocio para recaudar fondos, por ejemplo; el político que intentaba dejar la política y convertirse en editor. Los dos habían invitado a Quentin al tipo de fiesta a la que acudían congresistas y generales y almirantes y subsecretarios. Había rehusado, como siempre.

Regresó a casa y los llamó a ambos. Asistió a dos fiestas una misma noche: la primera en George Town, en una embajada de segunda fila; otra en Chevy Chase, en la casa de una anfitriona otrora famosa.

—Son gente lista, Quentin —le comentó el político—. Van a descubrir enseguida que no tienes poder, así que debes tener dinero. Espero que no te importe.

—¿Estás diciendo que todos buscan descaradamente a alguien a quien explotar?

—Todos los de aspecto ansioso sí. Si los notas especialmente vivaces o fervorosos o están, ya sabes, colocados... intentan sacar algo de la noche. Así que si quieres compañía, busca a alguna que esté aburrida pero no borracha y probablemente te irá bien. Naturalmente, ésa suele ser la descripción de la esposa de alguien que no está, ya sabes, en buena forma. Así que probablemente no sólo están aburridas, sino que lo son. Y están devotamente casadas.

—Sólo quiero ver cómo son esas fiestas. ¿Qué debo ponerme?

En la primera fiesta servían cócteles antes de la cena. El futuro recaudador de fondos no tuvo el detalle de conseguirle un lugar en la mesa, pero a Quentin no le importó: tenía la otra fiesta. Aquello era un desastre; todo el mundo iba hacia arriba o, peor, hacia abajo, y se aferraba desesperadamente al prestigio. Quentin se puso a contar las operaciones de estética y lo dejó cuando se quedó sin dedos; luego se concentró en comer los exquisitos entremeses y en evitar a los borrachos.

La segunda fiesta fue mucho más agradable. La anfitriona no había perdido todo su brillo, concluyó Quentin rápidamente, era Washington lo que se había eclipsado. La mujer poseía una elegancia de antes de la guerra, pero no la segunda guerra mundial, sino más bien la primera. ¿Había sobrevivido esa época en aquella casa, la época en que todos los subsecretarios eran hombres de buena familia y antigua fortuna que servían al país por deber cívico y no por deseos de subir en el escalafón? Eso le pareció, durante la primera hora al menos. Pero luego empezó a ver que su socio tenía razón. Incluso en esa anticuada reunión había gente demasiado vehemente y gente que guardaba un poco las distancias. Imperaba el estatus tanto como en la otra fiesta, aunque, claro está, que en la otra todo era más descarado.

Yo podría haber sido como esta gente, pensó Quentin, de no haber ganado dinero siendo un buen programador en el momento justo para conseguir millones de dólares. Podría haber estado fuera mirando hacia dentro; abajo mirando hacia arriba. Ahora estoy fuera, sí, pero arriba, mirando hacia abajo. No necesito nada de lo que esta gente tiene que ofrecer. Lo que yo necesito ni siquiera les importa. Algunos de ellos probablemente lo tienen y lo están desperdiciando, perdiéndolo... una esposa o un

marido adorado a quien no se hace caso, se ignora, se lastima, se olvida en la escalada hacia la cima. Divisó un par de casos: mujeres que se sentían claramente incómodas con sus vestidos de diseño, mujeres que pertenecían a una asociación como la madre de Quentin, que llevaban galletas a la subasta. No había nada para ellas aquí. Ni siquiera sus maridos. Sus maridos estaban sí, pero no para ellas.

Había una biblioteca con estanterías hasta el techo y una escalera que recorría las paredes colgada de un raíl. Quentin había visto lugares así en las películas y la tentación de subir la escalera le venció. Sacó un libro al azar del estante más alto.

—Muy bien, puede cogerlo prestado, pero no me pierda el punto.

Quentin se volvió para ver a quién pertenecía aquella voz femenina, fuerte pero envejecida, a punto estuvo de perder pie.

—Oh, no se caiga, por favor, la fortuna de la familia no podrá soportar otro pleito. Por eso dejé de chismorrear.

Era la anfitriona. Quentin devolvió el libro a su sitio y bajó.

—No pretendía fisgonear —dijo—. Es que nunca había subido una escalera de éstas antes.

—Y yo soy demasiado vieja para hacerlo ya —contestó ella—. Por eso he hecho que mi secretaria ponga todas las novelas de misterio ahí arriba, para que no me olvide y las lea una segunda vez por accidente y luego me decepcione al ver que es sólo ésa de nuevo. Excepto que pasa de todas formas, incluso con las nuevas. Las he leído todas. Las he visto todas. Los he conocido a todos. Sirve alcohol caro a todo el mundo, y todos acaban por parecerse.

—¿Cuántas veces me ha conocido a mí? —preguntó Quentin. Como siempre, se encontró sumergiéndose en el estilo de conversación que parecía adecuado. Amable, ingenioso, algo despectivo, eso era lo que hacía falta, empuje y valentía, pero nada de sangre. No lo analizaba, sólo se metía en el papel.

—Veamos —dijo ella—. Solitario, aburrido, esperando conectar con alguien pero poco dispuesto a creer que sea realmente bueno para nadie.

—Oh, soy bastante bueno. Varón, treinta y tantos, sin barriga, todo el pelo, buenos dientes y dinero.

—Pero no quiere el tipo de mujer que lleva esa lista, ¿me equivoco?

—Entonces supongo que es usted lo que estoy buscando.

—¿Yo? No sea tonto. Me casé con mi marido por dinero y me ha ido bastante bien conservándolo a pesar de los impuestos, las recesiones, la inflación y toda esa gente que te hace mirar fotos de niños hambrientos antes de permitirte decir que no a sus obras de caridad.

—¿Lo sabía él? ¿Que se casó por dinero?

—Querido, en aquella época a la gente decente ni se le ocurría casarse por otro motivo. Mi familia poseía una antigua fortuna y la de él era de nuevos ricos. La mía tenía más prestigio y la de él más ceros a la derecha. Su madre consiguió que mejores invitados asistieran a sus fiestas y yo ayudé a vivir a mis hermanas al estilo al que

estaban acostumbradas hasta que se casaron con hombres aún más ricos que mi Jay. Todo el mundo salió ganando.

Él no había advertido que aún quedaba gente que vivía en un mundo como el de Jane Austen.

—¿Lo amaba usted?

—¿A Jay? Creía que no, hasta que tuvo un lío con una secretaria durante la guerra y estuve locamente celosa durante un tiempo; pensé que eso significaba que lo amaba. Más tarde, cuando su libido se calmó, conseguimos dedicarnos a la jardinería durante unos años antes de que él contrajera el mal de Alzheimer a los sesenta y se apagara y muriera. Creo que lo amé durante esos pocos años. Según mi experiencia, eso está por encima de la media. No todo el mundo pasa esos años en el jardín.

—Yo ni siquiera tengo el jardín.

—Ni nosotros, hasta que lo plantamos juntos. —Sonrió, pero Quentin vio que el momento de las confidencias había pasado. Estaba dispuesta a marcharse. Así que se lo puso fácil.

—Me siento culpable. Estoy monopolizando a la anfitriona.

Ella lo estudió un instante, como si decidiera un veredicto.

—Hay una joven muy lista en el porche trasero, admirando un cerezo que no ha dado frutos aún pero que conservo porque mi Jay y yo lo plantamos juntos y él me besó allí. Es un sitio mágico, y estaba recorriendo la fiesta en busca de alguien para enviárselo.

—Si la entretengo charlando mucho tiempo más, dudo que siga allí.

—Oh, le dije que si se marchaba de ese sitio antes de que usted llegara, nunca la dejaría volver a entrar en mi casa.

—¿Le dijo que me iba a enviar a mí? Pero si ni siquiera me conoce.

—Le dije que iba a enviarle a un joven con el que quería que fuera amable porque se sentía muy solo en esta fiesta.

—¿Tan evidente era?

—No. Siempre hay un joven solitario en mis fiestas. La tendencia a ser solitario forma parte de la naturaleza de los jóvenes. ¿Se considera usted un caso único?

—Así que es usted una casamentera.

Ella se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, a paso lento aunque sin perder tiempo.

—Tengo un jardín que no se utiliza lo suficiente, eso es todo. Considérese abono para las plantas.

Dicho esto se marchó de vuelta a la fiesta.

La joven estaba en el jardín, como había prometido la anfitriona. Por un instante, al verla de espaldas, a Quentin le pareció que la conocía. Incluso pensó, descabelladamente, que era ella, la mujer que había visto en el supermercado y luego en la puerta de la casa. Pero entonces ella se volvió y su pelo era rojizo y su rostro no se parecía en nada al de Lizzy o al de la otra mujer, aunque era bastante bonita. Se

aburría, pero era bonita.

—¿Así que usted es el joven solitario? —preguntó la mujer.

—¿Y usted es la que se supone que va a animarme?

—Es toda una casamentera. Pero se le olvidan las cosas; como, por ejemplo, que ésta es la tercera vez que me hace esperar bajo el cerezo.

—¿He de suponer que las veces anteriores no funcionó?

—Una de ellas sí. No encontré el verdadero amor, pero sí un candidato al Congreso por un barrio de Filadelfia.

—¿Es usted de allí?

—No, él lo era. Yo soy una cazadora de cabezas, señor...

—Fears.

—Oh, parece peligroso. O al menos hostil.

—Sí, suena a feroz, pero se deletrea F-E-A-R-S.

—Qué contradicción tan interesante —dijo ella—. Escrito, es usted tímido. Hablado, es peligroso.

—Por desgracia, no soy candidato a nada.

—Ni yo. No trabajo esta noche. En realidad estoy aquí en honor a los viejos tiempos. Quiero a la gran dama, y me gustan su jardín y sus dotes de casamentera. Tenía que venir a una fiesta más antes de marcharme.

—¿El trabajo ha perdido su encanto?

—Supongo. Ambos partidos son simplemente demasiado ideológicos para mí. Insisten en nombrar a personas horribles porque tienen las opiniones correctas sobre los temas clave. No quieren el tipo de candidato que a mí me gusta buscar.

—¿Y es?

—Equilibrado. De mente abierta. Ambicioso pero con principios. Razonable. Con encanto televisivo y elegible, pero también trabajador e inteligente y lo suficientemente honrado para que yo me sienta orgullosa de haberle ayudado a empezar.

—¿Es realmente una carrera? Me refiero a encontrar candidatos.

—Siempre pienso que las mejores personas para los cargos públicos son los que nunca se imaginarían en un puesto así. Alguien tiene que ponerle el cascabel al gato.

—¿Y qué hará usted ahora?

—¿Le soy sincera? No tengo ni idea.

—Pero con todos los candidatos que ha encontrado, sin duda habrá alguno al que pueda ayudar a iniciar una carrera...

—Para ser sincera, señor Fears, el único candidato que encontré fue el que conocí bajo este cerezo, y dimitió después de una legislatura. No era realmente mi carrera porque nadie me pagaba por ello. Era mi... vocación.

—¿Cuál es su carrera?

—Burócrata de nivel medio. Pero tengo este rostro y me sientan bien los vestidos de noche y me invitan a fiestas los jefes que necesitan una acompañante para un

visitante de fuera... todo legítimo, se lo aseguro. Mantengo los ojos abiertos, esperando encontrar al candidato para el cargo a quien yo pudiera votar con la conciencia limpia. Mi sueño era encontrar a un presidente.

—¿Y ahora se ha rendido?

—Los partidos están controlados por bocazas de izquierdas y de derechas. No hay espacio para mis sueños en esta ciudad. —Se estremeció, aunque la noche era simplemente fresca, no fría—. No puedo creer que le esté contando todo esto. No se lo cuento a nadie. Supongo que está usted oyendo mi canto del cisne.

—Siento curiosidad por saber qué le impulsó a tener esos sueños políticos.

Ella le miró con ferocidad y le agarró el brazo.

—Porque amo el poder, señor Fears. El poder usado sabiamente y bien, el poder usado para hacer que la gente se sienta más segura y más libre y más feliz. Pero es el poder lo que amo, aunque deba pretender que no es así. Como si alguien viniera a esta bendita ciudad por otro motivo.

—¿Entonces por qué no se presenta usted al cargo? —preguntó Quentin.

Ella sonrió.

—Los votantes no se toman en serio a las mujeres bonitas.

Quentin casi dijo en voz alta: «Usted no es tan bonita».

Ella se rió como si lo hubiera oído.

—Tengo encanto televisivo. La cámara me adora. Tendría que ver mi carnet de conducir, la foto de mi anuario. Juro que nunca salgo mal en una foto. Es una maldición. Soy mucho menos atractiva en persona.

Quentin se echó a reír y sintió algo en su interior relajarse por primera vez en veinte años. Algo que ni siquiera sabía que estuviera agarrotado.

—Bueno, ojalá hubiera visto su foto antes de conocerla.

—No, es mejor así. Se habría sentido demasiado intimidado.

—Ahora tendré que ver su carnet de conducir, ¿sabe?

Ella se encogió de hombros, abrió el bolso y sacó la tarjeta de plástico.

Él la miró, acercándola a la luz.

—¿Me equivoco al pensar que se puso usted bizca para la foto del carnet de conducir?

—Saqué la lengua la primera vez, pero me hicieron repetirla. Se enfadaron mucho.

—Puede que ésta sea la foto de carnet más fea que he visto jamás.

—¿Eso cree? ¿Ha visto muchas o sólo lo dice por decir?

—¿Qué hizo para la del anuario del instituto, se metió el dedo en la nariz?

—Tenía amigos en la redacción del anuario. Consiguieron colar una foto de mi nuca. Sólo se me veían los rizos y la cabeza desde atrás. Se metieron en un buen lío hasta que mis padres acabaron por creerme cuando les dije que había sido idea mía.

Su nombre, según el carnet de conducir, era Madeleine Cryer.

—Señorita Cryer —dijo él, con la intención de preguntarle si podía volver a verla.

—Lámeme Madeleine, por favor.

—Entonces tendrá que llamarme Quentin.

—¿Se llama así?

—Sí.

—Qué insoportable. Es un nombre terrible para alguien que ya tiene que soportar un apellido extraño. ¿No le querían sus padres? ¿Le pegaron mucho en el colegio?

—Todo el mundo me llamaba Quen.

—Quentin. ¿No es eso el nombre de una prisión?

—Alguien me preguntó hace poco si me lo pusieron por el tipo ese que rodó *Pulp Fiction*. Aunque debo tener quince años más que él.

—Tengo que llamarle de otro modo. Tin. Tengo que llamarle Tin.

El viejo mote que empleaba Lizzy. Le impresionó tanto que se quedó sin aliento.

—No se enfade conmigo —dijo ella—. No tendría que haberme burlado de su nombre.

—No estoy enfadado —respondió él. Y luego se rió—. En realidad, la enfadada es usted.

Ella pilló el chiste al momento y dio un respingo.

—Supongo que si puedo llamarle Tin, usted puede llamarme Mad. —Alzó una ceja—. ¿Puedo llamarle Tin?^[1]

—Sólo si cena conmigo. ¿El lunes?

—Iba a regresar a casa mañana.

—¿Dónde es casa? —preguntó él.

—La vieja mansión familiar está Hudson arriba. Normalmente vuelo hasta Newark. Ya he enviado a casa la mayor parte de mis cosas. No es que tenga mucho. Viajo sin lastres, vivo sin lastres.

—Río arriba, en el Hudson. No conozco ningún buen restaurante allí. Así que tendrá que escoger usted.

—Oh, no sea absurdo. No volaría hasta Nueva York sólo para cenar conmigo.

—Oh, ¿tan excesivo es?

Ella estudió su rostro durante un momento, quizá tratando de encontrar la ironía en sus palabras.

—Es usted muy dulce.

—Mis compañeros de clase me eligieron el chico con quien más probablemente tu madre querría que salieras.

—Creo que podría ser usted el tipo ideal con quien mi madre querría que saliera. Mi abuela no estaría de acuerdo, claro, pero ¿quién se preocupa por ella?

—Déjeme conocer a su abuela y le prometo que me la meteré en el bolsillo.

Ella sonrió vagamente y apartó la mirada.

—Tal vez no me marche todavía.

—Pero si ya ha enviado todas sus cosas a casa...

—Como le decía, viajo ligera de equipaje. ¿Dónde va a llevarme a cenar?

—Soy nuevo por aquí. He estado viviendo en Herndon. Dígamelo usted.

—¿Cuál es su presupuesto? Porque va a pagar usted, ¿sabe?

—Puedo permitirme al menos una buena cena en un lugar realmente agradable.

—Ni siquiera sé cómo se gana la vida.

—Ahora mismo no trabajo, pero tengo algo ahorrado del último empleo.

—Si dice en serio lo de un lugar realmente agradable, hay un restaurante francés cerca de Herndon. Chez Francois algo más. Cerca del Potomac. Nunca he comido allí, pero he oído decir que es bueno. El tipo de lugar donde te recogen las migas entre plato y plato.

—Caray —dijo Quentin—. Eso sí que es clase.

—Deme su número, yo le llamaré cuando haga la reserva.

—Puedo encargarme de eso, ¿sabe? —dijo Quentin, escribiendo su número local en una tarjeta de visita.

—Pero yo no voy a darle mi número, ¿y entonces qué haría con la reserva?

—Llevar a su abuela. —Le tendió la tarjeta.

—No tengo número de teléfono y no estoy segura de con qué amigos me alojaré cuando no coja el vuelo mañana. Así que no estoy siendo poco amistosa. Llamaré.

—He oído esa frase antes.

—No —dijo Mad—. Eso es lo que dicen los hombres, así que sé que no la ha oído, y no creo que la haya dicho usted nunca.

—¿Tan ingenuo parezco?

Ella le acarició ligeramente la mejilla.

—Creo que es usted dulce.

—Pero no poderoso.

—Ya se lo he dicho... el poder era mi sueño. Usted es real.

Se dio la vuelta y se marchó.

—¿Puedo llevarla a casa? Adondequiera que vaya a alojarse esta noche.

Pero ella siguió caminando como si no lo hubiera oído. Quentin dio unos cuantos pasos tras ella, luego se lo pensó mejor; después volvió a pensárselo y la siguió de todas maneras, pero ya se había abierto paso entre la multitud y no estaba en ninguna parte de la casa.

Naturalmente, no iba a llamar, lo sabía. Pero, con todo, había pasado media hora maravillosa junto al cerezo seco. Tal vez ella no se pareciera a Lizzy como se parecía su alucinación, pero se comportaba con él del mismo modo juguetón que Lizzy. Era la primera vez que disfrutaba de la compañía de una mujer como tal. Era posible. Eso era lo que significaba esa velada. Había esperanza de que encontrara a alguien. Había mujeres realmente interesantes allí fuera e incluso algunas podrían encontrarlo interesante a él, no por su dinero, sino por su conversación, su compañía. Se negó a sentirse decepcionado porque aquel encuentro en concreto no le hubiera llevado a ninguna parte. Era suficiente que Madeleine Cryer hubiera abierto una puerta cerrada hasta entonces.

Y al día siguiente, el domingo por la tarde, ella llamó. Cenaron esa noche. Se vieron para almorzar al día siguiente, una merienda junto a las Grandes Cascadas del Potomac. Abordaron el delicado tema del dinero y cada uno de ellos confesó que tenía un poco. La fortuna de ella era mucho más antigua, la suya mucho más grande, pero no sería una barrera entre ambos. Esa tarde Quentin compró dos bicicletas de carreras inglesas y a la mañana siguiente hicieron todo el trayecto desde Purcellville hasta Mount Vernon y, al final, con las piernas de goma y cubierto de sudor, Quentin le pidió que se casara con él y ella dijo que sí, siempre y cuando prometiera no hacerla ir en bicicleta hasta tan lejos nunca más.

ACUERDO PREMATRIMONIAL

Todo parecía ir muy bien. Sí, él todavía sentía una ligera preocupación en el fondo, sobre el comienzo de su relación (viendo en alucinaciones una versión adulta de su hermana muerta), pero con Madeleine en su vida Quentin empezó a darse cuenta de lo profundamente infeliz que había sido todos esos años. Bastaban aquellas pequeñas cosas. Su sonrisa, su mano apoyada en la suya, y él brillaba interiormente y notaba que tenía una sonrisa tonta y asentía a todo lo que ella sugería y se decía: ¡Esto está muy bien! ¡Esto es lo que los demás han sabido todos estos años y han tratado de decirme! Esto es lo que sostuvo a mis padres aunque su hija murió, aunque su hijo se convirtió en un extraño recluso vagabundo, porque había esto entre ellos, tenían este secreto que no adivinas desde fuera, tienes que estar dentro, y entonces todo está tan claro, transforma el mundo como cuando consigues tu primer par de gafas y de repente eres capaz de leer todos los carteles y reconoces a la gente desde lejos y distingues cada pájaro en el cielo. Así es cómo se sentía Quentin y, por lo que a él respectaba, no le importaba seguir así durante el resto de su vida.

Voló a San Francisco para reunirse con algunos de sus asociados más antiguos. Al final del viaje se detuvo a ver a su abogado, Wayne Read, para encargarle que realizara los cambios que el matrimonio requería, como reescribir el testamento y cambiar el beneficiario de sus pólizas de seguro.

—¿Tiene ella abogado? —preguntó Wayne.

—No lo sé.

—¿Tiene dinero? ¿Posee bienes?

—No lo sé.

—Necesito saberlo si se supone que voy a escribir unilateralmente el acuerdo prematrimonial o negociarlo con otro abogado. Necesito saber si tiene bienes que proteger o si sólo tengo que preocuparme de lo tuyo.

Quentin se molestó.

—No quiero que protejas mis bienes. Cuando nos casemos serán nuestros bienes.

—¿La conoces desde hace cuánto, semana y media?

—Pero la he estado esperando toda mi vida.

El abogado se lo quedó mirando.

—Lo he dicho en broma —dijo Quentin.

—No, lo decías en serio. Escucha, Quen, he sido tu abogado desde que pudiste permitirte uno. Sé que te has sentido miserablemente solo todo ese tiempo. Ahora te has enamorado y no quieres ni pensar que puede suceder algo malo. Pero todos estos años me has estado pagando para que sea el amigo que siempre te dice la verdad, el amigo que puede darte las malas noticias.

—El amigo que me cobra trescientos pavos por hora.

—El amigo cuyo trabajo es saber mucho más que tú sobre cómo funciona el mundo, e impedir que te atropelle la maquinaria pesada.

—Metafóricamente hablando.

—A veces la gente no es lo que parece.

—Eso ya lo sé, Wayne.

—No, no lo sabes, Quen. Porque tú eres exactamente lo que pareces, y por eso siempre das por supuesto que las otras personas también lo son.

—He tenido socios que me han estafado.

—Que trataron de estafarte. Yo redacté contratos demasiado buenos para que tuvieran éxito.

—Se marcharon con el dinero.

—Sólo porque tú los dejaste. Sólo porque tú no me dejaste demandarlos o presentar cargos.

—Sólo era dinero.

—No, después de que te lo quitaran fue sólo dinero. Cuando tú lo tenías, era algo más. Era semilla fértil. Era el poder de la vida. En tus manos el dinero hace crecer cosas. En las suyas compraba coches nuevos y televisores y cenas fuera de casa y entonces desaparecía y no surgía nada.

—Te digo que no me importa lo suficiente el dinero para necesitar un acuerdo prematrimonial. Si Madeleine resulta ser un fraude o si el matrimonio sale mal o algo, ¿no crees que eso será mucho más devastador que perder unos cuantos millones de pavos en un piojoso acuerdo de divorcio? Si pierdo a la mujer que amo, ¿a quién le importa el dinero?

—Quentin, hablas así porque nunca has perdido ninguna de las dos cosas. Los corazones rotos sanan. Pero cuando una fortuna se pierde, es para siempre.

—Aún puedo trabajar.

—No, Quen. Ahora programan Pentiums y chips de PowerPC y lo hacen en lenguaje C. No sabes nada de eso.

—Ella no va a divorciarse de mí y no va tras mi dinero. ¿Podemos pasar al asunto que me ha traído aquí?

Así lo hicieron y no tardaron mucho. El nuevo testamento tendría efecto desde el día en el que el matrimonio fuera válido, Madeleine se convertiría en cobeneficiaria de sus pólizas de seguro, junto con sus padres.

Wayne se levantó de detrás de la mesa.

—Me alegro mucho por ti, Quentin. El verdadero amor es raro.

Quentin se levantó también y le estrechó la mano.

—Espero que no me vayas a cobrar ese consejo.

Wayne se rió con sequedad.

—Ya que de todos modos no me escuchas, continuaré y haré la pregunta realmente molesta. ¿Tienes los resultados de su prueba del VIH?

Quentin retiró la mano.

—Wayne, te ocupas de mis papeles, no de mi vida sexual.

—Olvida las pruebas del VIH entonces, pero al menos dime que has estado usando protección.

—Wayne, te estás pasando.

El abogado no intentó disculparse. Simplemente lo miró, esperando una respuesta.

—Pero, para tu tranquilidad —dijo Quentin por fin—, Mad y yo no nos hemos acostado.

Wayne pareció sinceramente sorprendido.

—¿Estás viviendo en un bucle temporal?

—Los sesenta nunca entraron en mi casa, y eso significa que los noventa no tienen nada con lo que escandalizarme.

—¿Nunca has intentado acostarte con ella?

—Wayne, puedes callarte cuando quieras. —Quentin seguía sonriendo, pero de un modo forzado.

—Probablemente a estas alturas se estará preguntando si eres gay.

Quentin se detuvo en la puerta y dijo:

—Wayne, puede que te consideres un amigo pagado, pero yo te considero mi abogado. Todo lo que tenga que ver con mis negocios es asunto tuyo pero todo lo que pase con mis calzoncillos queda entre yo y mi lavandería.

—El matrimonio es un contrato, Quentin. Y mi obligación es advertirte si caminas borracho por el borde de un precipicio. Enhorabuena por la boda, sin embargo. Estoy seguro de que serás muy feliz.

Quentin dejó que la puerta diera un levísimo golpe cuando salió.

Pero Wayne había dicho lo que dijo, y ahora Quentin no podía sacárselo de la cabeza. Eran los noventa, después de todo. No estaba tan desconectado del mundo que lo rodeaba para no saber cómo habían cambiado las cosas desde que estaba en el instituto y los chavales que conocía tenían que esforzarse para cogerle la mano a una chica, no digamos ya para besarla. Estaba al corriente de la revolución sexual y la posterior aparición del herpes y el sida. Esos casos simplemente no habían tocado su vida porque él era uno de los chicos buenos que no jugueteaba por ahí. ¿Pero qué pasaba con Madeleine? Era impensable que alguien como ella, en los noventa, no hubiera tenido un montón de pretendientes. ¿Los habría correspondido? Unos cinco años antes, alguien de NPR había dicho que, cuando te acuestas con alguien, te acuestas también con todo el mundo con el que se ha acostado esa persona. ¿Con cuántos tipos se había acostado Madeleine? Hasta su conversación con Wayne Read, había dado por hecho que Madeleine era virgen igual que él. Ahora que lo pensaba, se daba cuenta de que siempre había tomado a todas las mujeres por vírgenes.

Wayne tenía razón. Vivía en un bucle temporal.

Era absurdo. ¿No había que medir a todo el mundo con el mismo rasero? Sin embargo, de un tipo que se preocupaba por si su prometida era virgen, se sospechaba que era un hipócrita que se había acostado con todas.

Y no era sólo una cuestión de anteriores relaciones y enfermedades de transmisión sexual. Quentin era un ingenuo sin remisión. Había artículos periodísticos en todos los kioscos que hablaban de técnicas para satisfacer a las mujeres en todo momento, pero Quentin no había leído ninguno de ellos.

¿Esperaba Mad que conociera todas esas técnicas? ¿Funcionaban siquiera? ¿Era difícil aprenderlas? Qué romántico si en su noche de bodas se veía obligado a detenerse para consultar un manual.

Tenía un par de horas que matar antes de la salida de su vuelo. En vez de devolver el coche alquilado, pasó de largo Bayshore y salió de la autopista en Hillsdale Malí con la intención de comprar un libro que lo ilustrara acerca de cómo ser un buen amante... sabía que ninguna librería respetable carecería de unos cuantos títulos sobre el tema. Pero para su desconcierto, Hillsdale era aparentemente el único centro comercial de Estados Unidos sin una sola librería.

Acabó en el kiosco del aeropuerto. Un ejemplar de *Cosmopolitan* se ofrecía a explicar de qué modo una mujer podía satisfacer a un hombre; pero ése no era el tema que estaba buscando. Durante el vuelo se dispuso a ver la película, se aburrió y trató de dormir; acabó intentando repasar lo que recordaba de las charlas de vestuario del instituto, y del cine y la televisión. Acariciar pechos era magnífico, lo sabía. Pero ¿era magnífico para el chico, para la chica o para ambos?

Estaba cubierto de sudor frío, allí en el asiento del avión, como si acabara de despertar de un sueño en el que te encuentras sobre un escenario y tienes que decir unas cuantas frases de una obra sin saber de qué obra se trata y sin haber asistido a ningún ensayo. Sudaba y temblaba porque iba a tener que quitarse la ropa y acostarse con una mujer que esperaba mucho de él y la defraudaría. Iba a estropearlo todo. Recordó un par de películas en las que algún chico adolescente tenía su primera oportunidad con el sexo y se excitaba tanto que acababa antes de que la chica hubiera empezado. Al parecer eso era la cosa más degradante y humillante que podía sucederle a un hombre. El desprecio de la mujer lo destruiría en el acto. Siempre había considerado eso una exageración cómica; esas cosas nunca sucedían o, si lo hacían, no resultaban tan dramáticas. Pero ahora sabía que le sucedería a él y sería un gran problema, y ella le despreciaría.

Habría tenido un pase cuando era joven y una nulidad sexual en una cultura (la de sus padres) que valoraba la castidad. Pero desde luego ahora no le favorecía.

Y luego estaba lo último que había dicho Wayne: que Madeleine podría estar preguntándose si era gay. La había besado unas cuantas veces, y le había parecido muy bien, y cada una de esas veces había tenido una indicación bastante buena de que estaba orientado hacia la heterosexualidad. Pero ella no podía saberlo, ¿no? ¿Buscan las mujeres ese tipo de cosas?

El hombre que estaba sentado a su lado volvió del lavabo y miró la forma en que Quentin se aferraba a los brazos de su asiento.

—Sí, yo también solía volar con los nudillos blancos de tanto apretar.

Quentin sonrió débilmente y desvió la mirada. No se molestó en explicarle a un desconocido que tener un accidente de avión le parecía una idea bastante buena en comparación con el terror que le inspiraba acostarse con la mujer que iba a ser su esposa. Treinta y cuatro años.

Tenía que resolver la cuestión antes del matrimonio. No acostarse con ella... no te tiras por el acantilado la primera vez que haces *rappel*. Tenía que intentar algo. Moverse.

Desde el aeropuerto de Dulles condujo hasta Reston Parkway. Encontró una fructífera sección de libros sobre sexo en la sección de autoayuda de la librería Little Professor, justo antes de que cerrara. Se fue a casa y estaba leyendo ya, tratando de imaginarse a sí mismo y a Madeleine haciendo esas cosas, cuando ella llamó.

—¿No ibas a telefonarme? —le preguntó.

—Ésa era mi intención pero estoy agotado. He supuesto que no querrías hablar con alguien tan atontado como estoy yo ahora mismo.

—¿Significa eso que no quieres que me pase por ahí?

Así eran las cosas: ella siempre se pasaba por su apartamento porque se mudaba de un sitio a otro, para acampar en los sofás de los diminutos apartamentos de sus amistades. Su teléfono era móvil, así que el número era siempre el mismo, no importaba dónde se alojase. Él se había ofrecido a instalarla en un hotel, pero ella se rió.

—No quiero que te gastes el dinero en algo tan estúpido cuando puedo quedarme gratis en casa de mis amigos. Todos me deben favores, así que no te preocupes.

Quentin nunca conocía a ninguna de sus amistades. ¿Estaba avergonzada de él? ¿O de ellos? No importaba. Era a ella a quien quería, no a sus amigos.

Así que, si iban a encontrarse, sería ella la que acudiría.

—Son más de las diez —protestó Quentin tímidamente.

—Tengo dos barras de helado de chocolate con galletas Ben and Jerry's.

—Yo tengo platos y cucharas.

—Entonces estamos hechos el uno para el otro. Estaré ahí dentro de un minuto, Tin.

Ni siquiera durante la semana de exámenes en la facultad había leído tan fervorosa y rápidamente, ni con tanta intensidad, como lo hizo durante los veinte minutos en que esperó su llegada.

Cuando Mad llegó, Quentin ya se había decidido en contra de la mayoría de las cosas que sugerían los libros. Tal vez la gente que llevaba diez años casada se sentía lo suficientemente cómoda para hacer cosas así con su pareja, pero no podía imaginarse a sí mismo intentando hacerlas con Mad. Todo lo que quería era ver si podía, como sugerían los libros, producirle algún tipo de placer durante los arrumacos

previos; y, por supuesto, convencerla con ello de que era normal, aunque inepto. Quizá también esperaba ver si ella, a su vez, estaba interesada en él sexualmente. Obtendría, en resumen, una gran cantidad de información a partir de lo que sería, de hecho, un acontecimiento sin demasiada trascendencia. Además, repasar los libros, a pesar de la rapidez y la urgencia, le había dejado en un estado de confusa excitación. O, para usar unos términos más gráficos de calentura galopante.

Hablaron, comieron helado, se rieron, se sentaron a ver las noticias y luego tal vez pillar a Letterman antes de que ella volviera a casa, y allí en el sofá, con el hombre del tiempo mostrando sus frentes de bajas presiones, Quentin acarició la mejilla de Mad y volvió su rostro hacia él y la besó y advirtió por primera vez lo castos que habían sido todos sus besos, y por eso intentó meter la punta de la lengua entre los labios de su compañera durante el beso y...

Y se acabó el beso. Ella pareció bastante sorprendida y se rió nerviosa y lo rodeó con sus brazos y hundió el rostro contra su hombro.

¿Lo había hecho mal? Incluso los adolescentes granujientos usaban la lengua cuando se besaban, por el amor de Dios... ¿ni siquiera podía él conseguir eso?

No, sólo la había sorprendido, eso era todo.

Le acarició la espalda. Ella se rió.

—¿Qué?

—Me haces cosquillas. ¿Qué pretendes?

—Intento, uh, llegar a un nuevo nivel de intimidad física en nuestra relación. — Ella le miró como si estuviera loco—. Mira, yo... acabo de pensar que tal vez sea hora de que nosotros...

¿Nosotros qué? La única imagen que acudía a su mente era la más extraña de las sugerencias ofrecidas por los manuales de sexo. Eso no era en absoluto lo que quería hacer, al menos no esa noche, pero seguía teniendo esa imagen en la *cabeza*, y prácticamente le quitó de la mente las palabras que pretendía decir.

Pero al parecer ella interpretó su silencio de la peor forma posible. Se estremeció llena de repulsión y se levantó de un salto del sofá.

—¡No! —gritó—. ¿Quieres hacerme vomitar?

Esta reacción superaba con creces sus peores temores.

—No he hecho más que...

—Si piensas que voy a hacer algo tan repugnante contigo por amor o dinero...

¿A qué creía que se refería él? Como no había especificado nada... ¿quería decir que se negaba rotundamente a practicar el sexo?

—Vamos a casarnos —dijo Quentin—. La gente casada normalmente se acaricia sin que nadie vomite. La mayoría de la gente asume que casarse significa que en algún momento uno...

—¡Te odio!

Nunca la había visto así. Recogió frenéticamente el bolso y se puso los zapatos (o más bien se los puso a medias) y caminó cojeando hasta la puerta hasta que por fin

terminó de calzarse. Dio un portazo al salir, o al menos lo intentó, ya que el burlete de la puerta impidió que hiciera un ruido satisfactorio. Cuando Quentin logró reaccionar, ella ya se marchaba en su Escort.

Trató de llamarla esa noche y a la noche siguiente, pero sólo se comunicó con el buzón de voz de su teléfono móvil. Y mientras tanto, no dejaba de preguntarse en qué se habría equivocado. ¿Cuáles creía ella que eran sus pretensiones? Estaban prometidos, ¿no? No es que pretendiera acostarse con ella esa misma noche... tenía intención de esperar hasta que estuvieran casados. Lo habían educado de esa forma. Pero ¿no podía tocarla? ¿O lo hizo tan mal que físicamente la llenó de repulsión?

¿O no se trataba de él? Tal vez ella fuera... ¿qué, frígida? ¿Existía eso en realidad? Tenía entendido que las feministas defendían que la frigidez era un mito que los hombres inventaban para explicar por qué las mujeres no querían acostarse con palurdos ignorantes y sudorosos. Ciertamente, él era ignorante y probablemente estaba sudando... pero ¿palurdo? Difícilmente. ¿Le había sucedido algo a ella en la infancia que la hacía interpretar todos los avances sexuales como algo vil? Por la tarde compró un par de libros más, esta vez sobre disfunciones sexuales, y leyó intensamente hasta que se quedó dormido junto al teléfono mudo, la quinta de sus abyectas disculpas y súplicas sin ser respondidas por el buzón de voz.

A la mañana siguiente se despertó con el timbre de la puerta. Insistentemente, ring, ring. Aturdido, trató de responder al teléfono, que no sonaba, y se levantó, se puso una bata, y se dirigió a la puerta.

Era Madeleine, con un ramo de margaritas y aspecto de no haber dormido mucho la noche anterior.

—Debes odiarme —dijo.

—Creía que tú me odiabas.

—¿Puedo pasar?

—Sí, por supuesto, entra.

—Tienes que comprender que yo... me pasé la otra noche. Pensaba que eras... oh, ¿a quién le importa lo que pensaba? Quiero casarme contigo, sabes, y por supuesto que el matrimonio significa intimidad física, pero es que yo... bueno, nunca he estado así con un hombre, sabes, y por eso lo... lo siento mucho.

—Mad, no importa, no hay nada de lo que disculparse; supongo que fui muy insensible, yo sólo...

—No, fue culpa mía, yo...

—¿No has recibido mis mensajes?

—Los he escuchado una y otra vez. No podía creer que aún me quisieras después del modo en que actué. Yo no... no te he llamado porque no sabía qué decir...

—Al menos déjame poner esas flores en agua. Y dame el abrigo. ¿Tanto frío hace esta mañana?

Sacó una jarra de cristal de la alacena y metió las margaritas. Tenía intención de llenarla de agua, pero antes se volvió para hablarle a ella y vio que se había desabrochado el abrigo y no llevaba nada debajo.

El abrigo resbalaba por sus hombros cuando Mad vio la expresión de su cara. Debió ser una expresión de horror... No es que no fuera hermosa, tenía un cuerpo perfecto, pero por su modo de actuar dos noches antes era demasiado, y además, Quentin estaba aterrado, no sabía qué hacer. Dejó caer la jarra en la encimera, sólo desde unos cuantos centímetros de altura, así que no se rompió, y el asa impidió que rodara.

El rostro de ella pasó de la sonrisa a la vergüenza, a la consternación. Volvió a subirse el abrigo, se envolvió en él, se desplomó en el sofá en posición fetal y empezó a gemir.

—Lo he estropeado otra vez. ¡Soy tan estúpida! No puedo creer que yo...

—No, no, Mad, tranquila, es que... quiero decir que ha sido muy dulce por tu parte, pero no es eso lo que quería la otra noche.

—Pero se suponía que eso era muy excitante, o como se diga. Esa revista decía...

El se rió en voz alta.

—No te rías de mí —dijo ella apenada—. Estoy aquí sentada desnuda con un abrigo forrado de poliéster y el poliéster me produce alergia.

—No, ven aquí, ven conmigo.

La levantó del sofá, tratando de no advertir cómo el abrigo se abría y ella no podía cerrarlo bien mientras él le sujetaba una mano.

—Ven aquí.

La condujo al dormitorio.

—Tienes que ver esto —dijo. Se agachó y recogió el montón de manuales que había estado estudiando—. ¿Has leído por casualidad alguno de éstos?

Ella miró los títulos y cayó en la cuenta de lo que significaban. Se echó a reír también.

—Oh, estás bromeando. ¿Tú también? ¿Hay otra persona en este planeta tan ingenua como yo?

—Tal vez la mayoría son como nosotros —dijo Quentin—, sólo que les avergüenza admitirlo.

—No, nadie llega a los treinta años siendo tan ignorante. ¿Cómo es que dos bichos raros como nosotros tuvieron la suerte de encontrarse?

—Escucha, Mad, déjame que te diga una cosa. Me alegro de saber que tienes un cuerpo tan hermoso. Un cuerpo tan... magnífico. Tan...

—Capto la idea.

—Pero no necesito verte así de nuevo hasta que estemos casados, ¿vale? Rebajemos la presión. Podemos resolverlo, fingir que somos adolescentes o algo así, posponer el día terrible.

—Eso está bien. Muy bien.

—Y cuando superes lo que te molesta... Fuera lo que fuera lo que leíste, tengo que decirte que no era una mala sugerencia.

—Era un artículo del *Cosmo*. Un puñado de formas para satisfacer a tu hombre.

—Chorradas. Si yo hubiera comprado esa revista cuando la vi en el aeropuerto de San Francisco, habría sabido mi parte del guión.

—No ponen la del hombre en *Cosmo*. Dan por hecho que ya te sabes tu parte.

—Bueno, pues no me la sé —dijo Quentin—. Estoy improvisando.

—Y yo también.

—El ciego guiando al ciego.

—Hasta que nos caigamos a un pozo.

Se echaron a reír. Él la besó. Madeleine regresó a casa a buscar algo de ropa. Más tarde, durante el almuerzo, volvieron a reírse.

—Va a ser una historia magnífica para no contársela jamás a nuestros hijos —dijo Quentin.

Ella puso los ojos en blanco.

—Claro que se la contaremos. Pero no en presencia del otro, eso es todo.

—¿Les cuentan los padres a sus hijos cosas así?

—Estamos en los noventa, Quentin, ¿no?

—La próxima vez que vuele a la costa, Mad, quiero que vengas conmigo.

—No tengo trabajo ni casa. Creo que podré encajar un viaje a la costa en mis planes.

—Quiero que conozcas a mis padres.

—¿No odiarán a la chica que va a quitarles a su hijito?

—¿Bromeas? Besarán el suelo que pises. Renunciaron a la esperanza de tener nietos hace años. Y lo bueno es que, con suerte, los niños se parecerán a ti.

—Me encantaría conocer a tus padres.

—¿Y cuándo haré el viaje hasta el valle del río Hudson para conocer a los tuyos?

El rostro de Madeleine se ensombreció y miró hacia otra parte.

—Mi familia no es como la tuya, Quentin. Creo que quiero que nos casemos antes de llevarte a casa.

—¿Estás de broma?

Ella sacudió la cabeza.

—No hablemos del tema, ¿vale? Hoy no.

—¿No quieres que conozca a tu familia y no quieres hablar de ello?

—Imagínate desnuda con ese estúpido abrigo y dejarás de pensar en mi familia.

—No es cierto. Sólo hace que me imagine a tu padre empuñando una escopeta de cañones recortados.

Ella se rió.

—Mi padre empuñando una escopeta. Esa sí que es buena. Nunca ha tocado un arma.

—¿Es pacifista?

—No, es un manazas. Se pegaría un tiro en su propia pierna.

Volvió a reírse, pero por un instante aquella expresión oscura y distante regresó a su rostro. Hasta que Quentin no desvió la conversación de sus padres y familiares no recuperó el buen humor y volvió a ser feliz.

5

FELICIDAD

¿Era posible que a sus padres les gustara demasiado Madeleine? Quentin esperaba que estuviesen encantados de que tuviera una prometida y la hubiera llevado a casa para que la conocieran, y esperaba también que ella les encantara porque era, después de todo, encantadora. Pero en unas cuantas horas perdieron todo sentido de la proporción. Se reían de todo lo que ella decía, o exclamaban oh, o chasqueaban la lengua o daban cualquiera que fuese la respuesta apropiada. Su atención hacia ella no menguaba nunca. Le ofrecieron bebida, comida, su propia cama... fueron más allá de la hospitalidad.

Se comportaron de forma obsequiosa, como si fueran criados y Madeleine la señora de la casa. Eso lo turbaba, pero no conseguía quedarse con sus padres a solas para decirles que frenaran un poco, ni tampoco pasar un momento a solas con Mad para explicarle que ellos no siempre actuaban así, que debían estar compensando todos aquellos años en que habían renunciado a la idea de su matrimonio.

La pobre Mad debía de estar volviéndose loca con ellos encima a todas horas, pero era una experta y no mostró ningún signo de irritación. Les seguía la corriente como si fuera lo más natural del mundo.

Quentin trató de llevarla fuera a cenar.

—¿Nosotros cuatro? —preguntó Mad.

—Tonterías —dijo papá—. Id vosotros dos.

—Los tortolitos necesitan tiempo para un *tête-à-tête* —sonrió mamá.

—Pero deben venir ustedes —insistió Mad—. ¿Cuántas veces estaremos así juntos? Necesitamos momentos que recordar.

—Apuesto a que el pollo a la *cazuela* que he preparado estará igual de bueno mañana —aseguró mamá.

—Oh, es verdad, Tin —dijo Madeleine—. Me olvidaba de que la he ayudado a preparar el pollo esta mañana.

—Pero no importa. Si Quen quiere invitarte a salir.

—Ni se me ocurriría perderme la oportunidad de probar su pollo a la cazuela cuando *ya* está casi a punto.

Quentin quiso gritar. No era sólo que sus padres la estuvieran camelando, Mad también los estaba camelando a ellos. Si todo el mundo dejaba de comportarse así, tal vez tendrían una visita civilizada. Pero aparentemente eso no iba a suceder, a no ser que interviniera.

—Escuchad —dijo Quentin—. En realidad no me importa si comemos aquí o fuera. No me importa si tomamos pollo o Big Macs. He traído a mi prometida para que conozca a mis padres. Y, tal como están yendo las cosas, nos marcharemos de aquí sin que eso suceda.

Todos lo miraron como si estuviera loco.

—Quen —dijo papá—, aquí estamos. Aquí está ella. Nos hemos conocido.

—A eso me refiero. Mis padres tienen una personalidad propia. Tienen sus hábitos y costumbres. Tienen una vida. Quería que Madeleine conociera esa vida, para que viera quiénes sois, la familia que somos. Pero los dos os estáis comportando de una manera absolutamente enfermiza... es como si vuestra personalidad se hubiera borrado por completo.

Los ojos de mamá se llenaron de lágrimas.

—Sólo tratábamos de ser agradables.

Madeleine parecía desesperadamente cortada.

—Tin, pensaba que todo estaba saliendo bien.

—Sólo queremos que seas feliz —dijo papá. Abrazó a mamá.

—Mirad, lo siento. No quería hacer una escena —les aseguró Quentin—. Quedaos los tres aquí y comed pollo a la cazuela y comentad entre vosotros lo perfecto que está y luego pasaos el resto de la noche insistiendo en que el otro elija el programa de televisión que ver o el juego al que jugar. Yo me voy al cine.

Se dio la vuelta y se acercó a la puerta. Tenía la mano en el pomo cuando oyó algo que lo detuvo en seco.

Una risa. Cálida, jovial. La risa de Lizzy.

Contuvo la respiración. Se dio la vuelta. Era Madeleine. Pero ahora la risa había cambiado. Seguía siendo grave, cálida, pero ya no era la de Lizzy. Mad no lo miraba.

—Bueno, vale —dijo Madeleine, a nadie en particular—. Tal vez es posible eso de llevarse demasiado bien. —Miró a papá y le guiñó un ojo—. Vamos a pelearnos, señor Fears. Eso hará que Tin se sienta mucho mejor.

Papá sonrió y asintió.

—Bueno, tal vez una pelea sea demasiado. Basta con una riña.

—Sé que todos bromeamos y nos sentimos cortados y todo eso —intervino mamá—, pero hay una cosa, un detalle... Sé que tienes derecho a llamarle como quieras, pero... llamarle «Tin»...

Mad se llevó la mano a la boca.

—Oh, tendría que haberlo sabido. Tendría que haberme dado cuenta.

—¿Cómo ibas a saber que nuestra Lizzy le llamaba...?

—Él me lo dijo —explicó Mad—. Nunca se me pasó por la cabeza, después de todos estos años, que sería... pero claro, fue en esta misma casa donde ella... le parecía adecuado a Tin, a Quentin... y por eso yo... por favor, perdónenme.

—No, no. Ahora me siento fatal por haberlo mencionado. Porque está bien. Yo sólo... yo sólo pensaba que...

—Reconocerlo —dijo papá—. Eso es todo lo que hacía falta, tal vez. Reconocer que lo llamaba así. Y está bien.

—Sí —dijo mamá—. Puedes llamarlo así, de verdad. Ya no me molestará, porque yo... porque he hablado de ella.

—Pero tendría que haberlo dicho antes —dijo Mad—. Durante dos días los he vuelto locos con...

—No, no, nada de eso. Sólo que... cada vez que lo decías, que lo llamabas así, quería hablar, decir «así es como lo llamaba Lizzy», y ni siquiera habría sido un reproche, sólo un comentario, sólo reconocer, no sé, que ella aún tiene un lugar en nuestra casa, en nuestros recuerdos. Pero cuando iba a decirlo, no sé, sentía como si algo me atenazara por dentro y no podía hablar.

—Bueno, estás hablando ahora —dijo papá.

—¿Ves? —dijo mamá—. Quentin tenía razón en que había que tratar las cosas a las claras. Nos hemos comportado con demasiada amabilidad, ¿verdad? Bueno, yo... estoy agotada de tanta amabilidad. Y sin embargo me gustas, Madeleine, querida. Sólo quería causarte buena impresión, supongo.

—Lo principal es esto —dijo papá—: ¿Cenamos en casa o cenamos fuera?

Cenaron en casa y ahora, por fin, fue como si sus padres hubieran salido del escondite. Charlaron y rieron y criticaron a algunos vecinos y a otros miembros de la iglesia, y la risa fue genuina y Mad consiguió ver cómo era la vida en su casa.

Y cuando, a eso de las diez de la noche, Quentin sugirió que podían dar un paseo por el viejo barrio, papá bostezó y dijo:

—Ya era hora de que me librara de vosotros dos un rato. Dejad que estos viejos huesos se vayan a la cama.

Y eso fue todo. Mad y Quentin estarían a solas. Caminaron cogidos de la mano de farola en farola.

—Antes estaban montadas en los postes telefónicos —dijo Quentin—. Luego, cuando construyeron la autopista en el viejo lecho del río, enterraron todas las líneas telefónicas y levantaron estos postes de aluminio. Es una lástima, porque Lizzy y yo hacíamos pintadas en todos los antiguos postes. Como si marcáramos nuestro territorio. No tiene sentido tratar de marcar nada en estas cosas.

Dio un golpecito al poste, y le arrancó un eco metálico.

—Es su sombra en la casa lo que ha provocado esta situación tan tensa, ¿no? —preguntó Madeleine.

—Su sombra no. Su recuerdo no es una sombra.

—Su pérdida es una sombra —puntualizó Mad—. A eso me refería.

—No creo que esto tenga que ver nada con ella. Mis padres... Nunca los había visto actuar así, como completos desconocidos.

—No sabría qué decirte —dijo Madeleine—. Nunca he conocido a una familia normal.

—¿Qué, tus padres tienen ocho patas cada uno?

—Como en la Familia Arácnida —rió ella—. No, mis padres estaban bien. Pero... para ser sinceros, actuaban como estaban actuando tus padres, todo el tiempo. Cuando los veía, claro. Como si estuvieran...

—¿Colocados?

—Más bien como si estuvieran representando una función. —Le dio un codazo—. No se pasaban tanto.

—No pretendía hacer una escena —dijo Quentin—. Pero no conseguía hablar contigo a solas. Ni con ellos.

—Tenía tanto miedo de no estar haciéndolo bien...

—Bueno, no eras tú. Ellos eran quienes actuaban de forma extraña. Tú te has portado con heroicidad.

Caminaron hasta la esquina.

—Por ahí solía ir en bici hasta el colegio. La escuela primaria estaba allí atrás, pasado un huerto. Ahora es un parque. Al huerto me refiero. La escuela ha desaparecido. Mi grupo de los scouts se tomó una vez la molestia de distribuir panfletos para un supermercado por todo el barrio. Me dieron doscientos para que los echara por debajo de las puertas. Repartí unos veinte y luego tiré el resto a una alcantarilla, allí mismo.

—Allí no hay ninguna alcantarilla.

—Eso era un puente que cruzaba un arroyo. Todo ha cambiado. Ojalá pudiera mostrarte el lugar en el que viví. En eso tienes suerte... ¿no me dijiste que tu familia ha vivido desde siempre en la misma casa?

—Desde siempre no. Somos descendientes de emigrantes.

—Pero debe ser bonito regresar y ver que nada ha cambiado.

Ella se rió, pero de un modo desagradable.

—Oh, sí, es muy bonito.

—¿Hay algún problema serio entre tu familia y tú?

—No es una disputa ni nada por el estilo —dijo Mad—. Hubo algunas tensiones durante un tiempo, pero hace años que lo tengo controlado.

—Pero sigues sin querer que los conozca.

—Oh, a su debido tiempo. —Se volvió a mirarlo—. Cuando estemos casados.

—¿Te parece que se interpondrán entre nosotros si estás sólo prometida?

—Quiero ser parte de tu familia antes de llevarte al regazo de la mía.

—¿Oigo a alguien adelantar la fecha de nuestra boda?

—Todavía no hemos puesto fecha.

—Me refería a pasar de «ya lo hablaremos en su momento» a «vamos a casarnos muy pronto».

—Más pronto aún.

—¿Cuándo?

—Supongo que esta noche no sería factible.

Quentin la besó.

—Hay que resolver la cuestión de la licencia.

—En cuanto sea posible. Aquí, en este pueblo. En la iglesia de tu familia. Rodeados por los amigos de tus padres.

—Nada los haría más felices.

—¿Ya ti? ¿Te haría feliz, Tin?

Él asintió.

—Y sin embargo pareces triste.

Sacudió la cabeza, sonriendo.

—En absoluto. Soy muy feliz. Cuanto antes mejor... ya sabes lo que siento. Habrá sido un noviazgo corto, sí, pero llevo veinte años esperándote.

—¿Me amas tanto como a ella? —preguntó Mad.

Quentin hizo como que miraba por encima de su hombro.

—¿A quién?

—A Lizzy. Tu hermana.

—Vamos a dejar una cosa clara... yo nunca me habría casado con mi hermana.

—No, me he equivocado al mencionar el tema. Pero lo he sentido... lo he sentido casi desde el principio. Había otra mujer. Y sin embargo seguías insistiendo en que no, en que nunca la había habido; sólo que cada vez que tenías un recuerdo de infancia, Lizzy estaba en él. Ella es la otra mujer, la de tu pasado. Y, como está... muerta... nunca podré ponerme a su altura.

Quentin la besó larga y apasionadamente.

—No te estoy comparando con Lizzy. Ella es mi infancia, mi memoria, mi pasado. Pero tú eres mi futuro.

—Es egoísta por mi parte, ¿verdad? Pero tienes que amarme. Más que a nadie, tienes que amarme a mí, o no podré... no podré nada. No podré ser feliz.

—Mad, ya has superado todo límite. Te amo más que a mi vida.

Ella se abrazó a él bajo la farola.

Pero mientras le acariciaba el pelo, Quentin se preguntó... ¿era verdad? ¿La amaba más que a Lizzy? ¿Había aún alguna loca parte de sí mismo que se aferraba a Lizzy y no quería soltarla? Después de todo, nunca había alucinado viendo a Madeleine.

Descartó el pensamiento. Era Madeleine quien había abierto su vida y le había dado significado. Ahora le entusiasmaba el futuro. Eso era algo que su recuerdo de Lizzy nunca había podido hacer. Alucinaciones, pero no sueños.

Tardaron más de lo que esperaban, porque una boda por la iglesia requería un montón de preparativos: las invitaciones, para empezar, les llevaron una semana. Pero a finales de agosto se casaron, con la iglesia llena y todo eso, la novia como una diosa de blanco y el novio sonriendo como un idiota, o eso le aseguró papá justo antes de la ceremonia.

Fueron de luna de miel a Hawai, naturalmente, porque ninguno de los dos había estado allí y desde la zona de la bahía era el único lugar al que se podía ir que tuviera un clima aún más agradable. Hicieron el amor por primera vez en el Turtle Bay Hilton, después de recuperarse del *jet lag* y el agotamiento posterior a la boda.

Ambos se comportaron con timidez y torpeza, pero salió bastante bien.

—Después de todo —dijo Madeleine—, si fuera tan difícil, la gente estúpida no tendría tantos hijos.

Bucearon, visitaron templos budistas japoneses, volaron hasta Maui y la gran isla, comieron pina fresca y compraron en un mercado al aire libre en Honolulu y visitaron el paso desde donde cientos de guerreros saltaron a la muerte según la antigua historia hawaiana. Contemplaron el espectáculo del Centro Cultural Polinesio e intentaron repetir algunos de los bailes en su habitación, sin los disfraces, por supuesto. Durante esa semana, Quentin advirtió que tenía cierta habilidad para divertirse.

Pero seguía habiendo una sombra entre ellos. No era Lizzy, porque la sombra no estaba en Quentin, seguro. Estaba en Mad. Hacían el amor y él la abrazaba y ella le sonreía y él decía sí, ha sido maravilloso, ha sido dulce, te amo. Y ella se lo aseguraba también; sólo que él sabía, aunque no estaba seguro de cómo, sabía que le estaba diciendo la verdad y ella estaba mintiendo. No era bueno para ella. Algo no funcionaba en esa parte de su matrimonio y ella no quería decirle qué. Quentin no podía preguntárselo, porque realmente no mostraba ningún signo de insatisfacción externa. Era como si la atormentara un dolor interno del que no lograba desprenderse, que no podía aliviar nada de lo que él hiciera. Un dolor que se incrementaba en los momentos posteriores al sexo, cuando ella debería haber sido más feliz, debería haberse sentido más amada, más adorada por su esposo. Algo les estaba robando la alegría, algo de su pasado.

Algo relacionado con su familia. Algo relacionado con aquella mansión junto al Hudson que ella estaba decidida a no dejarle visitar.

¿Abusaron de ella siendo niña? ¿Le pegaron? ¿Tuvo carencias afectivas? Si no quería decírselo, ¿cómo iba a averiguarlo? Sin duda, era un caso en el que no podía poner a trabajar a su abogado para que buscara respuestas. Además, Wayne se lo pasaría de muerte. ¿Una semana casado y ya me estás haciendo investigar a su familia? Tal vez si me hubieras dejado hacerlo antes de la boda...

No, Quentin quería que ella se lo contara. Cuando confiara en él lo suficiente. Y por eso se aseguraría de que nunca tuviera motivos para dudar de su amor y su lealtad, su fuerza y su honor. Cuando supiera que nada de lo que le contara rompería el lazo que los unía, entonces hablaría.

Al acabar la semana, fue ella quien sacó el tema del futuro.

—Nuestra semana casi se ha terminado —dijo—. Y me he dado cuenta de que no hemos hablado sobre lo que haremos a continuación.

—Podríamos quedarnos otra semana. Otro mes, si quieres. Hice una reserva abierta.

—He pasado una semana maravillosa, pero lo mejor de ella has sido tú, Tin, y voy a conservarte dondequiera que vayamos. ¿Hemos decidido siquiera dónde vamos a vivir?

—Tengo contactos en la mayoría de las ciudades de Norteamérica. Pero no te sientas limitada por eso. Estoy seguro de que podríamos encontrar un modo de establecernos en Inglaterra, o en Francia. ¿París? ¿Provenza?

—Creo que no soy lo bastante exótica para Provenza.

—Pero tienes el cuerpo adecuado para la Costa Azul.

—Nadie se fijaría en mí.

—No podría quitarte de encima las manos de los franceses.

—De veras, Tin, ¿dónde vamos a vivir? Tus cosas están en Virginia y las mías siguen en la maleta; mi familia puede enviarla a donde decidamos vivir. ¿Has terminado tus negocios aquí? ¿Estamos preparados para mudarnos?

—No sé —dijo Quentin—. Quiero decir que lo mío no era exactamente una carrera profesional, sino más bien un entretenimiento. Estaba haciendo tiempo hasta conocerte. Así que ahora... no sé.

—Era un entretenimiento maravilloso. Hacer realidad los sueños de los demás...

—Querrás decir ayudarlos a hacer que los conviertan en realidad.

—Lo que quiero decir, Tin, es ¿por qué parar?

—Bueno, para empezar, demasiados han tenido éxito.

—¿Y eso qué significa?

—Cuando hablé con mi abogado para modificar el testamento a fin de incluirte, pidió a mi contable que me proporcionara un inventario completo de los bienes que poseo. Algunas de mis sociedades valen ahora más que la fortuna con la que empecé. Lo que te estoy diciendo es que ahora soy rico a una escala completamente distinta. Tal vez sea el momento de ayudar a alguien con un sueño verdaderamente extravagante.

—¿A quién?

—A ti.

Ella le miró como si estuviera loco.

—Tú eres mi sueño, y estás aquí.

—No, eso no es lo que me dijiste. Allá en el jardín, bajo el cerezo.

—*Au château de la grande dame.*

—¿Recuerdas? Ansiabas poder, dijiste. Escoger a tus candidatos y ayudarlos a empezar. Lo que no tenías era dinero.

—¿Pero qué te importa a ti la política?

—Por eso te propongo una sociedad. Tú escoges a los candidatos, yo los subvenciono.

—No funciona así. Hay leyes electorales y límites a las contribuciones, ese tipo de cosas.

—Formaremos asociaciones, fundaciones. Contribuiremos a las organizaciones de los partidos locales y las animaremos a que apoyen a los candidatos que nosotros presentemos. Mad, si algo he aprendido es que, cuando tienes dinero suficiente, la ley es un junco que siempre se dobla a tu favor.

—Haces que parezca posible.

—No sólo es posible, sino completamente legal. Y si no contribuimos directamente, tanto mejor. El objetivo no era tener candidatos atados a nosotros, ¿no? La idea era que debían ser independientes y sabios y sensatos y... con encanto ante las cámaras, ¿no era así?

—¿Hablas en serio?

—Como decía, tengo contactos en todas las ciudades importantes. Hagamos una gira. Acudamos a las fiestas que he evitado durante todos estos años. Tú los deslumbrarás y yo hablaré de nimiedades con los políticos locales. Escogeremos a nuestros candidatos y echaremos la pelota a rodar. ¿No se celebran elecciones el año que viene? ¿Es demasiado tarde para encontrar candidatos al Congreso?

—Si no fuera demasiado tarde para elegir un candidato a la presidencia...

—Un presidente —dijo Quentin—. Probablemente tendremos más fuerza si nos dedicamos a las estatales para esta legislatura.

—Tienes razón, Tin. Lo que me preocupa es buscar a personas interesantes y ponerlas en marcha. Y podría ser muy bien para las estatales. ¡Comisiones de condados! ¡Ayuntamientos! ¡Consejos escolares!

—Nos espera un trabajo de titanes.

Cayeron sobre la cama, riendo.

—Hablamos como en las películas antiguas —dijo Quentin—. Mickey Rooney y Judy Garland. «Podemos ganar nuestras propias elecciones».

—No tengo ni idea de lo que estás diciendo —le aseguró Madeleine.

—¿Nunca has visto una película de Andy Hardy? No lo dirás en serio. Tú no... ¡ni siquiera eres americana!

—No, simplemente no soy una americana del tiempo de Maricastaña. ¡Sí que es verdad que has crecido en un bucle temporal!

Sólo más tarde, mientras ella dormía a su lado en el avión, Quentin recordó que había sido Wayne Read quien le había acusado de vivir en un bucle temporal, y nunca le había mencionado a ella esa conversación. ¿O sí?

Debía decir un montón de cosas sin darse cuenta. Porque nunca le había dicho que Lizzy lo llamaba Tin. No era estúpido: ella lo llamó así por primera vez en el jardín, bajo el cerezo, y lo último que quiso en ese instante fue ponerse quisquilloso y decir: «No me llames así, es el apodo que me puso mi hermana muerta». Y más tarde no quiso que lo cambiara; le parecía bien que lo llamase así. Así que ¿por qué decirle que era el nombre que Lizzy usaba para él? ¿Cuándo se lo habría dicho entonces? Y, sin embargo, ella lo sabía. Antes de que mamá se lo explicara, ella lo sabía.

Tal vez sólo relacionaba cosas. Pillaba unas cuantas, llegaba a una conclusión y luego pensaba que él lo había dicho. Así que era observadora. Él no podía ocultarle nada. Era una ventaja que estuviera decidido a ser un marido fiel.

Su nueva carrera política no fue tan fácil como habían pensado. Oh, el plan inicial funcionó muy bien. Un hombre con la fortuna de Quentin y una mujer con la belleza y la simpatía de Madeleine no tenían ningún problema para ser admitidos en los círculos políticos más altos de ningún partido, en ninguna ciudad. El problema era que en esos círculos nunca conocían a nadie que encajara con los criterios de Mad para ser un buen candidato. La contradicción básica de su plan era ésta: si en los círculos de poder ya se conocía a una persona, estaba ya demasiado «metida» para servir.

Necesitaban encontrar a gente que no fuera políticamente activa, o al menos que no tuviera ambiciones políticas. Así que, durante el otoño de 1995, ampliaron su red. Establecieron sus contactos con la gente de dentro, sí, pero también fueron a organizaciones no gubernamentales, grupos activistas, asociaciones de caridad e iglesias; invitaron a cenar a periodistas y funcionarios y les pidieron quiénes realmente creaban una diferencia en su comunidad, a qué hombres y mujeres admiraban verdaderamente. Y lenta pero firmemente empezaron a encontrar gente. No en cada ciudad, pero de vez en cuando una cara, un nombre destacaban.

Era un trabajo estimulante, y Quentin comprendía por qué le encantaba a Mad, aunque no era algo que él hubiera escogido como profesión. Y al verla hacerlo, era casi milagroso. Su dinero abría puertas políticas y posibilitaba campañas, sí, pero ella persuadía a aquellos candidatos relucantes que saboreaban la ambición que había permanecido dormida en su interior o habían dirigido hacia otra causa. Puedes crear la diferencia. Si tú no gobiernas, ¿quién lo hará?

En vez de oponerte al Ayuntamiento, puedes ser el Ayuntamiento... y no tendrás que responder ante nadie. Tendrás el valor y la fuerza que nacen de la despreocupación... porque te da igual ser reelegido, ¿verdad? Así no tendrás siempre el ojo puesto en las encuestas; serás libre para seguir los dictados de tu corazón y tu mente. Y si pierdes... bueno, lo habrás intentado ¿verdad?, y además tendrás más contactos. Eso será beneficioso para el trabajo que ya estás realizando.

Se lo creían. Creían absolutamente aquel sueño y lo hacían suyo y, con el tiempo, lo único que seguía sorprendiendo a Quentin era lo poco que costaba. La política nacional requería millones, pero la local podía pagarse todavía con un poco de calderilla mientras tuvieras voluntarios dispuestos... y Madeleine tenía el don para encontrar a gente capaz de inspirar a otros para que se pasaran cientos de horas llenando sobres o llamando a puertas o atendiendo mesas electorales o telefoneando. Y una vez que el candidato empezaba a emerger, aparecían otros inversores financieros.

—Mad —dijo Quentin mientras viajaban a casa de sus padres para pasar la Navidad—. Mad, esto de la política no funciona.

—¿Bromeas? ¡Creo que va maravillosamente!

—Oh, claro, para ti es magnífico. Pero se suponía que iba a ayudarme a deshacerme de todo este dinero, y no lo estamos gastando lo bastante rápido.

—Eso es porque estás en el país equivocado —dijo Mad—. Estados Unidos no está lo suficientemente corrompido todavía. Hay algunos países latinoamericanos donde tendrías que competir con los capos de la droga si quisieras comprar unas elecciones; te puedes cepillar cien millones en un abrir y cerrar de ojos.

—Bueno, voy a tener que dedicarme a otra afición. Alguna realmente cara. Donaciones a las universidades, por ejemplo... he oído decir que es un pozo sin fondo.

—Un Edificio Fears en cada campus, ¿no?

—O un Edificio Cryer. No tienen que llevar mi nombre.

—Ni el mío —dijo ella—. No quiero mi nombre en nada.

—Demasiado tarde. Lo tengo en un certificado de matrimonio.

—¡Me engañaste! ¿No era sólo un autógrafo?

La Navidad fue maravillosa, aunque Mad se quejó un poco de los prados verdes y la falta de nieve.

—No todos podemos vivir en el clima perfecto del valle del Hudson —comentó papá.

—Los californianos no saben lo que es el clima —dijo mamá—. Los desastres naturales no son nunca debidos al tiempo. No hay estación de los terremotos, por ejemplo.

—Hay una estación del barro —sugirió papá.

—Pero no todos los años.

—El año que viene —dijo papá—, Madeleine debería invitarnos a pasar la Navidad con su familia. Así tendremos ocasión de calzarnos zapatos para la nieve. ¿Tienes sobrinos, Madeleine? Oh... cielos, eres bastante joven... ¡puede que aún tengas hermanos menores en casa!

—Que crea en Santa Claus no hay nadie, si se refiere a eso —respondió Mad, riendo.

Quentin la observó; esperaba que desviara el tema de conversación. Pero no lo hizo.

—Tal vez los invite a todos.

—No —dijo papá inmediatamente—. Era sólo una broma. ¡No nos invitamos a las Navidades de los demás!

—No el día de Navidad, tal vez —dijo Mad—. No hacemos mucho en Navidad de todas formas, creo que se sentirían decepcionados. Pero la semana siguiente. ¿No te parece, Quentin? ¿No estaría bien ir de vacaciones el año que viene?

—Claro. Sería magnífico.

Pero le molestaba. No lo llevaba a casa a conocer a su familia a pesar de todas las insinuaciones y sin embargo invitaba a sus padres a acompañarlos. Naturalmente, los estaba invitando con un año de antelación... podría encontrar un millar de excusas

para cancelarlo más tarde. O tal vez aquello que temía, fuera lo que fuese, sería más fácil si sus padres iban con ellos. O tal vez simplemente había superado los temores, en aquel mismo momento, ese día, durante esa conversación.

—No parece muy entusiasmado —se quejó mamá—. ¿Temes que utilicemos el tenedor equivocado, Quen?

—Oh, es que Mad me ha contado cosas terribles sobre su familia. Se sabe que los visitantes llegan y... desaparecen.

Mad lo miró, consternada.

—Nada de eso.

—Por eso nunca me ha llevado allí. Y su casa está encantada. Y la construyeron encima de una vieja fábrica de productos químicos. La gente contrae cáncer sólo con pasar por encima, las rutas aéreas tienen que evitarla.

—No había ninguna fábrica de productos químicos cuando se construyó la mansión familiar —dijo Madeleine—. Pero todo lo demás es cierto.

—No te olvides del cementerio indio, Mad —siguió Quentin—. Su familia arrasó un cementerio indio porque tapaba las vistas del río. En el sitio donde estaba el cementerio... no crece nada.

—Eso no es cierto —dijo Madeleine—. Siempre ha sido una jungla de hierbajos y hiedra venenosa.

—Que tu madre utiliza para hacer esas inolvidables ensaladas espinosas.

—Muy bien —rió Madeleine—. Te llevaré primero a casa para que conozcas a mis padres.

Mamá y papá se quedaron de una pieza.

—¿Quentin no conoce todavía a tus padres? ¿Cómo sabe que la estupidez no es congénita en tu familia? —preguntó papá. Intentaba hacer un chiste.

La reacción de mamá fue de compasión... pero no hacia Madeleine y Quentin.

—¡Oh, pero tu madre debe haberse sentido muy dolida porque te hayas casado sin decírselo!

—Oh, no se preocupe. Se lo dije. Simplemente, no la invité.

—¡Oh, tanto peor!

—Mi familia es muy rara —dijo Madeleine—. Tienen que comprender... habrían considerado pretencioso por mi parte que esperara que vinieran. Simplemente tienen que comprender que... quiero decir, cuando vine aquí... ¿posaron ustedes para Norman Rockwell, o qué?

—Eso depende —dijo papá—. ¿Te gustan los cuadros de Norman Rockwell?

—Soñaba con cuadros de Norman Rockwell cuando era niña. Los consideraba una fantasía maravillosa, o el cielo... Si moría, allí era a donde quería ir, a una Acción de Gracias o una Navidad de las que pintaba Norman Rockwell. Como la que acabamos de tener.

—Bueno, ¿qué hace tu familia? ¿Golpea a los criados y quema la casa de los vecinos? —dijo papá, llevando la broma demasiado lejos, como de costumbre.

Madeleine sonrió apenas.

—Los criados solían marcharse antes de que tuviéramos tiempo de golpearlos. Finalmente dejaron de contratarlos.

Mamá estaba furiosa con papá, aunque por supuesto fingió seguir con la broma.

—No puedo creer que se esté burlando de tu familia, Madeleine, querida; no tiene ningún sentido del tacto, nunca lo ha tenido.

Le dio a su marido un golpecito juguetón en el brazo, pero que dolía; Quentin notó que a papá no le gustaba. Era una pauta de comportamiento que le resultaba familiar desde la infancia: papá siempre recibía un pequeño golpe doloroso cuando llegaba tan lejos; como si los golpes dolorosos fueran la moneda de cambio en la economía de sus disputas. ¿Resolverían Madeleine y él las cosas lastimándose mutuamente y luego ignorándolo y continuando?

—Oh, por favor —dijo Madeleine—. Aceptemos el hecho de que mi familia es extraña. Yo soy simplemente la de aspecto normal que puede estar en público. Pero les diré una cosa: Quentin está muerto de curiosidad y creo que se siente herido porque nunca se los he presentado. Así que ya está: la semana que viene, después de Año Nuevo, iremos al valle del Hudson y le llevaré al *chateau* Cryer y, cuando vuelva aquí, podrá contarles todas las cosas extrañas que haya visto. Créanme, no se puede estar allí tres horas seguidas sin tener una docena de historias rarísimas que contar.

—Cuéntanos algunas —pidió Quentin.

—¿Ven? Ahora que por fin he accedido a llevarlo, tiene miedo y quiere que lo prepare por si se puede echar atrás. Bueno, no voy a contarle ni palabra. Tendrá que venir con mentalidad abierta.

—Estoy segura de que tu familia es perfectamente maravillosa —dijo mamá—, y eso es lo que nos contará Quentin.

—Tal vez sí —dijo Madeleine con una sonrisita de inteligencia—. Y tal vez no. Pero voy a decirle una cosa. Nadie en mi familia hace un pastel de crema de plátano como el suyo, mamá Fears. Y el medio pastel que queda en el frigorífico está suspirando mi nombre.

—El pastel no sabe tu nombre —dijo Quentin—. Me estabas oyendo a mí. Pero nos encargaremos del pastel primero.

—Quentin —reprochó mamá—. Ya no eres un recién casado y no tenemos por qué soportar tus insinuaciones.

—¿Insinuaciones? Vaya, ¿qué quieres decir, mamá querida?

Después del pastel, mientras mamá fregaba en la cocina y papá conectaba con America Online para enviar felicitaciones navideñas por correo electrónico a sus hermanos, Quentin le dio a Madeleine la oportunidad de retirar su invitación.

—Pero no quiero echarme atrás. Ya había decidido que era hora de que los conocieras. Te lo habría dicho en privado, pero luego la conversación tiró por ahí y... no te importa, ¿verdad?

—En absoluto. De hecho, me siento aliviado de que confíes lo suficiente en mí para llevarme a casa.

—No era cuestión de confiar en ti, Tin, querido mío. Sé que puedes apañártelas. Pero ellos tienen la habilidad de sacarme de mis casillas. Contigo al lado como ancla a la cordura, creo que superaré un día de estancia con mi familia. Sólo un día, te lo advierto.

—¿Y luego pasaremos la noche en el Holiday Inn?

—Bueno, naturalmente tendremos que quedarnos a pasar la noche. Pero ya sabes a qué me refiero: veinticuatro horas y luego nos marchamos; no importa cuánto te suplique mi familia que te quedes, ¿me entiendes? Porque aunque yo lleve una sonrisa de plástico en la cara y diga «Oh, sí, Quentin, quedémonos», créeme, no quiero quedarme; quiero que me saques de allí antes de que llegue la hora de las brujas.

—¿Y eso es?

—Si llegamos a mediodía, entonces al mediodía siguiente debemos habernos marchado o me convertiré en un charco de moco.

—Es una imagen atractiva. Si lo beso, ¿se convertirá en una princesa?

—No, se convertirá en un resfriado. —Ella le besó—. Tu beso ya me ha convertido en una princesa.

6

SHE LOVES YOU, YEAH

La *limousine* los recogió en La Guardia a última hora de la tarde del día de Año Nuevo y partieron Hudson arriba.

—Lástima que no podamos ver el río —dijo Quentin—. Oscurecerá antes de que rebasemos el Triborough.

—No se ve el río de todas formas —explicó Madeleine—. No como desde los farallones. Las grandes casas se construyeron de modo que fueran visibles desde el agua. Ésa era la autopista de entonces: los barcos de vapor por el Hudson.

—¿Tan antigua es la casa?

—Hay una chimenea en cada habitación. La cocina es un añadido. Los cuartos de baño ocupan parte de los pasillos o están empotrados bajo las escaleras. Todo pensado después.

—¿Construían mansiones suntuosas y luego iban fuera a hacer sus necesidades?

—No seas tonto. Tenían orinales de porcelana muy bonitos. Los criados los vaciaban.

—Déjame que adivine cómo solucionaban lo del papel higiénico.

—En cada habitación había una jofaina y toallas. ¿Para qué crees que servían?

—Oh. ¡Por los buenos tiempos! —dijo Quentin.

—Supongo que los tuyos tenían tazas con cisterna desde el siglo XV, ¿no?

—No. Pero cavaban su propia letrina y construían excusados y usaban el catálogo *Sears*. Nadie se ocupaba de las heces de nadie.

—La idea del dinero era diferente entonces —le dijo Madeleine—. Si había un trabajo sucio otro lo hacía, y le pagabas por ello.

—Mi gente era independiente. Uno hacía las cosas por sí mismo, sin dar cuentas a nadie.

—La altivez de los pobres. —La indefensión de los ricos.

—Sólo que tú eres quien tiene dinero.

—¿Qué, tu familia está arruinada?

—Tenemos lo que necesitamos, supongo. Nada comparable a lo tuyo.

—Mi dinero es un accidente, Mad. Me cayó encima mientras hacía algo que me gustaba. Tuve la suerte de estar en una compañía dirigida por un loco del marketing. Y en cuanto tuve una fortuna, ya no paró de aumentar.

—Eso es lo que más me gusta de ti, Tin. No tienes ninguna ambición.

—Tengo una. Labrarme un futuro contigo.

Ella le sonrió.

El sacó el compacto *Beatles Anthology* de su bolsa y lo puso en el reproductor de la *limousine*.

—No he tenido oportunidad de escucharlo desde que me lo regalaste.

—Supuse que te gustaría algo de tu época de infancia.

—No es que los recuerde. Tenía tres años cuando aparecieron en el programa de Ed Sullivan.

—Todo eso es historia antigua para mí.

—Pues no eres mucho más joven que yo. —En la licencia de matrimonio ella había puesto 1965 como fecha de nacimiento.

—Entonces vivía en otro planeta —dijo ella—. Ni siquiera teníamos radio en casa.

—Orinales, nada de radio.

—Me encantaba arrancar con la manivela la Victrola.

—¿De veras?

—No. Supongo que había una radio en alguna parte, pero no puede decirse que nadie me dejara elegir la emisora. No salíamos mucho.

—¿Por qué no? ¿No fuiste al colegio?

—Tuve tutores. Tradición familiar.

—¿Intentaron aislarte?

—Creo que es posible —dijo Madeleine—. La abuela gobernaba con mano de hierro. Nunca le he caído bien.

—¿A la abuela? ¿La conoceré?

—No lo sé. Debería estar en una residencia, llena de tubos.

Quentin nunca la había visto escupir tanto veneno.

—¿Padece el mal de Alzheimer? —preguntó.

—Mala leche avanzada —respondió ella.

—Prepárame un poco. ¿A quién debería esforzarme más para no ofender?

—Tin, ¿no lo comprendes? No me importa a quién ofendas. Llevo años libre de su control. Te traigo aquí para demostrarles que hay hombres buenos en este mundo y que he encontrado a uno y, si no les agradas, que los jodan.

Quentin digirió esto durante un rato, mientras escuchaba la música; luego miró el librito que acompañaba el compacto.

—Es curioso. Las canciones de los primeros tiempos se parecen mucho a las de Elvis, aunque no son tan buenas. Lo que no es tan bueno.

—¿Qué? —Parecía desconcertada.

—Los Beatles.

—Oh, lo siento, no prestaba atención.

—Escucha. Ese que canta es Paul, pero mira qué voz. La distorsiona como un loco. Ni siquiera parecen los Beatles.

—Les cuesta no perder el tono, ¿no?

—A eso me refiero. Es como si no hubieran encontrado aún su propio sonido. Ninguna de las piezas anteriores a los primeros singles de estudio suena siquiera como los Beatles. Entraron en el estudio siendo un grupo de club que imitaba a Elvis y a los Ink Spots y salieron como los Beatles.

—Creía que me habías dicho que sólo tenías tres años cuando empezaron.

—Sí, bueno, cuando fui lo bastante mayor para escuchar música, ¿qué había? England Dan y John Ford Coley. *I put my blue jeans on. She's gone.* ¿Y quién se olvida de Fleetwood Mac?

—Supongo que deben de haber sido olvidados, porque nunca he oído hablar de ninguno de esos grupos. *I put my bluejeans on* suena a anuncio.

—Era una canción, de un tipo delgaducho de Inglaterra, creo. Y la convirtieron en la música de un anuncio, desde luego. O tal vez empezara siendo eso, ¿qué sé yo? Y *The year of the cat*. Esa sí que era mala. Lizzy y yo hicimos un repaso de la música antigua. Mis padres estaban locos por Elvis pero también les gustaban los Beatles. Los tenían.

—Bueno, si los Beatles eran clones de Elvis al principio, es comprensible.

—El material grabado ya era distinto. ¿Qué escuchabas tú?

—Ya te lo he dicho, nada.

—Tenía que ser música disco. Veamos, tendrías quince años en 1980. Oh, ya sé. ¡Michael Jackson! *Billy Jean, We are the morid.* O tal vez a Springsteen.

—¿Qué es esto, una prueba? ¿Un examen final o algo así? —Parecía francamente molesta.

—Mira, sólo estoy hablando de música, eso es todo.

—¡Bueno, pues no sé nada del tema! ¡Y no hay ningún motivo para que debiera hacerlo, así que calla!

Parecía furiosa y asustada. Se volvió para contemplar, a través de la ventanilla, la noche cada vez más oscura. Luces y carteles pasaban veloces.

—No era una prueba —dijo Quentin en voz baja—. ¿Por qué iba yo a ponerte a prueba?

—No lo sé —murmuró ella.

—Bueno, pues no lo era. Te quiero te guste la música o no. Sólo trataba de recordar qué estaba de moda cuando eras adolescente. La gente suele saber la música que estaba en boga cuando tenía quince años, y luego se mantiene al tanto unos años, hasta que se casa. Yo dominé el tema pronto porque Lizzy me llevaba con ella cuando tenía esa edad. Y nunca me desentendí porque no me he casado hasta ahora. Tienes amigos en Washington. ¿No ponen música?

—Lo que ponen no parece música. Nine Inch Nails... —Se estremeció.

—¿Pero no te ponían a los Counting Crows? ¿Martin Page? ¿Natalie Merchant?

—Éramos burócratas. Y lo que me interesaba era el Gobierno. —Se volvió para mirarlo—. Los Beatles. Eran ricos, ¿no? Famosos, ¿verdad?

—Más famosos que Jesucristo, creo que se decía.

—Sí, bien, ¿qué hicieron con eso?

—¿Hacer?

—Con el dinero y la fama. ¿Qué?

—Música, supongo. Canciones.

—No, de ahí procedían. ¿Para qué sirvió?

—Para lo mismo. —Estudió su rostro, preguntándose si alguien a quien amaba tanto podía ser tan ciego a algo tan sencillo como eso—. Hacían música porque amaban las canciones; escribirlas y cantarlas.

—Como a ti te encantaba programar, ¿no?

—Claro. Uno hace lo que le gusta y a veces saca dinero de ello, o fama. Casi nunca pasa eso, pero no importa porque estás haciendo lo que te gusta.

Ella sacudió la cabeza.

—Como un niño al que le hacen un regalo maravilloso, y, cuando lo abre, lo único que se le ocurre es jugar con la caja. Con el papel de envolver y los lazos.

—Muy bien, ¿de qué regalo se trata?

Ella se inclinó hacia él y habló con tanta intensidad que sus palabras se le clavaron en el corazón.

—Dirigir las cosas.

Recordó lo que había dicho en el jardín.

Sobre el poder.

—Pero forma parte de la caja también —dijo él—. El poder, quiero decir.

—No, no es así.

—Claro que sí. ¿Para qué sirve el poder?

—No entiendo lo que me preguntas.

—Me has hecho la misma pregunta sobre el dinero y la fama. ¿Para qué sirven? Bueno, ¿qué hay del poder? ¿Sirve para dirigir las cosas? ¿Dirigirlas para qué? ¿Para conseguir qué?

—Lo que quieras. —La respuesta era tan evidente para ella que se veía a las claras que no entendía una palabra de lo que Quentin estaba diciendo.

—Ésa es la cuestión. ¿Qué quieres?

—Dirigir las cosas —repitió ella.

—Pero a todos esos candidatos que hemos estado promocionando, Mad, ¿no los escogimos porque tenían un propósito, una causa que defender?

—Ellos tenían una causa. Eso no significa que yo la tenga.

Aquella actitud era tan sorprendente y tan desagradable que Quentin deseó no haber iniciado la conversación.

—Pensaba que escogías a esa gente por la causa que defiende.

—Así es —dijo ella—. Nadie es más fácil de controlar que un político con una causa.

Él se estremeció.

—Eso no tiene sentido.

—Claro que sí. Pensaba que lo comprendías. Mientras consiga su causa, hará todo lo que le digas. Como te pasa a ti con la gente con la que te asocias.

—¿Eso es lo que crees que hago con ellos?

—Tienen su sueño... Mientras ellos lo consigan tú consigues cuanto quieras.

Ciertamente, Quentin estudió ahora cómo lo veía ella desde su perspectiva. Sus socios conseguían el sueño deseado, el impulso, la experiencia... pero todo lo demás se hacía al estilo de Quentin; por eso nunca perdía mucho dinero, ni siquiera en los peores fracasos. Tenía el control. Y en cuanto ellos no servían a sus propósitos, cortaba amarras y los dejaba a la deriva. Ilesos, sí, pero como ya no le eran de utilidad no iba a tener nada más que ver con ellos.

Eso parecía, sí, si escogías verlo de esa forma. Pero no era eso lo que él pretendía, ni lo que era. No estaba utilizando a esa gente, la estaba ayudando.

—Sé realista —dijo Madeleine—. Nadie ayuda a nadie excepto para ayudarse a sí mismo. Ni siquiera tú. Ni siquiera cuando te mientes al respecto.

—No me gusta esta conversación.

—Es tu conversación, Tin. Pero pensaba que los dos lo comprendíamos. No te he mentado. Te dije desde el principio que el poder era lo que más me atraía. Sabía que eso era lo que firmábamos cuando iniciamos nuestra asociación.

—¿Asociación? —La palabra le supo amarga.

—No me refiero a nuestro matrimonio. Me refiero a nuestra sociedad. Con los candidatos estamos construyendo una red de personas a las que podemos controlar sin que imaginen siquiera que lo hacemos. Tal vez sólo dos o tres veces en sus carreras tendremos que pedirles que hagan algo y, cuando lo hagamos, no violaremos ninguno de sus principios porque no tendrá nada que ver con su causa favorita. Sólo les pediremos que nos ayuden con esto o lo otro, sea lo que sea, y sabrán que nos lo deben todo y por eso lo harán. Y no se lo pensarán dos veces, porque será un favor pequeño, una nimiedad. Un nombramiento. Un solo voto. Vetar algo en un comité. Confirmar a un candidato al que se oponga su partido, u oponerse a uno que apoyen. Como favor a nosotros, los que pusimos en marcha su maravillosa carrera que ha sido tan buena para su causa.

—Así que somos los peces gordos después de todo —dijo Quentin.

—¡No, en absoluto! —Ella se rió de la idea—. Tin, ya has visto a los peces gordos. Van por ahí enzarzándose en peleas por asuntos estúpidos que no significan nada. Exhiben las joyas y el bronceado en las cuestaciones locales. Se enorgullecen de mezclarse con la gente corriente y luego de estar más «dentro» que la gente corriente. Nosotros no somos así.

Quentin sacudió la cabeza. Era como si realmente no la conociera. Y sin embargo seguía siendo la mujer que amaba. Tenía que pensar en todo aquello. Contra eso no lo había prevenido Wayne Read. Después de todo, ya hacía meses que la conocía. Y tal vez tuviera razón, tal vez él tendría que haber comprendido esta actitud suya desde el principio. ¿Qué importaba, de todas formas? Era más franca en lo referido a su deseo de poder que la mayoría, ¿y qué? Eso era honestidad, en cierto modo. Integridad.

O una manipulación tan cínica y tan retorcida que pocos políticos podrían concebirla.

Descartó ese sombrío pensamiento. Aquella mujer dulce, ingenua e infantil que

tenía a su lado tenía simplemente una visión ingenua e infantil del romanticismo del poder político. La suya era la visión de alguien ajeno al tema, eso era todo. Lo que él había descubierto acerca del dinero lo descubriría ella pronto respecto al poder: que se vuelve aburrido cuando ya tienes suficiente y debes replanteártelo todo para encontrar algo que merezca la pena hacer.

Retorcida, en efecto. ¿Qué cosa oscura habitaba en su propio corazón, para hacerle pensar un calificativo semejante en relación a su Mad?

No le diría nada que implicara una crítica. Sería mejor tratarlo a la ligera, como un juego, y luego ayudarla a adquirir una perspectiva más sabia a medida que acumulaba experiencia en el mundo de la política.

Se inclinó y la besó.

—Cuando gobiernes el mundo, Mad, ¿seré el príncipe consorte?

Ella se echó a reír.

—¿Por qué crees que me casé contigo?

Él se rió también. Le tranquilizó ver que ella sabía burlarse de sí misma. Mientras pudiera ver el lado gracioso de sus deseos, no la dominarían.

Los Beatles cantaban sobre cuánto les importaba el dinero. Todo lo demás, se lo podías dar a los pájaros y las abejas. Me tienes en el bote. *Rollover, Beethoven*. Y el disco terminó.

El silencio se apoderó del coche durante un rato. Pero Quentin oía el latido de su corazón resonando como la implacable batería de Ringo.

Con la cabeza apoyada en su hombro, ¿lo oía ella también? Ahora que su corazón le pertenecía, ¿lo oía?

Nunca habrían advertido la entrada a la mansión si ella no hubiera estado allí para indicársela. Incluso así, a pesar de que le dijo que girara a la derecha, el conductor pasó de largo y tuvo que retroceder.

—Lo siento —dijo—. No la he visto hasta que ya la habíamos pasado.

—No importa —lo tranquilizó Quentin.

—Es fácil pasarla por alto en la oscuridad —dijo Madeleine.

El camino por el que se internaron estaba tan descuidado que las ramas rozaban ambos costados del coche, y a veces colgaban tan bajas que parecía que se terminaba.

—Están arañando el coche —murmuró el conductor.

—He pagado la cobertura del seguro, ¿no? —le preguntó Quentin.

—Oh, sí, señor, no hay ningún problema. Hablaba solo.

—Supongo que se han olvidado de enviar al jardinero a que cuidara el sendero —dijo Madeleine—. O a lo mejor esto es lo que la abuela entiende por intimidad.

Por fin desembocaron en un gran prado cubierto de nieve. Ni una huella ni la marca de un neumático lo perturbaban, aunque habían pasado días desde la última nevada. Sólo una leve depresión en la nieve indicaba el recorrido del camino.

La casa surgió de detrás de los grandes y antiguos árboles que la rodeaban, aunque habría sido perfectamente visible a la luz del día, pues sus cinco plantas se alzaban sobre un enorme porche con una escalera seguramente tan amplia y alta como la de un templo griego.

—¿Cuántos cientos de personas viven ahí? —preguntó Quentin, asombrado.

—En su momento culminante, probablemente la ocupaban media docena de familias. Nadie se iba. Entonces éramos un clan muy unido —se rió—. El dinero requiere una casa grande, Tin. No importa cuánta gente vaya a vivir en ella. Tú eres el único que no lo comprende.

Un silencioso criado los esperaba: un hombre alto y delgado, el prototipo del mayordomo. Sólo llevaba una chaqueta fina, pero no parecía que el frío le molestara.

—¿Cómo sabían que veníamos? —preguntó Quentin.

—Estoy segura de que alguien ha visto las luces en el camino.

Quentin no estaba muy seguro de para qué estaba allí el criado, ya que no abrió la puerta del coche ni los ayudó a sacar el equipaje: el conductor lo hizo todo. Quentin le dio una propina y lo despidió. Los neumáticos chirriaron en la grava y el motor sonó como una tormenta mientras el coche se marchaba con las luces traseras salpicando la nieve de rojo.

—Es más navideño que California —bromeó Quentin.

—A mí no me parece estar en Navidad —comentó Madeleine—. Lo encuentro opresivo.

—Bienvenida a casa, señorita Cryer —dijo el criado en voz baja.

—¿Ves? Saben que ahora soy la señora Fears.

—Perdone —dijo el criado—. La costumbre de décadas.

El criado los condujo escaleras arriba. Debía haber salido de la casa por otra puerta, ya que los suyos fueron los primeros pies en hollar la capa de nieve de los peldaños. Quentin llevaba sus propias maletas; el criado cargaba con la de Madeleine. ¿Era una especie de avance de lo que le esperaba? ¿Madeleine pertenecía a este lugar mientras que Quentin apenas era tolerado? O tal vez si Quentin hubiera soltado sus maletas el criado habría vuelto a recogerlas más tarde. No tenía ni idea, en realidad, de cómo funcionaba el asunto de los criados. Y por lo que había dicho Madeleine, aquí todo podía ser diferente. La familia seguía sus propias reglas.

Cosa que quedó muy clara cuando ni un alma salió a recibirlos. El criado los condujo en silencio hasta una habitación del tercer piso: una habitación amplia, bien amueblada, pero iluminada solamente por dos lámparas con cables recubiertos de tela que desembocaban en anticuadas tomas de corriente.

—Supongo que nadie ha puesto este sitio al día —dijo Quentin.

El criado lo miró como si fuera una grieta recién descubierta en la pared; luego se marchó, dejándolos a ambos en su enorme pero antiguo dormitorio.

—Bueno, Mad, ¿hay cuarto de baño en la habitación o tendremos que perdernos por el pasillo?

Ella se echó a reír.

—Hay un cuarto de baño en todas las habitaciones, ahora... A alguien le dio la vena modernizadora en los años veinte. Cuando instalaron la electricidad también instalaron la fontanería. Pero como puedes ver, arriba en la pared, la moldura no es exactamente la misma. Eso es porque esta pared no estaba antes. Es un tabique falso, añadido para encajar dos cuartos de baño, el nuestro y el del otro dormitorio.

Le mostró el antiguo cuarto de baño, con bañera de patas y una taza con la cisterna mural. Y con cadena.

—Oh, vaya —dijo Quentin—. Seguro que esto ya era anticuado incluso en los años veinte.

—Mi familia cultiva un aire de excentricidad.

—Me siento como si hubiéramos entrado en el castillo de la Bestia.

Ella alzó una ceja.

—Sé que huele a cerrado, pero...

—En el cuento de la Bella y la Bestia, aunque ella vivía en el castillo no encontró a nadie durante muchísimo tiempo.

—Oh, todos están acostados.

—No es tan tarde.

—No he dicho que durmieran. En casa todos se atienen al horario de la abuela. El toque de queda empieza después de la cena. Todo el mundo a sus cuartos, incluidos los invitados. Pero podemos bajar a la cocina y prepararnos unos bocadillos. Mientras no nos deslicemos por los pasamanos o gritemos en los pasillos. Nadie se nos acercará hasta mañana.

—¿Quién hay en casa?

—¿Cómo puedo saberlo hasta que haga inventario por la mañana?

Así que dividieron los cajones y el espacio del armario y deshicieron las maletas y se pusieron el pijama y la bata y bajaron las escaleras en zapatillas hasta la cocina del sótano.

—Esto debe ser cómodo para los criados... —dijo Quentin.

—Para eso están los montacargas —dijo Madeleine—. ¡Es tan vulgar que te preparen la comida en el mismo piso donde vive la familia! —Se echó a reír—. Oh, Tin, ¿empiezas a entender por qué no quería traerte aquí inmediatamente?

—Recuerdo que la gran dama me dijo que, en los viejos tiempos, todo el mundo se casaba por dinero. El dinero nuevo se casaba con el dinero viejo. ¿Es eso lo que soy? ¿Dinero nuevo?

—No —dijo Madeleine—. Para mí no eres más que una máquina del amor.

—Tienes mostaza en el labio.

Pero mientras ella buscaba una servilleta, él se la quitó con un beso. Se llevaron los bocadillos arriba.

NADA COMO EL HOGAR

Por la mañana, mientras veía con los ojos entrecerrados cómo Madeleine pasaba de la cama al cuarto de baño, Quentin se preguntó por qué había insistido tanto en conocer a su familia. No era porque le apeteciera sentir tanto nerviosismo y preocuparse por si estaba a la altura de sus expectativas... o, peor, por si las satisfacía enteramente. No le había sido de gran ayuda que Madeleine se comportara de forma tan enloquecedoramente vaga con respecto a lo que tenía de malo su familia. O incluso, ya puestos, con respecto a quiénes eran. El único miembro a quien ella mencionaba específicamente en relación con aquella casa era a su abuela. Las abuelas de Quentin eran tan graciosas y cariñosas y amables, cada una a su manera, que era difícil imaginar que ninguna abuela fuera horrible. ¿Qué podía hacer una abuela mala, cocinar galletas sin azúcar? ¿Negarse a cuidar de los críos?

—Despierta, Quentin.

—¿Me he quedado dormido?

—No he pasado tanto tiempo en el cuarto de baño. Creo que lo que quieres es evitar conocer a mi familia.

—Tal vez. Inconscientemente, te lo aseguro.

—Aún no has abierto los ojos.

—¿A quién más voy a conocer hoy? Además de a tu temible abuela.

—A quien esté en la residencia, naturalmente.

—Conoceré a tus padres, ¿no?

—Lo dudo.

Él se debatió interiormente.

—Entonces ¿por qué estamos aquí? Mad, quería conocer a tus padres.

—Nunca lo dijiste. Decías que querías conocer a mi familia.

—¿Y son dos entidades separadas?

—Mis padres no viven aquí. Mi madre tuvo una pelea con la abuela.

—Bueno, ¿entonces por qué no vamos a conocer a tu madre?

—Porque ésta es mi casa —dijo Madeleine—. Esta es mi herencia.

—¿Eres la única heredera?

—Tin, creo que estás perdiendo el tiempo adrede.

—Es que no sé cómo se relaciona tu familia.

—La abuela engendró a mamá, y mamá me engendró a mí. Como en la Biblia.

Quentin se tapó la cabeza con la almohada. Ella se la quitó al momento y luego retiró las mantas. La habitación estaba helada.

—Vamos, hace frío.

—Tendrías que haberte vuelto a poner los calzoncillos anoche.

—¿Después de que te tomaras tanto trabajo en quitármelos con los dientes?

—En tus sueños.

—¿Quieres decir que estaba soñando?

—El vaso de agua helada es lo próximo, Tin. Levántate y sonríe.

Quentin citó inmediatamente:

—«¡Cada vez que te oigo decir, levántate y sonríe, levántate y sonríe, pienso lo afortunados que son los muertos!».

—¿De qué hablas?

—*La casa de cristal*. Tennessee Williams. Clase de literatura del instituto.

—Sal. De. La. Cama.

Empezó a tirarle del pie. Quentin dejó que lo arrastrara al suelo, luego trató de hacer que le cayera encima. Pero ella le plantó un pie en el pecho y dijo:

—Levántate o muere, Tin.

—Oh, bueno, si no tengo más remedio...

El suelo del cuarto de baño estaba helado. Igual que el agua del grifo. Abrió y abrió el del agua caliente. La temperatura no varió. Asomó la cabeza por la puerta. Madeleine se estaba poniendo un vestido. Nunca llevaba vestidos durante el día.

—¿Cuánto tiempo tengo que esperar al agua caliente?

—No hay agua caliente por la mañana. ¿No te lo había dicho? La abuela cree que los baños matutinos son malos para la salud. El calentador se conecta a las dos de la tarde para que te puedas dar un baño entre las cuatro y las seis, a tiempo para la cena.

—¿Bromeas?

—¿Te parece gracioso?

—Entonces, ¿sólo tengo agua fría?

—Es bueno para lo que te espera.

Se echó agua en la cara y tiritó hasta la toalla. Jugueteeó con la idea de no afeitarse: tenía la barba rala rubia, normalmente podía estar un día sin afeitarse. Pero la abuela... tenía que causarle buena impresión, ¿no? Si Mad se había puesto vestido...

Unos minutos más tarde, ataviado con un jersey y pantalones de pinzas (ella le había advertido que no trajera vaqueros, ya que no habría ninguna ocasión en que pudieran ser considerados adecuados), le tendió el brazo a Madeleine, abrió la puerta y la condujo al pasillo.

Allí había un hombre, cruzado de brazos. Llevaba barba, negra y puntiaguda. Su porte era militar, aunque vestía de civil, con un traje, bastante anticuado por cierto.

—Ya era hora de que salierais de ahí.

—¿Por qué te molesta, tío Stephen? —dijo Madeleine en un tono relamido—. ¿Necesitas usar nuestro cuarto de baño?

—Tu abuela no quiso dejar que nadie desayunara hasta que bajarais los dos.

—Así que está de buen humor. Me alegro de oírlo.

Tío Stephen hizo una mueca y empezó a bajar las escaleras.

—¿Nos espera para desayunar? —preguntó Quentin, incrédulo—. ¡Es mediodía!

—Es buena señal, lo creas o no —dijo Madeleine—. Si estuviera enfadada conmigo, habría hecho que todos los demás comieran al amanecer, y luego se habría asegurado de que no quedaba nada en la cocina para nosotros.

—¿Así que obliga a ayunar a todo el mundo porque se siente bien dispuesta hacia ti?

—La cuestión no es si habrá sufrimiento o no, Tin. La única cuestión es quién va a ser la víctima. Solamente.

—¿Quién es el tío Stephen?

—El hermano de mi padre.

—¿El está aquí y tu padre no?

—Mi padre tiene una vida.

—Así que el tío Stephen es un pariente político.

—No he dicho eso. Mis padres son primos.

—¿Primos segundos?

—¿Te sentirías mejor si te dijera que sí? Pero no. El padre del tío Stephen y la abuela eran hermanos.

—Pero la abuela se quedó con la casa.

—La abuela se queda con todo lo que quiere. Menos conmigo.

Los padres de Madeleine eran primos hermanos. Bueno, eso no tenía por qué significar nada. El hecho de que los primos se casaran no implicaba necesariamente defectos congénitos, sólo aumentaba la probabilidad de su aparición.

Llegaron a la planta principal y Madeleine indicó un par de puertas levemente entreabiertas.

—Durante el invierno siempre desayunamos en la biblioteca. El sol calienta la habitación.

—Qué alegre.

Mientras caminaban hacia las puertas, Madeleine añadió:

—Te advierto que la abuela probablemente no te dirigirá la palabra.

—Tienes que estar bromeando.

—No te lo tomes como cosa personal. Le gusta desorientar a la gente. Puede pasarse semanas sin pronunciar una palabra.

—¿Entonces cómo saben los demás lo que quiere?

—Oh, créeme, hace saber cuáles son sus deseos. —Madeleine estaba todavía riéndose cuando entraron en la biblioteca.

Las paredes estaban cubiertas de libros, del suelo al techo, igual que en la casa de la gran dama. No había ninguna escalera, sin embargo: al parecer nadie necesitaba los libros de los estantes superiores. Quentin tuvo la sensación de que aquélla no era una biblioteca viva, a la que se añadieran y de donde se sacaran libros constantemente. Más bien era una biblioteca que estaba ahí por tradición. Algún antepasado había comprado los libros, pero nadie había leído ninguno desde hacía un siglo. Eran como papel pintado.

El centro de atención de la habitación era en aquel momento la larga mesa que corría paralela a las ventanas que llegaban hasta el techo. Era de una madera oscura, tan pulida que la luz de la mañana que entraba por las ventanas la convertía en un espejo resplandeciente de la realidad. La porcelana blanca relucía y el cristal era tan fino que parecía no existir excepto como brillantes chispas de luz en el aire.

Dispuestos formalmente alrededor de la mesa había seis adultos, y dos sillas vacías para Quentin y Madeleine, en lados opuestos de la mesa.

Todos los ojos se posaron sobre ellos, naturalmente, excepto los de la mujer encorvada y canosa que estaba sentada dándoles la espalda en la silla de respaldo alto situada en la cabecera de la mesa. La abuela, obviamente, ya que nadie más podía ser candidato al puesto. La otra mujer presente tenía como mucho cincuenta y tantos años, lo que hacía imposible que fuera la dueña de aquel gallinero.

Madeleine empujó atrevidamente a Quentin hacia delante hasta que terminó por posar la mano en el respaldo del trono de la abuela.

—Me encanta veros a todos. Os presento a mi marido, Quentin Fears. Podéis llamarle señor Fears. Y podéis llamarme a mí señora Fears. Quentin, querido, permíteme que te presente a mi familia.

¿Iba a hacer que su familia la llamara señora Fears? Sólo con dificultad consiguió Quentin mantener una sonrisa pegada al rostro.

—Ya has conocido al tío Stephen.

El hombre se levantó a medias de la silla.

—Encantado, es un placer.

—El placer es mío —respondió Quentin, confiando más en oscuros recuerdos de diálogos aprendidos en clase de español del instituto que en conocimiento alguno de asuntos de etiqueta—. ¿Debo llamarle tío Stephen?

—Si tiene ocasión de dirigirse a mí, señor Fears —dijo el tío Stephen—, puede llamarme «señor».

—Gracias, señor —dijo Quentin, tratando de evitar que la ironía asomara a su voz.

Madeleine se echó a reír.

—El tío Stephen estuvo en el Ejército unos minutos durante la guerra de Corea y no permite que nadie lo olvide... aunque no estoy segura de que entienda la diferencia entre la guerra de Corea y la de Crimea. Es un soldado de corazón, al estilo de los de la Brigada Ligera. Sólo nos resta marchar y morir, ¿verdad, tío Stephen?

—Sólo Madeleine puede hablarme con tan poco respeto —dijo el tío Stephen con frialdad, dirigiéndose a Quentin—. Se lo digo por si pensaba que le toleraré este tono burlón a cualquier otro.

—Trataré de no cometer ese error, señor —dijo Quentin.

—La encantadora dama sentada junto al tío Stephen es la tía Atenea. Es la hija menor de la abuela, la que nunca se casó. Su verdadero nombre es Minerva, pero lo odiaba y escogió la versión griega cuando tenía veinte años. Tía Atenea es famosa

por su sabiduría.

La tía Atenea sonrió de oreja a oreja.

—Oh, Magdalena, te he echado tanto de menos. ¿Dónde has estado?

—Ocupada ocupada ocupada —dijo Madeleine—. ¿A que es guapo mi marido?

—Los maridos suelen estar sobrevalorados... Pero mientras te deje embarazada y produzcas un heredero para este gran imperio de amor... —La tía Atenea advirtió de pronto lo que había dicho, se ruborizó, y se llevó las manos a las mejillas—. ¿He dicho «embarazada»? Oh, qué lengua tengo.

—La siguiente silla vacía es pata ti, Quentin —dijo Madeleine—, pero me temo que la mía, la que está al lado, a la cabecera de la mesa, está inadecuadamente ocupada.

El joven sentado allí (no tendría más de treinta años) alzó la cabeza y sonrió insolente.

—La abuela me deja sentarme siempre aquí, señora Fears.

—Pero no cuando yo estoy en casa, Paul. Ya hemos tenido esta discusión en otras ocasiones.

—Es una silla, querida —dijo Paul—. Sólo una silla. Puedes sentarte en cualquier parte.

—Paul es el hermano menor de mi madre —explicó Madeleine—. En realidad tiene cuarenta y cinco años. Si parece tan joven es porque se maquilla. También es muy bajito y lleva alzas en los zapatos. No tengo ninguna duda de que ahora mismo está sentado encima de un diccionario.

—Encantadora como siempre, ¿verdad, querida? —dijo Paul—. Maddy fue siempre mi sobrina favorita, señor Fears. Puede llamarme Paul, por cierto. Y no se acerque a los acantilados con Maddy. Le gusta empujar.

—Muévete —le ordenó Madeleine—. Y trata de no chupar los tenedores antes de hacerlo.

Paul se levantó y rodeó la mesa hasta la otra silla vacía, a la derecha de la abuela. Al mismo tiempo, Madeleine condujo a Quentin al otro lado y esperó a que la ayudara a sentarse a la cabecera. Había en efecto un diccionario en la silla. Se lo tendió. Pesado. Tras un momento de vacilación, Quentin lo colocó en la mesita del bufé. Corrió a ayudar a Madeleine a sentarse graciosamente en su silla y acercarla a la mesa. Hasta que él mismo no se sentó, a su derecha, no tuvo la oportunidad de mirar a la cabecera de la mesa y ver el rostro de la mítica abuela.

Estaba dormida.

Madeleine continuó con las presentaciones.

—A mi izquierda inmediata está Simón. Simón es un amigo de la familia. Lleva viviendo aquí desde... ¿desde cuándo, Simón, 1950? ¿Todavía era Truman presidente?

Simón parecía avergonzado y sorprendido. De unos setenta años, sólo tenía una leve veta de pelo blanco. Se pasó una mano y luego la otra por la calva.

—Los Cryer siempre han sido extraordinariamente generosos con alguien que no tiene nada que ofrecer más que su exigua amistad, la cual, a pesar de su poco valor, es al menos constante.

—Encantado de conocerle —dijo Quentin, empezando a levantarse de su asiento.

—¡No, no! —gimió Simón—. ¡No se levante! ¡No por mí! ¡Finja que no estoy aquí!

Entonces hundió la cabeza entre los hombros y sonrió mientras su cuerpo se estremecía y su lengua salía y entraba por un rincón de su boca. Al parecer, esto era lo que el obsequioso Simón entendía por risa.

—Mantener a Simón aquí es uno de los principios estéticos de la abuela —dijo Madeleine.

El comentario estaba cargado de inquina.

—Mad —le susurró Quentin.

Ella sonrió y le dio una palmadita en la mano.

—Es sordo como una tapia, querido. Y callado como un leño.

Ya que Simón acababa de hablar, Quentin supuso que en vez de callado quería decir «estúpido».

—Y por último, pero no menos importante —continuó Madeleine—, mi primo Jude. No estoy segura de dónde encaja realmente en el retorcido árbol familiar, pero hace tiempo que es uno de los favoritos de la abuela y, mientras ella viva, tendrá un lugar a su lado.

—¡Oh, señora Fears, es usted siempre tan bromista! —exclamó Jude. Era un vejstorio regordete, aún más alto que el tío Stephen, pero tan encorvado que su *cabeza* casi tocaba el plato y tenía que levantarla para llevarse la copa a los labios—. Cómo está usted, señor Fears. Nos alegramos de que Madeleine... la señora Fears, encontrara a un joven apuesto como usted. Nos sentimos muy dichosos de conocerlo. ¿Es de verdad usted más rico que Dios?

—Vamos, primo Jude —dijo Madeleine—, sabes que los millones de Dios se cuentan en una moneda más fuerte que los dólares americanos. No hay comparación.

El primo Jude lo encontró un chiste buenísimo.

Mientras el viejo se reía, Quentin miró hacia la cabecera de la mesa, y se sorprendió al ver que los ojos de la abuela estaban abiertos de par en par y le miraban como faros brillantes.

Quentin se volvió hacia Madeleine y habló en voz baja.

—Tu abuela...

—¿Sí, Tin?

Pero al volver a mirar a la anciana, se sorprendió al ver que tenía los ojos otra vez cerrados.

—Me ha parecido que estaba despierta.

—Oh, lo oye todo, tenlo por seguro. Se duerme y se despierta, pero está permanentemente al tanto. Y tiene el oído de un murciélago, así que se está enterando

de nuestros susurros ahora mismo. ¿Verdad, abuela?

Pero los ojos de la abuela permanecieron cerrados, la cara abotargada por el sueño.

A su derecha, el tío Paul se inclinó hacia delante con una sonrisa.

—¿Vas a presentarme de nuevo, querida? Puedo cambiarme el nombre si quieres.

—No hace falta, tío Paul. ¿Pido el desayuno?

—Por favor —dijo el tío Stephen—. Algunos de nosotros necesitamos alimentarnos a intervalos regulares.

—Es tu campanilla, querida —dijo la tía Atenea.

Madeleine extendió la mano e hizo sonar una campanita que había a su lado, sobre la mesa. A Quentin se le ocurrió que el suyo era el lugar donde estaba sentado el tío Paul. Así que realmente era un intruso.

En cuanto sonó la campana, el mismo criado silencioso del día anterior abrió la puerta de la despensa y dos sirvientes entraron con platos humeantes, uno de panecillos y otro de huevos revueltos y bacon. Ambos empezaron a servir a partir de Madeleine, y avanzaron por los dos lados de la mesa, entrecruzándose por detrás de la abuela para seguir su camino. Pero no pusieron comida en el plato de la anciana.

El grupito de gente congregada a la mesa era extraño, supuso Quentin, y desde luego había tensiones familiares, pero no pudo dejar de advertir que era Madeleine quien parecía mandar aquí, no la abuela. No era una idea que le gustara mucho, que la propia Madeleine fuera la principal fuente de las tensiones familiares. Y tampoco era justo. No tenía ni idea de lo que había sucedido antes. Toda la hostilidad podía ser bien merecida. ¿Qué sabía de esta gente? El tío Paul, con su sonrisita obsequiosa y sus modales insinuantes era sólo unos quince años mayor que Madeleine, pero parecía de su edad. Por lo que Quentin sabía, Paul podría haberla molestado cuando era niña, o intentado hacerlo; tal vez merecía con creces el desprecio de Madeleine. No es que Quentin se tomara esa especulación en serio, pero después de todo Madeleine había rechazado su primer intento de entablar intimidad física con ella. ¿No era posible que Paul (o alguien) hubiera hecho algo que volvieran repelentes incluso las caricias de un marido?

No, no, no era justo empezar a asignar a desconocidos crímenes inenarrables. Si Madeleine no los había acusado, ¿por qué iba a hacerlo él?

Los huevos estaban calientes, el bacon en su punto. Los panecillos humeaban, recién cortados, la mantequilla aún derretida en su interior. Fueran cuales fuesen los otros defectos que tuviera aquella casa, la cocina tenía la sencilla perfección que la acercaba al ideal platónico. No eran huevos revueltos, sino los huevos revueltos que todos los demás huevos revueltos imitaban. El bacon de bacons, el panecillo de los panecillos.

—Delicioso —le comentó a Madeleine.

Ella sonrió; luego se inclinó hacia él y susurró:

—Tin, los de clase alta no hacen cumplidos a la comida. Se supone que siempre

será perfecta, y no se discute.

Él empezó a reírse, pero se interrumpió cuando se dio cuenta de que no bromeaba. Lo único que pudo hacer fue mirarla extrañamente durante un momento y luego seguir comiendo. Ésta era la comida a la que Madeleine estaba acostumbrada; sintió un escalofrío cuando pensó en los sitios adonde la había llevado, lo que había cocinado para ella. Nunca había querido vivir como un rico, pero cuando construyeran una casa, tendría que tener una cocina en la que un chef de primera se alegrara de cocinar; y el chef tendría que disponer de un presupuesto que permitiera la adquisición de los mejores ingredientes. No podía hacer menos por Madeleine, aunque ella dijera que no necesitaba esas cosas.

Los criados volvieron para una segunda ronda, esta vez con fruta: rebanadas de pera tan madura que se disolvía dulcemente en la boca casi sin masticar; trozos de pina fresca sin rastro de acidez; frambuesas tan gordas y ácidas que el sabor se le subió a la nariz en el momento en que mordió una. Cerró los ojos para disfrutar sin distracción del perfecto sabor.

—¡Está dormido! —exclamó Simón—. ¡Despiértalo!

Quentin abrió los ojos, sobresaltado.

Simón parecía abatido.

—¡Oh, lástima! ¡No es una cabezada! ¡Pobre muchacho! Los recién casados no duermen nada, ¿verdad?

Madeleine puso una mano sobre la rodilla de Quentin, bajo la mesa, para dulcificar su respuesta.

—Vamos, Simón —dijo en voz muy alta, presumiblemente para vencer la sordera de Simón—. El señor Fears es aún un hombre joven. No considera todavía que una cabezada sea una necesidad.

—¡Necesidad no! —gritó Simón—. ¡Una hazaña! ¡El gran decatión olímpico! ¡Dormir, tal vez soñar! ¡Olvidar los oscuros pecados en el vino de la noche!

La abuela estaba mirando otra vez a Quentin, y esta vez no cerró los ojos cuando él miró a Madeleine y le tocó la manga.

—Abuela —dijo Madeleine—. Espero que reciba tu aprobación. Es todo lo que necesito, ¿no crees?

La abuela no dijo nada, pero sus ojos continuaron taladrando el alma de Quentin, o eso parecía. Él quiso pedirle perdón. Quiso salir de la habitación.

—Con él a mi lado, puedo abrir el cofre, ¿no crees?

Los ojos de la abuela se cerraron lentamente.

—Está molesta conmigo —dijo Madeleine.

—¿Cofre? —preguntó Quentin.

—Mi herencia. Mi abuelo me lo dejó. Pero según los términos de su testamento, no podía abrirlo hasta que mi marido estuviera a mi lado.

Las palabras se le clavaron en el corazón. Ella nunca había hablado de aquello, nunca le había hecho ni una insinuación de que pudiera ganar algo financieramente

en cuanto trajera un marido a casa.

—Oh, relájate, Tin —dijo Mad—. La verdad es que no me preocupa la herencia. No como cuando era niña. Entonces me molestaba, claro, ver ese cofre todos los días y saber que no podía abrirlo. Habría sido feliz si no hubiera regresado nunca y no lo hubiera abierto. Pero ya que estoy aquí, y tengo un marido...

—Sabía que no te casabas conmigo por mi dinero —dijo Quentin—. Nunca se me ocurrió que pudieras estar haciéndolo por el tuyo.

Lo dijo con una sonrisa, pero apenas había alegría en ella.

—No se trata de dinero. Estoy segura de eso. O, si lo es, no puede ser mucho porque el cofre no es tan grande. —Madeleine se rió y le palmeó la mano—. Quentin, te estás tomando todo esto demasiado en serio. Yo lo llamaba de niña mi cofre del tesoro. Incluso hacía mapas del lugar de la casa donde estaba enterrado, aunque por supuesto no está enterrado ni nada de eso. Está aquí, a la vista de todo el mundo.

—Parece una cruel tentación para una niña. Deberías haberlo abierto.

—Si lo abro prematuramente, no puedo quedarme con lo que hay dentro. Creo que la abuela esperó siempre que lo abriera y lo perdiera. Vieja tentadora. —La risa de Madeleine fue ligera y no sonó desagradable. Sin embargo, lo era, pensó Quentin. Puede ser desagradable incluso sin darse cuenta. ¿Conozco a mi esposa?

Madeleine se inclinó y apoyó la cabeza en su brazo.

—Quentin, no me gusta en qué me convierto cuando estoy aquí. Y a ti tampoco te gusta. Nunca me habrías amado si me hubieras conocido en este lugar. Pero cuando vuelva al mundo exterior contigo, verás que vuelvo a ser yo misma. Recuperaré mi verdadero yo, mi mejor yo. No este horrible... lo que sea que pienses que soy.

—Pienso que eres mi querida esposa —dijo Quentin—. Pero salir de aquí me parece una buena idea. Ibas a enseñarme el río.

—¿Has desayunado lo suficiente?

—Estoy repleto.

—Abuela, discúlpalos, vamos a dar un paseo por el farallón.

Los ojos de la abuela siguieron a Quentin cuando se puso en pie y retiró la silla de Madeleine para que también ella se levantara. Pero no dijo nada.

La voz de Simón resonó con fuerza.

—¡Todos los aquí presentes que sean reales, por favor, que levanten la mano!

—Cuando llegan a cierta edad —le murmuró Madeleine a Quentin—, creo que deberían encerrarlos en alguna parte.

Quentin se echó a reír y sacudió la cabeza.

—¿Para qué, si ya está encerrado en un sueño?

—¡Oh, lo expresas de una forma tan bonita! —Le apretó el brazo—. Te amo.

La biblioteca sólo tenía las ventanas para conectarla con el exterior. Tuvieron que cruzar el vestíbulo y entrar en el comedor oficial para alcanzar una puerta que daba al pórtico trasero. Era una amplia extensión de losas con cinco anchos peldaños que conducían al césped cubierto de nieve. El césped en sí, interrumpido sólo por algún

árbol ocasional que estaba inevitablemente rodeado por un parterre circular, se extendía hasta el farallón que daba al río. El río estaba, naturalmente, por debajo del nivel del farallón, pero con la clara y mortecina luz de la tarde de invierno pudieron ver las oscuras sombras de los árboles contra la resplandeciente nieve de los farallones de la orilla opuesta. Parecía encontrarse a kilómetros y kilómetros de distancia, aunque no podía ser tanto.

—Es un poco triste —dijo él.

—Imagínatelo con hojas —dijo Madeleine—. Imagínatelo lleno de vida. Imagínatelo cuando el país era todavía joven y se podía oír el traqueteo de los barcos de vapor en el río, y el sonido de los niños jugando mientras corrían por el farallón.

Mientras hablaba, las imágenes que ella conjuraba en su mente lo deleitaron, y sonrió.

—Muy bien. Estoy dispuesto a admitir que el invierno tiene también su propia belleza.

—Esta casa no siempre estuvo llena de viejos raros, ¿sabes? —dijo Madeleine—. Una vez fue viva y animada.

—¿Cuando eras pequeña?

—Fui una niña solitaria mientras viví aquí —dijo Madeleine—. Y Paul... no fue compañía para mí.

Quentin se preguntó otra vez si Paul podría haberla molestado, o si lo habría intentado.

—Pero mi madre me contó cómo era en su juventud. Ella y Paul crecieron aquí, y aunque la época de los barcos de vapor ya había pasado, naturalmente, conocían las historias; la tía Atenea se las contaba, y jugaban a ser capitanes de barco en el cuarto del desván.

—Una infancia idílica.

—Sea lo que sea eso. Exacto.

—Pero tía Atenea no es lo bastante mayor para recordar los barcos de vapor.

—Oh, claro que no. Sólo transmitía las antiguas historias, los recuerdos familiares. Tiene que usar la cabeza para algo. Mantener vivos los viejos relatos no es mala ocupación.

—Mad, eres tan desagradable con ellos...

—Lo siento. Siempre estoy tan asustada cuando vengo aquí, que no me comporto bien.

—¿De qué tienes miedo?

Ella continuó sin contestar, y cuando por fin llegaron al farallón el escenario fluvial se desplegó ante ellos. Incluso con las zonas heladas en las riberas, el río era formidablemente ancho. Quentin recordó los cuadros de la escuela del río Hudson y trató de relacionar aquellas magníficas escenas pastorales con la imagen que tenía delante. No fue difícil. Antes de que el río fuera una autopista, fue un habitat natural, y ahora que el tráfico había desaparecido, quizá la antigua vida regresaba. Algunos

viejos embarcaderos aún tocaban el helado borde del río, pero en otros lugares la ribera había dado paso a los bosques. ¿Cuántas ardillas vivían de nueces almacenadas en aquellos árboles al socaire de los farallones? ¿Cuántas mofetas y conejos, ratones y comadreas vivían sin ver a un hombre durante meses y meses?

Ella le rodeó la cintura con un brazo y se apoyó en él.

—Oh, Quentin, me encanta este lugar, de verdad. Esto es lo que me hace volver, aunque odie en qué me convierto cuando estoy aquí.

—Entonces abramos el cofre del tesoro y marchémonos. Puedo comprarte otro lugar junto al río que tenga una vista como ésta. O mejor.

—No hay ningún lugar como éste.

—¿No querrás que busque otra mansión victoriana?

—Previctoriana, querido —dijo Madeleine—. Lo Victoriano es tan... *nouveau*.

Se echaron a reír.

Caminaron por el sendero a lo largo del farallón. En unos cuantos lugares la altura era considerable, y el sendero se acercaba bastante al borde. Quentin no pudo dejar de recordar la advertencia socarrona del tío Paul: «A Madeleine le gusta empujar». Y caminaba al lado del río. Pero ella no le empujaba, estaba abrazada a él, y le encantaba la forma en que sus cuerpos se movían, no del todo juntos, sino rozándose, cadera con cadera, el brazo de él sobre los hombros de ella, el brazo de ella alrededor de la cintura de él. La brisa era un poco fría, pero el sol era cálido.

Llegaron al final de la propiedad familiar y regresaron a la casa. Esta vez cogieron por un camino diferente, que rodeaba un pequeño cementerio vallado con una entrada en forma de arco.

—Es un poco morboso conservar a los muertos de la familia aquí, en la propiedad, ¿no? —preguntó Quentin.

—Depende de cómo consideres a los muertos —respondió Madeleine—. Fueron parte de nosotros en la vida. ¿No deberían serlo en la muerte?

—¿Te enterrarán aquí algún día?

—Pretendo no morirme nunca.

—Estadísticamente, casi todas las mujeres que se casan firman para convertirse en viudas en algún momento de su vida.

—¿Quieres ser enterrado aquí? —preguntó ella, burlona.

—No a menos que esté realmente muerto —respondió él—. No estaría bien enterrarme mientras aún ronco.

—¿Admites que roncas?

—Todo el mundo lo hace —dijo Quentin—. Pero sólo oyen los ronquidos de los demás.

—Y duermen mientras roncan —dijo Madeleine—. Así son las cosas.

—¿Te molestan mis ronquidos?

—Creo que son agradables. Y cuando me despiertan, te tapo la nariz y entonces tú crees que te despiertas para ir al cuarto de baño y, mientras estás en ello, intentando

en vano apuntar a la taza, me quedo dormida muy muy rápidamente.

—Qué sistema tan eficaz. Por cierto: puede que falle a veces, pero jamás me he mojado los pies.

—O, si lo haces, no te despiertas —dijo ella.

—Eres grosera como un crío.

—Pero es una de las cosas que más te gustan de mí.

—Tal vez —dijo Quentin—. Pero tienes que prometerme que te harás la sorprendida cuando nuestros niños digan groserías. No es divertido si tus padres no se escandalizan.

—Prometo que me escandalizaré.

Regresaron a la casa. El comedor estaba vacío, igual que la biblioteca, y la mesa había sido retirada y vuelta hacia el otro lado para que no ocupara todo el espacio entre las paredes cubiertas de libros. No era tan cálida y sugerente como la biblioteca de la casa de la gran dama. En vez de escaleras había un balconcito que rodeaba tres lados de la habitación, con una estrecha escalera de caracol para alcanzarlo. Todo resultaba frío e incómodo, como un gran cañón que sólo se puede escalar arriesgando la vida con una estrecha escalerilla. Se dirigió a los estantes para examinarlos, pero Madeleine lo cogió por el brazo casi de inmediato.

—Quentin, no hay nada legible aquí.

—En una casa tan antigua, tiene que haber algunos auténticos hallazgos.

—No los hay, confía en mí. Nadie lee. Cuando convirtieron esta habitación en biblioteca, compraron los libros al peso.

—Oh.

Quentin se sintió decepcionado. Una vez había tenido en las manos una primera edición de *La cabaña del tío Tom*. Entre sus dedos, un libro que inició una guerra y cambió el mundo, quizás uno de los mismísimos ejemplares que lo habían hecho. Pero si la biblioteca era reciente y no antigua... Con todo, incluso entre los libros comprados al peso había joyas a veces.

Sin embargo, comprendía que Madeleine estuviera más que ansiosa por abrir su cofre del tesoro de lo que quería admitir. Dejó que lo condujera al vestíbulo de entrada y luego a un saloncito situado en el ala noreste de la casa. La única iluminación procedía de las ventanas, cosa que en una tarde de invierno significaba que la habitación estaba en penumbra, sobre todo porque las tupidas cortinas de brocado estaban cerradas en la parte superior y levemente abiertas cerca de la base, así que cubrían a medias el cristal.

Todos estaban reunidos allí, aunque excepto el tío Paul y la abuela parecían mantenerse tan cerca de las paredes como permitían los muebles. La abuela permanecía firmemente en pie, a pesar de su aspecto encogido y anciano, las manos sobre un cofre de caoba tallado que se hallaba en una mesita en mitad de la habitación. El tío Paul se encontraba cerca, miraba el cofre y luego a Madeleine y Quentin.

—Oh, querida, date prisa —dijo el tío Paul—. Estoy tan ansioso por ver qué hay para ti ahí dentro.

—Apuesto a que sí —dijo Madeleine secamente—. Trata de contenerte.

Sin embargo, las manos de Paul seguían dirigiéndose al cofre, aunque nunca llegaba a tocarlo.

Los ojos de la abuela estaban fijos en Quentin.

—Tin, querido —dijo Madeleine—. ¿Por qué no abres tú el cofre?

—Oh, no estaría bien. Es tu tesoro, después de todo, y llevas tantos años queriéndolo abrir...

Los ojos de la abuela se clavaron en él.

—Tin, sé que es una tontería, pero ahora que ha llegado el momento, las manos me tiemblan tanto... ¿no es una tontería? Supongo que significaba más para mí de lo que creía. ¿No quieres ayudarme, por favor?

—¿Hay una llave o algo?

—¡Ninguna llave! —respondió el tío Paul.

—Guárdate la información, tío P —le reprochó Madeleine.

—Oh, lo sé, querida, es tu premio.

—Lo es —dijo Madeleine—. No hay nada aquí para ti. Tenlo por seguro.

—Oh, lo sé —dijo Paul—. Pero todos estamos tan... intrigados. Es como en Navidad... Uno se muere por averiguar qué hay en los paquetes de todo el mundo, no sólo en los suyos.

—Quentin —rogó Madeleine—. Por favor, no me digas que no.

Quentin suspiró y avanzó hacia el cofre y apoyó en él las manos.

La madera era cálida y lisa, la superficie limpia y pulida. Los dibujos geométricos estaban hechos a conciencia, casi entrelazándose en ocasiones. Era un cofre precioso.

También era un cofre sobre el que la abuela tenía las manos. No intentaba bloquearle el paso: las yemas de sus dedos apenas tocaban las esquinas. Pero sus ojos seguían taladrándolo y, aunque nada dijo, Quentin no pudo dejar de notar que le estaba prohibiendo abrirlo.

—Creo que tu abuela no quiere que lo abra.

—¿Ha dicho eso?

—No ha hablado mucho en todo el día pero, como dijiste, hace que la gente sepa lo que quiere.

—Quentin, todo el mundo sabe que tengo derecho a abrirlo. Y de mi marido... lo que hay ahí dentro es tan mío como tuyo, ¿no? No me pediste que firmara una separación de bienes, ni yo tampoco.

—¿Sabes qué se me acaba de ocurrir? —rió Quentin—. ¿No sería divertido que el cofre fuera la herencia? Ya sabes, un recuerdo. No hay nada dentro, sólo el cofre en sí. Los mágicos sueños de la infancia, conservados para siempre.

—Hay algo dentro, desde luego —aseguró Madeleine.

—Está lleno de cosas —dijo el tío Paul.

—Está lleno de algo, al menos —insistió Madeleine—. No me estás ayudando, tío Paul.

—¿No? —dijo Paul—. Oh, fu. Fum. Fi fi fu.

—Tin, ¿no vas a abrirlo por mí?

—Claro, por supuesto.

—Entonces hazlo. Ábrelo.

—Ya voy —dijo Quentin.

—¿Vas a qué?

—A abrirlo.

—Los ojos me dicen lo contrario —lo acusó el tío Paul, acercándose y mirándolo a la cara—. Abra el maldito cofre, baboso impotente.

El veneno de su voz le escoció. Quentin retrocedió un paso, retirando las manos del cofre.

La abuela seguía mirándolo, pero ¿sonreía un poquito?

—¡Tin! —gimió Madeleine—. Acércate al cofre, coge la tapa por los cantos, y levántala. ¡Ni siquiera tiene cerrojo!

El se quedó allí, cortado, sin saber por qué no podía hacer una cosa tan sencilla por su esposa.

—¿Se trata de una broma? ¿Me va a saltar algo encima?

Madeleine empezó bruscamente a golpear el aire con los puños, como una niña pequeña con un berrinche.

—¡Ábrelo, ábrelo, ábrelo! —Su cara se distorsionó en una mueca, a punto de llorar.

—¡Santo cielo, señora Fears, qué espectáculo! —gimió el tío Paul.

—Madeleine —dijo Quentin—. ¿Qué ocurre? Esto es demasiado extraño para mí.

Bruscamente ella volvió a controlarse, pero el daño estaba hecho. Quentin había visto una faceta de ella cuya existencia desconocía. Como una niña malcriada, así se había comportado desde que entrara en aquella casa. Como una niña marimandona acostumbrada a decir lo que se le antojara a cualquiera sin que nadie se lo reprochara.

—Es ella la que te detiene, lo sé —se quejó Madeleine—. La abuela no me dejará tener lo que es mío por derecho.

—Madeleine, no me parece bien abrirlo —dijo Quentin—. ¿Puedo evitarlo? Si es tan fácil, ábrelo tú. Quiero que lo hagas tú, de veras. No tengo nada que ver con esto. Ábrelo.

Ella dio un manotazo, aunque estaba demasiado lejos para alcanzarlo. Tras estallar en lágrimas, gritó:

—¡Por qué me casé contigo si no puedes hacer lo único que quiero que hagas!

—¡Mira, lo abriré! —dijo Quentin—. Pero espero que sepas que no estás en tu momento más glorioso.

—¡Ábrelo!

Ahora estaba frenética, casi dominada por el pánico.

Quentin volvió a tocar el cofre. Estaba cálido. Los dedos le cosquillearon. Todo este asunto me está desquiciando, pensó. Obviamente aquel cofre era mucho más importante para ella de lo que había dejado entrever. Y, sin embargo, lo había mantenido en secreto durante todo su noviazgo y aquellos meses de matrimonio. Planeando y planeando. Eso significaba que lo habían manipulado, y odiaba esa idea. Odiaba manipular y ser manipulado.

—Mad, la verdad es que no me parece un buen momento para abrir el cofre —dijo Quentin—. Tú estás inquieta y yo estoy inquieto, y necesitamos hablar sobre esto primero.

Ella cayó de rodillas y le gritó.

—¡No hay nada de que hablar! ¡Es mío!

—Sé que es tuyo. Pero has esperado todos estos años, ¿no podemos aguardar hasta resolver esto?

—¿Crees que hablar ayudará? —replicó ella—. Ella te está deteniendo. ¡Se está saliendo con la suya y la odio por eso! La mataré, lo juro.

—¡No me está deteniendo, por el amor de Dios, Mad! —Pero a su modo lo hacía, con aquellos dedos sobre el cofre, aquellos ojos penetrantes.

—¡Qué sabrás tú! —chilló Madeleine—. ¡Todo este trabajo, todos estos meses, estoy tan cansada! ¡Todo para nada!

—Espero que no te refieras a nuestro matrimonio —dijo Quentin, tratando de que pareciera que hablaba en broma. Pero naturalmente no estaba bromeando. Estaba asustado.

—Si me amaras —dijo Madeleine, poniéndose de nuevo en pie, el rostro convertido en una máscara de furia—. Si me amaras como dices, abrirías este cofre ahora mismo. En este instante. En este segundo.

Quentin se volvió otra vez hacia el cofre, puso las manos sobre la tapa. El cofre se estremeció.

—Me tiemblan las manos —le aseguró—. No creo... en este justo instante, Madeleine, me estoy preguntando... me estás haciendo preguntarme si todo nuestro matrimonio es una farsa, sólo para que yo abra este cofre. Dime que no es verdad, Mad. Todo este asunto es tan demencial que no puede ser verdad.

—Abre —susurró ella, el rostro convertido en una máscara de furia—. El Cofre. Quentin apartó las manos de la temblorosa caja y se las llevó a la cara.

—Mad, Mad, ¿qué nos está pasando?

Ella gritó. No fue el grito de una niña con un berrinche, sino el agudo alarido de una mujer dominada por la pena. Quentin se volvió hacia ella, extendió las manos en gesto de súplica. Ella retrocedió, se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación, tambaleándose.

Confuso y asustado y herido, Quentin se volvió hacia el cofre.

—¡Lo abriré, Mad! Vuelve, voy a abrirlo, ¿ves?

Pero el tío Paul colocó ahora la mano sobre el cofre.

—No sin la señora Fears delante, señor Fears —dijo, sonriendo—. Está en el testamento.

Quentin miró en derredor. De algún modo, sin que se hubiera dado cuenta, todos los demás habían salido de la habitación. Bueno, no le extrañaba... no había sido una escena agradable. Sólo quedaban el tío Paul y la abuela, ambos tocando el cofre del tesoro. Quentin miró a la abuela a los ojos.

—¿No me ama, abuela? —preguntó.

Los labios de la anciana empezaron a moverse. Ligeramente, ningún sonido brotó de ellos.

—Debería seguirla —dijo Quentin—. Voy a seguirla y la traeré de vuelta y abriremos el cofre y luego nos marcharemos de aquí y todo irá bien. Es lo que debería hacer, ¿no?

Sus labios volvieron a moverse. Él se inclinó para escucharla.

—Vieja charlatana —murmuró el tío Paul, pero levantó la mano del cofre y se apartó.

La abuela, ahora ya casi mejilla contra mejilla, le susurró:

—Búsqueme.

No tenía ningún sentido. La mujer estaba senil. No controlaba aquella casa más que Quentin.

Madeleine. De algún modo ella podía explicarlo todo. Podía darle sentido. Era su esposa, al fin y al cabo. Ella le amaba, él la amaba a ella; lo tenían todo en común, tenían su vida juntos, ella era suya y él era de ella para siempre. Aquello no era más que una pelea absurda, un estúpido malentendido.

¿Dónde estaba? Quentin salió corriendo del saloncito hasta el vestíbulo de entrada. Miró en la biblioteca, el estudio, el comedor. La puerta que daba al pórtico trasero estaba abierta. El frío del invierno ya se había colado y se notó los pies helados en cuando entró en la habitación.

Corrió a los ventanales que daban al pórtico. Mad no estaba allí. Miró el prado nevado justo a tiempo para verla, las manos en la cara, mientras corría torpemente hacia el cementerio amurallado.

Se apresuró a seguirla a través de la nieve.

8

PISADAS

Quentin no la encontró en el cementerio. Corría entre las lápidas, mirando a derecha e izquierda, pero no estaba arrodillada en ninguna parte, ni escondida detrás de ningún sitio. Había arbustos, pero todos pelados; de haber estado dentro de los muros del cementerio, la habría visto.

No había otra puerta. Corrió a cada una de las esquinas del recinto para ver si sus pisadas conducían al muro, para comprobar si lo había escalado por casualidad.

¡Qué absurdo! Ella llevaba vestido, estaba furiosa, molesta... ¿por qué iba a escalar un muro?

Pero entonces, ¿dónde estaba?

Lo había despistado mientras corría hacia el cementerio. Mientras cuidaba de no caer en la nieve ella debía de haberlo visto acercarse y vuelto a salir del cementerio con la intención de evitarlo. Y tal vez había hecho bien. Que se calmaran ambos. Podrían abordar entonces el problema de un modo racional. Ella le había advertido que habría problemas cuando fueran a casa. Le había dicho que no le gustaba la persona en la que se convertía cuando estaba allí. Bien, tenía razón. A él tampoco le gustaba. Pero amaba lo que era fuera de aquel lugar, la persona que realmente era... la amaba. Si se marchaban y regresaban a su vida, aquello se convertiría en un recuerdo bastante ridículo que no contarían a nadie. Se convertiría en una referencia privada para ellos. Llamarían a algún visitante que se alojara demasiado tiempo con ellos un «amigo de la familia» y los dos pensarían en Simón. Alguien sería muy ceremonioso y harían un guiño y susurrarían «tío Stephen». Alguien diría alguna tontería con la intención de hacerse el listo y dirían «Atenea», y recordarían aquel desayuno y a la vieja solterona que se sentó a la mesa con ellos.

Pero nunca bromearían acerca de la abuela. Ni del tío Paul. Ni del cofre del tesoro. Había verdadero dolor allí. Si Quentin lo entendía, muy bien, pero si no lo hacía tampoco pasaba nada, siempre que tuviera a su Madeleine y nunca se vieran obligados a regresar a aquel lugar.

Había recorrido todo el cementerio buscando sus huellas. No las encontró. Ella no había entrado, por lo visto.

Se quedó en la entrada, contemplando la nieve. Sólo un par de huellas llegaban hasta el cementerio. Las suyas.

Pero la había visto correr hasta allí. Desde el pórtico la había visto antes de cruzar el prado para reunirse con ella.

Contempló el césped. Allí estaban las pisadas que los dos habían dejado esa mañana: las que se alejaban en dirección al farallón, las que se acercaban y marcaban su regreso. Se acercó a las pisadas de vuelta. Sólo un par de zapatos había hollado la superficie de la nieve. Una vez más, los suyos.

Ella estaba con él. La había abrazado, lo tenía cogido por la cintura. Se hicieron arrumacos mientras caminaban. Lo recordaba. Era imposible que ella no dejara huellas en la nieve. Pero claro, también la había visto entrar en el cementerio.

Igual que había visto a una mujer que se parecía a Lizzy abrir la puerta de una casa en Herndon y entrar y encender las luces.

Regresó al cementerio y apoyó la espalda en una de las columnas de piedra que sostenían el arco de la entrada. Estaba sufriendo alucinaciones otra vez. Era preocupante, pero no aterrador. Sucedió la primera vez debido a la soledad, a la ansiedad. Esta vez la tensión era diferente. Pero en ambas ocasiones había visto lo que necesitaba ver desesperadamente: en un caso, a Lizzy adulta y llevando una vida normal; en el otro, a Madeleine entrando en un sitio donde podía encontrarla y arreglar las cosas entre ellos. Donde podía asegurarse de que era la mujer que conocía y amaba y no aquella desconocida, aquella niña ansiosa y rabiosa que tenía que obligar a alguien a abrir su cofre del tesoro.

Naturalmente, la gente normal no tenía alucinaciones, ni siquiera en momentos de tensión. Eso significaba que padecía algún tipo de enfermedad mental. Pero aún no lo incapacitaba. Ahora había fármacos que ayudaban a los esquizofrénicos a controlar sus psicosis.

Eso debía ser lo que le estaba sucediendo: experimentaba los primeros síntomas de esquizofrenia avanzada. Pero podía acudir a un psiquiatra y conseguir los fármacos que necesitaba para continuar funcionando. Aquello era controlable; no había ningún motivo para tener miedo.

No, ahora que lo pensaba, había un motivo. Porque no estaba bajo tensión mientras paseaba con Madeleine por el farallón, y eso tuvo que ser una alucinación, porque ella no dejó huellas.

A menos que fuera una alucinación lo de ahora. A menos que su mente estuviera borrando pisadas que estaban realmente allí, porque no podía soportar tenerla a su lado si era la persona que había visto en el saloncito. Eso lo explicaría todo. Estaba en medio de un grave episodio psicótico, pero pasaría. Incluso sin tratamiento, los episodios pasaban, ¿no? Sobre todo en los primeros estadios de la enfermedad. Había leído un libro al respecto hacía unos cuantos años, y le parecía que sabía cómo funcionaba.

Una vez que tuviera control de sí mismo, saldría del cementerio y vería dos conjuntos de pisadas, y volvería a la casa y encontraría a Madeleine en el dormitorio. Ahí es donde tenía que estar. Ni siquiera la había buscado en el piso de arriba. Su necesidad de encontrarla era tan grande que se asomó a las puertas del comedor para verla fuera cuando en realidad probablemente estaba en su cama, llorando y esperando que fuera a verla.

Se volvió para encaminarse hacia la casa, pero allí estaba el rastro en la nieve y sus pisadas no habían vuelto a aparecer. No podía regresar todavía. Tardaría unos instantes en recuperarse. El mundo tenía que regresar a la normalidad. Tenía que

aferrarse a la realidad. Pensó en aquellos viejos anuncios de neumáticos en los que unos dedos salían de las ruedas para agarrarse al asfalto. Estaba patinando, resbalaba; tenía que dar un golpe de volante y controlarlo, como si condujera un coche sobre el hielo.

Empezó a caminar entre las lápidas del cementerio, mirando los nombres para distraer su mente de lo que le estaba pasando.

Naturalmente, no había ningún apellido Cryer. La casa era de la familia materna de la madre de Madeleine, y él no tenía ni idea de cuál era su apellido. En las lápidas había grabados diversos nombres, ninguno destacado. Pero los nombres propios eran bastante reconocibles. Las familias bautizaban a los bebés con los nombres de otros miembros mayores, y los nombres propios pasaban de generación en generación. Había un Jude. Un Stephen. Ninguna Atenea, pero ése no era su verdadero nombre, ¿no? Ah, allí había una Minerva. Y en la esquina, incluso un Simón.

Pero Simón no pertenecía a la familia, ¿no? Así que sólo era una coincidencia que su nombre estuviera en el cementerio. Miró con atención la lápida:

SIMON WISTER
¿- 2 DE FEBRERO DE 1877
ERA UN EXTRAÑO Y ME ACEPTARON

La sangre se le agolpó incluso antes de que la idea penetrara en su mente.

Simón era un visitante que se quedó. Y allí había una lápida que pertenecía a un Simón cuya fecha de nacimiento era desconocida y cuyo epitafio indicaba que se trataba de un extraño que había sido aceptado.

Bueno, Quentin, pensó, ya que estás perdiendo la cabeza. ¿Por qué no añadir unos cuantos muertos que caminan y desayunan contigo?

Se acercó a la lápida de Minerva.

MINERVA MUELLER
1 DE JUNIO DE 1866-12 DE JULIO DE 1918
AMADA POR TODOS
LA SABIDURÍA EN LA SENCILLEZ

El verano de 1918 sugería que probablemente esta Minerva murió en la epidemia de gripe. A los... cincuenta y dos años. Sabiduría en la sencillez.

¿No sería una forma amable de referirse a su falta de inteligencia? Si la tía Atenea, la que había conocido esa mañana, fuera a tener un epitafio, ¿podía imaginar alguien una inscripción más adecuada que ésta?

Pero estaban sentados a la mesa y comieron con él. Hablaron con él y con Madeleine. Eran reales.

—Todos los aquí presentes que sean reales, por favor, que levanten la mano.
Recordó las palabras del tío Simón con dolorosa claridad. Todo el mundo lo había ignorado, naturalmente, como si fuera un loco.
Pero nadie había levantado la mano tampoco.

CORONEL STEPHEN ALAN FORREST

22-12-1910-24-12-1951

MURIÓ EN NIEVES LEJANAS EN BUSCA DE LA PAZ

SOBRE SU TUMBA CRECEN LOS LIRIOS SIEMPRE PUROS

EL LIRIO SABE, EL SOLDADO SABE LO CORTA QUE ES LA VIDA

Su porte militar. Alguien (Madeleine) había dicho que había combatido en la guerra de Corea. Pero no era viejo. Cuarenta y un años, la edad del Stephen enterrado aquí; ésa era una buena aproximación de la edad aparente del tío Stephen del desayuno. Pero incluso un joven de dieciocho años que hubiera combatido en Corea, de estar todavía vivo tendría sesenta años como mínimo. Y el tío Stephen no aparentaba esa edad, no con aquella barba oscura y el pelo negro. Tal vez se lo teñía. O tal vez estaba muerto.

El tocayo del primo Jude, Philip St. Jude Laurent, nació en Yorkshire en 1799 y murió en Estados Unidos en 1885. ¿No había notado un ligero rastro de acento cuando habló?

No, no, todo aquello era una locura.

No sabía el nombre de la abuela, así que no pudo buscar su lápida, si había una.

El único Paul del cementerio murió siendo un bebé, no un hombre de cuarenta y cinco años, como había dicho Madeleine que tenía el tío Paul, o de treinta, como parecía tener.

Y sin admitir ante sí mismo que lo estaba buscando, sintió gran alivio al no encontrar ninguna lápida con el nombre de Madeleine.

Los nombres se repiten en las familias, eso es todo. Nombres e historias familiares. Madeleine se estaba burlando de ellos, presentándolos con alusiones a los nombres de las lápidas cuyas historias debían conocer. Se estaba comportando mal esa mañana, eso era todo y, simplemente, él era el único que no le pillaba la gracia. Seguro que los otros lo sabían todo sobre aquellas lápidas.

Pero no había pisadas en la nieve, excepto las suyas propias.

Salió del cementerio, pero en vez de regresar al pórtico trasero, se acercó a la parte frontal de la casa. Allí estaban las huellas de los neumáticos de la *limousine*, saliendo del camino de acceso. Aquí era donde el coche se detuvo y el conductor salió y dio la vuelta hasta el lado derecho y luego el lado izquierdo del coche, para abrirles las puertas. En el lado izquierdo, donde estuvo sentado Quentin, aparecían sus propias pisadas: indicaban cómo había caminado hasta el maletero donde recogió

las maletas que le dio el conductor y qué camino siguió mientras rodeaba el coche para subir las escaleras de la casa.

Pero no había huellas en la puerta de Madeleine, excepto las del conductor que le abrió la puerta. No había huellas donde se encontraba el criado. Y sólo un conjunto de pisadas, las de Quentin, subían las escaleras hasta la puerta.

Si esto es una alucinación es horriblemente selectiva, pensó Quentin.

Estaba bastante orgulloso de lo tranquilamente que se estaba tomando las pruebas de su propio colapso mental.

En algún lugar de la casa estaba Madeleine. Le ayudaría a superar esto. Se había casado con él para acompañarlo en la salud y en la enfermedad, ¿no? ¿No dijeron eso al pronunciar los votos en la iglesia?

Ella lo llevaría a un psiquiatra y controlarían aquello y la vida continuaría.

Subió los peldaños, marcando un segundo conjunto de huellas en la nieve, abrió la puerta delantera de la casa y entró.

No era la misma casa.

Oh, la disposición de las habitaciones era igual. Incluso los muebles se encontraban en el lugar que correspondía. Pero la mayoría estaban cubiertos por sábanas y el suelo por un dedo de suciedad y polvo, excepto allí donde sus propias peregrinaciones de la noche anterior y de aquella mañana lo habían removido. Cada paso que daba levantaba nubes de polvo y al cabo de unos segundos estaba estornudando y tosiendo. Si había entrado por allí antes, ¿por qué no había tosido y estornudado entonces? ¿O lo había hecho? Tenía el vago recuerdo de haberse preguntado si iba a pillar un resfriado. ¿O estaba simplemente inventando ese recuerdo para intentar que las cosas tuvieran sentido?

Abrió las puertas de la biblioteca. Las ventanas tenían varios cristales rotos y la nieve manchaba la mesa cubierta por un paño. Cientos de libros yacían dispersos por el suelo. La habitación estaba helada. Sólo sus pasos se marcaban en el suelo, hasta lo que era obviamente la única silla que había sido ocupada en muchos años. Las demás estaban unidas a la mesa y al suelo y entre sí por telarañas; incluso la que él había utilizado estaba polvorienta y cubierta de telarañas y, ahora que se miró la ropa se dio cuenta por primera vez de que los hilos y las manchas de polvo marcaban también su chaqueta, los pantalones. Los frotó y se desprendieron; ¿cómo no se había dado cuenta antes?

En estos momentos no estoy experimentando un episodio psicótico. La certeza creció incluso mientras decía las palabras mentalmente.

Esa mañana había visto cosas que no eran reales. Gente en el desayuno. Aquella habitación limpia, los muebles lustrosos. Los criados habían traído una comida perfecta... ni una sola pisada indicaba su llegada. ¿Qué he comido, entonces?

El gruñido de respuesta en su estómago le dijo que no había comido nada. La sequedad de su boca le dijo que no había bebido tampoco. No desde el día anterior en la *limousine*: la botella de agua mineral que había servido para Mad y para él. ¿Se la

bebió ella? ¿Había alguien allí para beber? ¿Hubo alguna vez alguien?

Sí, necesariamente. El conductor de la *limousine* fue a su puerta y la abrió... ¡él también la vio! Sus padres la habían visto. Sus amigos, la gente en las fiestas y mítines celebrados por todo. Estados Unidos: todos la habían visto y habían hablado con ella. No todos podían estar locos o, si lo estaban, su locura había perdido significado.

¡Madeleine! Sintió una terrible añoranza de ella. ¡Madeleine, cómo he podido ni por un momento dejar de creer en ti!

Salió corriendo de la biblioteca al salón, luego subió los dos tramos de escaleras hasta la habitación que habían compartido. Abrió la puerta. Allí estaban sus dos maletas, el maletín y la bolsa. Su lado de la cama estaba revuelto, lo que indicaba que alguien había dormido allí. Pero no había sábanas: sólo un paño blanco cubría el colchón, y la cama estaba completamente cubierta por telarañas. Sólo sus cajones de la cómoda habían sido abiertos. Sólo su ropa colgaba del mustio armario.

Entró corriendo en el cuarto de baño. No había agua en la taza, sólo su orina en el fondo. El suelo estaba sucio. La bañera era un asco: en algún momento la tubería debía de haber reventado y llenado de suciedad todo el fondo. ¿Lo sabía ella? ¿Sabía cómo era de verdad la bañera y había tenido suficiente compasión para disuadirlo de que intentara bañarse? De los grifos no salía agua. El cepillo de dientes todavía tenía pasta en las cerdas... no lo había enjuagado, pero se había lavado los dientes. Y, ahora que se fijaba, saboreaba el dentífrico, se notaba la pasta entre las mejillas y las encías.

Con el corazón latiendo enloquecido, la mente desbocada pero sin pensar todavía en nada, recogió rápidamente toda su ropa del armario y los cajones, el neceser del baño, e hizo el equipaje. He dormido solo esta noche, pensó. Y sin embargo hicimos el amor, Madeleine y yo. Hicimos el amor y nos terminamos los bocadillos. Pero no había ni una migaja y sólo una leve marca en el polvo y la suciedad de la mesita de noche indicaba el lugar donde creyó colocar la bandeja con el bocadillo.

Equipaje en mano, salió de la habitación y bajó las escaleras. Ni siquiera se molestó en buscar un teléfono. Si la casa tenía uno, estaría tan desconectado como la electricidad y las tuberías.

La electricidad. Hoy veía bien porque entraba luz por las ventanas. Pero por la noche no. Y sin embargo no había chocado con nada. Alguien lo había guiado. Madeleine. Puede que no dejara huellas, pero alguien que conocía la casa estaba con él o nunca podría haberse abierto paso en la oscuridad, ni subido las escaleras, ni entrado en el dormitorio. Las gruesas cortinas del cuarto estaban cerradas.

No me lo he inventado. Las alucinaciones pueden hacerte ver cosas que no existen, pero no te hacen ver en la oscuridad. La esquizofrenia no te proporciona una linterna.

Soltó las maletas junto a la puerta. Lo habían traído allí por algún motivo. La ilusión continuó hasta el momento en que se negó a abrir el cofre del tesoro. Entonces

Madeleine salió corriendo y todo el mundo desapareció, excepto Paul y la abuela. Aquellos cuyos nombres había identificado con las lápidas habían desaparecido.

¿Qué era real? La limpieza del lugar era una ilusión, la comida y los criados falsos, la gente... ¿qué, fantasmas? Pero la mesa era real, las sillas, las puertas, la cama, incluso lo eran el excusado y el lavabo y la bañera. Tal vez en el saloncito, sobre una mesita, había de verdad un cofrecito de madera tallada que alguien, por algún motivo, necesitaba que abriera.

Se volvió y se acercó a la puerta del salón. Pero, mientras se acercaba, dos letras brillantes aparecieron en la puerta.

NO

—No me lo estoy inventando —susurró para sí. Las letras desaparecieron. Dio otro paso hacia la puerta. Otras letras aparecieron, con más rapidez esta vez, cada una ocupando el lugar de la otra.

NO
ENTRES
SAL
DE
AQUÍ
SAL
LA
MUERTE
LA
MUERTE
VIVE
AQUÍ

Se apartó de la puerta, contempló las paredes deslucidas. En la oscura chimenea brillaba algo: una luz. No se acercó; más bien retrocedió, temiendo qué podía ser. Sin embargo, no lograba apartar los ojos.

Una rata salió y se encaramó a un leño. Lo miró a los ojos, de un modo tan penetrante como había hecho la abuela. Abrió la boca.

—Búsqueme —dijo.

Aquello no era locura, ahora Quentin estuvo seguro. No era que su mente creara una falsa entidad. Al contrario, estaba captando correctamente que las reglas que siempre había considerado como la realidad no eran aplicables a esta casa. Algo había hecho hablar a esa rata, había hecho que aparecieran letras en la puerta de una habitación en la que no debía entrar. Algo le había guiado a través de la casa en la

oscuridad. Algo le había hecho creer que la mujer que amaba estaba a su lado mientras caminaba solo por el farallón. Alguien le había presentado a un grupo de muertos en el desayuno y le había convencido de que comía la mejor comida que jamás había probado en su vida mientras dejaba su estómago vacío.

Todo esto lo comprendía racionalmente. Pero su cuerpo era irracional. El corazón se le salía por la boca, estaba helado, los dedos le temblaban. No se atrevía a darles la espalda a la rata ni a la puerta del saloncito, aunque no se atrevía tampoco a quedarse en aquel lugar ni un instante más. Así que se volvió y caminó veloz hasta la puerta donde le esperaba su equipaje. La abrió, recogió las maletas y salió al porche nevado.

Al pie de las escaleras, donde el coche se había parado la noche anterior le esperaba Madeleine, la cara tranquila, incluso triste.

El terror huyó, barrido por el alivio. Madeleine era real. Madeleine estaba allí. Su amor por ella volvió a inundarlo. Todo iría bien. Le cuidaría en este episodio de... lo que fuese.

—Mad —dijo—. No vas a creer lo que me ha estado pasando.

Ella sacudió la cabeza.

—Oh, Tin, no soy Madeleine. Ya no. Se ha marchado.

Bajó los peldaños hacia ella.

—Llámate como quieras, estás aquí. Creía que te había perdido.

—Me perdiste hace años, Tin. Cuando morí en ese hospital. Cuando te dije que te largaras. Cuando te dije que no me ataras.

Él se detuvo, sin creer las palabras que surgían de la boca de Madeleine.

—¿Captas, captas, captas?

Y entonces ya no fue la boca de Madeleine. No hubo ninguna transformación. Nunca había sido Madeleine.

—Lizzy —susurró.

—Ahora me ves —dijo ella—. Pero sigues sin verme. Es tu propia mente la que pone esta forma a lo que soy.

—¿Siempre fuiste tú? —De inmediato recordó haberla visto en el supermercado, y entrando en aquella casa.

—Ésa no era yo. Pero en parte por eso vine. Tienes el poder de llamarme. Cuando pensabas que me habías visto, tu necesidad de mí me hizo venir. La mayoría de nosotros estamos atados a nuestros cuerpos, a lo que queda de nosotros, pero yo estoy más atada a ti. No me importa, la verdad es que no me importa. Sobre todo porque, cuando vine, vi el peligro que corrías.

—Pero si eres tú, Lizzy, no estoy en peligro.

—No era yo, ¿no lo entiendes? Era alguien que encontró mi imagen en tu mente y la utilizó. Cuando vine a ti, ella te hizo ver esa alucinación en la que entraba en la casa. Pero yo no estaba dentro de la cosa que viste, Tin, estaba contigo. Allí en la casa, a tu lado, sintiendo que me llamabas. ¡Eres tan fuerte cuando me llamas así! Aunque quisiera, no creo que pudiera mantenerme lejos.

—¿Por qué no me hablaste entonces como lo haces ahora?

—Porque ella estaba allí. Los muertos no tienen fuerza ninguna comparados con los vivos. Si ella me quiere callada, si me presta atención, entonces créeme, Tin, no puedo hablar.

—Yo estoy vivo, Lizzy. Yo quería que hablaras.

—Sí, tenías la fuerza para llamarme, pero, Tin, si tú eres fuerte, ella... bueno, ella está más allá de la fuerza. Cuando reparó en mí, vio la oportunidad. Me utilizó. Me mantuvo cerca para saquear mi memoria igual que saqueó la tuya. Me usó como parte de esa cosa llamada Madeleine que hizo. Es una maestra manipulando a los muertos. Creí que era la semana de la reunión de los muertos lo que había aquí esta mañana en el desayuno. Anoche estuvo dando vueltas por el cementerio, llamando a esos pobres diablos allá donde estuvieran y obligándolos a asistir a su pequeño banquete.

—¿Por qué? ¿Quién es? ¿Es Madeleine?

—Ya te lo he dicho, ella fabricó a Madeleine. De la nada. De tus deseos. Madeleine se convirtió en todo lo que tú considerabas hermoso y encantador. Así descubrió el perfecto sabor y olor y textura de todo lo que has comido hoy. También lo sacó de mí, me convirtió en la ilusión. Fui como barro para ella, no pude hacer nada más que lo que ella quisiera mientras me vigilara.

—Así que supongo que ahora no vigila.

—Le has fallado. Se ha marchado enfurecida y, por el momento, se ha olvidado de mí. Por primera vez desde que me llamaste estamos a solas.

Quentin recordó la primera vez que llevó a Madeleine a casa para que conociera a sus padres. Madeleine nunca los dejaba a solas.

—Sí —dijo Lizzy—. Así. Como es mortal, tiene poder sobre mí. Supo poner trocitos de mí en Madeleine. Mis recuerdos de ti. Pequeñas costumbres mías a las que responderías sin darte cuenta.

—Y me lo creí todo.

—Claro que sí. Todo el mundo lo creyó. Cuando salías en público con Madeleine, me llevaba consigo y me utilizaba como núcleo al que aferrarse: así la ilusión engañaba a centenares de personas a la vez.

—Tiene que haber sido duro para ti.

—Sólo porque odiaba lo que te estaba haciendo. En cuanto a mí, no tenía ninguna cita urgente. Los muertos nunca tienen nada que hacer. No es que seamos apáticos, nos preocupamos por las cosas como siempre. Somos... pacientes.

—Y sin embargo estás aquí.

—Porque tú tienes un plazo que cumplir. Porque hay cosas peores que la muerte.

—¿Perder a Madeleine?

—Abrir ese cofre.

—¿Por qué? ¿Qué hay dentro?

—No sé lo que es, Tin. Sólo sé que es muy fuerte y que los otros están aterrorizados.

—¿Los otros?

—Los otros muertos. Los muertos del desayuno. La única que no la teme es la que nos ha estado manipulando. Ella ansia ese cofre. Por eso está ahora tan enfadada. Por eso no nos presta atención. No le somos útiles en este momento.

—Entonces es humana. Sólo es capaz de hacer una cosa cada vez.

—Es más fuerte que tú y decididamente más fuerte que yo, pero no omnipotente. No creo que pudiera impedir que su auténtico yo saltara a Madeleine. Sobre todo hoy. Hoy estaba tan ocupada manteniendo a sus marionetas muertas bajo control que no se ocupó de que Madeleine actuara como Doña Perfecta todo el tiempo. Especialmente cuando los criados entraron en la habitación. No había nadie real detrás de esos criados, ni vivo ni muerto. Sólo te estaba haciéndolos ver. Eso es mucho más difícil que construir una ilusión alrededor de un alma real. Crear a esos criados la agotó. Y mientras los estaba manteniendo, algunos de los otros consiguieron decirte unas cuantas cosas.

—Lizzy, no comprendo nada.

—¿Y crees que yo sí? No es que nos den un manual: *Cómo estar muerto*. Las respuestas para todo no se aclaran en el momento en que te mueres. Quiero decir que sé que hay decididamente una vida después de la muerte, pero no somos como los humanos. Me ves de esta forma porque cuando reconoces que soy Lizzy, tu mente añade el resto.

En el momento en que dijo estas palabras, él advirtió que parecía mucho menos definida. Oscilaba.

—No me pierdas ahora —exclamó Lizzy—. ¡Tengo que decirte cómo funciona, para que no estés completamente indefenso contra ella!

Quentin extendió la mano, pero allí no había nada. Ella se desvaneció más.

—¡No sé cómo agarrarme a ti!

—¡No me mires! Aparta la vista, escucha mi voz hasta que vuelvas a tenerme en tu cabeza. Como lo hacías cuando te leía mis libros favoritos.

—Entonces eso fue real —susurró él.

—Escúchame. Creo que no ha acabado contigo. Te necesitaba por algún motivo y no consiguió lo que quería, así que aún te necesita. No sé cómo combatirla, pero al menos puedo decirte lo que he descubierto. Algo es algo. Todo lo que puedo hacer.

Él asintió, sin mirarla.

—Te escucho.

—La mayoría de los mortales no nos ven a los muertos, pero ella sí. Y tú también, a veces. Ella además sabe desligarse de su cuerpo sin morir y salir y hacer cosas. Tú no puedes hacerlo.

—¿Está aquí ahora? ¿Nos escucha? ¿Lo sabrías si así fuera?

—Lo sabría, y no está, no ahora mismo. Ni siquiera percibo su furia, tan lejos anda. Tal vez haya regresado a su propio cuerpo, esté donde esté. El caso es que, cuando anda suelta y vagando, es como nosotros los muertos. Sólo que es más fuerte

porque su cuerpo vive. Así que déjame que te diga lo que he descubierto sobre las almas, para que sepas lo que es ella cuando anda suelta. Ni siquiera tenemos un emplazamiento, a menos que algún mortal nos llame como tú me llamaste. Cuando no estoy aquí contigo, no estoy en ningún sitio en concreto. Seguimos siendo libres para elegir, pero sin cuerpo no hay muchas decisiones que tomar. No podemos cambiar nada del mundo físico y somos bastante débiles en algunos aspectos. Nos cansamos... ahora mismo estoy agotada. Y seguimos unidos a nuestros antiguos cuerpos, durante un tiempo al menos, hasta que los viejos lazos se disuelvan. Las personas que ella llamó al desayuno están unidas a esta casa, a la familia que es dueña de este lugar. Ella pertenece a la casa, y puede usar eso para traerlas y dominarlas. Eso es todo. Todo lo que sé sobre la muerte, por Lizzy la chica muerta.

—Lizzy, ¿quién es ella?

—No lo sé, Tin, eso es lo que trato de decirte. Si lo supiera, ¿crees que lo mantendría en secreto? Sólo sé que es tan fuerte que debe ser mortal. Es una persona viva. Y es tan poderosa que crea ilusiones que tú y todo el mundo podéis ver y tocar y... y todas las otras cosas que hiciste con ella.

Quentin pensó en todo lo que había hecho con Madeleine.

—Lizzy, has dicho que a veces formabas parte de Madeleine... —Se ruborizó.

—Ella sólo me usó así ante las multitudes, Tin. Y no te preocupes por lo que vi. Aquí no tenemos cuerpo, no nos preocupan esas cosas.

—Lizzy, yo la amaba.

—Amabas un sueño hecho realidad por una persona tan cruel que... la odio, Tin. Es vil. Pero Madeleine no era vil. Madeleine era maravillosa.

—Si esta... persona, si es vil, ¿cómo logró crear algo... a alguien como Mad?

Y se sintió de nuevo lleno de añoranza por su esposa, ahora que sabía que la había perdido para siempre aunque la necesitaba tanto como de costumbre.

—Ella no inventó a Madeleine. Lo hiciste tú. La sacó de tu cabeza. Le diste el guión y ella lo representó para ti. Lo que amaste fue tu sueño del amor.

—¿Por qué nos hizo esto?

—Todo lo que sé es que tiene algo que ver con lo que hay dentro de ese cofre. Obviamente, ella misma no puede abrirlo o no te necesitaría.

—Pero si quería que lo abriera, ¿por qué me detenían la abuela y el tío Paul? Al menos, ella pensaba que la abuela me lo impedía, y él se interpuso la última vez que intenté...

—Bueno, verás, ella no llamó a la abuela ni a Paul. Simplemente, vinieron. La anciana es un alma que vaga, como ella. No está muerta. El tío Paul... no estoy segura de lo que es.

—Lizzy, estoy loco, ¿no? Tú nunca has sido real e incluso allí, en el hospital, perdí la chaveta por la pena y por eso aluciné con tu voz y he estado loco desde entonces.

—¡Escúchame, Tin! ¡No flaquees! No estás loco. Todo lo que viste, te lo hicieron

ver. Y lo que ha sucedido en el saloncito hoy, ha sido real. Ella no te escogió por accidente. Como decía, eres fuerte. No como ella, pero sí lo suficiente para que no haga lo que quiere contigo. La descubres, a veces. Cuando controlaba a papá y a mamá lo viste, viste que pasaba algo raro; eso la asustó de veras, lo noté. Te necesitaba por algún motivo pero también tiene un poco de miedo porque no puede controlarte. Así que no careces de recursos.

—¡Entonces enséñame a utilizarlos!

—No sé cómo. Nunca tuve un poder así cuando estaba viva, y desde luego no sé nada sobre gente como esa... manipuladora.

—¿Qué hay de la abuela? Dices que también está viva. Y me dijo que la buscara. ¿Para enseñarme?

—Sólo sé que está en un cuerpo mortal en algún lugar de este mundo, y que ella y la Manipuladora se odian. Sea lo que sea lo que quiere la Manipuladora, la abuela intenta impedirlo. Y si te dijo que la buscaras, bueno, tal vez deberías hacerlo.

—Pero ¿por qué no me busca ella? Madeleine lo hizo.

—No lo sé, Tin. Te he dicho todo lo que sé.

—¿Qué hay del tío Paul? Si ella no lo llamó, ¿quién es?

—No comprendo qué es. La Manipuladora se enfadó y se molestó cuando apareció. Y la abuela lo odia y lo teme aún más de lo que teme a la Manipuladora. Está atado a esta casa con mucha más fuerza que ninguno de los demás. Y la Manipuladora y la abuela estuvieron luchando contra él durante todo el desayuno, manteniéndolo bajo control. Eso es lo que sé. Eso es todo.

—Lizzy, ¿qué voy a hacer?

—No lo sé. Tal vez te dejen en paz. Tal vez puedas recoger tus maletas y salir de aquí y volver a tu vida.

—¿Qué vida? Madeleine era mi vida. Es como si hubiera muerto, sólo que nunca vivió. Lizzy, es como volver a perderte.

—Sólo que no me has perdido. Y en cuanto a ella... lo que encontraste en ella fue a ti mismo.

—Oh, magnífico, ahora no tengo que escribirle a Ann Landers ni que ir al programa de Oprah.

—No seas tonto, hermanito. Te estoy diciendo la verdad. Todo lo que encontraste en Madeleine sigue dentro de ti, esperando a que ames a una mujer real y se lo des todo.

—Sí, bueno, al parecer las mujeres no vienen con un cartel que anuncia cuáles son de carne y hueso y cuáles no dejan huellas en la nieve.

—Yo tampoco dejo huellas, Tin, pero te sigo queriendo. Por eso tienes el poder para llamarme. Y tal vez esa Manipuladora, sea quien sea, tal vez mientras trataba de controlarte para que abrieras ese cofre, tal vez también se enamoró un poquito de ti. Si hay alguna chispa de humanidad en ella, no veo cómo pudo evitarlo. Así que tal vez tienes algún poder sobre ella también.

—No quiero poder. —Se sentó en el peldaño nevado y se cubrió la cara con las manos—. Lizzy, quiero recuperar mi vida.

—¿No nos pasa eso a todos? —susurró ella.

Quentin sintió que algo le tocaba, cálido y profundo, como una vela encendida en su corazón. Como un suave suspiro de alegría que lo atravesó y lo animó. Alzó la cabeza para preguntarle qué le había hecho, cómo podía darle aquel regalo de luz. Pero ella se había ido. Estaba solo en el porche de una casa vacía.

Vacía, pero no vacía. Una casa donde aparecían letras escritas en las puertas y las ratas hablaban y una esposa más querida que tus padres, más querida que tu amada hermana muerta, una esposa que era toda tu vida desaparecía sin más. Escapaba sin dejar una huella en la nieve.

DESAPARECIDA

Quentin tuvo un montón de tiempo para pensar mientras caminaba hasta la población más cercana, que no estaba demasiado cerca. Tuvo tiempo para pensar mientras esperaba que un coche viniera desde Nueva York para recogerlo. Y en el trayecto hasta La Guardia, y mientras volaba a Washington, y por fin cuando entró en el apartamento donde había vivido cuando se enamoró de Madeleine. Tuvo tiempo de sobra para pensar.

Pensó en todo tipo de cosas. En la abuela. Lizzy había dicho que era mortal, una persona viva. Y ella misma había dicho, con su propia boca, o la imagen de su boca, y una vez con la boca de una rata en la chimenea, «Búsqüeme». ¿Debería hacerlo? ¿Por qué no podía ella encontrarlo a él? Y si la encontraba, ¿entonces qué? ¿Esperaba que se implicara en una especie de lucha entre gente capaz de hacer lo que le habían hecho a él, capaz de llamar a los espíritus de los muertos y hacerlos parecer vivos a los ojos de un pobre mortal? ¿Le obligaría la abuela a volver a enfrentarse a ella, a la Manipuladora? No, no iba a hacerlo. La vieja podía pudrirse; la Manipuladora podía pudrirse, todos podían pudrirse; deberían meterse en aquel cementerio y quedarse allí. Bajo la fría nieve, bien hondo. Allí dentro.

También pensó en Lizzy, en lo que había dicho sobre la vida después de la muerte. Los muertos seguían existiendo, con todos sus recuerdos, pero su modo de vida no tenía nada que ver con ninguna teología que Quentin conociera. ¿Por qué no lo sabía nadie más? No podía ser el único que había hablado con alguien del más allá. Sabía que no. ¿Entonces por qué no había ningún libro al respecto? Y si los muertos podían ir por ahí y los vivos llamarlos y controlarlos y obligarlos a hacer cosas, ¿qué sentido tenía? ¿Para qué todo? ¿Y por qué tuvo que pasarse tantos años sin Lizzy?

Lo único que no podía permitirse era pensar en Madeleine. El montón de libros sobre sexo estaba todavía en la mesita de noche: no había vuelto a su apartamento desde que se casaron. Nunca se había acostado con ella aquí. Pero veía su rostro por todas partes. La rechazó. No era real. Pero recordaba su piel al tacto, lo perfecta que era, lo fresca y seca y, sin embargo, lo cálida que resultaba cuando debía ser cálida.

Claro que era perfecta. Igual que las frambuesas y la piña y las peras. Y el brillo de la mesa y los platos y las copas. Todo era perfecto porque la Manipuladora lo sacaba de su cabeza. Y sabía todas las cosas adecuadas que decir y hacer porque las robaba de la mente de Lizzy o atrapaba a Lizzy dentro de la ilusión. Obligaba a Lizzy a participar en esa horrible fantasía a la que lo único que Quentin aportaba era un par de manos para abrir la tapa de un cofre.

Bueno, ¿por qué tomarse tantas molestias? ¿Por qué él? Con el poder que tenía la Manipuladora, ¿por qué no coger a un pobre diablo en la carretera, acercarse con él a la mansión y decirle que abriera el cofre?

El cofre era el problema. Había algún tipo de barrera que lo protegía, dejando fuera a la Manipuladora. Al parecer, ella opinaba que Quentin era capaz de superar esa barrera y estaba furiosa porque no lo había hecho.

Pero ¿qué lo detuvo? El no percibió ninguna barrera. Estaba a punto de abrirlo cuando salió corriendo. ¿Por qué renunció tan pronto? Preguntas que no tenían respuesta.

¿Quién era la Manipuladora? ¿Dónde estaba? ¿Y cuánto poder tendría con el cráneo atravesado por una bala del 45?

Permaneció tumbado en la cama. Las tres de la madrugada. Tembloroso y frío. Comprobó el termostato. La temperatura superaba la que normalmente mantenía en su casa. Debía de haber cogido frío esa tarde en la carretera. La noche anterior, a aquella hora, estaba durmiendo en una cama llena de telarañas después de hacer el amor con su imaginación. Había dormido en una casa helada que sólo él creía cálida. ¿Por qué no murió congelado? ¿Tenía la Manipuladora poder para mantenerlo caliente? Las cuatro de la madrugada. Estaba hambriento. Había tratado de comerse las galletitas que guardaba en la alacena, la única comida del apartamento que no había pasado la fecha de caducidad. Le supieron a polvo. Ahora se levantó y se las comió de todas formas, y bebió agua del grifo, lo que le parecieron litros y litros. Se duchó. Sacó toda la ropa de las maletas, la ropa que había guardado en cajones polvorientos y en un armario sucio, y la puso a airear. La ropa con la que llegó a la casa y la que llevaba al marcharse; la tiró a la basura. Tiró también el cepillo de dientes. Las cinco de la mañana. Volvió a meterse entre las sábanas y por fin concilio el sueño, todavía sin permitirse pensar en Madeleine.

Pero en algún momento de la noche su mente fue a donde no se atrevía a dejarla ir y se despertó sollozando, apenado por ella. Madeleine, Mad, Mad. No me importa si eras una mentira, te amaba. Te amaba y me dejaste y no hice nada para merecérmelo; fui bueno contigo. Se obligó a volver a dormir.

Cuando despertó eran las cinco de la tarde. Fuera ya estaba oscuro. Se levantó y llamó al garaje donde guardaba su coche en Washington. En el tiempo que tardaron en traerlo se duchó otra vez, se vistió. Salió al encuentro del conductor, le dio una propina, subió al coche y condujo hasta Tysons Corner. Allí compró algunas camisetas y pantalones, calcetines y ropa interior. Un nuevo par de zapatos de deporte. Una nueva cuchilla de afeitar, un nuevo conjunto de aseo, dos trajes nuevos exactamente iguales que los que ya tenía. Una nueva chaqueta de invierno. Regresó a casa y se puso la ropa nueva; luego recogió todo lo que había estado en la casa junto al Hudson, incluida la ropa que había tirado a la basura de madrugada, y lo llevó al contenedor. Eran las nueve. Condujo hasta el Lone Star y comió cacahuetses y sopa de ternera. Todo le supo a ceniza pero continuó comiendo y se tomó la ensalada y el filete porque no iba a dejar que aquello lo matara. Iba a continuar con su vida.

Volvió a casa y vio que la luz del contestador automático parpadeaba. Alguien había llamado.

Pero eso no era posible. Cuando no se encontraba en ninguna de sus residencias (que era casi siempre) hacía que todas las llamadas fueran desviadas automáticamente a un buzón de voz de Nebraska. Cuando llegaba a una de sus casas y quería empezar a recibir llamadas locales en su propio teléfono, marcaba el código que canalizaba las llamadas a ese número concreto.

Sólo sus padres, su abogado y Madeleine tenían el código que les permitiría anular el servicio de buzón y llegar al contestador automático de casa. Y sus padres y su abogado no tenían ni idea de que estuviera allí. Supondrían que todavía seguía en casa de la familia de Madeleine, junto al río Hudson.

Lo cual implicaba que el mensaje tenía que ser de Madeleine, pero... Madeleine no existía. Y eso significaba que tenía que ser de la persona que había detrás de Madeleine. La persona que la creó. La Manipuladora, capaz de deambular liberada de su cuerpo y seguirle a donde fuera, que sabría dónde estaba, que sabría que estaba fuera cuando hizo la llamada telefónica y cuya intención, por tanto, era dejar un mensaje en la cinta y no hablar directamente con él.

Le pareció oír la voz de Lizzy diciéndole que la Manipuladora no había acabado todavía con él. No había conseguido lo que quería. Si lo había necesitado aún lo necesitaba, sólo que ahora no sería amor lo que utilizaría para motivarlo.

No quería oír el mensaje. Pero extendió la mano y pulsó el botón reproductor.

—¿Quentin Fears? Al habla Ray Cryer. Nos preocupaba no saber nada de Madeleine desde que la abandonó usted ayer. Hemos hecho que la policía local la busque, pero se nos ocurre que podría haber ido a su encuentro y que quizá dé con ella primero. Si es así, le agradeceríamos que nos llamara. Su madre y su hermana están preocupadas. Muy preocupadas. Sé que se enfadó usted mucho ayer, pero espero que nos ayude a encontrar a nuestra pequeña. Tal vez la policía local lo llame para hacerle algunas preguntas. Espero que coopere con ellos. Tiene nuestro número.

Había cierta emotividad en la voz que le llegó desde el otro lado.

¿Ray Cryer? ¿La madre y la hermana de Madeleine? Ella nunca había hablado de esa gente. Desde luego, Quentin nunca los había conocido. Ni tenía su número. Pero no albergaba ninguna duda de que resultarían completamente convincentes para la policía. Era lo que la Manipuladora hacía mejor: convencer completamente a la gente.

Las implicaciones estaban claras. Sería mejor que Quentin hiciera lo que ellos... no, lo que la Manipuladora quería, o la policía iniciaría una búsqueda exhaustiva de una mujer a la que no encontrarían jamás porque no existía. Y cuando no la encontraran, empezarían a mirar a Quentin con muy malos ojos. Sus padres dirían que Quentin tuvo una pelea con ella; se largó con las maletas y desde entonces no han visto a su hija. ¿Por qué se largó? ¿Dónde está Madeleine? Señoría, no hace falta encontrar un cadáver para saber que hay gato encerrado.

No. Un juicio por asesinato quedaba descartado. Tenía que haber alguna prueba. La simple desaparición de una persona no era suficiente. Pero eso no significaba que

la policía no estuviera convencida de que se había cometido un asesinato. Que no pisara los talones de Quentin durante meses y años buscando a Madeleine. Y la publicidad. No, ni siquiera haría falta publicidad. Sólo harían falta las visitas de los inspectores de policía a todos sus socios y a los políticos que conocía en todas las ciudades donde hacía negocios... Madeleine los conocía a todos, y si la Manipuladora se olvidaba de alguno sólo tenía que meterse en la mente de Quentin y sacar la lista de su memoria. No tenía secretos para ella. La nube de recelo crecería a su alrededor. Sus padres. Interrogarían a sus padres.

«Tiene nuestro número». Sin duda la policía oiría a Ray Cryer decir eso. Aunque borrara aquella cinta, probablemente habría también una grabación al otro lado, y entonces se preguntarían por qué había borrado su copia. Y ya que no tenía el número, ¿qué elección le quedaba? Tenía que regresar a Nueva York, volver a la casa junto al Hudson, donde la policía le interrogaría acerca de la noche que pasó allí. Si decía que había dormido en ella con Madeleine y había desayunado con su familia, irían y encontrarían una casa fría, oscura y sin agua corriente con sólo sus huellas en la nieve y sólo un lado de la cama ocupado. Si decía que la casa estaba vacía y oscura, la policía sin duda la encontraría limpia como los chorros del oro y habitada por Ray Cryer que expresaría su asombro porque Quentin dijera una mentira tan obvia.

No podía ganar. No podía escapar de ella. Bien podía rendirse y volver allí a primera hora de la mañana. O subir al coche inmediatamente y conducir toda la noche...

Ni hablar. Eso era lo que quería la Manipuladora. Por lo que él sabía, le estaba metiendo esos pensamientos en la cabeza en aquel mismo instante para intentar hacerlo regresar. Bien, Lizzy le había dicho que era fuerte. Tenía algún poder para resistirse a ella. Y la Manipuladora no era todopoderosa, Lizzy lo había dicho también. Se esforzó en la biblioteca por controlar a seis personas muertas, mantener la ilusión de Madeleine y mostrar a varios criados sirviendo comida imaginaria, todo a la vez. Durante la investigación policial la Manipuladora no tendría ni la mitad de trabajo. No se vería forzada a producir la profunda ilusión de Madeleine. Y en cuanto a aquel Ray Cryer, quizá fuese una persona real y no una construcción mental. Hacer que la casa pareciera limpia y habitada estaría chupado. Pero ¿sería capaz de crear la ilusión de pruebas químicas detalladas, manchas de sangre, algo que convenciera a un tribunal de que se había cometido un crimen? Tal vez... pero ¿no tendría que saber exactamente lo que necesitaban buscar los analistas? ¿Conseguiría que sus ilusiones se reflejaran en una fotografía, o tendría que seguir la foto constantemente para asegurarse de que todos vieran las cosas adecuadas cuando la miraran? Si sabía lo suficiente y tenía poder de sobra para hacer todo eso, entonces no tenía sentido que tratara siquiera de resistirse.

Pero no era infinitamente poderosa, tenía límites. Y él no iba a agachar la cabeza y seguirle la corriente.

Eran las once de la noche. Llamó a sus padres a California.

—Me ha dejado. —Casi fueron sus primeras palabras.

—No... —dijo mamá.

—Oh, Quen, lo siento mucho —dijo papá—. Nunca lo habría pensado. Era tan...

Erais una pareja tan perfecta...

—No sé dónde está. No me dijo adonde iba.

—¿Cómo ha podido? —dijo mamá—. Estas cosas no se hacen. La gente decente no...

—¿Sabe su familia dónde puede haber ido?

Aquí estaba... el principio de su contrahistoria. Ya que no había conocido ni había oído hablar de aquel Ray Cryer, no iba a seguir la historia de la Manipuladora de que se conocían.

—Nunca llegué a conocer a su familia. Me llevó a la casa junto al Hudson, pero no había nadie.

Aquello era peligroso, lo sabía, ya que le habían dicho a la policía que conocía a los padres de Mad. Pero si le hacían la prueba del detector de mentiras, la pasaría.

—Y luego, esta tarde, se ha marchado.

—Pero eso es muy raro —dijo mamá—. Iba a llevarte allí para que los conocieras.

—¿Os peleasteis? —preguntó papá.

—Hice preguntas. Ella no tenía respuestas. Sabía que no era feliz, pero no, no nos peleamos.

—Oh, hijo, todo se resolverá. Lo sé —dijo mamá—. Cuando ella se dé cuenta de que la amas, no importa lo que...

—La amo, mamá.

—Bien, pues ya está. Ella regresará, Quen. ¿Cómo iba a no hacerlo? ¡La forma en que os mirabais era tan dulce! ¡Estabais tan enamorados el uno del otro, por el amor de Dios!

—Papá, mamá, no es sólo que se haya marchado. Estoy preocupado.

—¿Por qué? —preguntó papá.

—¿Y si le ha ocurrido algo? Se marchó sin más. No sé dónde ha ido. No la vi en la carretera mientras caminaba hasta la ciudad más próxima. No vi sus huellas en la nieve.

Silencio al otro extremo de la línea.

—Quen, sé que está fuera de lugar, pero tengo que preguntarlo. No le pegaste o algo así, ¿verdad?

Mamá se enfureció.

—¿Cómo te atreves a sugerir una cosa así sobre Quentin?

—Cálmate, mamá, no importa. Si no aparece pronto, la policía va a hacer exactamente la misma pregunta, y están en su derecho. Papá, nunca le he levantado una mano ni la he lastimado en modo alguno. La última vez que la vi estaba bien.

—¿Por qué tiene que intervenir la policía en esto? —preguntó mamá—. Las esposas abandonan a sus maridos cada dos por tres.

—No llegué a conocer a sus padres, pero de repente recibo una llamada telefónica de un hombre que dice ser su padre y que probablemente lo es. Sólo que miente, porque dice que lo conozco, cosa que no es cierta, y ha hecho que la policía empiece a buscarla y van a interrogarme.

—Esto es muy raro —insistió mamá—. Deberías llamar para decirnos que vas a tener un hijo, Quentin, no que la policía va a interrogarte.

—Nunca has llegado a conocer a sus padres —dijo papá—, pero ahora, de repente, su padre te llama y dice que tienen a la policía buscándola. Quentin, ¿existe alguna posibilidad de que Madeleine estuviera planeando hacerte chantaje desde el principio? Pagas y de repente aparece. ¿Y qué es todo eso de una investigación de personas desaparecidas?

—No lo sé. Hasta ahora nadie me ha pedido dinero. Todo es muy confuso y no estoy seguro de lo que pasa. Pero por si se ponen en contacto con vosotros y os interrogan, quería que os enterarais antes por mí.

—Ha sido muy inteligente por tu parte, hijo.

—¿Qué debemos decirles entonces? —preguntó mamá.

—La verdad pura y simple, mamá. No he hecho nada malo y no tengo nada que ocultar.

—Quentin, lamento mucho que esto esté pasando —dijo papá—. Si te sirve de algún consuelo, pensábamos que era tan maravillosa como tú.

—Sí, bueno, todos perdemos la cabeza por la mujer perfecta, ¿no, papá? La diferencia es que tú te casaste con una de verdad.

—Oh, Quen —dijo mamá.

—Escuchad, existe la posibilidad de que esto aparezca en la prensa y, si es así, harán que parezca que soy culpable de algo horrible porque eso es lo que vende periódicos. Ya sabéis, esposa desaparecida de millonario de software; el marido no puede explicar su desaparición. Si es un timo, y creo que lo es, podéis estar seguros de que habrá algunas pruebas que supuestamente contradigan lo que os he contado. Pero no importa lo que los demás digan, estad seguros de esto: no le hice ningún daño a Madeleine y, si pudiera recuperarla ahora mismo, como mi esposa, en carne y hueso, justo a mi lado, sería el hombre más feliz del mundo.

Y entonces, porque era cierto, y porque estaba cansado, y porque no había tenido la oportunidad de lamentarse por la esposa perdida, se echó a llorar mientras sus padres lo escuchaban al teléfono, creyéndolo, consolándolo.

¿Y por qué no iban a creerlo? Todo lo que había dicho era verdad. Y les había contado todo lo que podrían creer.

Después, agotado física y emocionalmente, se quedó dormido en el salón, delante del televisor, antes de que Letterman llegara a la lista de los diez principales.

Al día siguiente telefoneó a su abogado de Virginia y le preguntó si debía presentar una denuncia a personas desaparecidas. Explicó que su esposa le había dejado en el estado de Nueva York, pero que él había regresado a Herndon suponiendo que ella volvería a alguna de sus residencias, sólo que no contestaba al teléfono y hasta que la localizara tenía que asumir que algo podría haberle sucedido y quería que la policía estuviera sobre aviso por si acaso... ¿no era lo adecuado? Y su abogado le aseguró que sí que, decididamente, era lo más adecuado.

Y eso hizo, pero por lo visto la policía no consideraba que hubiera ninguna urgencia.

—Ya aparecerá, señor Fears. Dele tiempo a enfriarse.

—Estoy seguro de que tiene usted razón —respondió él—. Pero por favor corra la voz, ¿quiere? ¿Puede llamar a la policía de allí y pedirles que estén atentos?

Le aseguraron que así lo harían. Quentin sabía que la policía de Nueva York suponía que estaba iniciando su propia búsqueda a causa del mensaje telefónico de Ray Cryer, pero si no la empezaba sería aún peor.

Esa tarde tomó un avión a San Francisco y, al anochecer, estaba en el despacho de su abogado.

—Sólo por ti soy capaz de cancelar la cena en mi restaurante favorito de San Rafael y venir en coche a la ciudad.

—Tendrías que habérmelo dicho. Me habría reunido allí contigo.

—No quería que fueras —dijo Wayne Read—. Íbamos a estar solos mi mujer y yo. Estar casada conmigo no sería fácil para ninguna mujer, y es particularmente difícil para la mía. Así que esto me está perjudicando, Quentin.

—Madeleine me ha dejado.

—Oh. —Wayne pareció anonadado durante un momento. Luego apoyó la cabeza sobre la mesa—. Lo estoy intentando con todas mis fuerzas, Quentin.

—Adelante, dilo. Ya me lo advertiste.

—Quentin, no me gusta tener razón. Quería que tú la tuvieras.

—Sí, bueno, pues se ha marchado. Y necesito tu ayuda.

—Supongo que tendrá un abogado. ¿Sabes ya quién es? Porque no soy divorcista y...

—Wayne, no lo entiendes. Se ha ido. No sólo me ha abandonado, quiero decir que se ha marchado. He presentado una denuncia en personas desaparecidas de Virginia. Tengo un mensaje telefónico de un hombre que dice ser su padre y dice también que tienen a la policía buscándola allá arriba.

La conducta de Wayne cambió. Estaba un poquito más serio; un poquito receloso también, aunque trataba de ocultarlo. Bueno, Quentin no podía echarle la culpa a él.

Quentin le contó la misma historia que había contado a sus padres.

—Bueno, alguien tiene que haberla visto salir de la casa. Aparecerá en alguna parte.

—Lo dudo.

—¿Por qué? —Otra vez la sospecha.

—Porque, aunque no llegué a conocer al tal Ray Cryer, me dejó un mensaje telefónico dando a entender que si nos conocíamos. Tenía el código que le permitía desconectar mi buzón de voz y dejar un mensaje grabado en el contestador de Herndon... y sólo Madeleine tenía ese código. Bueno, además de mis padres y tú.

—Así que no ha desaparecido.

—Digamos que ese tipo que se hace llamar Ray Cryer sabe más sobre su desaparición que yo.

—Entonces vamos a encontrarla —dijo Wayne—. Entre los investigadores que contratemos y la policía, la encontraremos.

—No, no lo haremos. Nadie la encontrará jamás.

Wayne se lo pensó un momento mientras daba golpecitos con el lápiz.

—Quentin, ¿me estás diciendo la verdad?

—Todo lo que te he dicho es verdad.

—Eso no es exactamente lo que te he preguntado. —Pero entonces, cuando Quentin estaba a punto de hablar, Wayne alzó la mano para detenerlo—. Espera un minuto, Quentin. No te enfades conmigo, pero tengo que decírtelo. Si has cometido algún crimen, y deseas que me implique en tu defensa de algún modo, no me confieses ese crimen. Si me lo confiesas, entonces mi consejo será que te entregues y hagas una confesión completa y no te representaré en tu defensa. ¿Me comprendes?

—Tranquilízate, Wayne. No la he matado. Por lo que sé, está tan viva como ha estado siempre.

Wayne se relajó un poco.

—Y quiero iniciar una búsqueda. Pero no a pequeña escala. Tendrá que cubrir todas las ciudades donde tengo residencia, que forman una larga lista, como bien sabes. Pero ella podría haber ido a cualquiera de esos sitios y yo tengo que simular al menos los movimientos de una búsqueda seria. ¿No?

—¿Simular los movimientos?

—Ya te lo he dicho. No la encontraremos.

Wayne sacudió la cabeza...

—Odio las paradojas, Quentin. ¿Sabes dónde está o no?

—Sé que no está en ninguna parte.

—Si está enterrada en el sótano de esa casa, Quentin, la policía va a encontrarla.

—No está enterrada en ninguna parte porque no está muerta. Tampoco está viva. Nunca existió.

—Debe haber sido una boda interesante, Quentin.

—La verdadera búsqueda es la de su auténtica identidad, Wayne. Quiero demostrar que la Madeleine Cryer con la que me casé no tiene ningún certificado de nacimiento en ninguno de los cincuenta estados, que nunca fue al colegio en ninguna parte, que nunca tuvo un empleo. Las otras investigaciones son porque tengo que parecer el típico marido preocupado que busca a su esposa desaparecida. Pero mi

abogado tiene que saber que lo que realmente estoy buscando es la identidad de la persona que me engañó. O a alguien que sepa la verdad sobre ella.

Wayne se acomodó en su asiento.

—Vaya, eso es interesante. Me pregunto por dónde debería empezar el investigador.

—Casi no hay ningún sitio por el que empezar, Wayne. Como bien dijiste, fui un idiota. Durante todo el tiempo en que estuvimos prometidos, allá en Virginia, ella dijo que se alojaba con amigos y que iba mudándose de casa en casa. Yo la llamaba a su teléfono móvil. Nunca tuve el número de ninguno de esos amigos. Nunca conocí a ninguno. Nunca oí un solo nombre. Ella decía que ocupaba algún cargo burocrático, pero no sé cuál y, francamente, no creo que tuviera un trabajo así, aunque por supuesto pagaré para que se investigue en los archivos de personal federal a ver si trabajó para ellos.

—¿Qué hay de ese Ray Cryer?

—Sea quien sea, dudo que nos sirva de ninguna ayuda... si es que llega a hablar con nuestra gente.

—Pero podemos investigarlo a él y su pasado —dijo Wayne—. O es realmente su padre o bien es un fraude y, sea como sea, comprobarlo nos será útil.

—Y la casa, Wayne. Los hechos. Y me refiero a retroceder generaciones. Ella conoce esa casa, eso no fue fingido. La conoce en la oscuridad. Está conectada con la casa de algún modo.

—Lo haremos, Quentin. Mientras tanto, no te importará si quito su nombre de tus pólizas de seguro y de tu testamento, ¿verdad?

—Redáctalo y lo firmaré todo.

—La policía va a sospechar de ti.

—Claro que sí. Tú sospechas, y eso que te pago generosamente y escucho esos consejos tuyos, tan sabios y personales. Piensa en lo improbable que resulta que piensen que les estoy contando toda la historia.

—Porque por supuesto me estás contando toda la historia. —La ironía en la voz de Wayne era palpable.

—Te he dicho toda la historia que voy a contarle a la policía y toda la historia que les conté a mis padres y la historia que voy a contarle siempre a todo el mundo y hasta la última palabra es verdad.

—Pero has pasado por alto algún detalle.

—Tal vez.

—¿Vas a contármelo?

—Quiero hacerlo. Si me atrevo.

—El privilegio abogado-cliente convierte en confidencial todo lo que me digas. Ya te he hecho mi advertencia para que no me confieses un crimen. Por favor, recuerda que hablaba en serio.

—Pero ¿y si lo que te cuento te convence de que no estoy bien de la cabeza?

—Ya estoy convencido.

—No bromeo, Wayne. He estado poniendo en duda mi propia cordura y, a menos que estés loco, tú la cuestionarás también.

—Los locos tienen tanto derecho a un abogado como los cuerdos.

—Pero ¿y si pensaras que lo mejor para mí sería que me ingresaran en un hospital mental? Que me declararan incapaz.

—No tengo potestad para eso —dijo Wayne—. Tus padres podrían, o tu esposa, o tus hijos si los tuvieras. Tus herederos, tal vez.

—¿Mis parientes políticos?

—Ahora mismo están ocupados con otro tema —dijo Wayne—. El caso es que tu abogado no podría intentar ingresarte por su cuenta. Estaría loco si lo intentara. Mi trabajo consiste en evitar que ellos lo hicieran.

—Pero si tú... cuando no me creas, ¿seguirás trabajando para mí con la misma eficiencia de siempre? ¿O empezarás a pasar mis casos a subordinados hasta que finalmente acabes por dejarme en manos de otro abogado?

—Quentin, ahora me estás molestando. ¿Qué es esto, una de esas abducciones alienígenas?

—Ojalá. —Inspiró profundamente—. Saca la grabadora.

—Recordaré lo que me digas.

—Lo quiero con mi propia voz.

—Quentin, el privilegio abogado-cliente sólo te protege ante un tribunal, no de los ataques públicos a tu reputación. Naturalmente, haré todo lo que pueda para proteger cualquier grabación que hagas aquí, pero la mejor protección es que no exista ninguna cinta.

—Grábalo.

—Como quieras.

Sacudiendo la cabeza, Wayne sacó la grabadora. Y Quentin le contó lo que había sucedido realmente, empezando con la visión de la mujer que se parecía a Lizzy en el supermercado Giant de la calle Elden, en Herndon. De ahí pasó a los hechos en la mansión familiar de Madeleine: el bocadillo a medianoche; el motivo que ella le dio para que no se tomara una ducha; la exquisita comida en el desayuno; la otra gente a la mesa; el paseo por el farallón. Y luego el cofre del tesoro; la abuela diciendo «Búsqüeme»; Madeleine huyendo al cementerio. Ninguna huella más que las suyas propias. Los nombres de las lápidas. La casa oscura, fría, vacía; el polvo y la suciedad; la cama que sólo él había ocupado; el mueble que sólo contenía su ropa. Las palabras que aparecieron en la puerta. La rata parlante. Y luego Lizzy, Lizzy muerta que volvía a hablar con él, a explicarle lo que entendía. Y el largo camino de vuelta a la civilización. Contado todo de corrido, ni siquiera Quentin se creía la historia.

Pero allí estaba Wayne Read, desconectando la grabadora.

—Conservaré esta cinta, Quentin. En mi caja fuerte. No voy a dársela a ninguna

secretaria para que la transcriba.

—Bien.

—Lo que no comprendo, Quentin, es por qué me has contado esta... historia.

—Tal vez necesitaba desahogarme con alguien.

—Tú no, Quentin. Eres de los tipos que se desahogan solos.

—Tal vez temía que acaben por matarme en algún momento. Y si lo hacen, quiero que alguien sepa por qué.

—¿Yo? ¿Tu íntimo amigo de toda la vida?

Tenía razón. No había contado toda aquella historia para Wayne Read.

Quentin pensó un instante.

—Si muero, Wayne, quiero que se la pongas a mis padres.

—Quentin, vamos.

—Quiero que lo sepan.

—Quentin, una cosa es contarme esto; pero hablarles a tus padres de toda esta historia y de Lizzy que vuelve... ¿qué otra cosa hará sino herirlos?

Quentin se inclinó sobre la mesa.

—Dame la cinta y encontraré otro abogado.

—No he dicho que no fuera a hacerlo, sólo te he dado mi mejor consejo. Estoy acostumbrado a que me ignores. Pero eres un gilipollas, Quentin.

—Gracias.

—Si no estás loco eres el mentiroso más estúpido que he conocido jamás. ¿Muertos deambulando por ahí por si alguien los conjura para que vuelvan? ¿Para desayunar?

—Soy original, ¿verdad, Wayne?

—Lo peor es que ni siquiera puedo contárselo a mi esposa porque, si oyera esta historia, sabría que tengo un lío y ni siquiera me molesto lo suficiente en buscar buenas excusas.

—¿Y tienes un lío?

Wayne suspiró y apartó la mirada un instante.

—Yo no, pero ella sí.

—Estás de guasa.

Sombrío, Wayne se explicó:

—Cuando empezó a sospechar de mí, me di cuenta de que algo había cambiado, y no era yo; me comportaba igual que siempre. Así que la hice vigilar durante unas cuantas semanas. Ella estaba ofreciendo... sus favores, por así decirlo, a los tíos, en los aparcamientos de los bares.

—¿Y te sigue acusando a ti de tener un lío?

—Quentin, la gente está loca. Por eso te lo decía. Para que comprendieras... Sé que la gente hace chaladuras. Pero las hace en el mundo real. Los tíos con los que se relaciona mi esposa... son tipo *cowboy*. Frecuenta los bares de *cowboys*. En Marín County, justo en San Rafael, tenemos tres hijos, y ella se la chupa a los tíos en el

aparcamiento a cambio de un porro. Dime en qué se diferencia esa historia de la que tú quieres que le ponga a tus padres si la espichas de pronto. Una vez pensé que eras la única isla de cordura en un mundo patas arriba. No tenías más conexiones que tus padres. No te implicabas emocionalmente. Las decisiones racionales doblaban tu fortuna cada tres años o así. Ningún desperdicio. Ninguna mentira. Ninguna ilusión. Entonces te enamoras de una mujer y te abandona y me vienes con esta historia y te juro, Quentin, que he perdido toda la fe en la raza humana. Sólo tengo una pregunta: ¿Hay alguna manera de que puedas hacer que mi esposa desaparezca de la faz de la tierra? No, no, no me refiero a eso.

—No sé si esto es lo que tenías en mente, Wayne, pero al menos me has hecho recordar que no soy el único tipo en el mundo con problemas.

—Eso no es lo que tenía en mente. No sé lo que tenía en mente. Realmente no tenía nada. Supongo que soy de los tipos que necesitan desahogarse.

—¿Por qué no te divorcias?

—Porque sigue siendo una buena madre cuando está en casa. Y amo a mis hijos. Y amo a mi esposa. O al menos amo lo que creía que era.

—Yo también amo lo que creía que era Madeleine.

—Sí, pero al menos tu esposa no existió. —La risa se le secó en la garganta—. ¿Por qué no somos bebedores, Quentin? Los tipos que beben suelen irse a un bar en momentos como éste.

—¿Está abierto el Swensen's? Podemos darnos un atracón de bolas de helado y vomitar en la calle.

—Bueno, eso es la mitad de divertido que beber, como mínimo.

Quentin se levantó.

—Lamento haber estropeado la cena con tu esposa.

—Sí, bueno, a lo mejor le habría clavado un tenedor en el ojo, así que probablemente me has salvado de una acusación de agresión.

—Espero que nunca suceda nada lo suficientemente extraño como para que acabes creyéndome, Wayne.

—Yo espero lo mismo. Pero te sigo apreciando y me preocupo por ti y soy el mejor abogado que conseguirás jamás, sobre todo ahora que eres un pirado total.

—Gracias, Wayne.

—Ven mañana después de las dos. Firmarás los papeles para quitarla de tu testamento y de tus pólizas. Tendrás que comerte el helado solo.

Y eso fue todo. Alguien más conocía la verdad (alguien vivo), aunque no la creyera. Ahora era sólo cuestión de esperar. A que su investigación lo llevara a alguna parte. A que la policía empezara a sospechar de él. El problema era que probablemente sólo encontraría evidencias negativas: nadie la conocía, nadie la había visto. Pero había un rastro de papel. La Manipuladora no podía alterar el rastro de papel. Al menos eso creía. Trataba con ilusiones, haciendo que la gente hiciera lo que quería. No había cambiado la realidad física ni un ápice. Si quería que la casa

pareciera limpia, podía engañar a la gente. Si quería que estuviera limpia, alguien tenía que pasar la fregona. Lo mismo se aplicaba a los documentos y archivos. No era fácil falsificar una vida. Ray Cryer se destaparía. Con el tiempo, si Quentin invertía suficiente dinero, incluso demostraría que Madeleine Cryer no había nacido nunca. Lo cual no quería decir que la Manipuladora asumiera la derrota. Si le fallaba un intento, haría otro... eso lo sabía. Ella lo necesitaba, por algún motivo. Lo *necesitaba*. Y mientras así fuera, seguiría acudiendo a él, y Quentin nunca sabría que se trataba de ella. Nunca podría volver a confiar en nadie.

Eso era lo peor. Saber que la Manipuladora acudiría a él como quisiera, con cualquier disfraz. Y nunca adivinaría que tenía relación alguna con ella. Después de todo, no parecía existir ninguna conexión entre sus visiones de Lizzy y el haber conocido a Madeleine en la fiesta de la gran dama. A partir de ahora y durante el resto de su vida tendría que preguntarse si cada una de las personas que conociera era realmente la Manipuladora, intentándolo una y otra vez.

A la larga, no iba a salir de esto hasta que encontrara a la Manipuladora y se enfrentara a ella. La noche anterior, en su furia, había imaginado que hallaba el cuerpo mortal de la Manipuladora y le metía una bala del 45 en la cabeza. Ahora, a la luz del día, ¿tendría valor para hacerlo? ¿Era un asesino, esperando la provocación adecuada? Se estremeció ante la idea. Tenía que haber un modo de derrotarla sin matarla, de sacarla de su vida.

Naturalmente, la forma más sencilla sería regresar a Nueva York y abrir el maldito cofre.

Sólo que no quería hacer eso, aunque sólo fuera porque la Manipuladora lo deseaba con tanta ansia. Fuera lo que fuese lo que contenía, sería muy malo si la Manipuladora lo conseguía. Porque a la Manipuladora le encantaba el poder, ¿no? Esa parte de Madeleine, esa parte perturbadora suya... era la Manipuladora hablando. Tuvo que serlo. Desde luego, no encontraba eso en Lizzy, ni en la imagen que Quentin tenía de la mujer perfecta. Aquello era la Manipuladora diciendo la verdad sobre sí misma. El amor al poder. Hubiera lo que hubiese en aquel cofre del tesoro era poder, y si había una cosa segura en todo el asunto, era que la Manipuladora no debía tener más poder en sus manos.

Poder. Madeleine le había dicho que vivía en Washington para estar cerca del poder, para conseguir algún tipo de influencia. ¿Había algo de verdad en aquello? La Manipuladora lo había encontrado a él en alguna parte, y fue después de haberse trasladado a la zona del Distrito de Columbia cuando empezó a ver cosas... a Lizzy, y luego a Madeleine. La Manipuladora quizás hubiese crecido en el valle del río Hudson, pero esa casa llevaba años cerrada. Tenía que estar viviendo en alguna otra parte, y era lógico que fuera en el área de Washington. Y, si vivía allí, alguien tenía que conocerla.

Hizo una conexión. La fiesta de la gran dama, en la que conoció a Madeleine. Había alguien en la ciudad que conocía a Madeleine antes que él.

Pero no enviaría a uno de sus investigadores a hablar con la gran dama. Le debía esa cortesía. Iría a hablar con ella en persona.

10

RECUERDOS

—Nos conocemos. ¿O no? —Era tan amable como siempre y lo confuso de sus palabras no se reflejó en su rostro.

—Fue usted muy amable conmigo en una fiesta, una noche —dijo Quentin—. De hecho, me presentó a mi esposa.

—Qué torpeza por mi parte, presentarle a un marido a su propia esposa.

—No, no, no era mi esposa en ese momento, nosotros...

—Por favor, señor Fears, estaba bromeando. Soy vieja, pero aún comprendo los pros y contras de la simple comunicación. Hablé con usted un ratito, ¿verdad? Creo que hablé y hablé, pero usted fue muy paciente.

—Al conversar con usted me alegré de haber leído la colección que mi hermana tenía de las novelas de Jane Austen.

—No viví en la época georgiana, señor Fears.

—Conversa tan elegantemente como si lo hubiera hecho. Consigue que un chico de California como yo se esfuerce por estar a la altura.

—Ahora le recuerdo. Le pillé tocando los libros de la biblioteca.

—Pensaba que los estaba hojeando.

—Estaba subiendo la escalera, por lo menos. ¿Ha venido a darme las gracias por presentarle a... cómo se llamaba la joven dama? Duncan no, desde luego.

¿Duncan no?

—Madeleine Cryer.

—La sobrina, sí.

—¿Sobrina?

—Bueno, naturalmente para usted es su esposa, pero para mí es la sobrina de mis buenos amigos los Duncan. Han sido muy amables conmigo durante estos últimos años, desde que mi marido falleció.

—Y por eso invitó usted a la sobrina a su fiesta.

—¿Cómo podría no haberlo hecho? Una joven encantadora. En absoluto parecida a la desafortunada hija de los Duncan. Oh, pero estoy siendo chismosa.

—¿Qué dijo Margaret Truman? «Si no eres capaz de decir nada agradable, ven y siéntate a mi lado».

—No fue Margaret, mi querido muchacho. Pero esas frases suelen atribuirse a las personas que conocen los periodistas. Naturalmente, nadie invita a los periodistas a las fiestas de verdad. Así que nunca conocen a la gente verdaderamente inteligente.

—No me estará diciendo que fue usted quien...

—¿Qué edad cree que tengo, joven? —fingió horrorizarse—. Esa anécdota ya era antigua antes de que naciera Margaret Truman. En su diario, mi bisabuela menciona haber oído esa frase a la esposa de James Buchanan.

—Fue presidente antes que Lincoln, ¿no?

—Muy bien, se encuentra usted entre el dos por ciento de los mejores de su generación por saberlo.

—¿Y soy el único que sabe que Buchanan era soltero?

Ella dio una palmada, con madeja y todo.

—¡Oh, es usted un encanto, señor Fears! No es divertido tomar el pelo a la gente que nunca se da cuenta de que se lo toman.

—¿Se dan cuenta los Duncan?

Ella lo miró bruscamente.

—Así que vamos de caza. Lo que me digo es si su propósito es más o menos elevado que el puro chismorreo.

—Más elevado espero. Mi esposa me ha dejado.

—Sin reclamarle una pensión, según parece. Así que cuando regrese a pedirle...

—Oh, estaré allí esperando, si regresa. Su partida fue repentina. No sé dónde está.

—¿La agredió usted, joven?

—No soy un hombre violento —le dijo Quentin—. Pero aprecio su preocupación por la seguridad de mi esposa.

—Los hombres, ay, no vienen con una etiqueta que distinga claramente los que golpean a las mujeres de los que son unos caballeros intachables.

—Entonces no me diga nada —contestó—, pero permítame escribirle una nota a Madeleine para que se la entreguen los Duncan y que...

—Yo les entregaré.

—Aunque mi mensaje pase por muchas manos, espero que tenga todavía el poder de llegarle al corazón.

—Pese a todas mis lecturas, no recuerdo esa frase.

—Acaba de oírla.

—¿Es suya? Un arte perdido renace ante mis ojos.

—Ese arte no se perderá mientras esté usted en el mundo. En usted el río del tiempo plegó sus orillas y tomó una ruta diferente del resto del mundo.

—Esa sí que no se la ha inventado.

—*Atlantic*, mes de enero.

—El artículo sobre Madagascar —rió ella—. Oh, señor Fears, es usted un bromista.

—Madeleine y yo leímos ese número durante el último viaje que hicimos juntos en avión.

El rostro de la anciana se volvió solemne.

—El placer de su compañía me ha hecho olvidar qué le trae aquí. Por supuesto, déme su mensaje.

Él se palpó los bolsillos en busca de un bolígrafo.

—Me temo que he venido desarmado.

—Entonces debe ponerse en pie y armarse en mi escritorio. Quizá prefiera las

segundas hojas, para que no haya mi nombre grabado en su nota.

Quentin se acercó al escritorio, cogió papel y bolígrafo, y escribió.

Querida M:

Te amo y te echo de menos. Por favor, confírmame que estás bien. Dime que el futuro sigue siendo un cofre del tesoro que podemos abrir juntos.

Todo mi amor,

Q

Como Quentin no tenía ni idea de lo que quería la Manipuladora, no podía estar seguro de que aquella nota, si le llegaba alguna vez, surtiera algún efecto. Pero si abrir el cofre del tesoro era su objetivo, con la nota lograría que se preguntase exactamente cuánto había comprendido Quentin de lo sucedido en la casa junto al Hudson. Sería bueno para él que ella creyera que entendía menos de lo que realmente entendía. Y ya que comprendía muy poquito, no iba a ser difícil persuadirla de que no sabía nada.

Aunque, por supuesto, en el momento en que atrajera la atención sobre sí mismo, ¿qué le impediría a ella escudriñarle la mente y descubrir todos sus secretos? Según Lizzy, la Manipuladora le había dejado cierta independencia. No careces de recursos, había dicho Lizzy. Así que tal vez merecía la pena escribir esta nota.

La dobló por la mitad y se la entregó a la dama.

—Oh, señor Fears, es usted muy cruel.

—¿Lo soy?

—Sí la hubiera sellado, entonces yo la habría abierto al vapor y la habría leído. Pero al entregármela doblada demuestra tal confianza en mí que me dejaría matar antes que defraudarla.

Quentin se echó a reír y se la leyó.

—Oh, señor Fears, no entregaré esta nota. Encontraré cofres con tesoros para que los abramos juntos. ¡Por qué no tendrá el pelo blanco y artritis! ¡Qué romántico!

Se rieron juntos.

—El amor es tan difícil de encontrar hoy en día, señor Fears —dijo ella, ofreciéndole la mano. El la tomó amablemente y, por la forma en que ella la apoyó en la suya, no se la estrechó sino que se inclinó sobre ella pensando que habría sido apropiado llevar frac para la ocasión—. Si veo a la traviesa sobrina de mis amigos, la reprenderé por dejar escapar a un joven tan agradable... ¡y después de todos los esfuerzos que hicimos por unirlos!

—¿Esfuerzos?

—Ya le dije en la fiesta lo que pensaba de los matrimonios y el dinero. La de los Duncan es una familia de alcurnia. Usted es un nuevo rico. Esa unión es celestial.

—Pero la única persona de esa fiesta que yo conocía era un político que...

—Que fue invitado a la fiesta porque lo conocía a usted.

—Pero lo llamé con sólo un día de antelación para pedirle que me llevara a algún sitio.

—¿De veras? Entonces los Duncan deben de haberle estado vigilando de cerca, porque exactamente el día antes me pidieron que invitara a ese político y a su querida sobrina.

—Así que no se encontró conmigo por casualidad en la biblioteca.

—Ni Madeleine estaba por casualidad junto al cerezo. Oh, señor Fears, pensaba que estaba contribuyendo a la formación de una buena familia, no a prepararle para que le rompieran el corazón. ¿Me perdona?

—No hay nada que perdonar. Si he sido feliz, fue mientras Madeleine estuvo a mi lado. Y aunque lo haya sido durante poco tiempo, siempre le estaré agradecido por permitirme conocerla esa noche.

—Me alegro de que no se dedique usted a la política, señor Fears; tendría que salir de casa para votarle, y odio salir.

—El suyo sería el único voto que conseguiría, pero me sentiría como si hubiera ganado. Ella volvió a aplaudirle.

—Si se batiera por mí con algún rival a primera sangre, podría morir feliz.

—Tengo que preguntárselo, aunque sé la respuesta. No va a decirme el nombre de pila de los Duncan y dónde viven, ¿verdad?

—Si su esposa no se los presentó, y ellos no se presentaron, no estaría bien que yo lo hiciera sin su consentimiento, ¿no cree?

Quentin asintió. Era la respuesta que esperaba.

—Volveré cuando todo esté resuelto, para decirle cómo salieron las cosas.

—Mi puerta siempre estará abierta para usted, señor Fears. Buenos días.

En el porche, Quentin casi se sorprendió al ver una calle elegante pero corriente de Chevy Chase. Tendría que haber habido carruajes circulando sobre adoquines, e hileras de casas residenciales, y cerezos en flor. En cambio era invierno, los árboles estaban pelados y la mayoría de las casas probaban que el dinero y el gusto no siempre van a la par.

Los Duncan. Amigos de la gran dama... pero ¿desde hacía cuánto? Y habían concertado su invitación a la fiesta. Ella, la Manipuladora, ya lo estaba vigilando. ¿Cómo lo había encontrado? Los hombres ricos abundaban en la zona de la capital. ¿Por qué lo había elegido?

Casi merecía la pena, casi, haber conocido a la gran dama y conseguido su amistad. Si al menos él fuera el caballero cortés que había simulado ser en el estudio... Pero sospechaba que en algún momento del futuro tendría que enfrentarse a un enemigo, y no habría primera sangre en ese duelo. Algo rojo intenso manaría copiosamente, y alguien caería, y en aquellos momentos pensaba que, con toda probabilidad, sería él mismo quien lo hiciera. Pero no caería sin luchar.

Quentin subió a su coche. Una vez dentro, miró los alrededores para ver si descubriría los equipos de vigilancia que supuestamente controlaban la casa a fin de determinar quién entraba y salía después de su visita. No vio a nadie, ni siquiera un coche aparcado en la calle, lo que significaba que la habían cagado por completo o que eran muy muy buenos. Se puso en marcha y llamó a Wayne Read a su teléfono móvil.

—Acabas de salir de la casa —dijo Wayne, a modo de saludo—, y te diriges hacia el centro.

—No quería que me siguieran a mí.

—Sólo quería que supieras que están trabajando.

—Y te llaman a larga distancia para informarte.

—Bueno, puedes permitirte si tienes acciones en AT&T.

—Tengo un apellido para que investigues: Duncan. Es el de un matrimonio con una hija. Madeleine es supuestamente su sobrina. Estoy dispuesto a apostar a que mister Duncan es el tipo que dijo llamarse Ray Cryer.

—Duncan. Apuesto a que sólo hay una familia Duncan en toda la zona.

—Para eso es el equipo de vigilancia, ¿no? Le he escrito una nota a Madeleine y se la he dejado a la gran dama. O bien la enviará con alguien a los Duncan o los Duncan enviarán a alguien a recogerla. De cualquier manera, habrá alguien a quien seguir.

—A menos que la meta en un sobre y le pegue un sello.

—¿La gente todavía hace eso?

Por supuesto, sabía que sí, pero no había pegado personalmente un sello desde hacía muchos años. Simplemente, no se le había ocurrido esa posibilidad.

—Sigue siendo una bicoca por treinta y dos centavos. Y si interceptamos el correo, cometeremos un delito en toda regla; así que no lo haremos, ni siquiera por un tipo al que amamos tanto como a ti, Quentin.

—Sí, bueno, todavía tenéis el apellido Duncan como pista.

—Ya me imagino la llamada telefónica. «¿Es la familia Duncan, que tiene una sobrina que desaparece por arte de magia después de seis meses de matrimonio con un rico loco porque no abrió un cofre a tiempo?». Los encontraremos, seguro.

—Si eres tan listo, te apuesto a que no sabes quién fue el único presidente soltero.

—¿De Estados Unidos? James Buchanan, el predecesor de Lincoln. Un virginiano que hizo todo lo posible por jorobar las cosas para el norte antes de la Guerra Civil. ¿Quieres más?

—¿Has descubierto algo sobre el número de teléfono móvil de Madeleine?

—Es un número Celular Uno, uno de los que reservan para uso de la compañía en la zona. No hace falta decir que no ha sido asignado a nadie durante el último año.

—Y yo que pensaba que la conexión era siempre tan clara —dijo Quentin.

Así que todas sus conversaciones telefónicas mientras estuvieron prometidos se habían desarrollado sin que nadie contestara al teléfono en ninguna parte.

La Manipuladora sólo le hacía creer que oía la voz de Madeleine surgir del teléfono.

Salió del centro antes de que empezara la hora punta, así que conducir de regreso a casa sólo resultó medianamente infernal. Cuando llegó, la luz del contestador automático volvía a parpadear. Se preguntó si sería otra vez «Ray Cryer» o algún otro truco de la Manipuladora. Era el jefe de policía de Mixinack, Nueva York. Ése no era el pueblo al que Quentin había llegado caminando cuando escapó de casa de Madeleine; Mixinack se encontraba al norte, y más lejos. Pero ¿quién sabía dónde empezaban y acababan las jurisdicciones? Todavía era media tarde. Llamó.

—Aquí el jefe Bolt.

—Soy... ¿contesta usted al teléfono en persona?

—Todo el mundo está en la máquina de café o en el cuarto de baño. ¿Quién es?

—Quentin Fears, devolviendo su llamada.

—Bien, hola.

—Hola.

Quentin no quiso decir nada hasta que descubriera qué sabía ya Bolt. Así que dejó que el silencio se prolongara hasta que Bolt reinició la conversación.

—Recibí un fax de Herndon, Virginia; decía que su esposa había desaparecido. ¿La ha encontrado ya?

—No, todavía no. Tengo investigadores buscándola pero todavía no hay nada.

—Oh, bien, lamento oír eso. No he visto a su esposa, señor Fears.

—Yo lo lamento aún más.

—Apuesto a que sí. Mi esposa me dejó una vez. Lástima. Y regresó. Lástima. Era una broma, hijo. Pero supongo que no le apetece bromear.

—Aprecio su comprensión.

—Soy un tipo comprensivo. Apuesto a que se está preguntando por qué me molesté en llamarle cuando no tengo nada que comunicarle. Bueno, ¿qué puedo decir? Soy un tipo curioso. Mi secretaria acaba de casarse y con esa fiebre estomacal que anda suelta voy a tener que mantener a todos los hombres que me quedan en las carreteras poniendo multas por exceso de velocidad o no podremos pagar las nóminas. Eso es otro chiste, pero he renunciado a hacerle reír.

—Me está usted diciendo que está solo en su oficina.

—¡Eso es! ¡Me está usted escuchando! Bueno, verá, por eso soy el que vio su fax. Recibimos un montón... Odio esa maldita máquina, ¿sabe? Me gustaría estamparla contra la pared. Tenemos que pagar el papel de cada uno de los faxes sin sentido que todos los subnormales del condado deciden que debe tener el departamento de policía. Pero el suyo me llamó la atención, por la dirección que daba de la casa donde dice que le abandonó su esposa.

—¿Conoce el lugar?

—Bueno, verá, éste es un pueblo pequeño, y sí, lo conozco bien. Paso por allí a menudo. No ha vivido un alma en ella desde hace cinco años, cuando la anciana se

fue al asilo.

Una anciana que tenía relación con la casa, y confinada en un asilo. Eso explicaría por qué la abuela no podía encontrarlo.

—Hago que mis muchachos pasen a echarle un vistazo de vez en cuando —dijo Bolt—, para asegurarme de que no se han cometido actos de vandalismo. Ya sabe, ventanas rotas, esas cosas.

—¿Hay alguna?

—Dígame usted, hijo. Es usted quien asegura que pasó allí la noche.

—No he dicho eso.

—No, supongo que lo estoy diciendo yo. Vi ese fax de Herndon y pensé: vamos a comprobarlo. Así que, cuando volví a pasar por allí a la luz del día, me acerqué y, en efecto, había huellas de neumáticos que entraban y salían. Y huellas de pisadas. No me gustan las huellas: indican vandalismo. Son de vagabundos que tratan de ocupar una casa abandonada. O de adolescentes aburridos que buscan un lugar donde fumar hierba o transmitirse alguna enfermedad sexual. Pero fueran de quien fuesen, supuse que era mi trabajo averiguarlo. Entré, aparqué detrás, y vi que usted debió llegar en un coche con conductor.

—Eso hicimos.

—Sí, bien. Busqué las huellas de la dama, pero parece que no llegó a salir del coche.

—¿Eso es lo que parece?

—O la llevó usted en brazos. Pero estoy seguro de que no puso un pie en esa nieve.

—Interesante observación.

—Hasta ahí muy bien —dijo el jefe Bolt—. Entonces recordé que la propietaria me pidió que cuidara del lugar, o eso creo. Hora de echar un vistazo. Subí los escalones y... está todo un poco sucio, ¿no?

—Sí, señor, eso diría yo.

—Y frío. Un hombre podría helarse el culo allí dentro. Pero alguien subió al piso de arriba y pasó la noche encima de una colcha sucia y meó en una taza que no tiene cisterna y escupió pasta de dientes en un lavabo seco. Bajó a la cocina, pisando cucarachas por el camino, se acercó al frigorífico vacío... ¿voy bien?

El sarcasmo de Bolt era contagioso. Como siempre, Quentin captó el tono de la conversación y le siguió la corriente.

—Está usted hecho un Sherlock Holmes.

La reacción de Bolt fue un breve «Ja».

—Bien —dijo a continuación—, no seguiré con todo el itinerario. Un paseo por el farallón. Recorrió el cementerio de cabo a rabo. Caminó hasta la parte delantera. Luego tengo sus huellas saliendo por la puerta principal. Se sentó en el segundo escalón empezando por abajo y dejó las maletas al lado. Y luego se levantó y tomó por la carretera y se dirigió hacia el sur. ¿Lo he expresado bien?

—No puedo negar la verdad, jefe.

—Y me pregunto: ¿dónde está esa mujer que supuestamente fue vista por última vez saliendo de la vieja casa de los Laurent?

—¿Laurent?

—Supongo que los Laurent vivieron allí más tiempo, así que el nombre se le ha quedado. De todas formas, lo único que se me ocurre es que la mujer desaparecida que anda usted buscando debió marcharse en el coche. Parecía que el conductor dio la vuelta para abrirle la puerta, pero ella no llegó a bajar. Y ahora ha desaparecido.

—Definitivamente desaparecida.

—Así que realmente tengo una pregunta para usted, señor Fears. ¿Por qué un hombre que según la policía de Herndon es más rico que varios países del tercer mundo juntos, por qué un hombre así entraría en una casa helada y abandonada y pasaría la noche entre bichos y suciedad?

—¿Es eso un crimen, jefe?

—Oh, si yo lo pillara allí, podría encerrarlo acusado de vagancia, pero como podría demostrar que tiene dinero y todo eso, no creo que colara. Fue intrusismo, claro, pero no robó ni rompió usted nada. Así que no, no vamos a acusarle de nada. Sólo siento curiosidad, eso es todo.

—Y yo también. Quiero saber dónde está mi esposa. No parece que usted lo sepa.

—Verá —dijo el jefe Bolt—. Me parece injusto que venga usted hasta aquí arriba, actúe raro, se largue y no responda a ninguna pregunta al respecto.

Aquello no iba bien.

—Jefe, déjeme hacerle una pregunta.

—¿Quiere que la responda o que escurra al bulto como hace usted?

—¿Ha recibido una denuncia de un tal Ray Cryer sobre mi esposa, Madeleine Cryer Fears?

—Ah, el suegro.

—Nunca lo he llegado a conocer, pero él dice que sí.

—Tal vez esté entre los papeles por alguna parte, pero...

—No, tiene que haber llegado uno de estos días. Ha estado usted contestando al teléfono, ¿no?

—¿Ray Cryer?

—Eso es.

—No hay nada. Sigo el antiguo sistema del archivador desordenado, así que no puedo jurar que no, pero no, nada.

—Bien, veré, ese Ray Cryer me llamó y me dijo que le había llamado para decirle que su hija había desaparecido. En esa casa. Y que ya tenía a la policía local buscándola.

—Nosotros somos la policía local, y no la estamos buscando.

—Curiosear y curiosear.

—Pero si estaba usted allí cuando ella se marchó, señor Fears, ¿por qué iba a

llamarle él para decirle que había desaparecido?

—Esa es la pregunta que yo me hago jefe. Me pareció que tal vez estaba tratando de establecer una versión diferente de los hechos.

—Bueno, nunca lo sabremos, ¿no? Ahora mismo, todo lo que tengo es su palabra de que su esposa estuvo allí. Y claras pruebas de que tiene usted un gusto bastante raro en cuanto a albergues se refiere.

—Bien, gracias, jefe Bolt, ha sido usted de mucha ayuda.

—Entonces, ¿va a despedirme?

—No señor. Al contrario, espero que mantenga los ojos abiertos y ayude a mis investigadores cuando lleguen allí.

—¿Le está chantajeando ese Ray Cryer? ¿Es eso?

—¿Cómo dice?

—¿Estaba drogado esa noche? ¿Era un negocio de drogas o algo y le dieron la patada y le amenazaron o algo así?

—¿De qué está usted hablando?

—Si no quiere decirme por qué actuó de un modo tan raro, tengo que devanarme los sesos tratando de encontrar historias que cuadren con la evidencia.

—Jefe, la casa está encantada. Me invitaron unos fantasmas, dormí con fantasmas, desayuné con fantasmas, salí al cementerio para decir adiós a sus cuerpos y luego me volví caminando a casa.

—¿Sabe? Puede que yo sea el jefe de la fuerza policial más pequeña a este lado de Maggody, Arkansas, pero tengo una cárcel tan buena como cualquier otro poli de América. ¿Por qué me demuestra esta falta de respeto, hijo? Aunque he de decir que al menos paga usted la llamada.

—Jefe Bolt, no quiero ser su enemigo.

—Me alegro de oír eso. No soy buen enemigo.

—¿Puede decirme algo sobre la anciana señora Laurent?

—¿Laurent? Está muerta.

¿Muerta? ¿Entonces qué era aquello de «Búsqueme»?

—Lamento oír eso.

—Sucedió hace unos veinte años y era más vieja que Dios cuando la espichó, así que a nadie le rompió el corazón.

—Me pareció haberle oído decir que la anciana se fue a un asilo hace unos cuantos años.

—Hijo, está claro como el agua que no tiene ni idea de nada sobre esa casa y la gente que vivía allí y, sin embargo, me dice que su esposa lo llevó a conocer a su familia. Ahora aclárese. ¿Le está chantajeando ese Ray Cryer a cuenta de algo? ¿Hizo algo ilegal en esa casa? ¿O está loco sin más? Porque es seguro como el infierno que no se casó con una mujer que tenga nada que ver con esa casa, ya que esa familia no existe. La vieja señora Laurent está muerta. La actual propietaria es su hija, la anciana del asilo. Y su única hija, de unos treinta y cinco años, está casada, tiene una cría

pequeña y nunca ha vuelto desde que la anciana se mudó.

—No hice nada ilegal en esa casa. Si Ray Cryer pretende chantajearme, todavía no me ha pedido dinero y, si lo hace, no se lo daré porque no he hecho nada que tenga que ocultar. En cuanto a si estoy loco, bueno, la gente normalmente llama excéntricos a quienes tienen mi nivel de ingresos.

—Pero sigue sin responder a mis preguntas.

—Jefe, quiero conocerle en persona.

—El deseo es mutuo.

—Quiero entrar en esa casa con usted y averiguar todo lo que me pueda decir al respecto.

—¿Qué soy ahora, un contratista?

—Me crea o no, jefe, mi esposa estuvo en esa casa conmigo. Ella creció allí, de eso no tengo ninguna duda. Es su familia la que está enterrada en el cementerio. Y si tengo alguna esperanza de encontrarla, será gracias a lo que pueda descubrir de esa mansión. Así que estaré allí pronto. Y, mientras tanto, le mandaré por fax la factura de la *limousine* que nos llevó allí para que averigüe si llegué en efecto con mi esposa o no.

—Estaré esperando, hijo.

Se despidieron fríamente. Quentin colgó el teléfono y llamó a la compañía de *limousines* para que le enviaran al jefe Bolt por fax una copia de la factura. Mientras tanto, no paraba de decirse que aquello era lo más estúpido que podía hacer. Ya que Ray Cryer estaba mintiendo y no le había dicho nada a la policía, ¿por qué debería él hacer algo que levantara más sospechas? ¿Por qué no le contaba al jefe Bolt alguna historia inventada y suspiraba aliviado y suspendía la búsqueda de una esposa desaparecida que sabía no iba a aparecer nunca? Y, sobre todo, ¿por qué provocaba a Bolt para que obtuviera un testimonio positivo por parte del conductor de la *limousine* de que sí, en efecto, la señora Fears salió del coche y entró en la casa con el señor Fears? El hecho de que no hubiera huellas de pisadas de mujer saliendo de la casa sólo haría que el jefe sospechara que había gato encerrado.

Y sin embargo en ese momento le parecía lo más adecuado. Una sensación en la boca del estómago. La impresión de que el jefe Bolt era un tipo decente con cuya confianza merecía la pena contar. Y algo importante.

Oh. Por supuesto. El jefe Bolt conocía a la vieja dama. Y si el universo tenía algún sentido, la vieja dama del asilo tenía que ser la abuela. ¿No? Sólo que no era la anciana señora Laurent, que llevaba veinte años muerta y sería la difunta madre de la abuela, lo cual significaba que Laurent debía ser el apellido de soltera de la abuela y el jefe sabría su apellido de casada y dónde encontrarla. Así que conocer al jefe era tal vez una ruta hacia la abuela.

Y también posiblemente una ruta hacia la cárcel.

Quentin se estremeció, y luego pensó en lo que le había hecho estremecerse: ¿qué le hizo creer, cuando se sintió tan seguro de que tenía que decirle lo que le dijo al

jefe, que era una idea propia? Por lo que sabía, estaba interpretando el guión de alguien.

No. La Manipuladora no hace eso. Me obliga a ver cosas, pero no a hacerlas. No puede obligarme a decir o hacer cosas porque, si pudiera, ese cofre estaría abierto y todo este asunto habría terminado ya. Y si la abuela pudiera obligarme a hacer cosas no me habría hecho ver una rata parlante para persuadirme.

Quentin reflexionó un poco y cayó en la cuenta de por qué no le había mentado al jefe. Era bastante buen juez de las personas, Madeleine aparte, naturalmente. Después de cribar a cientos y cientos de personas que respondían a sus anuncios, sabía con bastante exactitud con quiénes le gustaría trabajar y cuáles sólo le darían disgustos.

Y el jefe Bolt era de los suyos. Así de sencillo. Si Bolt le pidiera que le financiara el arranque de algún negocio, Quentin lo escucharía, se aseguraría de que la propuesta era sólida y firmaría todos los papeles; porque podía hacer negocios con Bolt.

Excepto que Bolt era policía y la única asociación que tenía en mente era la incómoda relación entre policía y sospechoso. Lo único que le faltaba eran pruebas de que se había cometido un delito, y Quentin iba a ayudarle a encontrar algunas.

Tal vez es un intento inconsciente de derrotar a la Manipuladora, pensó Quentin. Después de todo, no puedo abrir ese cofre del tesoro si estoy en la cárcel.

11

REUNIÓN

Algo le acarició durante la noche. Mientras yacía de costado en la cama, algo ligero resbaló sobre su piel desnuda, sobre su cadera. Se despertó, dio un respingo, un manotazo. Alguien soltó un grito. Quentin se abalanzó hacia la luz.

Madeleine estaba sentada en la cama, sujetándose la mano como si se hubiera quemado, con una mirada acusadora en el rostro.

A Quentin no se le ocurrió nada que decir.

—¿Me echas de menos? —preguntó ella.

De repente le molestó la forma en que se sostenía la mano, como si realmente sintiera dolor.

—No te molestes en sujetarte la mano. Sé que no estás herida.

—¿Crees que no me duele cuando me abofeteas?

—Me ha parecido que una araña estaba arrastrándose sobre mí... sí, bueno, no me he equivocado demasiado, ¿no?

—No te enfades —dijo ella—. Por favor, no te enfades.

La expresión de su rostro era tan triste, tan ansiosa, que Quentin sintió que se derretía de compasión a su pesar. Pero no, no, se negó a dejarse engañar.

—Vete —dijo.

Ella iba en camisón. Tiró del dobladillo.

—Tin, por favor, yo...

—No me llames así. Robaste ese nombre de mi mente. O de la de Lizzy... ¡No te pertenece!

—No, es tu nombre.

—Es mi nombre cuando lo pronuncia alguien que me ama, no alguien que trata de usarme para abrir un... cofre.

Se levantó y rodeó torpemente la cama, salió del dormitorio y entró en la cocina. Sacó el zumo de naranja del frigorífico y se lo sirvió en un vaso.

Ella se plantó en la puerta.

—¿Hay suficiente para mí?

—No —respondió él—. No lo necesitas. Y eso es algo que quiero saber. Ya que no estás realmente aquí, ¿qué hacías con todo lo que comías y bebías? ¿Adonde va?

Su expresión se heló. Regresó al salón.

—Veo que tu nota no significaba nada.

Él la siguió, con el vaso de zumo en la mano.

—¿Así que tu verdadero apellido es Duncan?

Ella se volvió.

—Mi verdadero nombre es Madeleine Cryer Fears. Soy tu esposa. Hay un certificado de matrimonio.

—¿Y cómo lo firmaste? ¿Cómo pusiste tu nombre en él? No puedes sujetar un bolígrafo.

—Puedo sujetar un bolígrafo. Puedo sujetar un vaso. Puedo abrazarte. ¿Recuerdas cómo era?

Extendió la mano hacia él, le rozó la mejilla, para coger la mandíbula y atraerle...

El la agarró por la muñeca y la acercó aún más; luego le echó el zumo de naranja por la *cabeza*... Le chorreó por el pelo, por la frente. Ella se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar.

—¡Todo lo que quiero es amarte, Quentin!

El se quedó allí de pie, mirando el zumo, lo real que parecía. Cómo le goteaba desde el pelo a los hombros y una parte resbalaba hacia la alfombra.

—No —dijo—. No estás aquí y, cuando te he echado el zumo por encima, ha ido a parar directamente a la alfombra. No te he mojado el pelo porque no... eres... real.

Ella cogió el vaso y lo lanzó contra la pared. El vaso se hizo añicos y cayó al suelo.

—¿Crees que los vecinos lo habrán oído?

Los fragmentos de cristal chispearon a la luz de la cocina.

Ella lloraba. Él también.

—Madeleine —dijo—. Lo siento mucho. Yo... no creerías... estos últimos días sin ti...

Ella lo abrazó. Su cuerpo se adaptaba perfectamente al suyo, como siempre.

—¿Crees que para mí ha sido fácil? No tendría que haber huido de allí; pero la abuela... ¡me odia tanto! Tendría que haber recordado que mi amor por ti es más fuerte que nada, más fuerte que el odio, más fuerte que... Oh, Quentin, no te vuelvas a enfadar conmigo, por favor; me asusta, me hace daño...

Y mientras ella hablaba, Quentin miró los brillantes fragmentos de cristal roto y recordó el brillo perfecto de las copas sobre la mesa de la biblioteca. Recordó lo desnuda y sucia que estaba después la mesa, bajo las sábanas; el aspecto del agua que caía del grifo en el lavabo limpio, y luego el lavabo sucio con grifos que no funcionaban.

—Tin, por favor, déjame llamarte así, por favor, déjame volver y ser tu esposa como debería ser. Como prometimos ante Dios que seríamos.

—No quisiste ninguna cámara en nuestra boda, Mad —dijo él—. ¿Porqué?

Ella jugueteaba con su pelo.

—Quería imaginar que era la novia perfecta, hermosa como la nieve bajo el sol.

Sus palabras eran sencillas y su voz sonaba como música.

Con una mano le tocó la piel: el mismo contacto que le había despertado hacía unos minutos y que ahora volvía a despertarlo.

—No quería ver fotos que desmintieran mi sueño. ¿Crees en todos esos anuncios de Kodak? ¿Crees que nada es real a menos que tengas una foto para demostrarlo? Tal vez debería darte una tarjeta Hallmark ahora mismo, o llamarte por AT&T para

tener un instante verdaderamente enternecedor.

Quentin se echó a reír. Era Madeleine, era la mujer que amaba. El sonido de su voz, la sensación de su pelo bajo sus dedos.

Su pelo.

De repente notó su pelo pegajoso por el zumo de naranja, pero hacía un momento no lo estaba. Su mano quedó inmóvil.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Qué? —dijo—. ¿Qué?

Quentin apartó la cara. Pensó en Lizzy. Pensó en la falsa imagen de su hermana caminando hacia aquella casa que nadie tenía alquilada.

La apartó y se acercó a la pared donde había caído el vaso. Se agachó y recogió un fragmento de cristal y lo pasó por la pared. Un araño apareció en el papel pintado. De repente, sin planearlo, sin saber que iba a hacerlo hasta que lo hizo, se clavó el cristal en la piel del abdomen. Apuñaló dos, tres veces. Sólo entonces llegó el dolor. Se dobló por la mitad, tan terrible era. Cayó sobre una rodilla. Pero sabía que era mentira. Se miró el vientre: salía sangre, pero no suficiente.

Y entonces, de repente, manó más. Demasiada. No había segado ninguna arteria. Allí no había nada susceptible de sangrar tanto. De hecho, sabía que no había ninguna herida que sangrara. Nada. Ningún motivo para el dolor. Ni siquiera tenía un trozo de cristal en la mano.

Todavía sostenía el fragmento entre sus dedos.

¿No le había dicho Lizzy que era más fuerte que la mayoría de la gente? ¿Por qué no lograba combatir aquellas ilusiones?

Apoyado en una rodilla, se cortó la piel de la otra. Cortó más y más profundo. El cristal se clavó hondo. Pero todo lo que pudo pensar, todo en lo que se permitió pensar, fue que diseccionaba una rana en la clase de ciencias. La musculatura de la pata cuando peló la piel empapada en formaldehído. Y durante el instante en que pensó eso, su pierna fue también el anca de una rana. Retiró la piel igual que había hecho con la de la pata del animal.

—¡No! —chilló Madeleine.

No había ninguna herida en su pierna. Ningún cristal en su mano. Ninguna puñalada en su vientre. El vaso de zumo de naranja se encontraba en el suelo, donde debía de haberlo dejado caer cuando Madeleine le hizo creer que se lo había quitado de la mano.

A cuatro patas, se acercó al lugar donde ella se hallaba de pie cuando le echó el zumo por la cabeza. Allí estaba, un único charco, esparcido, pero un chorro de zumo había caído sin ser interrumpido por un cuerpo humano. Había recuperado el sentido de la realidad.

Lo que significaba que había vuelto a perderla a ella.

—Madeleine —susurró.

Desde el sofá, su voz sonó fría y furiosa.

—Sigo aquí.

Él retrocedió, cayó sobre la alfombra, la miró. Estaba en el sofá arreglándose el pelo, mirándose en un espejito.

—Así que tu hermana muerta te dijo que eras fuerte —se mofó Madeleine—. Qué machote.

—¿Quién eres en realidad? Sé sincera conmigo, ¿quieres? ¿Quién eres y por qué me escogiste?

—Soy Madeleine Cryer Fears —dijo ella—. Soy tu esposa.

—No existes y no has existido nunca.

—¿No? ¿Entonces con quién has estado haciendo el amor en las camas de todo Estados Unidos?

—Una mentira. He estado amando a una mentira.

—Respuesta equivocada, Quentin. Yo soy la verdad. Soy la verdad más profunda en los lugares más secretos de tu corazón. Soy todos tus sueños hechos realidad.

—¿Qué quieres de mí?

—Lo que toda esposa quiere. Alguien a quien amar. Alguien que me ame. Confianza. Fe. Un futuro. Tus bebés.

—¡Calla!

—¿He de entender que eso significa que has cambiado de opinión sobre los niños? Los hombres son así, volubles. Pero puedo esperar. No te engañaré: nada de bebés hasta que estés preparado para ser papá.

—Nunca desistes, ¿verdad?

Ella se inclinó hacia delante hasta que quedó tendida como un lagarto en el sofá, apoyada sobre un brazo, hasta que estuvieron casi cara a cara.

—Déjame que te diga un secreto, querido —susurró—. Soy tan real como cualquier esposa. ¿Qué piensas que es el matrimonio? Todo es fingido. Tu madre finge que el temperamento de tu padre no la asusta. Tu padre finge que no odia que ella le eche la bronca por algo y no comprende luego que él esté molesto. Fingen ser felices juntos cuando los dos están desesperadamente solos porque a la tercera semana de su matrimonio se dieron cuenta de que no se conocían realmente y nunca lo harían: serían desconocidos que convivirían durante el resto de sus vidas. Pero no podían soportar eso, nadie puede. He visto miles de matrimonios; no se soporta estar emparejado con un desconocido. Por eso los decentes, los que quieren ser buenos, fingen ser lo que su pareja quiera que sean, y luego fingen creer en la pretensión de su pareja. La única diferencia entre ellos y yo es que yo soy muy buena. Cuando finjo ser exactamente la esposa que tú quieres, soy esa esposa. Lo soy. Es toda mi existencia. Y cuando finjo amarte exactamente como eres, te amo. Estoy totalmente dedicada a ti: soy graciosa cuando quieres que sea graciosa; sexy cuando quieres que sea sexy; llorona cuando quieres que sea sentimental; hermosa cuando quieres alardear de mí. Soy tu verdadera esposa.

—No sabes nada —dijo Quentin.

—Sé de ti.

—Sabes cómo conseguir poder sobre mí. Y funcionó, sí, me pusiste a saltar como un perrito. Comí en la palma de tu mano. Dale al chico exactamente lo que sueña y vendrá a suplicarte.

—Soy yo quien suplica ahora.

—Tú eres la que no deja huellas en la nieve —dijo él—. El zumo de naranja te atraviesa.

—Piensas que no crees en mí.

—No creo.

—¿Entonces por qué sigo aquí?

—No estás aquí.

Quentin se puso en pie. Al principio, sólo un instante, cojeó a causa de la pierna que se había herido con el trozo de cristal. No había ningún corte, no había ninguna herida. Se obligó a caminar sin cojear.

—Incluso cuando no me miras, estoy aquí —dijo ella.

Ella le siguió mientras él entraba en el dormitorio. Quentin cerró la puerta de golpe y ella la atravesó. Se quedó allí, delante de la puerta cerrada.

—No me gusta que hagas eso.

—¿Dar portazos?

—Creo que, en conjunto, me he comportado con bastante decencia.

—¡Tú! —Quentin volvió a meterse entre las sábanas—. Tú eres la indecencia.

—No tenía por qué acudir a ti con amor, lo sabes.

Él apartó la mirada, se dio la vuelta y apagó la luz. Ahora sólo el leve resplandor que entraba por las persianas casi cerradas iluminaba la habitación.

—Puedo encontrar otras cosas en tu mente —dijo ella.

De repente, Quentin retiró las mantas. Media docena de enormes arañas brillantes corrían veloces por las sábanas, sobre sus piernas. Se puso rápidamente en pie.

—Sé que esas arañas no son reales —dijo, jadeando.

Una voz de hombre le respondió, un susurro helado.

—¿Qué es la realidad?

Y entonces una mano enorme lo cogió por la garganta y lo arrojó contra la cama. Mientras permanecía allí tendido de espaldas, una gran figura blanca y viscosa con una herida llena de pus por el rostro alzó la otra mano y la hundió en su entrepierna. Quentin gritó lleno de dolor hasta que el monstruo le cerró la garganta.

Esto no está sucediendo, se dijo. El problema era creerlo.

Si lo creo, pensó, ella puede matarme con mi propio miedo. Tengo que dejar de luchar porque no está aquí. Como no estaba aquí el vaso roto. Como las heridas de mi pierna. Mi garganta está cerrada por mi propio pánico, no por una mano, porque no hay ninguna mano.

Respira lentamente, suelta un poco de aire, luego inspira un poco. No hay nada conmigo en la habitación. Estoy solo en mi cama.

Abrió los ojos. El monstruo había desaparecido.

Pero Madeleine estaba tendida junto a él, la cabeza apoyada en su pecho, la cintura entre sus piernas, el pelo esparcido sobre las sábanas. Su cuerpo era cálido; notó los latidos de su corazón. Y a su pesar, lo invadió el deseo. Alzó la mano para acariciarla pero se detuvo. No sucedería. Levantó las manos y se las colocó detrás de la cabeza, los dedos entrelazados. Igual que el monstruo, también esta imagen desaparecería.

—Sí que eres fuerte —susurró ella—. Sí que eres valiente, al insistir en la realidad. Nunca pudiste afrontar tus propios sueños.

Se levantó. Pero no como lo haría una mujer normal, apoyándose en los brazos, sino como una marioneta tirada por hilos. Y sí, era una marioneta con la cara de Madeleine, el cuerpo desnudo, pero las articulaciones mecánicas y una mandíbula que se movía gracias a una cuerda.

—Por favor. Algún día, si soy realmente buena, ¿me convertiré en una chica de verdad?

Y entonces desapareció.

Quentin permaneció allí tendido, jadeando, agotado física y emocionalmente.

—Oh, Lizzy, lo he conseguido —susurró.

Se tumbó de lado, luego sobre el estómago, con una pierna encogida, el puño cerrado bajo la barbilla, como siempre dormía, como dormía cuando era niño. Pero tenía los ojos completamente abiertos. Sin ver nada. Viéndolo todo.

12

CREYENTE

—Lo siento, Quentin, pero el tipo debió ver a nuestro equipo de vigilancia —dijo Wayne—. Se desvió dos veces y lo perdimos.

—¿El tipo? —Al menos era algo saber que se trataba de un hombre.

—Un tipo con uniforme de mensajero. Así que tenías razón, la anciana no usó un sello.

—Los tipos de los servicios de mensajería no se desvían para evitar ser vigilados.

—Sí, bueno. Dieron por supuesto que era un mensajero y lo que contaba era a quién le llevaba el mensaje. Y entonces hizo una maniobra y desapareció.

—Bueno, el mensaje llegó —dijo Quentin.

—¿Recibiste una llamada?

—Una visita.

—¿Y?

—No descubrí nada —dijo Quentin con amargura.

—¿Cómo que no descubriste nada? ¿Quién vino?

—Madeleine.

—Entonces, ¿no está muerta?

—Wayne, no era la Madeleine que tú crees, la de carne y hueso. Era la Madeleine que no deja huellas.

—Quentin, ¿cómo puedo ayudarte si tú no me ayudas a mí? —preguntó.

—Sigue creyendo que estoy loco si quieres, Wayne. Pero no dejes la investigación.

—Quentin, de verdad, intento creerte. Y me conoces, soy abogado, puedo actuar como si creyera a mi cliente, sea cierto o no. Lo aprendí viendo el juicio de O.J.

—Muy bien, Wayne. No importa.

—¿El qué?

—Que Madeleine me visitara. Que tú no me creas no importa con cuánta fuerza lo intentes. Que los investigadores perdieran al mensajero. Aunque no descubran nada, necesito que sigan adelante con todo.

—Por cierto, la casa está a nombre de una tal Anna Laurent Tyler. Parece que la heredó de su madre, Delia Forrest Laurent, que la recibió en testamento de su marido. Sin embargo, fue construida por un Laurent, a principios del siglo XIX.

—¿Alguna dirección donde encontrar a Anna Laurent Tyler?

Quentin escribió los nombres.

Recordaba que en el cementerio había una Delia Forrest Laurent, devota esposa, compartiendo una lápida con Theodore Aurelius Laurent, amado esposo.

—Claro —dijo Wayne—, pero es la dirección de la casa de marras.

—Anna Laurent Tyler. Algo es algo. El jefe de policía de Mixinack dijo que tenía

una hija casada. Probablemente no se casó de verdad con un Duncan, pero tal vez encontraremos el nombre en los periódicos locales por el anuncio de la boda en los ecos de sociedad. Una Tyler amadrinada por su madre, Anna Laurent Tyler.

—¿Cuándo?

—Yo empezaría hace unos tres años e iría hacia atrás. ¿Cómo voy a saberlo? Si descubro algo más hoy, gracias al jefe Bolt, te lo haré saber.

—¿Hoy?

—Voy a volver a Nueva York. A Mixinack.

—¿Porqué?

—Bueno, ya que el perro me sigue de todas formas, tanto da que vaya a la perrera.

—Así que no echas tanto de menos a tu mujercita como creías.

—Digamos que la entrevista de anoche fue dolorosa.

—Mis condolencias, Quentin.

El departamento de policía del jefe Bolt estaba en un hermoso edificio antiguo del pueblo, de los que se hacían con grandes losas y columnas de corte clásico con leones delante. Había dos coches patrulla aparcados en la parte trasera, en zona reservada. Quentin dejó su Taurus alquilado en una de las plazas para visitantes, entró, y empezó a deambular en busca del departamento de policía. Al parecer, aquél era uno de esos pueblos pequeños donde uno vive siguiendo el principio de que, si no sabes dónde está algo, no tiene sentido buscarlo. Habría preguntado la dirección, pero el lugar estaba desierto. Sin embargo, en alguna parte, alguien escribía a máquina. Finalmente encontró la fuente del sonido en el sótano, tras una puerta sin rotular. Llamó.

—Pase —dijo una mujer. Él asomó la cabeza.

—Estoy buscando el departamento de policía, señora.

—Lo ha encontrado.

—¿Esto? ¿Aquí?

—Eso he dicho, ¿no?

—Tengo una cita con el jefe Bolt.

Ella señaló una puerta cerrada a su espalda; luego continuó tecleando. Quentin no sabía que los modales de Nueva York llegaran tan al norte. Quentin llamó a la puerta del jefe, que tampoco tenía ningún rótulo. Esta vez la voz de un hombre le indicó que pasara. Bolt era un hombre grueso con un corte de pelo militar, pero sin el aire de rigidez que Quentin había asociado siempre con aquella imagen.

El uniforme le quedaba un poco estrecho y lo llevaba un poco arrugado. Tenía un rostro cálido, como si el hombre no careciera de sentido del humor. No era un poli común.

—Hola, soy Quentin Fears.

Bolt asintió, pero no levantó la mirada del informe que estaba cumplimentando.

Se acabó la calidez.

Al cabo de un instante Quentin advirtió que no era un informe, sino un crucigrama.

—Palabra de ocho letras que indica ansiedad, la tercera letra es una G —dijo Bolt.

—Angustia —sugirió Quentin al instante.

—¿Se deletrea?

—A-N-G-U-S-T-I-A.

—Oh, angustia —dijo Bolt, con acento nasal.

—¿Necesita ayuda con las demás? —preguntó Quentin.

—Lo acabaré tarde o temprano. —Miró a su visitante — Es más joven de lo que parecía por teléfono.

—No, hablaba como un tipo de mi edad —respondió Quen. Una vez más, como había hecho al teléfono, Quentin imitó el estilo desenfadado de Bolt, su tono despreocupado.

Bolt sonrió. La calidez que Quentin había detectado no era una ilusión.

—Supuse que nunca llegaría a conocerlo; no empezamos bien por teléfono.

—Sí, bueno, una vez que visitas Mixinack, sigues volviendo.

—Deberíamos usar esa frase como un eslogan. Ponerlo en un cartel en los límites de la ciudad.

—Tengo un millón de ellos.

—Siéntese, señor Fears. —Su tono era ahora amistoso. El instinto no le había fallado a Quentin. A Bolt le gustaba la gente que respondía a sus expectativas.

Se sentó y miró alrededor. La oficina estaba meticulosamente limpia, a pesar de su pequeñez. Y, contrariamente a lo que Bolt había dicho por teléfono, sobre su mesa sólo había unos cuantos papeles.

—Parece que han puesto al día el trabajo.

—Lo estamos haciendo bien para andar en medio de una oleada de crímenes.

—Jefe Bolt, sólo quería hacerle un par de preguntas.

—¿De veras? ¿Sólo un par? ¿No podía telefonar?

—Supuse que era justo; usted tendría algunas preguntas que hacerme.

—Sigue habiendo teléfono. ¿Por qué está usted aquí?

—Porque cuando reciba las respuestas a mis preguntas, tendré que actuar inmediatamente.

Bolt asintió.

—Yo siempre pienso lo mismo. ¿Ha encontrado ya a su esposa?

—De hecho, la vi anoche. Ha aparecido.

Bolt asintió más despacio.

—Muy bien. ¿Por qué no le acompaña?

—No he dicho que haya vuelto conmigo. Sólo que apareció.

Bolt suspiró y recitó:

Los usos del amor son duros y extraños: el amor que quieres siempre está vedado; el amor que tienes, no lo quieres tuyo. Los usos del amor son extraños y duros.

—Yo no quería cambiar mi amor —dijo Quentin.

—¿Le gusta el poema? Lo he escrito yo.

—¿Sí? Pensaba que ya lo conocía.

—Sí, bueno, por eso trabajo en el departamento de policía de Mixinack en vez de ser ensalzado en la escena literaria neoyorquina.

—¿Quiere escuchar mis preguntas?

—Soy todo oídos.

—¿Dónde está Anna Laurent Tyler?

—En un asilo.

—¿Y dónde está ese asilo?

Bolt asintió despacio.

—Vamos a ver, ¿qué hará cuando lo localice?

—Ir a verla.

—No le servirá de nada.

—No sabe usted lo que quiero decirle.

—Como si quiere cantarle el *Coro del yunque*.

—Espero que sepa usted la voz del tenor —dijo Quentin.

—Es casi un vegetal, hijo. Podrá hablarle todo lo que quiera, pero no veo de qué le servirá.

Quentin sintió como si le hubieran vaciado de aire el pecho.

—No puede ser.

—Sí que puede —le aseguró el jefe—. Bien, mire. La palabra que cruza, angustia por la U es yunque. Y acabo de decir yunque hace un minuto. ¿No es increíble?

—Sólo una de las muchas maravillas de una tarde en Mixi-nack.

—¿Todavía quiere verla?

—Averiguaré dónde está tarde o temprano. Para evitar que mis investigadores llamen a todos los asilos del estado, ¿por qué no me lo dice?

—Mejor que eso. Lo llevaré allí.

—¿En un coche patrulla? ¿Pondrá las luces en marcha y sonará la sirena?

—En su coche. ¿Cree que voy a gastar parte de mi kilometraje mensual en llevar gratis a un rico?

—¿Cuándo podemos ir?

—Ahora —dijo Bolt, levantándose de la mesa—. No he almorzado. ¿Le gusta el chile?

—No. —Quentin lo siguió al pasillo.

—Eso es porque no ha probado el chile de Bella. ¿De verdad ha venido con esa chaqueta?

—Sí.

—¿Nadie le dijo que era invierno?

—No planeo caminar al aire libre mucho rato.

—En el norte, en invierno, siempre hay que vestirse como si tuvieras que caminar diez kilómetros en medio de una tormenta porque el coche se te ha averiado.

—Así debería vestirse mi chófer. Yo tengo que ir vestido para estar sentado en la *limousine* bebiendo champán mientras espero a que traiga ayuda.

Llegaron al exterior. Quentin lo condujo hasta su Taurus.

—Oh, ya veo —dijo Bolt—. Era una broma. No tiene usted chófer.

—Ni usted abrigo.

—Amigo, soy estúpido —dijo Bolt.

Como empezaba a nevar copiosamente, había algo de cierto en su comentario.

Salieron del aparcamiento y Bolt le fue dando indicaciones hasta que se dirigieron al sur por la carretera de doble carril que pasaba por delante de la casa Laurent. Quentin advirtió de inmediato que no iban al asilo. En efecto, a medio camino, Bolt le ordenó que girara a la izquierda y entrara.

—Veo unas cuantas huellas de neumáticos que no estaban la última vez que vine —comentó Quentin.

—Sí, son todas mías —respondió Bolt—. Tuve que sacar fotos de las pisadas antes de que la nieve las cubriera.

—Oh. ¿Pruebas?

—Por supuesto. Sólo que no sé de qué. Ahora que su esposa ha vuelto al mundo de los vivos.

—Si se le puede llamar a eso vivir —dijo Quentin—. Una broma.

—Ya lo he pillado. La primera vez que lo escuché, lo decía Andy Devine en una película de caballería. O tal vez fue en *Rin Tin Tin*, en la tele, cuando yo era un chaval. ¿Lo decían en esa serie?

—Es anterior a mi época —dijo Quentin.

Salieron del coche y Quentin, diligentemente, avanzó hasta la puerta principal.

—Espero que no le importe que nos hayamos desviado —dijo Bolt.

—Más o menos me lo esperaba.

—Sólo quería que me indicara lo que hizo la noche que estuvo aquí.

—¿Me hace falta un abogado?

—¿No tiene uno?

—Quiero decir ahora.

—No voy a arrestarle por allanamiento, señor Fears. Por tanto, no necesita ningún abogado.

—¿Tengo de verdad cara de estúpido?

—Lo que usted diga, señor Fears.

Se quedaron en medio del vestíbulo de entrada. Quentin miró la chimenea pero no vio ninguna rata parlante. La puerta que daba al saloncito no tenía ninguna palabra

escrita. Y el jefe era un hombre fuerte con pistola. Todo eso hizo que Quentin se sintiera mucho mejor respecto a encontrarse de nuevo en aquel lugar.

—Nunca vi esta habitación hasta que vine a acompañar a la señora Tyler al asilo —dijo Bolt.

—Apuesto a que entonces estaba más limpia.

—Bastante más. Se supone que los cristaleros vendrán esta mañana a arreglar la ventana de la biblioteca. Estaba rota, ya sabe.

—Ya sé.

—Yo solía entrar siempre por la puerta trasera. Abajo, hay una escalera que conduce a la cocina, los cuartos de las herramientas están también allí.

—¿Trabajaba usted en esta casa?

—De chaval. Empecé a ayudar con los rastrojos cuando era pequeño. Eso era antes de los productos químicos, así que mantener el césped limpio de dientes de león nos proporcionaba a una docena de críos dinero para ir al cine todo el verano. Yo seguí viniendo; acabé cortando el césped y luego me hicieron ayudante del jardinero. Así conseguí llegar a la facultad. Quitó nieve de ese porche tantas veces que odio recordarlo.

—Así que esta casa es para usted algo más que la vivienda de un vecino.

—Aquí di mi primer beso —suspiró Bolt—. Vamos abajo, siento curiosidad por saber qué hizo en la cocina.

Quentin lo siguió. Bolt encendió las luces.

—¿Ahora hay luz? —preguntó Quentin.

—Supongo —dijo Bolt—. Hice que conectaran la electricidad ayer. Quería ver algo más de lo que puede mostrarme una linterna.

Con las luces encendidas, Quentin vio que las escaleras y el salón eran iguales que cuando Madeleine le guió a tomar un bocado a media noche. Pero la cocina no. Quentin recordaba claramente una mesa. En cambio, había una mancha en el suelo donde alguien se había sentado en el sucio linóleo.

—Entró usted aquí... a oscuras, o con una linterna —dijo Bolt—. Se acercó al frigorífico, a esa alacena. Pero el frigorífico está cerrado, como puede ver, y nadie lo abrió. Entonces, ¿por qué entró aquí? Dos veces, ¿ve? Dos veces.

Quentin recordaba haber cogido mostaza, mayonesa, un par de rodajas de carne y un poco de lechuga. Y luego regresó a por pepinillos cuando Madeleine se lo pidió.

—Solían guardar el pan en esta alacena —dijo Bolt—. Y, en efecto, hasta aquí vino usted; hasta la panera y luego al cajón de la cubertería. ¿Ve? Sólo que... no hay pan, ni cubertería.

Abrió el cajón vacío, la alacena vacía.

—¡Vaya despiste! —dijo Quentin.

—Entonces se sienta en el suelo. Pero... justo aquí, donde estaba antes la mesa. Aquí, en la cabecera, donde estaba la silla. El mayordomo tenía el derecho inalienable de sentarse en esa silla. La cocinera se aseguraba de que nadie más, y

menos que nadie un sudoroso ayudante de jardinero, se sentara aquí.

—Tenía que limpiar los muebles.

—¿Por qué se sentó en el suelo, señor Fears? ¿Y qué encontró en esos estantes?

Quentin se encogió de hombros.

—Mire, verá, así estamos —dijo Bolt—. Usted quiere que yo responda a sus preguntas, pero no me da nada a cambio.

—¿Por qué darle respuestas que no creerá?

—Bueno, respuestas que no crea serían un paso adelante. Porque ahora mismo lo que no creo es que viera usted a su esposa viva ayer.

Quentin sacudió la cabeza.

—Cuando veía todos aquellos episodios antiguos de *Colombo*, ¿no notaba que siempre tenía un cadáver antes de abrir una investigación por asesinato?

—Yo no he hablado de asesinatos.

—Ha dicho que no creía que hubiera visto a mi esposa viva ayer. Y yo le he dicho que estaba tan viva como siempre.

Bolt siguió abriendo armarios hasta que todos estuvieron abiertos. Luego se aupó para sentarse en una de las sucias encimeras.

—Aquí es donde di mi primer beso. En esta habitación. Estaba sentado en esta encimera.

—¿A la cocinera? —preguntó Quentin.

—A la hija de la dueña, Rowena Tyler.

—¿Qué edad tenía?

—¿Quién? —El jefe parecía ensimismado.

—Rowena. Usted.

—Yo tenía veintidós. Y no me pregunte por qué di mi primer beso a esa edad.

—Mi primer beso fue más tardío, jefe.

—Ella tenía quince años.

—Entonces ¿fue también su primer beso?

—No lo pregunté. A juzgar por lo casto, diría que sí. Y gracias por no hacer ningún chiste sobre raptarlas de la cuna.

—Estaba pensando que era una especie de versión juvenil de *El amante de lady Chatterley*.

—No la he leído. Me parecía aburrida en comparación con las revistas *Confesiones verdaderas* que mis amigos y yo mangábamos y leíamos en los ultramarinos cuando teníamos doce años.

—Así que esta habitación está llena de recuerdos para usted.

—Rowena tendrá su edad ahora, dondequiera que esté.

—Me temo que no la conozco.

—Se casó y se marchó antes de cumplir los veinte. Creo que la señora Tyler sabía que había ocurrido algo entre nosotros, porque durante el primer par de años no mencionó jamás a Rowena delante de mí. Y un día lo hizo, y yo no parpadeé, y

entonces me mantuvo informado sobre ella. Tuvo una hija en 1984. Cumplirá doce este año.

—La mujer con la que me casé es mayor.

—Pero más joven que Rowena.

—Decididamente.

—Ayúdeme con esto, señor Fears.

—Verá, aquí es donde entramos en conflicto, jefe. Al parecer, usted cree que yo comprendo lo que sucedió aquí, y que no se lo quiero decir.

—¿No son éstas sus huellas?

—Estoy dispuesto a apostar que sí.

—¿Y no es la huella de su culo lo que hay en el suelo?

—No me extrañaría.

—La escalera está oscura como boca de lobo, de día o de noche, si la electricidad está desconectada.

—Si usted lo dice...

—Pero sus pisadas son seguras.

—¿Una linterna?

—Y el conductor dice que cuando los dejó a usted y a su esposa en el porche, las luces estaban encendidas y un criado esperaba para recoger las maletas de la señora Fears.

—Qué extraños detalles se le quedan a la gente.

—Y el criado la conocía. La llamó por su nombre.

—No, se equivocó —dijo Quentin—. La llamó por su apellido de soltera, Cryer.

—Tyler.

—Cryer.

—Eso es lo que él dijo también. Sorprendente, ¿no cree?

—Esperaba que tal vez se acordara.

—Luces encendidas en toda la casa —dijo Bolt.

—Bueno, en toda no. En unas cuantas ventanas.

—No es posible —dijo Bolt.

—Qué mentiroso es ese conductor.

—¿Lo encontró usted primero?

—¿Y lo soborné para que contara una historia tan obviamente falsa? ¡Chico, sí que soy tonto!

Bolt sacudió la cabeza.

—Esta familia me importa, y usted está haciendo algo aquí y de veras, de veras quiero saber qué es porque, aunque hoy por hoy la anciana está tan lúcida como una lechuga, se lo debo. Más que eso... la aprecio. Es una amiga. Y cuando se muera, esta casa será de Rowena. Y a ella la aprecio más. Aunque no pudiera ofrecerle lo que más deseaba.

—¿Que era...?

—Salir de Mixinack.

Quentin asintió.

—La nostalgia de los pueblos pequeños.

—Sí, bueno, soy un tipo de pueblo. Sueños de pueblo pequeño. Le dije que iría a la ciudad con ella pero me dijo: «¿A hacer qué?». No tuve respuesta para eso.

—También allí hay policías.

—Sí, pero los polis de allí trabajan para vivir. Y entonces yo no era poli, ¿recuerda? Era ayudante de jardinero.

—Amantes con rumbos distintos.

—Lo que le digo, señor Fears, es que usted parece un chiflado informático y yo soy un tipo realmente fuerte. A menos que me convenza de que no va a hacerle daño a esa gente con sus millones de dólares y sus investigadores privados y sus abogados, bueno, voy a darle una paliza aquí mismo en esta cocina.

—La verdad es que esperaba que me protegiera usted de ellos.

—Son buena gente, rico mentiroso gilipollas.

—Jefe, sé que no creerá la verdad si se la digo y, obviamente, no aceptará mi silencio. Así que dígame qué mentira está dispuesto a creer y se la diré. Todo lo que haga falta para librarme de la paliza.

—¿Cree que no lo haré? ¿Cree que porque sé que después vendrá a por mí con todos los abogados del mundo conocido no lo haré?

—Oh, claro, tal vez lo haga, tal vez no. Si decide hacerlo, me quedaré aquí de pie hasta que me derribe. No levantaré una mano contra usted porque es un agente de la ley y además, nunca le he levantado la mano a nadie en mi vida.

—¿Qué es usted, cuáquero?

—Un gallina —dijo Quentin—. Vamos, jefe Bolt, me cae usted bien y yo le caigo bien. Comprendo por qué me está amenazando, pero no voy a decirle cosas que sólo lo cabrearán más. Me basta con lo enfadado que ya está. Creo que si me da una paliza en este estado de cabreo, sobreviviré sin necesidad de cirugía.

El jefe se bajó de la encimera y dio un paso hacia Quentin. Éste parpadeó, aunque las amenazas del jefe lo asustaban; nunca había recibido una paliza. Sin embargo, había visto la cinta de Rodney King.

Pero el jefe Bolt no le golpeó. Cerró todas las puertas de los armarios y le dio una patada al frigorífico. Se quedó allí, con la cabeza apoyada en la puerta del congelador.

—Jefe, gracias por no pegarme.

—No hay de qué. No es con usted con quien estoy enfadado.

—Me lo imaginaba. Soy un buen tipo.

—Este lugar me jodio la vida. Debería ser feliz. Tengo un buen trabajo, una buena esposa y unos buenos hijos. Pero vuelvo aquí y todo se me cae encima. Y quiero golpear a alguien.

—Conozco la sensación.

—¿Sí? No, la pregunta es... ¿lo hizo usted?

—Jefe Bolt, no sé con seguridad quién es Madeleine. Pero sí que, cuando vine aquí la otra noche, un criado nos recibió en la puerta y las luces estaban encendidas. Mad y yo bajamos a esta cocina y nos sentamos a la mesa. Yo ocupé la cabecera y ella se sentó a mi derecha.

—La silla del ama de llaves.

—Y nos preparamos bocadillos. Mi segundo viaje al frigorífico fue en busca de pepinillos.

Bolt extendió la mano y abrió el cerrojo. No estaba bien cerrado, al parecer. Abrió la puerta del frigorífico.

—¡Enséñeme los pepinillos, señor Fears!

El frigorífico ni siquiera tenía bandejas.

—Estaban muy buenos —le aseguró Quentin—. Pero al día siguiente, después de que mi esposa desapareciera, tenía tanta hambre como si hubiera bajado en la oscuridad, me hubiera sentado en el suelo y no hubiera comido nada más que mi imaginación.

Bolt sacudió la cabeza.

—Jefe, cuando mi esposa me dejó, vi esta casa tal como la ve usted ahora. No la cocina, desde luego las escaleras estaban demasiado oscuras para que bajara sin linterna y no tenía ninguna. Pero mientras ella estuvo conmigo, había luces, había comida, muebles, todo limpio y elegante. Nos sentamos a desayunar, aunque era la hora del almuerzo, y comimos en la biblioteca. No había ninguna ventana rota. Y éramos ocho a la mesa. La abuela (así es como la llamó Madeleine), y... veamos si puedo recordar... Mad y yo, por supuesto, y luego el tío Stephen, la tía Atenea (no, su verdadero nombre era Minerva), y Simón y el primo Jude y el tío Paul.

—¿Paul? —preguntó el jefe Bolt. Su voz sonó diferente—. Hubo un Paul que vivió aquí.

—¿Lo conoció usted?

—Lo vi un par de veces cuando era niño. En la fiesta de Navidad del pueblo. En la caza del huevo de Pascua en el jardín principal.

—¿De verdad? ¿Cómo era?

—Bajito —dijo el jefe—. Era un bebé. Murió cuando tenía como año y medio.

—No puede ser el mismo Paul —dijo Quentin.

—Salió usted al cementerio. Volvamos allí. Echemos un vistazo.

—¿Tiene puesta la calefacción ahí fuera? —Pero el jefe subía ya las escaleras. Quentin lo siguió.

La nieve caía ahora en grandes copos: una nevada navideña en vez de la desagradable ventisca de antes. Todas las antiguas pisadas habían desaparecido. Pero al parecer el jefe había memorizado la ruta de Quentin a través del cementerio.

—Caminó como si intentara alcanzar a alguien al principio, a grandes zancadas —dijo Bolt—. Luego ve que no hay nadie aquí dentro y busca otra salida, o si ha saltado el muro... ¿tengo razón?

—Toda.

—Y entonces empieza a mirar las lápidas. Comprobé todas aquellas ante las que se detuvo. Simón, Minerva, Jude, Stephen.

—Advertí la coincidencia —dijo Quentin—. Pero las fechas eran imposibles.

—¿Ve ésta? —Señaló la tumba del niño Paul que había muerto al año y medio de edad.

—Sí, la vi.

—Paul era el hermano de Rowena. Pero ella nunca lo conoció. Era mayor y murió un par de años antes de que ella naciera. Pero venía mucho por aquí, a mirar su tumba.

—Qué sombrío.

—Después de que la besara aquella vez, cuando estuvo segura de que yo la amaba, me contó un secreto: la razón por la que quería marcharse de esta casa.

Quentin no dijo nada. Obviamente, era un recuerdo muy difícil para el jefe Bolt; temblaba y su voz estaba cargada de emoción.

—Me dijo que su hermano fue asesinado.

Quentin sintió que lo recorría un escalofrío.

Pero el jefe no había terminado.

—Me dijo que su madre lo mató.

Qué familia tan maravillosa, pensó Quentin. La abuela, con las manos manchadas de sangre.

—Supongo que nunca detuvo a la señora Tyler por el crimen.

—No la creí. Le dije a Rowena que debía haber oído algo y lo habría malinterpretado. Qué pruebas tenía, le pregunté. ¿Cómo podía estar segura de algo que había sucedido antes de que naciera? Y ella se me quedó mirando y me dijo: «Sé lo que sé, Mike».

—¿Y?

—Y como no la creí, no volví a verla. No estaba en la cocina cuando terminé el trabajo ese día. La esperaba a diario. Venía temprano y me marchaba tarde. Trabajaba especialmente duro, pero nunca la veía.

—¿Se escondía de usted?

—No podía preguntar siquiera, porque eso habría supuesto que tenía algún derecho a preguntar; yo era el ayudante del jardinero, por el amor de Dios. Pero no tuve que hacerlo, me enteré de lo que me había dicho. Un par de semanas después renuncié y me hice policía en Albany, que era una ciudad más grande de lo que a mí me gustaba para vivir. Al cabo de un par de años quedó vacante el puesto que ocupo ahora; me contrataron y volví, y no pude mantenerme alejado de la casa. Me pasaba por aquí y la señora Tyler hablaba conmigo y me contaba noticias sobre Rowena y cómo lamentaba que la hubiera perdido. Luego ella se casó y ya le he contado el resto.

—¿La cree ahora?

—Yo tenía cinco años cuando murió Paul Tyler. Pero busqué en la biblioteca. El periódico de Mixinack era diario en aquellos días, y la historia llenó la primera plana durante una semana. Una auténtica tragedia. El chófer dio marcha atrás y arrolló al bebé. No lo vio gatear detrás del coche cuando lo arrancó.

—No parece un asesinato.

—El chófer se marchó inmediatamente a Inglaterra. Destrozado, pobre hombre. Ni siquiera estuvo presente en la investigación. La familia no lo hizo responsable, incluso le pagaron el viaje al extranjero. Era el único testigo.

—¿Pero quién dudaría de lo que pasó?

—Aquí está usted, con un chófer de *limousine* de Nueva York para apoyar su historia de que vio luces y criados aquí, y una esposa que dijo crecer en esta casa. Y ha desayunado con gente cuyos nombres aparecen en las lápidas del cementerio, incluido a un niño que, según me contó Rowena, fue asesinado por su propia madre. Si eso era cierto, ¿cómo lo sabía? ¿Cómo?

Quentin no respondió.

—Porque en esta casa, los muertos andan —dijo Bolt.

Quentin desvió la mirada. Se acercó a la entrada del cementerio y contempló la nieve caer. Oyó a Bolt aproximarse, mirarle por encima del hombro.

—Así que estoy loco, ¿no? —preguntó Bolt.

—¿Ha visto algo?

—Sólo una cosa.

Quentin esperó.

—La puerta que hay al fondo del vestíbulo de entrada, a la izquierda... no se abre.

La puerta del saloncito.

—Sus huellas llegaban a esa puerta y luego volvían a salir, pero no vi dónde se dio la vuelta —dijo Bolt—. Ha estado en esa habitación, ¿verdad?

Quentin asintió.

—Se abrió para usted.

—Desde luego, no puedo atravesar las paredes.

—La cocinera decía que nadie entraba jamás en esa habitación.

—No me sorprende.

—No se ve nada a través de las ventanas.

Quentin miró hacia la casa.

—Hace falta una escalera alta para averiguar eso, ¿no?

—La vieja dama me pidió que le echara un vistazo a la casa.

—Aparentemente el saloncito es una excepción.

—¿Tengo razón? —preguntó Bolt.

Quentin asintió.

—Por lo que sé, sí, tiene razón. Desayuné con unos cuantos muertos.

—Excepto uno —dijo Bolt.

—La abuela.

—Ya ve por qué necesito que me responda antes de llevarlo a verla.

—¿Por qué quería pegarme en la cocina?

—Porque esperaba estar equivocado y que fuera usted sólo un rico latoso.

—¿Por qué iba a ser eso mejor?

—Porque si el bebé Paul fue asesinado, eso explicaría por qué la casa está encantada. Y eso a su vez explicaría cómo sabía Rowena que alguien lo asesinó.

—Y usted no la creyó.

—Y la perdí.

Quentin se apoyó contra la columna de piedra.

—Bien, jefe Bolt, algunas veces la gente la jode.

—No puedo decir que la jodiera. Amo a mi esposa y a mis hijos. Llevo una buena vida. Y si me hubiera relacionado con los Tyler... bueno, mire cómo ha acabado usted.

—Lo cual no quiere decir que Madeleine encaje en la teoría de la casa encantada.

—¿Tiene que estar enterrada aquí para que encaje? Tal vez la enterraron en secreto.

Quentin sacudió la cabeza.

—Hay un pequeño problema con la teoría fantasmal, jefe. Conocí a Madeleine en la ciudad de Washington, en una fiesta. Viajamos juntos por todo el país. Unas quinientas personas deben de haberle estrechado la mano en fiestas y mítines y cenas, por no mencionar en nuestra boda. No creo que sea un fantasma.

—Bueno, entonces volvamos a mi teoría original, y tendré que preguntarme si tiene algún testigo aparte de usted mismo que la viera viva anoche.

—¿No podemos reconocer que algo realmente extraño sucedió aquí la noche en que me quedé a dormir?

—Señor Fears, antes de llevarle a ver a la anciana, tengo que señalar que uno de los principales motivos por los que no creí a Rowena es que conocía a la señora Tyler. Es una de las mejores personas que conozco. Y no hay ninguna posibilidad, absolutamente ninguna, de que asesinara a nadie, mucho menos a su propio bebé.

—Y mi esposa Madeleine me amaba tanto que no había ninguna posibilidad de que me abandonara jamás.

—Ella es un fantasma, hijo. Por el amor de Dios, desapareció en este cementerio, ¿no? Por eso la estaba buscando aquí, ¿verdad?

Quentin asintió.

—El que su nombre no aparezca en una lápida no significa que no esté muerta.

—Jefe, usted siga con su teoría y yo seguiré con la mía.

—Bien, demonios, hijo, ya que los dos creemos en lo imposible, ¿no podemos al menos hablar claro?

—No hasta que descubra cómo su historia encaja con la mía.

—Bueno, si me contara su historia, tal vez yo podría ayudarle a hacerla encajar.

Quentin reflexionó durante un momento.

—Muy bien —convino—. Camino del asilo de la abuela.

—No sé si tendremos tanto tiempo. No está lejos.

—Al otro lado del río y a través del bosque, ¿no?

—Eso describe la ruta a todas las casas en esta parte del país, hijo.

—Quentin. Por favor, llámeme Quentin.

—Yo soy Mike —dijo el jefe.

—Mike, ahora estoy dispuesto a probar el chile de Bella.

—No es buena idea si vas a contarme tu historia mientras comes. Nadie puede hablar con la boca llena del chile de Bella.

—Lo intentaremos.

Volvieron a entrar en la casa para que Bolt apagara todas las luces. El vestíbulo de entrada fue la última habitación que pisaron, por supuesto y, antes de apagar la luz, Bolt recorrió todo el pasillo y se plantó ante la puerta del saloncito e intentó abrirla. Lo intentó con fuerza. No sucedió nada.

Se volvió hacia Quentin y se encogió de hombros.

—¿Ves?

—No, si ya te creía.

—Ven aquí e inténtalo tú.

—Ni hablar.

—Entraste en esa habitación, según dices. Sólo te pido que intentes abrir la puerta. Estoy a tu lado.

—Bueno, eso me libra de las acusaciones de allanamiento y todo lo demás. Pero no paro de pensar: ¿qué hay al otro lado de la puerta que sujeta el pomo de forma que no puedes abrirlo?

—Mira —dijo Bolt—, creo que ya hemos establecido que en esta casa no hay nadie más que tú y yo lo suficientemente sólido para dejar huellas.

Quentin se acercó despacio a Bolt, que se apartó para dejarle el paso libre hacia la puerta. Quentin se detuvo delante de ella luego extendió la mano hacia el pomo.

Una sola palabra brillante apareció en la puerta:

NO

Tras él, Bolt se quedó boquiabierto. Quentin se volvió.

—¿Lo ves?

Bolt retrocedía, igual que había hecho Quentin unos días antes cuando vio por primera vez el fenómeno.

Alguien más lo había visto. Quentin sabía que era absurdo, dado el peligro que acechaba detrás de la puerta, pero en ese momento se sintió lleno de júbilo por tener un testigo.

—Son sólo palabras —dijo Quentin—. No nos hará daño.

—Da igual. Creo que ya he acabado aquí por ahora.

A Quentin le pareció bien.

—Vamos a almorzar.

Los dedos del jefe temblaban mientras cerraba la casa desde fuera.

—¿La mantienes bajo llave siempre? —preguntó Quentin.

—Siempre.

Cerradura, dos vueltas.

—Bueno, pues no estaba cerrada cuando Madeleine y yo vinimos.

—¿Ella tenía la llave?

—No deja huellas, Mike. No creo que pueda llevar llaves.

—Bueno, esta cerradura necesita una llave, ya sea por dentro o por fuera. Y estaba cerrada cuando llegué aquí, después de tu llamada.

—¿Y no había más pisadas que las mías?

—Ninguna.

Se miraron un buen rato.

—Creo —dijo Quentin— que podemos llegar a la conclusión de que hay algo o alguien en esta casa capaz de abrir y cerrar puertas.

Bolt reflexionó un momento.

—¿Sabes?, tratar de abrir la puerta de ese saloncito ha sido la idea más estúpida que se me ha ocurrido jamás.

—Chile —dijo Quentin—. El almuerzo. Y luego al asilo de la anciana.

—Cualquier sitio valdrá —dijo Bolt mientras bajaba los escalones cubiertos de nieve—. Mientras no sea éste.

El chile estaba picante, pero aquello era Mixinack, no San Antonio; así que no estaba lo suficientemente picante para impedir que Quentin contara toda su historia a la única persona en la tierra que tenía que creerla. Luego subieron al coche de Quentin y se dirigieron hacia el norte a pesar de la inminente tormenta.

13

ENSALADA

Fue un trayecto de ciento cincuenta kilómetros valle arriba. La nieve era densa y las máquinas trabajaban a destajo mientras las poblaciones del valle del Hudson se preparaban para otra gran tormenta.

—Necesitamos un descanso —dijo el jefe Bolt—. Nos vendría bien otra olimpiada de invierno en Lake Placid. Es la única manera de impedir que nieve durante un invierno entero.

—Te estás haciendo viejo —repuso Quentin—. Todavía me encanta la nieve.

—Porque eres de California. Si hubieras crecido aquí quitando nieve, no la encontrarías tan bonita. ¿Seguro que sabes conducir?

Por respuesta, Quentin aceleró y luego hizo un brusco cambio de carril para que el coche patinara un poco en la nieve. Arregló el desvío inmediatamente, estabilizó el coche y regresó a una velocidad más segura.

—La próxima vez respóndeme de palabra —dijo Bolt—. No necesito una demostración acrobática.

—Me pasé un invierno en South Bend, otro en Duluth y otro en Laramie.

—Me parece que necesitas cambiar de agente de viajes. Gira en el siguiente semáforo.

—¿A la izquierda o a la derecha?

—Hacia la derecha iríamos a parar al desvío del ferrocarril, así que supongo que a la izquierda.

—Ya que estamos fuera de tu jurisdicción, ¿puedo decirte que a nadie le gusta un hijo de perra presuntuoso con una placa?

—No quiero gustarle a nadie, Quentin. Sólo quiero sacar este chile de mi sistema.

—¿Cuánto nos falta hasta el asilo?

—Los construyen cerca de las carreteras principales para que las familias no tengan problemas para visitar a los ancianos. No es que muchas lo hagan. A la izquierda en el próximo semáforo. Luego otra vez a la derecha y está a la derecha.

—¿Cómo se llama?

—No lo recuerdo. Es el único asilo de por aquí. Parece un gran motel, sólo que con menos aparcamientos y ninguna luz de neón.

—Parece más una prisión que un motel —dijo Quentin cuando lo vio por primera vez.

—Sí, bueno, tampoco has visto muchas prisiones.

—Quiero decir que sólo le faltan los barrotes en las ventanas.

—Tampoco tiene verjas de tres metros ni torres de guardia ni reflectores ni controles.

—¿Cuándo he dicho que fuera experto en nada? —preguntó Quentin. Dejó el

coche en el aparcamiento. Al menos estaba casi seguro de que era un aparcamiento. Había mucho espacio, pero ninguna línea visible. Ahora que se encontraba allí, no estaba seguro de qué pretendía conseguir. Bolt había dicho que la anciana era un vegetal o al menos que no razonaba. Si eso era cierto, no había esperanza de enterarse por ella de nada útil. Sin embargo, la mujer le había llamado, le había pedido que la encontrara. ¿O no? ¿Cómo sabía que el mensaje era realmente suyo? Contra una ilusionista como la Manipuladora, ¿cómo estar seguro de lo que era real?

La nieve era real, confiaba en eso. Densa y fría mientras se abría paso por las perneras de sus pantalones y le corría por los zapatos.

La puerta principal del asilo estaba abierta, pero no había nadie en recepción. Vieron un timbre. El jefe Bolt llamó, pero no acudió nadie.

—¿Hola?

Quentin se asomó al pasillo principal y miró a izquierda y derecha. Nadie.

—No pueden haberse ido todos de excursión —dijo Bolt.

—Probablemente van cortos de personal, con la tormenta —comentó Quentin—. Son las cuatro. Todo el mundo estará preparando la cena.

—El comedor queda ahí delante, la cocina a la izquierda.

En efecto, la cocinera y dos ayudantes preparaban frenéticamente la cena.

—¡Olvídense de buscar a nadie y vengan aquí a cortar lechuga para la ensalada! —chilló la cocinera.

—Sí, y qué más —dijo Bolt.

—¿Por qué no? No es que tengamos una cita, que digamos.

—¡Podría hacer esto en casa! —protestó Bolt.

—Sí, pero aquí lo haremos por pura virtud. —Quentin ya se estaba lavando las manos.

—¡Gracias! —dijo la apurada cocinera.

—¿Significa esto que puedo volver ahora a las sartenes? —preguntó uno de los ayudantes.

—¡Se acabó el descanso, todos al agua! —dijo el otro. Nadie se rió.

Quentin cogió un cuchillo grande y empezó a cortar lechuga. Pronto Bolt lo imitó, y se puso a pelar y cortar pepinos.

—Siempre me ha parecido que estoy castrando a alguien cuando hago esto —dijo Bolt.

—No sabía que los polis llevarais una vida tan metafórica.

—Te lo decía como poeta.

Cortaron durante un rato, sin que se oyera otra cosa que las canciones que la cocinera empezaba y nunca terminaba. Un verso o dos de alguna canción de Elvis o de Four Seasons en falsete; luego se callaba y se limitaba a tararear y estropeaba y estropeaba la melodía hasta que era otra canción que empezaba a canturrear hasta que se quedaba sin letra.

—Sé por qué estamos haciendo esto —dijo Bolt.

—¿Sí?

—Porque tienes miedo de la anciana y estás posponiendo verla.

—Por eso hago esto yo —dijo Quentin.

—Sí, bueno, es que yo no tengo voluntad propia.

—No me extraña que enviaras a otros polis a poner multas de tráfico. «No, oficial, sólo iba a sesenta». Oh, lo siento, me he equivocado, ¿en qué estaría pensando?

Tardaron más de lo que Quentin había supuesto. Diez minutos, veinte, treinta, pero finalmente tuvieron tres grandes cuencos llenos de ensalada verde con pepinos, rábanos, tomatitos cortados por la mitad, zanahorias y garbanzos de bastante buen aspecto.

—Si alguno de los clientes tuviera dientes... —dijo Bolt.

—Todos tienen dientes —dijo un ayudante—, si se acuerdan de traerlos. —Estaba sudando, y sacaba y metía en el horno bandejas de pollo.

—Odio cortar y pelar —confesó Bolt.

—Han sido ustedes de gran ayuda —les agradeció la cocinera—. De hecho bromeaba cuando les he pedido que echaran una mano, y probablemente he quebrantado unas sesenta normas al dejarles hacerlo, pero normalmente me ayudan cuatro personas, algunas de las cuales saben lo que hacen.

—Que aproveche —dijo Quentin.

En el comedor había unos cuantos residentes en mesas dispersas, aunque no se servía todavía comida.

Al parecer traían primero a los que iban en silla de ruedas. Y algunos de los que caminaban despacio probablemente necesitaban un poco de ventaja. Escasos de personal como estaban, los ayudantes se apresuraban de un lado a otro como botones de un club de campo.

—Es increíble —dijo Quentin—. Trabajar tan duro y sin propinas.

—Sí, bueno, eso es porque la enfermera que dirige este lugar es una hija de perra inflexible.

Al cabo de un momento la enfermera en cuestión entró en el comedor camino de la cocina. A primera vista parecía de edad mediana, pero se debía al uniforme, el aspecto profesional y la completa falta de maquillaje. En realidad no podía tener más de treinta años, quizá fuese más joven y, si no se hubiera detenido en seco para dirigir a Quentin y Bolt una mirada hostil, incluso habría sido atractiva.

—Mi turno de noche no ha llegado a causa de la tormenta —dijo—, pero sigo recibiendo visitantes.

—Hemos preparado la ensalada verde —se justificó Quentin.

—Oh, sea realista —dijo la enfermera—. No existe el hada de las ensaladas.

Pasó ante ellos y entró en la cocina. Se detuvo en la puerta y llamó a un ayudante grandullón de aspecto polinesio.

—¡Bill! Escolta a estos tipos a la zona de recepción, ¿quieres?

Luego desapareció en la cocina.

Mientras Bill el polinesio se acercaba, Bolt sacó la placa y se la mostró. Bill dio unos cuantos pasos más hasta que reconoció lo que era; luego les hizo un gesto para que se sentaran donde quisieran.

La enfermera salió de la cocina de mejor humor.

—No debería dejar que nadie de fuera manipule los alimentos, pero no veo cómo podrían envenenar la ensalada. La señora Van Ness dice que se han lavado las manos.

—Podríamos haber operado y todo —dijo Bolt.

—Le conozco. Usted es el policía de Mixinack que solía visitar a la señora Tyler.

—Es agradable que te reconozcan.

—¿Quién es el otro duende de las ensaladas?

Quentin se puso en pie.

—Quentin Fears —dijo.

—Sally Sannazzaro —se presentó ella—. Soy la oficial médica y superintendente en funciones de esta instalación. —Se estrecharon la mano—. ¿Es usted abogado? No lo parece.

—Bien. —¿Por qué había creído ella que era abogado?—. Usted tampoco parece la oficial médica y superintendente en funciones típica.

—Sí que lo parezco.

Esto va bien, pensó Quentin.

Bolt dio un paso hacia la puerta.

—No darán de comer a los pacientes en cama hasta más tarde. ¿Le importa si vamos a visitar a la señora Tyler ahora mismo?

—Me importa mucho —dijo Sannazzaro—. No permito visitas sin supervisión a mis pacientes postrados. —Se volvió hacia Quentin—. Están indefensos y todos los visitantes son herederos potenciales con prisa.

La cara de Bolt se ruborizó.

—Soy oficial de policía.

—Lo recuerdo y no me importa —dijo Sannazzaro—. No me insista, jefe. Usted siempre quiere verla a solas y siempre nos enfadamos, así que saltémonos eso y haga lo que le digo sin más discusiones para que no tenga que solicitar otra orden judicial.

—¡Nunca le han concedido una orden judicial contra mí!

—¿No era usted? —Sannazzaro ya no parecía interesada en ellos—. Tengo cosas que hacer. —Se encaminó hacia la puerta.

—Me gustan las mujeres que saben cuál es su sitio —dijo Bolt en voz alta.

Ella ni siquiera se volvió a mirarlo.

—¿Por qué la pinchas, Mike? —preguntó Quentin.

—Me saca de quicio.

Sannazzaro era brusca, pero esa noche estaba sometida a mucha presión y, desde luego, no tenía por qué atender a los visitantes.

—No me extraña que las mujeres así no se casen nunca —añadió Bolt.

Esto no era propio de él. Siempre había sido cínico, sí, pero Quentin nunca lo había visto tan ácido. Hasta ahora.

—Conociendo a los hombres como yo los conozco —comentó—, me sorprende que las mujeres se casen con ellos.

Bolt respondió con una mueca.

—No me habías dicho que fueras tan políticamente correcto. ¿Te guarda alguien las pelotas en un congelador por si las necesitas más tarde?

¿Se trataba del mismo hombre?

—No hacen falta pelotas para llamar zorras a las mujeres que trabajan duro y amargarles más la vida.

La cara de Bolt se crispó pero, en vez de responder, se encaminó a la zona de recepción. Quentin sólo lo alcanzó cuando se sentó y cogió el periódico del día anterior; no intentó hablar con él, sólo se sentó a su vez y se puso a leer el último ejemplar de *Time* mientras Bolt se enfriaba.

Pero Bolt no quería enfriarse. Quentin apenas había empezado la historia del nuevo sucedáneo graso que causaba fisuras anales cuando volvió a hablar.

—No puedo creer que todavía me la tenga jurada.

—¿Qué? —Le había parecido que era Bolt quien se la tenía jurada a ella.

—Ese comentario de que nunca se sabe quién es un heredero con prisa.

—Me ha parecido interesante que necesiten aplicar una norma como ésa. ¿Crees que se cometen muchos asesinatos en los asilos?

—No —dijo Bolt—. Lo ha dicho simplemente para pincharme. La primera vez que vine a visitar a la señora Tyler, una enfermera le había cambiado las almohadas y parecía incómoda. Así que cogí una para mullirla y, durante una décima de segundo, la dejé de modo que una esquina le quedaba encima de la cara mientras yo le palpaba la nuca para levantarla y ponerle la almohada debajo, ya sabes. Y en ese preciso momento la enfermera entra y llega a la conclusión de que yo estaba ahogando a la señora Tyler.

—La vida tiene momentos embarazosos —dijo Quentin.

—Se lo expliqué, pero sigue tratándome como a un paria.

—¿Hubo alguna vez una orden judicial?

—Amenazó con solicitarla, pero no habría colado. Quiero decir, si yo no la visito, ¿quién lo hará?

—¿Rowena?

—Ella piensa que su madre asesinó a su hermano.

—¿Y tú?

Bolt se lo quedó mirando.

—¿Crees que intentaba matarla para que Rowena me estuviera agradecida? Rowena está felizmente casada con otra persona y yo igual. Y no es vengativa. Se marchó de casa para ser libre. No quiere matar a su madre. No puedo creer que me esté defendiendo ante ti. Esperas que yo me crea tu versión de cómo pasaste tu

primera noche en Mixinack, pero ahora sospechas que intenté matar a una anciana indefensa que me dio todo lo que tengo en la vida.

—No sospecho de nada, Mike. Te precipitas en tus conclusiones.

—¿De veras?

El periódico volvió a cubrirle el rostro.

Durante la siguiente hora, no hablaron más que cuando Bolt murmuró:

—Les preparamos la ensalada y ni siquiera nos ofrecen un refresco.

En vez de molestarse por la petulancia de Bolt, Quentin decidió molestarse por la forma en que *Time* culpaba con cada referencia al Congreso del bloqueo presupuestario y no a Clinton. Al menos podrían tratar de ser imparciales, pensó.

Sabía que sólo estaba intentando engañarse a sí mismo para ignorar sus temores. Las cosas estaban completamente fuera de su control. Había pensado que tal vez Bolt llegaría a ser un amigo, pero su comportamiento con Sannazzaro le recordó cómo había reaccionado en la cocina de la mansión Laurent, cuando amenazó con darle una paliza. No tengo ningún aliado, advirtió. Ninguna de las personas en las que confío cree en lo que está sucediendo, y los que creen en ello tienen todos sus propios planes. Bolt. La abuela. ¿Qué quería la anciana? Alguien que podía hacer aparecer palabras en una puerta desde cientos de kilómetros de distancia no estaba indefenso aunque se pasara la vida en la cama de un asilo.

La enfermera Sannazzaro por fin se reunió con ellos, a las siete menos cuarto.

—Lamento que hayan venido en una noche tan imposible —se disculpó—. Les habría pedido que regresaran mañana, pero sé que el jefe Bolt viene conduciendo desde Mixinack y entonces tendrían que haber esperado aquí.

—Gracias —dijo Quentin—. ¿Podemos ver ahora a la señora Tyler?

Sannazzaro estudió su rostro. ¿Para qué? ¿Qué clase de juicio estaba haciendo?

—Perdónenme, caballeros, pero tengo que preguntarles: verla ¿para qué? No habla. No estoy segura de que sepa siquiera lo que le dice la gente que le habla.

—¿Pero no está en coma? —preguntó Quentin.

—No. Ni paralizada tampoco.

Otra vez lo midió, como para decidir si merecía la pena tomarse la molestia de dar explicaciones. Aparentemente, así era.

—Es como si simplemente no le importara prestar atención a su propio cuerpo o a su propia vida.

—¿Depresión? —preguntó Quentin.

—Desesperación. Lo he visto antes. No responde al Prozac. Me sorprende que no haya muerto todavía. Normalmente, cuando un residente pierde toda esperanza, la muerte le sobreviene rápidamente. Pero la señora Tyler lleva años en ese estado. Está usted perdiendo el tiempo.

No necesitó añadir: «Y el mío».

—Señorita Sannazzaro —dijo Quentin—. Sinceramente, no sé qué conseguiré con esta visita. Pero fue idea mía venir aquí, no del jefe Bolt. Me acompañó para

mostrarme el camino. No pretendo hacer ningún daño a la señora Tyler ni a nadie de su familia. Simplemente me gustaría intentar hablar con ella. Eso no puede serle perjudicial, ¿no?

Sannazzaro reflexionó sobre eso.

—Supongo que tiene usted razón.

La siguieron al pasillo.

—No podría habernos detenido, de todas formas —dijo Bolt, obviamente para que Sannazzaro lo oyera—. Esto no es una prisión y existen cosas como el *babeas corpus* y el derecho a la intimidad.

Quentin no era abogado, pero estaba seguro de que ninguno de esos principios legales se aplicaba al caso de dos visitantes que no pertenecían a la familia y no tenían cita y además se presentaban en una noche en que la residencia de ancianos andaba escasa de personal. Pero no le dijo nada a Bolt, no en vista del humor de perros que tenía esa noche.

Sannazzaro también lo ignoró.

—Espero que esto no se alargue demasiado, señor Fears. Tenemos que preparar un montón de baños todavía.

La siguieron hasta un ascensor y subieron al piso superior, luego recorrieron un pasillo hasta el fondo.

—Nuestros pacientes postrados en cama no necesitan estar particularmente cerca de las zonas de recreo y el comedor —explicó Sannazzaro—. También reciben menos visitas que los demás, así que tiene sentido ponerlos en los lugares más apartados.

La señora Tyler tenía una habitación para ella sola. Yacía tendida en la cama, con las manos a los costados. Podría haber sido dejada en esa postura por un enterrador. Ningún ser humano adoptaría voluntariamente una posición tan simétrica.

Tardó un instante, al mirarla, en asegurarse de que era la misma mujer que había visto en el desayuno de la mansión Laurent.

—La he encontrado —dijo Quentin.

Los ojos de la anciana se abrieron durante un largo instante, luego se cerraron.

—Vaya —comentó la enfermera Sannazzaro—. Se ha fijado en usted.

Quentin se sentó junto a ella y le cogió la mano.

—Me alegro de conocerla en persona, abuela.

—¿Abuela? —preguntó Sannazzaro.

—¿No puede al menos fingir que no oye? —replicó Bolt.

Sannazzaro se quedó en la puerta, silenciosa ahora.

Sin mover los labios, Quentin formó palabras cuidadosamente en su mente. «¿Puede comprenderme? ¿Puede leer mis pensamientos como lo hacía Madeleine?».

No hubo respuesta. Ni siquiera los dedos apretaron su mano.

—Quería usted que viniera —dijo Quentin en voz baja—. Quería que la encontrara.

—Es un vegetal —protestó Bolt, impaciente—. Ahora ya la has visto, vamosos.

A Quentin le molestó que no hubiera ni un atisbo de afecto hacia ella en las palabras de Bolt. Allá en Mixinack había quedado claro que le preocupaba la anciana. Pero ahora...

—Lamento estar molestándote —dijo Quentin—. ¿Qué haces cuando vienes a visitarla? ¿Juegas al ajedrez? ¿Vas de paseo?

—Me siento y le cojo la mano —respondió Bolt.

—Y le ahueca las almohadas —dijo Sannazzaro secamente.

Bolt la miró de soslayo. Quentin se sorprendió de que una enfermera se burlara de alguien de esa forma... sobre todo de alguien que cuidaba de una anciana indefensa sin que le pagaran nada. Aunque, pensándolo bien, no estaba seguro de que a Bolt no le pagara el estado. Sin embargo, todo lo que importaba ahora mismo era comunicarse con la señora Tyler, y la hostilidad entre Bolt y Sannazzaro no contribuía en nada a ello.

—Ya que no podemos ser amigos —dijo Quentin—, ¿se callarían ustedes al menos? Se lo digo sin acritud.

—Hace calor aquí —comentó Bolt, poniéndose en pie—. ¿Llamará a sus abogados si pido las sobras de la cocina?

—Cómase todo lo que no esté en el suelo pisoteado —dijo Sannazzaro—. Pero espere a que la cocinera se lo lleve al comedor. Va contra las normas estatales que entre usted en la cocina.

Bolt se levantó y se acercó a la puerta.

—Naturalmente los dos saben que, en realidad, voy al lavabo. Ese chile me sigue dando retortijones.

Para Quentin, el chile estaba demasiado suave para causar ninguna incomodidad. Pero claro, era chile de Nueva York y, además, él no había comido tanto como Bolt.

La puerta se cerró tras el oficial.

Quentin se volvió hacia la señora Tyler.

—No vamos a estar solos —dijo suavemente—, así que, si quiere hablarme, ahora sería un buen momento.

Pero ella no dijo nada. Ni siquiera hubo un parpadeo o un apretón con la mano.

Quentin suspiró y se arrellanó en su asiento soltando la mano de la señora Tyler.

—Qué pérdida de tiempo —dijo—. Lo siento, señora Sannazzaro.

—Agradezco de veras su ayuda con la ensalada —le respondió ésta—. No tenemos mucha ayuda aquí, como bien puede imaginar. La mayoría de nuestros residentes están solos en el mundo o han sido olvidados. Viven de los ahorros o de la venta de sus casas. Muchos de ellos nunca tuvieron hijos. Los que sí no parece que los tuvieran demasiado devotos. Me temo que me he vuelto cínica, pero los únicos que visitan a nuestros pacientes postrados en cama parecen ser herederos que necesitan dinero; vienen con la esperanza de obtener una estimación mejor de cuánto tiempo los tozudos viejos van a seguir gastándose los ahorros.

—No soy el heredero de nadie —dijo Quentin—. Pero la llamó usted abuela. —

Así es como me la presentó mi esposa—. No sé qué mentira es peor, señor Fears, que diga que está casado con su nieta o que le han presentado a la señora Tyler.

—«Hay cosas más extrañas en el cielo y la tierra que los sueños de tu filosofía» —citó Quentin—. Por favor, acepte la posibilidad de que yo sea un hombre honrado que ha sido engañado.

—¿Por qué le preocupa lo que yo pueda pensar?

Era una buena pregunta. Procuraba algo más que intentar llevarse bien con ella. Quería que Sannazzaro lo tuviera en buen concepto. Respondió con las primeras palabras que se le pasaron por la cabeza.

—Porque usted parece una persona honrada que se las apaña bien en los momentos difíciles y que desea de corazón lo mejor para sus pacientes.

Y luego pensó unas cuantas cosas más que no dijo: que no iba a intentar sacar nada de él; que hacía juicios precipitados pero no temía cambiar de opinión; que decía y hacía lo que consideraba adecuado sin pedir disculpas, pero también sin rudeza innecesaria.

—Es evidente que a usted no le importa lo que yo pienso —dijo Quentin— y, por lo general, yo podría decir lo mismo; pero la verdad es que no me gusta que las buenas personas piensen mal de mí. En realidad, tampoco me gusta que las malas personas piensen mal de mí, pero para evitarlo tendría que volverme una de ellas.

Sannazzaro sonrió. Fue mejor que un *lifting* facial.

—¿Cómo nota la diferencia?

—No mejor que los demás —dijo Quentin—. Tiendo a confiar en la gente hasta que me demuestra que no es digna de confianza. Tengo unas cuantas úlceras menos que quienes no confían en nadie.

—Diga más bien que se ahorra una operación de colon —dijo Sannazzaro—. El estrés afecta distintas partes del cuerpo según la generación. Nuestros padres padecían desórdenes estomacales. Nuestra generación parece más inclinada a los rectales.

—Ésa sí que es una idea agradable.

—Entonces, ¿de verdad piensa que le presentaron a la señora Tyler?

Quentin miró a la anciana y sonrió.

—¿Y su esposa dijo que era nieta suya?

—Me llevó a casa de la señora Tyler y dijo que era su abuela.

—¿Dónde está su esposa, señor Fears?

Quentin escogió las palabras cuidadosamente.

—Me dejó en unas condiciones que sugieren que nuestro matrimonio no era tan sincero y honesto como yo pensaba.

—Bueno, entonces no se sorprenderá si le digo que la señora Tyler sólo tiene una hija, Rowena, felizmente casada, que a su vez tiene una sola hija, una niña pequeña llamada Roz, de diez o doce años.

—¿Las conoce usted?

—Tengo el expediente de la señora Tyler y el recuerdo de nuestras largas conversaciones. Ella no estaba así cuando vino. Fue muy triste verla sumergirse en este estado después de unos cuantos meses.

—¿La apreciaba usted?

—Oh, sí. No era exigente, ni quejica. —Sannazzaro sonrió con tristeza al darse cuenta de lo dicho—. Supongo que ésas son también las virtudes de los comatosos. No, lo que valoraba de la señora Tyler era su gracia, su fuerza. Tenía la impresión de que había visto lo peor que tiene que ofrecer la vida y aún se las apañaba para encontrar alegría en alguna parte, oculta entre los pliegues de la desesperación.

—Pero la desesperación ganó.

—Eso no lo sé. Sigue viva. Así que me gusta imaginar que, sea por donde sea que ahora deambula, no está perdida, sino contemplando las margaritas que ha encontrado en la tierra baldía.

—«Un puñado de dorados narcisos» —citó él por impulso, casi antes de que el pensamiento se formara en su mente. Como si, al hablar con Sannazzaro, ella hubiera abierto un portal en su mente y todas las asociaciones libres salieran a borbotones.

—Wordsworth —dijo Sannazzaro. Al menos reconocía la cita—. «Deambulaba solitario como una nube que flota sobre valles y colinas cuando de pronto vi una multitud, un sin número de dorados narcisos». Qué poema tan tonto, ¿no le parece? Y yo que creía que había tenido la única profesora de inglés que hacía que los estudiantes de instituto memorizaran y recitaran mala poesía romántica.

—Probablemente sea cierto. Yo sólo leía cosas, y algunas se me quedaban, más o menos al azar.

—¿Quiere decir que escogió a Wordsworth voluntariamente?

—Hasta que me casé tuve un montón de tiempo libre. Hubo una época en que traté de leerme la colección Penguin enterita.

—¿Qué lo detuvo?

—Hay un montón de verdaderos tostones disfrazados de literatura inglesa.

—Siempre he opinado que los libros son como las personas —dijo Sannazzaro—. Incluso los pesados merecen un poco de respeto, pero no es cuestión de ir a su encuentro y pasar el tiempo con ellos.

—La desventaja es que a la gente no puedes ponerle un separador y apartarla hasta nueva consulta.

Sannazzaro dejó escapar una risa áspera, luego alzó una ceja.

—Al contrario —dijo—. Conozco a quienes han hecho eso conmigo montones de veces.

—¿Se siente un poco dada de lado?

—¿Y usted no?

—En este momento, me siento en la gloria.

Para diversión de Quentin, ella se ruborizó un poco y apartó la mirada. De algún modo, las cosas habían entrado en un terreno demasiado personal. Se dio cuenta de

que ella ponía otra vez cara profesional.

—Bueno, señor Fears...

—Por favor, llámeme Quentin. Como la prisión de California.

—¿Sin el «San»?

—Ya tiene usted un «San» —dijo Quentin—. ¿No significa su nombre san Nazareth?

—Hombre santo de Nazareth, creo. El significado les interesaba a mis padres. Gente trabajadora que me quiere, pero fue a mis hermanos a quienes pretendían enviar a la universidad.

—¿Y usted tenía que casarse y tener bebés?

—O desaparecer. Me acogen por vacaciones, pero nunca me preguntan qué hago o les importa si se lo cuento. De mis hermanas casadas y mis cuñadas siempre se habla un montón. Se las valora según el número de hijos que han tenido o van a tener. Hay toda una competición en marcha.

—Los hijos no tienen nada de malo —dijo Quentin, malévolo. Ya había convencido al jefe Bolt de que era políticamente correcto; ¿intentaba ahora hacer creer a Sannazzaro que era un neanderthal? ¿Estaba simplemente demasiado cansado para fijarse en lo que decía?

No, eso era mentira. Le gustaba Sannazzaro. Por eso no quería ser amable con ella, quería ser sincero. Por eso decía lo que de verdad creía.

—Sé que los hijos no tienen nada de malo —saltó Sannazzaro irritada, como era previsible—. No he dicho lo contrario.

—No he dicho que dijera usted lo contrario. Sólo pensaba en los hijos y en que mi esposa me ha abandonado y en que no voy a verlos crecer a mi alrededor. Siento lástima de mí mismo. La he entretenido con mi charla cuando tenía usted que preparar los baños. Lo siento.

Iba a levantarse pero, para su sorpresa, Sannazzaro le hizo un gesto de que se sentara y ella ocupó el otro asiento para invitados, el sillón al pie de la cama.

—No vamos a poder cumplir con el horario de baños esta noche de todas formas. En cuanto salga de aquí, los empleados pensarán que les estoy metiendo prisa y se pondrán tensos. La verdad es que todos están haciendo horas extra y quieren irse a casa; dentro de unos minutos voy a dejarlos marchar a todos menos a quien realmente le toca turno de noche.

—¿Sólo tienen a una persona en el turno de noche?

—En teoría debe haber cuatro después de la cena y luego dos cuando todo el mundo está acostado. Pero yo me voy a quedar esta noche, así que no importa. Y tengo que admitir que disfruto de un par de minutos con la visita de alguien que no me tiene miedo.

Quentin no estaba seguro de que eso fuera cierto: ella era una persona que intimidaba. Pero no porque quisiera, o intentara serlo. Era tan directa, tan sincera, se preocupaba tan poco por causar buena impresión, que salía perdiendo. A Quentin le

gustaba esa cualidad. Despertaba su curiosidad.

—Nunca había oído que ninguna enfermera estuviera a cargo de una residencia de ancianos. ¿No suele ocuparse de eso el típico hombre de negocios que engatusa a la gente?

—Este asilo es bueno, así que nuestros residentes no han sido engatusados —dijo Sannazzaro. Antes de que Quentin pudiera alegar inocencia, continuó—: Pero tiene usted razón, solía ocupar el cargo el típico hombre de negocios. Entonces le cogieron con las manos en la caja y la bragueta abierta en la cama de alguna de las residentes... no sé qué fue peor para los propietarios. Necesitaban un sustituto con formación inmediatamente. Yo ya estaba aquí como oficial médico. Así que he estado haciendo de superintendente desde octubre de 1994.

—¿Por qué no la nombran oficialmente?

—Porque no quiero el trabajo y sigo rechazándolo.

—¿Y por qué no renuncia al puesto y vuelve a su trabajo como enfermera?

—Porque si lo hago traerán a otro típico hombre de negocios para que dirija la residencia, y odiaría volver a esa pesadilla.

—Así que no quiere el trabajo, pero tampoco renuncia.

Ella se echó a reír.

—A mí me suena igual de estúpido pero ¿qué puedo hacer? Me pagan el sueldo de enfermera más un complemento, cosa que les ahorra dinero, y mientras tanto no tengo a un subnormal preocupado por recortar los presupuestos engañando al público y robando a los pacientes. Aparte de que estoy siempre cansada y no tengo vida propia, la cosa no está mal.

Una vez más, Quentin se encontró hablando por impulso.

—Menos mal que los dos sabemos que estoy deprimido y recuperándome de un espectacular fracaso matrimonial, o me ofrecería a librarla de todo esto.

Quentin se preguntó si estaba hablando por simple placer o si inconscientemente pretendía algo.

Por fortuna, ella se lo tomó más como una broma que como un avance.

—No mencione las islas Vírgenes o aceptaré y tendrá que cargar con una zorra inflexible que no tiene mal aspecto en biquini.

—Ahora sí que la ha hecho buena. Ahora me la estoy imaginando en biquini.

Se echaron a reír.

Quentin se sintió aliviado de que fuera sólo un coqueteo entre dos personas cansadas que sabían que nada sucedería. Pero no había hecho muchas incursiones en el mundo del coqueteo, y casi todas se habían producido mientras esperaba conocer a socios en bares donde todos los que querían ligar estaban tan borrachos que no hacía falta gran cosa para que consideraran muy listos a los demás. Le producía cierta emoción jugar con una persona sobria que le gustaba, pero también le hacía sentirse culpable.

Aunque sabía que Madeleine no era real, todavía se sentía casado y era un marido

fiel.

—Está usted pensando en su esposa —dijo Sannazzaro.

—Sí, bueno, estaba pensando que aún me siento casado.

—Me alegro de oírlo. He conocido a demasiados hombres que nunca se sienten casados, no importa cuántas esposas hayan tenido, ya fueran suyas o de los demás.

Recordando de nuevo dónde estaban, Quentin miró la expresión cerrada y silenciosa de la señora Tyler.

—Me pregunto qué opinaba la señora Tyler de su marido.

—Lo amaba. Pero murió joven. Me dijo que creía que la muerte de su primer hijo, un niño, fue demasiado dura para él. Perdió las ganas de vivir. Como le decía, cuando la gente se desespera de verdad, no vive mucho.

—Parece muy anciana para tener una nieta de sólo diez años.

—Creo que la niña tiene once. Pero sí. La señora Tyler se casó mayor. Tal vez eso contribuyó a la desesperación de su esposo. Tenía cuarenta años cuando tuvo a su primer hijo.

—¿Por qué el retraso?

—Por lo de siempre. Se casó con el señor Tyler sólo seis meses después de conocerlo. Él era más de diez años menor. Ella siempre supuso que le sobreviviría, cosa que no le importaba: no quería ser viuda.

—Egoísta —dijo Quentin.

—Y usted quería ser padre —dijo Sannazzaro—. Nadie vive según un plan.

—¿Entonces por qué seguimos planeando?

Ella reflexionó un instante.

—Porque así sabemos quiénes somos: por lo que pretendemos ser, por lo que intentamos conseguir.

—Y fracasamos.

—Yo no diría «fracasamos», señor Fears. Diría que apuntamos y erramos. Pero a veces le damos a algo.

—Oh.

Ella sonrió. Pero hablaba en serio y Quentin notó que su broma la decepcionaba.

—Lo siento —dijo—. Creo que tiene razón. Sólo estoy prendido en el blanco que fallé. Ni siquiera he mirado lo que podría haber alcanzado. Tal vez la flecha no ha aterrizado todavía. Y por favor, llámeme Quentin.

—Menos el «San».

—Así es como yo la llamaré a usted.

—Llámeme Sally.

—¿Sally? ¿Puedo llamarla alguna vez?

Ya estaba dicho. No se contentaba con no sacar nada de aquella conversación.

Ella le miró un instante antes de decir:

—Cuando sepa lo que ha pasado con su matrimonio, no me importaría una llamada de vez en cuando.

Él sonrió.

Le gustaba una mujer que imponía sus reglas. También le gustaba que tuviera las mismas reglas que él.

Ella le devolvió la sonrisa.

Quentin se levantó para marcharse y lo mismo hizo ella. Se dirigía hacia la puerta cuando vio las palabras aparecer:

NO SE VAYA

Su mano tembló sobre el pomo.

—¿Bien? —preguntó Sannazzaro. Sally.

La miró. Ella no veía las palabras. Lástima. Habría sido agradable contarle lo que pasaba. Pero si no lo veía con sus propios ojos, como le había ocurrido a Bolt, nunca lo creería. Y no quería que lo tomara por loco. Quería agradecerle porque necesitaba una amiga buena y decente que viviera en el mundo real y no le cobrara trescientos dólares por hora.

—Sally —dijo—, quiero hablar con la señora Tyler. A solas. Sé que no me oirá, pero significaría mucho para mí. No voy a hacerle daño. Si quiere información sobre mí llame a mi abogado, su número está en mi tarjeta —le tendió una—. O llame a mis padres y le dirán que siempre he sido un buen chico.

—Tal vez debería llamar a sus vecinos —dijo Sally.

—Sólo le dirán que soy un solitario reservado. —Quentin hizo una mueca. Ella sacudió la cabeza.

—Quentin, no sé por qué debería confiar en usted. Es usted sibilino. No me está diciendo la verdad. Y ha venido aquí con barro en los zapatos.

Al parecer, era cierto que no le gustaba Bolt.

—El comportamiento de Bolt esta noche... nunca lo había visto así. De haber sabido cómo estaban las cosas entre ustedes, nunca lo habría traído. Cuanto le he dicho es cierto. Pero tiene razón: no se lo he contado todo porque no quiero que piense que estoy loco.

—Bien. Convéncame de que no está loco.

—Sally, vi a la señora Tyler en una casa en Mixinack hace unos cuantos días. Se pasó el desayuno dormida, pero en el salón me miró a los ojos y me dijo: «Búsqüeme». Y por eso estoy aquí.

—Eso no me sirve de ayuda.

—Ya ve por qué no se lo decía, pero es la verdad. Están sucediendo locuras pero sé que yo no estoy loco porque, de vez en cuando, alguien ve lo mismo que yo. Antes vi aparecer letras por arte de magia en una puerta de esa casa de Mixinack... y Bolt lo vio también.

—Será mejor que no utilice a Bolt como testigo de su cordura, Quentin.

—Y cuando un chófer nos dejó ante la casa a mi esposa y a mí hace unos días, vio

luzes y a un criado esperando para recibir el coche, igual que yo. Sólo que al día siguiente descubrí que la electricidad de esa casa está desconectada desde que la señora Tyler vino aquí. Y las únicas huellas en la nieve eran las del chófer y las mías.

Ella se estremeció.

—Esto no tiene gracia, señor Fears.

—Me ha pedido la verdad. Pero cuando le digo la verdad, dejo de ser Quentin y me convierto otra vez en el señor Fears.

—No me gustan las historias de fantasmas.

—Me parece bien, porque mi esposa no está muerta y tampoco lo está la señora Tyler.

Sally lo miró durante un largo instante, su expresión cambiando entre emociones contrapuestas. Luego, bruscamente, extendió la mano hacia el pomo y abrió la puerta.

Bolt cayó prácticamente en la habitación. Se rió nervioso mientras recuperaba el equilibrio.

—Iba a entrar.

—Estabas escuchando detrás de la puerta —lo acusó Quentin.

—Me ha parecido gracioso que estuvieras intentando convencerla de una idea que no encaja con su estrecha visión del universo.

Quentin sintió ganas de abofetearlo.

—Claro que no me cree. Es increíble.

—Entonces, ¿por qué se lo cuentas? La tenías comiendo en la palma de tu mano.

Quentin sintió un desprecio inenarrable hacia Bolt. ¿Dónde estaba el hombre que creyó conocer allá en Mixinack? ¿Pensaba de verdad que la conversación entre Sally y él no era más que una simple manipulación?

—Salgamos de aquí —dijo Quentin.

—Ya era hora —contestó Bolt. Le dirigió a Sannazzaro una mirada triunfante. Quentin lo cogió del brazo y lo sacó casi a rastras de la habitación.

—¿A qué tanta prisa? Antes te has tomado tu tiempo.

—Había llegado a pensar que me caías bien —dijo Quentin—. Pero me equivocaba.

—Ah, el asilo te ha encantado, ¿no?

En vez de meterle un codo en la boca, Quentin continuó caminando.

—¡Señor Fears! ¡Quentin! ¡Espere!

Se detuvo y se dio la vuelta. Sally Sannazzaro salía corriendo de la habitación de la señora Tyler.

—¡Quentin, ha hablado! ¡Me ha pedido que volviera!

Quentin se giró sorprendido para mirar a Bolt, que parecía furioso, incluso avergonzado.

—Está mintiendo —susurró—. El cerebro de la vieja está muerto. Es un vegetal.

—Bolt, sé que no es así, y tú también.

—Está muerta —murmuró Bolt. No lo acompañó de vuelta.

Quentin se detuvo en la puerta para mirar a Sally a los ojos.

—No estaba mintiendo, Sally —dijo.

—Confío en la señora Tyler como juez de personas —respondió ella en voz baja

—. Parece que tiene usted el don de hacer volver a la gente de la muerte.

—Eso sí que estaría bien.

—Lo dejaré a solas con ella, pero que Bolt no entre ahí dentro, Quentin.

—No lo hará.

Entró y cerró la puerta. La señora Tyler volvió la cabeza y lo miró.

—Gracias por venir —susurró.

LA ANCIANA SEÑORA TYLER

Tras tanto tiempo en silencio, tenía la voz ronca. Cuando hizo un gesto con la mano, ésta le pareció casi transparente de tan frágil. Trató de girarse y fue como si su cuerpo pesara demasiado para que nada pudiera moverlo. Cuando la ayudó a ponerse de lado, mirando hacia su silla, notó lo liviana que era, como si estuviera hecha de aire. ¿No tenía huesos? ¿Qué era lo que ataba a la tierra a una criatura tan insustancial? Sin duda la gravedad no la retenía.

—Ha adelgazado —dijo ella.

Él sacudió la cabeza.

—Apenas he comido en los últimos días.

—Reserve sus fuerzas.

No necesitaba consejos maternos de aquella mujer, necesitaba respuestas. Pero ahora que le hablaba por fin, no se le ocurría nada que preguntarle.

—¿Por qué no ha hablado hasta ahora?

—No es seguro para mí permanecer en mi cuerpo —dijo ella—. Vigilancia eterna.

—Ése es el precio de la libertad, si no recuerdo mal. No me parece libre.

—Pero no estoy muerta.

—¿Quién quiere matarla?

—Rowena.

—¿Su propia hija?

—Tuvimos una discusión.

—Me lo imagino.

—Ella lo eligió a usted, no yo.

—¿Me eligió para qué? —preguntó Quentin—. ¿Por qué no puede abrir ella el cofre del tesoro?

—Es maligno por su parte llamarlo así.

—¿Qué es, entonces?

—Un ataúd. Una prisión. La puerta del infierno.

—Ya. Seguro que lo habría abierto si me lo hubiera definido de ese modo.

—Nunca, nunca debe abrir ese cofre.

—¿Fue usted quien me detuvo?

—Le ayudé a detenerse.

—Pero si yo intentaba abrirlo.

—Eso pensaba. Pero una parte más sabia de usted tenía miedo de abrirlo. Una parte más sabia de usted aprendía ya a no confiar en la súcuba.

A Quentin no se le había ocurrido hasta este momento que eso era Madeleine: una súcuba. Un espíritu maligno enviado para seducir a un hombre en su sueño. Conocía

mitos y leyendas, pero nunca había oído ninguna historia de una súcuba que se quedara el tiempo suficiente para casarse con el hombre.

—¿Qué hay en el cofre? —preguntó.

—Rece a Dios para que no tenga que saberlo nunca.

—Esa no es una respuesta.

—No le he traído aquí para responder a sus preguntas. No sabe lo suficiente para preguntar las cosas que importan. Y no puedo permanecer mucho tiempo dentro de mi cuerpo. Es demasiado peligroso. Pueden pasar muchas cosas mientras no vigilo.

—Muy bien, dígame lo que necesito saber.

—Rowena mantiene mi cuerpo encadenado a esta cama y, cuando envío mi espíritu a viajar, me sigue. Dondequiera que vaya, allí está ella, bloqueándome esto, bloqueándome aquello. Trato de vigilar, pero ni siquiera sabía que usted existía hasta que la súcuba lo trajo a casa y empezó a levantar a los muertos.

—¿Por qué yo? ¿Sabe usted por qué?

—Lo único que puedo hacer es suponer. Todo depende de cuánto sepa ella. Rowena fue una niña muy rebelde. Me odió en cuanto fue lo bastante mayor para sacar recuerdos de mi mente. No comprendió lo que sucedió y no me dejó explicárselo. Me dijo que mi mente era demasiado repugnante para que quisiera entrar de nuevo en ella.

Hijas entrando en las mentes de sus padres.

—¿Qué son ustedes?

—Oh, Quentin, ¿tan obtuso es usted? Somos brujas. Las de verdad, no las mujeres tontas e ignorantes que bailan desnudas y tratan de convertir la aflicción en una religión mística. No es algo que uno elija. La mayoría de la gente sólo tiene un levísimo toque de poder. Un destello de vez en cuando es todo lo que ven del otro lado. Pero nosotras crecemos viendo el espíritu además del cuerpo. Podemos ver, podemos tocar ambas cosas: espíritu y cuerpo. Oímos las palabras pronunciadas en voz alta, pero al mismo tiempo los pensamientos que hay tras ellas. Podemos caminar con las piernas pero también sabemos hacer volar nuestra chispa. Vemos a los vivos, también a los muertos y, cuando sabemos dónde están anclados, podemos llamarlos y hacer que vengan a nosotras.

Quentin pensó en la escuela dominical, en el único episodio bíblico en el que se mencionaba a una bruja: la bruja de Endor.

—Eso es —dijo la señora Tyler—. A los cristianos y los judíos siempre les molesta que sus escrituras contengan ese relato. ¿Cómo podía una mujer que había elegido el mal tener el poder para llamar a un gran profeta de entre los muertos? Así que dijeron que era falso. O que era Satán, fingiendo ser Samuel. Pero nosotras sabemos lo que hizo y cómo lo hizo. Todos los muertos están al alcance. Saúl conocía a Samuel. Debía tener alguna reliquia del viejo profeta... algo de pelo suyo. Tal vez incluso excavó en su tumba y cogió un trozo. Se lo llevó a la bruja y ella lo usó para llamarlo, y Samuel le habló a Saúl a través de ella. Tal vez Saúl era como usted...

podía ver un poquito si lo intentaba realmente. Sucedió entonces, y es así como sucede ahora. Por eso ella llamó a Jude y al pobre Simón y a Stephen y a la simple de Minerva.

—¿Excavando en sus tumbas?

—Tal vez no. Todos estaban unidos a la casa, así que tal vez no necesitó las reliquias. ¿Por qué cree que los cristianos le han dado siempre tanta importancia a las reliquias de los santos? El poder para llamar a sus espíritus... les estaba prohibido usarlo, pero también lo ansiaban. Si uno tenía un trozo auténtico del dedo de san Pedro, lo podía llamar. No es ninguna tontería.

—¿Entonces cómo llamé yo a mi hermana Lizzy? No tengo ningún trozo de ella. La señora Tyler se sorprendió mucho.

—¿Llamó usted a su hermana? ¿Llamó a la muerta usted solo? ¿Cuándo?

—Cuando era niño. A la edad que tiene ahora su nieta. Mi hermana estaba al borde de la muerte y yo no dejaba que le quitaran los órganos para trasplantarlos. Me senté junto a su cama en el hospital, como estoy sentado ahora junto a usted, y ella vino a mí. O al menos habló dentro de mi *cabeza*. Y me dijo que no era malo que la dejara marchar.

—No tiene que contarme toda la historia. Ahora la veo. Oh, cielos. Oh, no.

—¿Qué?

—Ella me lo ocultó, la pequeña araña. Eso lo cambia todo.

—¿Cambia qué?

—Sabe más de lo que creía. No es ignorante, simplemente es más estúpida de lo que imaginaba.

—¿Qué es lo que sabe?

—No está usted hechizado. Ella no lo posee. Oh, ¿por qué no lo vi? Naturalmente que envié una súcuba en vez de hechizarlo.

—Confíe en mí, sí que me hechizó.

—Al contrario, sufrió usted un encantamiento, pero no un hechizo. Sigue siendo libre.

—Supongo.

—Ella piensa que puede controlar la bestia a través de usted. Porque es fuerte. Y libre. Si está hechizado cuando deje salir a la bestia, no le prestará atención, irá directo a por ella. Pero si es libre cuando lo toque, entonces lo querrá. Ella cuenta con su fuerza para atraerla hacia usted. Busca la fuerza. Piensa que cuando esté dentro de usted, en posesión de su cuerpo, entonces ella podrá hechizarlo y controlarla.

—¿Controlar qué?

—La bestia que tomó a mi niño pequeño.

Quentin recordó la historia que le había contado Bolt.

—Rowena le dijo al jefe Bolt que usted asesinó a su hijo antes de que cumpliera los dos años.

—Sé que ella piensa que eso es lo que vio en mi memoria, pero no fue a mi niño a

quien maté. No lo comprendió.

—¿No comprendió qué?

—Eso había tomado el control del pequeño Paul antes de su primer cumpleaños. Paul era hermoso y brillante. Iba a ser un glorioso hijo de la luz. Muy pocos niños tienen el poder, pero él era brillante, resplandeciente. La bestia lo vio y vino y robó su cuerpo. Tardé algún tiempo en darme cuenta. Al principio pensé que tal vez alguna bruja había hechizado a mi hijo, y traté de encontrar el eslabón y romperlo. Pero el eslabón estaba dentro de él. La cosa poseía su cuerpo. Finalmente comprendí que ya no era mi Paul: era la bestia usando su cuerpo robado. Paul no existía y nunca iba a recuperarlo. Cuando la bestia ocupa tu cuerpo, es suyo. No queda nada de ti.

Quentin por fin lo comprendió.

—Así que Rowena la vio matar al niño.

—Vio mi recuerdo de haberle extraído el corazón a la bestia. Pero era una niña. Claro que pensó que era mi pequeño Paul. Para intentar detenerme, la bestia hizo que su cuerpo llorara y suplicara con la vocecita de Paul: «No, mami, no me hagas daño, mami». Rowena vio eso. Pero yo había visto la verdad. Él hizo cosas que ninguna de nosotras hacemos. Movía cosas con la mente. Las destruía. Las encontramos: una mosca muerta dentro de un cristal; cerraduras abriéndose sin llave... ah, ¿ha visto pruebas de eso? Era la bestia.

—¿Qué es esa bestia? ¿Se refiere al libro de la Revelación?

—Me refiero al dragón. Podría haber muchos, pero nunca he oído que en la tierra haya más de uno cada vez. Toma cuerpos que empezaron siendo humanos, pero una vez que la bestia los posee, su forma cambia a aquello que desee. Vino a Adolf Hitler cuando intentaba pintar en Inglaterra y lo poseyó desde entonces hasta que no tuvo poder excepto para envenenar el cuerpo en el que habitaba. Estuvo en los antiguos conquistadores que amontonaban pilas de cráneos y esparcían el terror por todo el mundo. Le encanta la muerte. También ansia la fuerza. Cuanto más fuerte sea el humano cuyo cuerpo roba, más fuerte es la bestia hasta que el cuerpo humano muere.

—Entonces se la puede matar.

—¿Cuántos sufren y mueren antes de que caiga? Sí, se la puede matar... con el tiempo. Y en esta época, ¿quién es lo bastante puro para matarla?

—¿Puro? ¿Como san Jorge? —Quentin no pudo evitar echarse a reír. Era el tópico de las historias románticas: matar al dragón para salvar a la doncella.

—¿Por qué se ríe? ¿Por qué cree que lo eligió Rowena?

—No a causa de mi pureza —dijo Quentin.

—¿Qué sabe de eso? Tiene que ser puro para contener algo de su ser en su presencia. Su plan no funciona si usted no es puro.

Quentin volvió a reírse, pero amargamente esta vez.

—Va a llevarse una decepción.

La señora Tyler lo ignoró.

—Si ella me hubiera dejado que la adiestrara sabría que usted no puede controlar

a la bestia. Debe haber visto mi recuerdo de los poderes que Paulie parecía tener. ¿Cómo no comprendió nada, si vio tanto?

—Tal vez no creyó lo de la bestia.

—Conocía los poderes que ella misma tenía. Sabía que mis recuerdos eran verdaderos. ¿Qué otra prueba necesitaba?

—Tal vez pensó que se había vuelto usted loca, y era víctima de una fantasía paranoica en la que su hijo era poseído por el espíritu de un dragón. Si todo lo que vio en su memoria fueron unos cuantos poderes especiales que el niño tenía, y luego usted reacciona de un modo exagerado y lo mata...

—No era Paul, era la...

—¿Cómo sabía que era la bestia? ¿Estaba realmente segura?

—¡Claro que estaba segura! ¿Qué clase de monstruo cree que soy?

—No lo sé. ¿Qué clase de monstruo cree que es?

—¿Qué está diciendo?

—¿Por qué esperó a que tuviera casi dos años para hacerlo si estaba segura?

—Porque era la cara de mi hijo. Porque era la voz de mi hijo. Porque eso intentaba ocultarse de mí hasta que mi hijo se hiciera más grande y más fuerte y yo no tuviera ya poder para resistir. Y casi se salió con la suya, casi esperé demasiado. Eso estuvo a punto de detenerme. Pero tuve mi venganza: no lo liberé, lo encerré.

—Dentro del cofre del tesoro.

—Una vez fue encerrado en una botella y arrojado al mar, pero las botellas flotan hasta la costa y allí se las encuentra.

—¿Es un genio?

—No hace realidad otros deseos que los suyos propios. En otra ocasión se le encerró con un cadáver dentro de un sarcófago, en Egipto, pero los ladrones encontraron el camino a la cámara secreta y volvió a ser libre. Matarlo resuelve el problema momentáneamente, pero luego queda libre para encontrar otro anfitrión. Yo no iba a dejar que le hiciera a otra madre lo que me había hecho a mí.

—¿Había visto a esa bestia antes? —preguntó Quentin.

—Claro que no. Pero conocía las historias. Contrariamente a Rowena, lo aprendí todo de mi madre. Y de mi abuela. Sabía lo que tenía que buscar.

—¿Había visto alguna de ellas a la bestia?

—No se atreva a acusarme de lo que me está acusando.

—No la estoy acusando de nada —dijo Quentin—. Sólo estoy diciendo que tal vez el motivo por el que Rowena no creyó que fuera la bestia fue porque en lo más profundo de su corazón, usted tampoco estaba segura.

—¿Cree que habría destripado ese precioso cuerpo si hubiera tenido la menor duda?

—En alguna parte, muy en el fondo, teme usted haberse vuelto loca y asesinado a su propio hijo.

—¡No!

Pero no fue una palabra, fue un alarido. De algún modo, de aquel frágil cuerpo surgió un grito que debió oírse en todas las habitaciones de la residencia.

Luego, de repente, su cuerpo quedó laxo. Cayó de espaldas y quedó allí, en posición simétrica, con los ojos cerrados. Su chispa había vuelto a irse.

Pero no muy lejos. En la pared, la palabra se marcó con tanto brillo que casi le cegó:

MENTIROSO

—No la estaba acusando —intentó explicar él—. Sólo trataba de imaginar por qué Rowena rebuscó en su memoria y siguió creyendo que usted lo asesinó.

FUERA

—Muy bien.

Se acercó a la puerta y la abrió. Oyó pasos y el murmullo de muchas voces. Naturalmente, los otros internos del asilo habían oído gritar a la señora Tyler. Allí estaba Sally Sannazzaro, corriendo hacia la habitación, con una expresión de horror en el rostro.

—Sally —dijo Quentin—, ¡no pasa nada! No le he hecho daño. Sólo he dicho algo que la ha puesto furiosa. Ha vuelto a dormirse.

ESPERO QUE MUERA

Las palabras cubrían el pasillo como un mural. Se dio la vuelta y al otro lado leyó:

YO AMABA A MI BEBÉ

—Lo sé, señora Tyler —dijo en voz baja, sabiendo que ella podía oírle, sabiendo que no le estaba escuchando.

Sally entró corriendo en la habitación. Sólo cuando comprobó que la mujer respiraba todavía volvió a salir. Quentin temió que fuera a golpearlo allí mismo.

—Lo único que hicimos fue hablar —insistió, alzando las manos para aplacarla.

—Márchese —dijo ella—. No vuelva nunca por aquí, ¿me comprende?

—Sally, no le he hecho daño. Ella me llamó para que viniera. Quiere mi ayuda, y yo quiero ayudarla. Sólo he dicho algo que la ha enfurecido porque era cierto.

La respuesta de la señora Tyler ardió en las paredes: la misma palabra, una y otra vez.

MENTIROSO
MENTIROSO
MENTIROSO

—Pero se recuperará y, cuando lo haga, tendremos que volver a hablar.

—Ni hablar —dijo Sally—. Ahora márchense de aquí, usted y su amigo Bolt. Ya han causado suficientes problemas en esta residencia.

—Muy bien, me voy.

—Ya he disparado las alarmas para atraer a la policía y las ambulancias. Así que será mejor que se vaya rápido.

—Gracias por esperar a averiguar la verdad antes de llamar a la caballería —dijo Quentin, enfadado—. No he traicionado su confianza.

—Mi confianza terminó cuando mi amiga gritó. ¡Parecía que la estaba destrozando con las manos desnudas!

Quentin ardió de frustración por haber perdido de forma tan injusta la amistad de Sannazzaro. Sin embargo, incluso aquella mala opinión suya le hizo desear estar más cerca de ella. Porque era lo contrario de Madeleine. En vez de ser exactamente lo que él deseaba, formada para cada deseo, era completamente dueña de sí misma; todo lo que le diera se lo daría libremente, como una igual. La mayoría de la gente que Quentin conocía era al menos un poco como Madeleine: intentaba satisfacerlo, trataba de darle lo que quería para aprovecharse de él. Así que nunca estaba seguro de quién era nadie realmente. Tal vez no comprendiera a Sannazzaro, pero fuera lo que fuese, era real. Quiso extender la mano y sacudirla y gritarle hasta que le creyera: yo también soy real. Soy tan real como tú. Pero claro, tal vez él no lo fuera. Tal vez había que ser tan puro para permanecer en compañía de buenas personas como para sobrevivir entre bestias.

El jefe Bolt salió del ascensor.

—¿Algún muerto? —preguntó alegremente.

—Ustedes, si no se largan de aquí ahora mismo —dijo Sannazzaro—. Los mataré yo misma y diré que ha sido en defensa propia.

Entraron en el ascensor con ella.

—Voy a acompañarlos hasta el coche.

Bajaron sin decir palabra. Pero mientras los seguía hasta la puerta, a Sannazzaro se le ocurrió decir algo más.

—Voy a colocar un guardia ante su habitación. Puede permitírsele y voy a asegurarme de que no vuelvan a entrar ahí.

Quentin se detuvo en la puerta principal. La nieve caía a su alrededor. Oyó las sirenas de los vehículos de emergencia que se acercaban.

—Sally —dijo—, he cumplido mi palabra y no le he hecho ningún daño. Cuando quiera que vuelva, llámeme. Vendré.

Sannazzaro le cerró la puerta en las narices y echó la llave.

Bolt se encontraba ya en el coche.

—Sube, cabezota, no queremos pasarnos aquí la noche contestando preguntas.

Quentin no quería estar con Bolt, pero en aquel momento no tenía otra alternativa. Sólo había un coche para sacarlo de allí antes de que llegara la policía, y Bolt tenía que ir en él. Le costó trabajo abrir la puerta, temblando como estaba de ira y frustración y cansancio y temor por todas las cosas que le había contado la señora Tyler, por la injusticia de Sannazzaro. No, no era eso. Estaba temblando de frío. Eso era todo.

Sacó el coche del aparcamiento marcha atrás y se encaminó hacia la entrada.

—¡No gires a la derecha, idiota, a la izquierda!

—Pero de ahí vienen las sirenas.

—No querrás que parezca que huimos de ellos, ¿verdad?

—Muy bien, tú eres el poli.

Quentin salió a la carretera nevada y volvió por donde habían venido. Se cruzaron con una ambulancia y un camión de bomberos pero con ningún policía. Sannazzaro no los había llamado, después de todo. O los policías eran más lentos que los demás. No se entretuvo a averiguarlo.

Hasta que no llegaron a la autopista, Bolt no formuló la pregunta obvia:

—¿Te importa decirme qué demonios ha pasado?

—Yo tendría que preguntártelo a ti, Bolt. ¿Qué te ha dado ahí dentro?

—¿De qué hablas? No he hecho nada. Has sido tú quien ha entrado a hablar con la anciana. Infórmame.

Mientras comían chile juntos, Quentin le había contado todo lo que sabía hasta el momento. Pero ahora, después de ver su comportamiento con Sally Sannazzaro, se preguntaba si habría algo de cierto en la sospecha de la enfermera de que había intentado asfixiar a la anciana... Ahora no le apetecía contarle nada.

—Lo que ha dicho no tiene sentido —dijo—. Sólo delira. No sé qué ha creído que era yo, pero se ha asustado y ha gritado.

—Bueno, ya que lleva años siendo un vegetal, ¿consideramos los gritos una mejora o un signo de empeoramiento? —preguntó Bolt. El tono ácido había vuelto a su voz. Era de nuevo él mismo. O tal vez había sido él mismo allá en el asilo. ¿Cómo iba a saberlo Quentin?

—Me ha gustado Sally —dijo Quentin.

—Sí, es un verdadero encanto.

Quentin miró el cartel que anunciaba la siguiente salida de la autopista.

Sólo que no indicaba el nombre de ningún pueblo.

SIGA

¿Siga?

—Tengo noticias para ti, Quentin —dijo Bolt—. Por lo que sé de las mujeres, no

le caes bien a Sannazzaro. Pero no había sido así, durante un ratito.

El cartel que debería haber anunciado restaurantes en la siguiente salida también había sido alterado.

ABRA EL COFRE

—Naturalmente, ¿qué sé yo de mujeres? —dijo Bolt. El cartel que indicaba la gasolinera decía ahora:

QUIERO QUE

Siga, abra el cofre, quiero que. Eh, gracias, abuela. El cartel de salida también había cambiado.

MUERA

—Por cierto, ¿has visto los carteles? —dijo Bolt.

—¿Y tú?

—Alguien no te aprecia. ¿Puede hacer eso Sannazzaro?

—Lo dudo —dijo Quentin—. Es la anciana. Es una bruja. Rowena también. Mi esposa Madeleine era una súcuba.

Por un momento, Bolt se enfureció.

—¡Rowena no es una bruja!

—Piénsalo un segundo —dijo Quentin—. Esas palabras no aparecen solas en los carteles.

—Es la vieja.

—Sí, es la vieja. Pero lo demás no fue cosa suya. Rowena es quien la mantiene atada a esa cama. Es una guerra entre brujas que luchan por un dragón y envían súcubas para obtener la cooperación de algún hombre de vez en cuando. No pienses ni por un momento que porque amaras a Rowena no es una de ellas.

—Sí, bueno, ¿qué sabes tú de Rowena?

—Nada. No sé absolutamente nada de nada, Bolt.

—Yo tampoco.

—Y que lo digas. Si no te hubieras comportado como un capullo en el asilo, Sannazzaro no se habría enfadado conmigo.

—No sé qué me pasa cuando estoy cerca de esa mujer —dijo Bolt—. Si hay alguna bruja en todo este asunto, es ella.

No las llamo brujas metafóricamente, quiso decir Quentin. Te estoy diciendo que la mujer a la que amas probablemente te tiene hechizado, bajo control. Eso es probablemente lo que te sucedió en el asilo.

Pero no tenía sentido decírselo porque, si era cierto, Bolt no lo comprendería.

—De todas formas, ha pasado mucho tiempo desde el almuerzo —dijo Bolt—. Si por casualidad alguno de esos carteles dice algo referente a comida en vez de enviarte amenazas, ¿te apetece cenar?

¿Cómo podía pensar en comer?

Pero ahora que lo mencionaba, también Quentin tenía mucha hambre.

—¿Seguro que la policía no nos buscará?

—Hemos cruzado el condado —dijo Bolt—. Ese cartel que decía mentiroso unas ocho veces era la línea divisoria. Además, no creo que Sannazzaro llamara de verdad a la poli.

—No, supongo que no.

—¿Ves? Te aprecia, Quentin. No llama a la policía por ti... chico, eso es amor.

Quentin tuvo que reírse a su pesar. Bolt había vuelto a ser él mismo. Las cosas se arreglarían en el asilo. Sannazzaro se daría cuenta de que su reacción había sido desproporcionada. La señora Tyler también. Todo saldría bien.

Mientras tanto, ¿qué había aprendido? Pensó en todas las historias de brujas que había oído y leído. Las narices verrugosas y las barbillas puntiagudas eran, evidentemente, sólo prejuicios contra la edad. Las pociones mágicas eran la materia de la alquimia o la sabiduría de la medicina popular: se usaban para curar y maldecir. Pero la idea de brujas llamando a los muertos, enviando súcubas a los hombres dormidos, coleccionando macabros trozos de cuerpos de la gente que conocían, todo eso debía estar basado en incidentes verdaderos. Incluso las historias de brujas adorando a Satanás... pues ¿qué podía suceder si esta bestia de la que hablaba la señora Tyler consiguiera tener éxito y controlar un cuerpo adulto? Había mucha gente que adoraba a Hitler. Calígula se proclamó dios. ¿Y si la bestia hubiese poseído a algún pobre druida? ¿Qué habría pensado la gente que no comprendía lo que hacían esas brujas o quién era realmente el hombre al que adoraban? Durante toda la vida del hombre en el que habitaba, la bestia bien podría convertir a las brujas en sus esclavas personales y celebrar bacanales que encajarían incluso en los más extraños relatos medievales. Brujas, súcubas, dragones, el diablo. Para algunas personas siempre serían mitos. Pero no para la gente que nacía con una habilidad superior para comunicarse con espíritus vivos y muertos.

¿Y yo? Quentin no dejaba de preguntárselo. Desde luego, no tenía nada parecido al poder de aquellas mujeres, pero sí un poco. Había llamado a Lizzy sin darse cuenta... y además sin tener ninguna reliquia suya. En el instante en que se planteó lo de tener una reliquia suya pensó en lo que eso habría implicado: coger algún fragmento de su cuerpo. ¿No era eso mismo lo que habían hecho los cirujanos? Los órganos de su cuerpo se habían dispersado por todo el país y se los había mantenido con vida, uniendo su espíritu a ellos hasta que por fin murieron. Se estremeció, lleno de repulsión.

—Sube la calefacción si tienes frío —dijo Bolt a su lado.

Quentin pensó en cómo Bolt, pobre hombre, estaba enamorado de una bruja y no se daba cuenta. Rowena besándolo en la cocina. Quentin había sido encantado por una súcuba; ¿cuánto más fuerte habría sido para Bolt, que besó a la bruja misma? ¿Era ése el método exacto que usaban las brujas para hechizar a los hombres? El beso que despierta a la princesa dormida. El beso que convierte a la rana en hombre. Un beso antes de morir.

Trató de recordar todo lo que la señora Tyler le había dicho sobre los hechizos. Un hombre sin voluntad propia. La bestia saltaría de él a la mujer que lo poseía. Si Bolt estaba hechizado, eso explicaría por qué Rowena no podía utilizarlo para abrir el cofre. Eso la pondría en peligro con la misma seguridad que si lo abriera en persona. ¿Pero qué podía hacer un hechizo? ¿Lo había enviado ella para que asesinara a su madre? ¿Tal vez Bolt ni siquiera se dio cuenta de que eso era lo que estuvo a punto de hacer? Su mente racional habría tenido que inventar alguna explicación alternativa a sus propias acciones, como querer arreglar las almohadas de la anciana. Amaba y respetaba a la señora Tyler; sin duda no se imaginaba matándola. Aun en el acto mismo de asesinarla, la idea le resultaría inconcebible.

Eran gente peligrosa, las brujas. Tan peligrosas cuando te amaban como cuando te odiaban. Es decir, si alguna vez llegaban a amar de verdad a alguien en vez de utilizarlo solamente.

Quentin pulsó la tecla del número de Wayne Read. Ya realmente no importaba si Bolt lo oía o no. Rowena y la señora Tyler y la mitad de las brujas del mundo podrían escuchar todas sus conversaciones y él nunca lo sabría.

Terminados los saludos, Quentin fue al grano.

—Si no tienes aún la dirección de los supuestos Duncan, tengo más información. La esposa se llama Rowena Tyler. Y su dirección está probablemente en los archivos de la señora Anna Laurent Tyler, en el asilo Willoughby.

Le dio la dirección.

—Todavía estamos comprobando otras pistas —dijo Wayne—. Si estás ahí mismo, ¿por qué no averiguas tú la dirección?

—Digamos que no me he marchado en buenos términos con la responsable.

—¿Entonces cómo va a conseguir la dirección nuestro investigador?

—No tiene que ser una prueba admisible ante un tribunal, Wayne.

—Has estado leyendo demasiadas novelas de detectives. La mayoría de los investigadores privados no tienen dotes de ladrón.

—La mayoría de los ladrones tampoco. Sólo hay que entrar durante las horas de trabajo, coger el archivo, fotocopiar la hoja con la dirección y salir. Ahora mismo andan escasos de personal.

—Quentin, vives en un mundo de fantasías.

—Todos lo hacemos, Wayne. Acabo de descubrir que me casé con una súcuba creada por una bruja. Es Halloween todo el año.

—Encontraremos una forma mejor de conseguir esa dirección.

—Gracias.

—Por cierto, Quentin, ¿me pediste que me encargara de divorciarte de una mujer que no existe?

—Ya suponía yo que sería un problema.

—Ningún problema. No hace falta ningún divorcio. No hubo matrimonio de ninguna clase.

—¿Qué quieres decir?

—Todos los documentos, licencia, certificado... Nunca los firmó.

—La vi hacerlo.

Pero, naturalmente, eso no significaba nada; Quentin lo supo nada más decirlo.

—Tu firma aparece en ambas partes de cada documento. Estás casado contigo mismo, Quentin.

—Al menos sé que seré fiel.

—Adiós, querido lunático. Trata de no meterte en líos durante un tiempo... al menos hasta que pagues mi factura.

—Haré todo lo posible.

Bolt se echó a reír cuando Quentin colgó el teléfono.

—Escucha, si Rowena no quiere que averigües dónde está, nadie va a encontrar una dirección verdadera.

—Entonces supongo que tendremos que esperar a que quiera que la encuentre.

—Imagino que no me llevarás contigo.

—Créeme, Bolt, si ella quisiera que fueras, yo no podría detenerte.

—Tienes toda la razón —dijo Bolt, con la intención de hacer un chiste.

Rowena existía en el mundo real, en alguna parte. Tarde o temprano, los investigadores de Wayne Read la encontrarían; si todavía quería a Quentin para algo, dejaría que la encontrarán. La creadora de la súcuba que Quentin había amado y perdido... sí, tendría algo que decirle cuando se encontrarán.

15

NIEVE

A Quentin normalmente no le resultaba difícil esperar a que otra gente hiciera su trabajo. Durante muchos años, su carrera consistió en dar a los demás el dinero y el apoyo para iniciar algo. Recibía informes periódicos sobre cómo iban las cosas, se reunía con ellos de vez en cuando, pero solía dejarlos hacer lo que querían, lo que soñaban hacer, y esperaba hasta que el resultado de las cosas quedaba claro.

En cierto modo, esto era lo mismo. Capturado en los sueños de los demás, esperando averiguar el desenlace. El problema era que no estaba seguro de cuál era el sueño, ni de quién era el soñador o quién sufriría la pesadilla cuando todo acabara.

Jugueteó con la idea de esperar en Mixinack el informe de Wayne. Bolt incluso le ofreció quedarse en el sofá del estudio de su gran casa victoriana. Pero Mixinack era el lugar donde se encontraba el cofre del tesoro, y no era el cofre lo que Quentin quería conseguir en aquel momento.

¿Qué quería? Después de pasarse por la oficina de Bolt para recoger su coche, Quentin condujo hacia el sur por una carretera vacía de tráfico por culpa de la tormenta. Los partes de radio pedían a la gente que se mantuviera alejada de las carreteras durante lo que ya llamaban la «Tormenta de 1996». Los aeropuertos estaban cerrados. Quentin no podría coger un vuelo esa noche. Tendría que haber buscado un motel para alojarse y esperar a que pasara la tormenta. En cambio, siguió conduciendo en dirección sur. No porque el tiempo fuera mejor allí: se decía que la tormenta cerraría mejor Washington que el debate de los presupuestos. Las personas que la gran dama conocía, como los Duncan, que eran casi con toda certeza Rowena Tyler y su marido y su hija, vivían en la zona de la ciudad. Y ésa era la gente a la que tenía que ver. Para averiguar cuánto de la historia de la señora Tyler era verdad, para averiguar qué querían realmente de él y encontrar el modo de librarse de todo aquello.

Porque quería librarse. Unos cuantos días antes, lo único que quería era a Madeleine. Ahora todo lo que quería era su libertad. No es probable que un hombre que ha encontrado a la amante perfecta halle pronto a una sustitua. Rowena podría devolverle a esa amante, posiblemente, pero tenía la sensación de que su precio por el servicio sería demasiado alto. ¿Entonces por qué buscarla? ¿Por qué no conducir hacia el oeste hasta encontrar algún aeropuerto abierto y volar a California, a Hawai, a Tokio o Singapur? Pensó en los lugares a los que siempre había querido ir pero que nunca fue porque no tenía a nadie que le acompañara: Jerusalén, el Kilimanjaro, Machu Picchu, el gran arrecife de coral, el Himalaya, Tashkent, Tombuctú. No había más motivos para esperar compañía. Iría solo o no iría.

Pero ¿había realmente algún lugar donde pudiera ser libre de todo aquello? Tal vez renunciaran a él y encontraran a otro que satisficiera sus deseos. Pero ¿era eso

mejor? Después de todo, su próxima víctima tal vez fuese un hombre que tuviera algún lazo con el mundo: un marido, un padre, alguien cuya destrucción dejaría un hueco. Quentin sabía que, aunque aquel asunto lo matara, tanto daba. Había cambiado el testamento para dejárselo todo a sus padres. Ellos permitirían que Wayne siguiera con todas las sociedades existentes, y luego harían un buen trabajo filantrópico, deshaciéndose de toda su fortuna antes de morir, excepto lo que necesitaran para asegurarse de terminar cómodamente sus días. La muerte de Quentin dejaría el mismo hueco en el mundo que un pez cuando sale agitándose del océano.

¿Por qué iba a dejar ese asunto a otra persona? Quentin era sacrificable. Sé un buen soldado, se dijo. Marcha al frente, apunta y dispara tu mejor tiro. Luego, muere si es preciso. Pero que sea con una bala recibida de frente no por la espalda. Cara al enemigo.

Oh, ¿no nos estamos poniendo dramáticos? Se rió de sí mismo y cambió a otra emisora cuando la anterior se perdió en la estática blanca de la nieve que caía.

La autovía de Jersey estaba cerrada. Empezó a buscar rutas alternativas y acabó, a eso de las tres de la madrugada, conduciendo por las calles desiertas del centro de Filadelfia. Un policía lo detuvo.

—No hace una noche para disfrutar de la conducción, amigo —dijo el poli—. ¿No ve que es peligroso?

—No tengo ningún sitio adonde ir, oficial. Los aeropuertos están cerrados y quiero regresar a Washington.

—Busque un motel y váyase a dormir.

—Entonces el coche quedará cubierto de nieve y me quedaré atrapado en una ciudad donde todo estará cerrado.

—Siempre será mejor que sacarlo de un banco de nieve dentro de tres días, tieso como una tabla.

—Oficial, ¿y si le prometo que buscaré un lugar seguro donde dormir, y luego seguiré conduciendo a donde quiero? ¿O va a seguirme y arrestarme por tratar de llegar a casa?

El policía lo miró con disgusto.

—Haga lo que quiera.

Luego regresó a su coche patrulla.

Haga lo que quiera. Bueno, es un buen consejo. Pero ¿y si lo que más quiero en el mundo no puede hacerse? Porque quiero irme a casa, oficial, y mi hogar no es un apartamento en Herndon ni la casa de mis padres en California. Un hogar es donde la gente que allí vive te necesita y se preocupa cuando no estás. No existe ese lugar para mí en la tierra, no importa hasta dónde conduzca. ¿Qué va tan mal que siento pena de mí mismo? Mejor eso que intentar que los demás tengan lástima de mí. Y *alguien* debería sentirla, porque mi vida está decididamente en la gama de los dignos de piedad, si es que no ha caído ya en lo desastroso.

Oh, Lizzy, ¿por qué tuviste que montarte en ese coche aquella noche o por qué no

fui yo contigo? ¿Por qué no pudimos hacer el trasplante al revés? Era un cerebro lo que necesitabas, y el mío estaba bien. Te habría ido muchísimo mejor que a mí. ¿Por qué no me dejaron trasplantarte mi vida, para que pudieras vivirla por mí?

—Cierra el pico, Tin —dijo Lizzy.

Estaba sentada a su lado, acomodándose.

—Conduces bastante bien en la nieve. Eso es algo que no se molestaban en enseñarnos en la clase de educación vial del instituto.

—Gracias —dijo Quentin—. Lo siento. No pretendía llamarte.

—Tranquilo. La verdad es que me gusta cuando lo haces. Allí el tiempo no pasa como para ti. Una no se aburre exactamente y hay muchas cosas que hacer, dependiendo de cómo definas hacer, pero tengo que decir que echo de menos mi cuerpo. La verdad es que nunca lo usé, Tin.

—Eso mismo estaba pensando.

—No, estabas pensando que eres tan inútil como la mierda de un perro que acaba de morir.

Él se rió a su pesar.

—Estabas pensando que eres el tipo que necesita que una granada de mano caiga en su trinchera para lanzarse, salvar a sus camaradas, y hacer que el presidente les dé a sus padres la Medalla de Honor junto con ocho cajas conteniendo sus restos.

—Lizzy, ¿hay alguna forma de salir de esto?

—Hay miles de formas, Tin. Pero todas pueden acabar contigo muerto.

—¿Tan malo es? A ti te va bien.

—Claro. La muerte es cojonuda. Pero no merece la pena tomarse la molestia de llegar aquí. Se echa todo de menos cuando estás aquí, Quentin. Incluso el dolor. Incluso la desesperación.

—¿Entonces la señora Tyler tiene razón? ¿Me matará el cofre del tesoro?

—El cofre del tesoro. Lo que quieres decir es si la bestia es real. Bueno, no sabía cómo llamarla hasta ahora que he rebuscado en tu memoria para ver qué te había contado la anciana, pero yo diría que es una descripción bastante adecuada de la cosa mala que hay en esa casa.

—Ella la metió en el cofre. No es bueno dejarla salir.

—No sé, Tin. Mientras esté en ese cofre, seguirá intentando engañar a la gente para que lo abra. Pero si muere, tal vez pasará algún tiempo antes de que alguien la llame, le abra y la deje entrar.

—Vamos, Lizzy. La última vez se metió en un bebé de un año.

—Ella te mintió, Tin.

—¿No estaba en el bebé?

—Oh, claro que estaba. Pero no sucedió porque sí, no se presentó sin más. Ella la llamó.

—Joder, eso es aún peor que lo que yo le dije.

—Ella no se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Supo que tenía a ese bebé

brillante y quiso que lo aprendiera todo. Presionó.

—¿Como esa gente que intenta que sus hijos entren en guarderías preparatorias para la universidad?

—Supongo.

—O eso de las tarjetas. Hacen que sus niños aprendan palabras por medio de tarjetas.

—Ella hizo que el niño llamara cosas que no podía controlar. No importa lo listo que sea un bebé de un año, Tin. Aunque camine y ande y todo eso, no sabe cómo tratar con cosas tan antiguas como la vida misma. Eso vino y el bebé desapareció, aferrado a su propio cuerpo como un pasajero que cuelga de la parte trasera del autobús, suplicando al conductor que no cierre la puerta.

—¿Cómo has descubierto todo eso, si la anciana no lo sabe?

—Después de que el pasajero ha sido arrastrado lo suficiente, empieza a suplicar al conductor que cierre, que lo suelte. Aunque eso significa que se estrellará contra la acera.

—Encontraste al bebé Paulie.

—No me gustó nadie más de esa casa. El bebé Paulie estaba solo y asustado. No me di cuenta hasta ahora de cómo estaba conectado.

—Entonces seguía allí.

—Más o menos. La señora Tyler no se equivocaba. Lo mejor que pudo haber hecho fue soltarlo de un cuerpo que nunca podría volver a utilizar. Si lo hubiera hecho bien, en vez de dejarlo colgado, unido a ese cofre del tesoro... Pero naturalmente ahora es ya demasiado tarde. Cuando ese cofre se abra, alguien se encontrará mirando la garganta de la bestia. Y Paulie estará allí para el viaje, como lo estará la persona a la que devore la bestia.

—Yo.

—Espero que no —dijo Lizzy—. Por favor, no.

—Así que debería huir.

—No lo sé. Tal vez deberías quedarte y ganar.

—¿Puedo?

—Esas brujas son poderosas, pero tú no eres un cero a la izquierda. Tienes fuerza interior. Y hay algo más: no intentas sacar nada de esto.

—¿Qué, sobrevivir no es nada?

—No, ni siquiera te importa eso. Una cosa es segura: Las brujas y la bestia quieren algo, están tan ansiosas que les duele. Piensan que estar ansiosas es lo mismo que ser fuerte. Así que, cuanto menos quieras, más débil pareces. Tal vez eso te protegerá.

—¿Estaba muy ansioso Paulie cuando la bestia lo poseyó?

—Muy muy ansioso. Los bebés sólo saben ser ansiosos y su madre le estaba enseñando qué tenía que ansiar. Puedes apostar que, aunque la bestia no hubiera aparecido, habría crecido para convertirse en un monstruo.

Quentin se echó a reír.

—Sí, he visto a niños así.

—No es una broma, Quentin. Los monstruos no nacen, se hacen. Los hacen padres monstruosos, o se hacen a sí mismos con sus propios deseos. Pero no salen deformados del vientre. Siempre hay un camino para desviarlos, aunque no lo sigan.

—Nuestros padres tampoco fueron perfectos, Lizzy.

—Pero eran buena gente y nosotros lo sabíamos, lo vimos. Eso es suficiente, si el niño quiere también ser bueno.

—¿Y has aprendido todo esto estando muerta?

—No, Quentin. Lo he aprendido buscando en tus recuerdos y viendo lo que aprendiste sin darte cuenta de que lo hacías.

—¿Qué es esto, como Madeleine? ¿Estoy hablando conmigo mismo otra vez?

—Desde que morí, Quentin, cuando hablas solo hablas conmigo. Estoy ahí dentro. Soy parte de ti. No tuviste que robar ninguna reliquia mía como hacen las brujas. Te di mi corazón mucho antes de que me lo extrajeran... además de los riñones y las córneas.

—Hoy en día también aprovechan el hígado y los pulmones.

—Componentes de coches, partes de cuerpos... los accidentes de automóvil son la gran industria en alza de Estados Unidos.

—Sé que has sacado eso de mi cabeza —dijo Quentin—. Lo leí en alguna parte.

—Quentin, ansias algo.

—¿Qué?

—Para una buena vida. Para una vida que merezca la pena.

—Claro. ¿Quién no?

—Pero ¿y si el precio fuera matar a alguien?

—Vamos, Lizzy.

—A veces las buenas personas tienen que hacer cosas terribles. La señora Tyler tuvo que decidir qué hacer cuando la bestia poseyó a su bebé, no importaba de quién fuera la culpa o quién hiciera la invitación. Nuestros padres tuvieron que decidir dejar que me abrieran y mataran mi cuerpo para darle algún buen uso.

—Nunca los he perdonado por eso.

—Ellos tampoco. Pero siguieron viviendo, como sigue viviendo la señora Tyler. Porque eso es lo que hacen las buenas personas. Toman decisiones terribles en ocasiones y luego viven con las consecuencias porque hicieron bien, o al menos estuvieron lo más cerca posible de tomar una buena decisión.

—¿A quién quieres que mate?

—A la bestia, Quentin.

—Pero dijiste que cuando el cofre se abra...

—Encuentra a la bestia y máatala. Envíala de vuelta a la oscuridad.

—Encontrará otra forma de volver.

—Tal vez no durante mucho tiempo. Y luego otra persona tendrá que encontrarla

y matarla. Pero tú habrás hecho tu parte aquí y ahora.

—Lizzy, nunca he golpeado a nadie en mi vida.

—No te enfades ahora tampoco. No importa quién sea, no importa lo que te haya hecho. Ni siquiera con la propia bestia... no te enfades, no ansíes la venganza. Porque si te mete en su garganta, entonces serás tú quien suplique para que alguien te libere.

—Como tú me suplicaste a mí.

Ella se encogió de hombros.

—Mira, Baltimore. Eso está cerca de Washington, ¿no?

—Como a medio camino de Filadelfia, tal vez. Con toda esta nieve, puede que no llegue nunca. Estoy loco al conducir así.

—No, ahora estás cerca. Vas a conseguirlo.

—Lizzy, ¿por qué no te quedas siempre? Sólo para hablar. Piensa en lo que seríamos capaces de hacer juntos. ¡La vida que tendríamos!

—Nada de lo que hagas representará una vida para mí. Y si me quedo tampoco tendrás una vida propia. Me llamaste mucho, después del primer año, pero no me viste, ¿no? No hasta que tuviste verdaderos problemas. El resto del tiempo te dejé solo.

—No quería que me dejaras solo, Lizzy.

—A veces conseguimos lo que no queremos.

Le costaba ver con los ojos empañados de lágrimas de añoranza y pesar.

—Lizzy, estoy asustado.

—No es mala cosa.

—Y no duele. Perderte. Perderla.

—Tómame una aspirina —dijo Lizzy. Siempre solía decir eso cuando él se quejaba.

—Ahora tomamos Tylenol. Y lo que sea. Advil.

Ella se unió al viejo juego.

—Excedrina. Anacina.

—Capullina. Tontolina. Lizzy, no me dejes, por favor.

En ese momento, se marchó. Él pagó el peaje y se internó en el túnel que atravesaba Baltimore. Al otro lado, en alguna parte, estaba la bruja que le había enviado a Madeleine, la bruja que lo había llevado al cofre del tesoro, la bruja que quería ofrecerlo a la bestia.

LA MANIPULADORA

Faltaba poco para el amanecer cuando llegó a las inmediaciones de Washington. Con la tormenta había tan poco tráfico que tardó menos que de costumbre. La nieve hacía que todo pareciera silencioso, aunque Quentin sabía que dentro del coche el ruido era igual que siempre. Rodeó una curva y apareció el templo mormón, muy iluminado como siempre, pero aún más de ensueño, más fantástico a causa de la nevada. Justo en el lugar del templo más parecido a un castillo de Disneylandia, alguien había escrito con grandes letras sobre un paso elevado: «¡Entregad a Dorothy!». Las letras ya habían sido cubiertas pero unos parches gris más claro marcaban el lugar donde habían estado, lo que le hizo pensar en el texto y sonreír.

Entonces pensó en la Bruja Malvada del Oeste volando a Oz para escribir aquellas palabras en el cielo y la sonrisa desapareció. No había escobas voladoras para estas brujas. Pero seguían volando. ¿Quién sabía cuántas brujas lo estaban observando mientras conducía? Hola, Rowena. Cómo está, señora Tyler. ¿Metiéndome un poco de prisa? ¡Miren, allí está el chico! ¡Tendrían que haberlo visto dando tumbos con esa súcuba que le enviamos! ¡Se casó con ella, pobre diablo! ¿Podéis creerlo?

Qué idiotas eran estos mortales.

Salió de la autopista por el carril de peaje, recién despejado pero por el que nadie transitaba, no en dirección al oeste, al menos. Estaba solo en un mundo blanco. En una caseta había cobrador pero pasó por la de cobro automático porque quería evitar incluso la interacción humana de pagar el peaje. Ahora que estaba cerca de casa, el sueño casi le venció. Empezó a canturrear los nombres de las salidas: Wolf Trap Farm Park, Hunter Mili, Wiehle, Reston Parkway. Salió por Fairfax County Parkway, luego entró en otra autovía donde había algo de tráfico. Si un camión solitario girando en una intersección contaba como tráfico.

Dejó el coche alquilado en un aparcamiento nevado y se acercó a su propio coche, enterrado en la nieve hasta las ventanillas. La mayoría de los otros coches estaban también cubiertos, intactos desde el inicio de la tormenta. Nadie en su sano juicio habría salido a conducir con un tiempo así. El cielo se iluminó un poquito mientras subía las escaleras de su casa. El sol debía de haber salido detrás de la nieve y las nubes. Quentin entró en su apartamento, se quitó la ropa, y se desplomó en la cama.

Se despertó justo después del mediodía. El teléfono estaba sonando. Respondió medio dormido.

—¡Despierta, Quentin! —gritaba el teléfono.

—¿Qué? —dijo Quentin—. ¿Quién es?

—Por enésima vez, soy Wayne Read. Quentin, ¿estás despierto ya? Di algo coherente, por favor. Esto es una prueba.

—Hola, Wayne.

—¿Qué has hecho, conducir toda la noche en medio de una nevada histórica? ¿Tienes los sesos de una cucaracha?

—Todas las cucarachas se quedaron a cubierto.

—Son listas. Si no vas a despertarte, Quentin, no respondas al teléfono, deja que el contestador grabe la llamada.

—No sabía que hubiese contestado. ¿Qué quieres?

—Tengo el nombre y la dirección que querías. Se llaman de verdad Duncan pero el número no aparece en la guía y no son dueños de la casa, así que no fue fácil encontrarlos. Ray y Rowena Duncan. —Le dio la dirección—. El investigador de Washington dice que corresponde a un complejo de casas en Sterling, entre Sugarland y Church. Sugarland cruza la calle Dranesville el último semáforo antes de la Ruta 7. ¿Todo esto te dice algo?

—Sí.

—¿Lo has anotado o te llamo más tarde?

—Lo estoy anotando. —Buscó a tientas un lápiz. Entonces advirtió que, si abría los ojos, le sería más fácil—. Hay luz. Debe brillar el sol.

—Sí, la tormenta ha pasado por ahora. Sale en las noticias. En California nos encanta hablar de las tormentas del este, nos hace sentirnos listos.

—Los californianos tendrían que probarlas de vez en cuando.

—Bueno, tú lo eres, así que ya sabes cómo son.

—¿Cómo conseguiste la dirección?

—Un trabajo de detectives muy astuto, Quentin. Nuestro hombre en Manhattan fue al asilo, entró y le pidió a la superintendente la dirección del pariente más próximo de la señora Anna Laurent Tyler. La superintendente... creo que la conoces...

—Sally Sannazzaro.

—Gracias, no quería tratar de pronunciarlo. Preguntó quién quería saberlo. Él dijo que representaba a Quentin Fears y ella dijo que muy bien y le dio la dirección. También le dio un mensaje para ti.

—Si es del estilo de cáete muerto, ahórratelo para más tarde.

—No, es del estilo lamento haber sido tan antipática. La señora Tyler también dice que lo siente y vuelve por favor. Quiere hablar contigo.

—¿Ella se llamó antipática?

—Una cita directa.

—¿No incluyó las palabras «zorra inflexible»?

—No dio más detalles, pero estoy seguro de que puedes elegir el animal que quieras.

—Supongo que ya no está enfadada conmigo.

—Quentin, yo diría que ése era el meollo del mensaje. Pero puedo repetírtelo, si quieres.

Quentin no sabía por qué se sentía tan aliviado, pero estaba casi jubiloso.

—Eso está bien. Está muy bien.

—¿Has bebido?

—He conducido toda la noche. Todavía no me he despertado.

—Un consejo. No vayas a ver a esa gente hasta que estés despierto.

—Claro.

—Ve al cine. Te recomiendo algo ligero y estúpido, que aparte tu mente de los problemas. No *Presidente por un día*, ésa es demasiado estúpida; ni *Sabrina*, te romperá el corazón no estar enamorado. Ya me lo rompió a mí de todas formas. A menos que lo estés.

—¿El qué?

—Enamorado.

—Wayne, ¿te pago trescientos a la hora por esto?

—Trescientos cincuenta. Me pagan para dar buenos consejos. *Doce monos* te hará preguntarte si estás loco, no la veas tampoco.

—¿Ves de verdad todas esas películas?

—Tengo que hacer algo mientras mi esposa se va de bares, Quentin. No me gusta tanto mi trabajo como para trabajar hasta tarde todas las noches. Aunque admito que tus recientes actividades me han mantenido entretenido. Tengo una especie de central de información aquí. No paro de recibir mensajes de los cincuenta estados diciendo que Madeleine Cryer nunca existió.

—Lo siento. Puedes cancelar esa parte de la búsqueda. Nadie va a acusarme de haberla asesinado. Tienen más que temer de una investigación que yo.

—Demasiado tarde. Ya he recibido todos los informes y todas las facturas. Gracias al fax, los envíos son instantáneos.

—Entonces paga. ¿Necesitas que te envíe otro cheque?

—No, todavía tengo de sobra en la cuenta. Levántate, Quentin, date una ducha, ve al cine. Te recomiendo una segunda parte sin complicaciones: *Dos viejos gruñones*, *El padre es abuelo*. No, ésa no, también podría deprimirte.

—Adiós, señor Ebert.

—Siskel. Por el amor de Dios, Quentin, corro todos los días. Adiós.

Quentin se levantó, se duchó, empuñó una escoba y salió a despejar de nieve su coche. No tenía pala, pero el picahielos del coche de alquiler le ayudó a desprender la capa más profunda, que se había congelado. La mayoría de los otros coches del aparcamiento estaban ya limpios de nieve. Había un montón de espacios vacíos. La gente volvía al trabajo, o salía de casa antes de volverse loca. Las máquinas quitanieves debían haberse abierto paso, porque las carreteras se veían en buen estado y el tráfico parecía casi normal.

Devolvió la escoba a la casa, aunque ni siquiera se molestó en abrir la puerta para guardarla. Tampoco entró a coger la dirección que había anotado. No estaba preparado.

En cambio siguió el consejo de Wayne, más o menos. Condujo hasta el Reston Town Center, dejó el coche en el aparcamiento y se acercó al cine. Un gran cartel escrito a mano en la ventanilla decía: «¡Sí!!!! ¡Está abierto!!!!». Quentin se acercó a la taquilla y preguntó qué merecía la pena ver.

—*Doce monos* es la mejor película de todos los tiempos —le aseguró la taquillera; así que Quentin compró una entrada y pasó a verla. No era la mejor película jamás rodada pero era muy buena, y tan perturbadora como le había advertido Wayne. Por lo visto el mensaje era: no puedes cambiar nada y acabarás muerto, ¿para qué intentarlo? Pero era heroica, casi noble. Y todo el mundo se esforzaba por distinguir qué era real y qué ficción. Quentin sabía qué era eso. Además, la película le hizo preguntarse por qué decidieron que Bruce Willis enseñara tres veces el culo y para él hubiera un fugaz instante de desnudo frontal en la escena de la batalla, cuando Brad Pitt sólo enseñaba el culo una vez mientras daba saltos en las camas del manicomio. ¿Había alguna jerarquía del desnudo en Hollywood? ¿Cuanto más millones ganas, más enseñas el trasero al público?

Con estos pensamientos en la *cabeza*, se dirigió al Río Grande, que estaba haciendo un negocio decente para ser las cuatro y media de la tarde. Se sentó y consultó el menú mientras la pareja de la mesa de al lado hablaba de lo bueno que era salir de casa, mucho mejor que ver cómo la policía descubría más tarde que se habían asesinado mutuamente, y si deberíamos pedir dos aperitivos de tamales de cerdo o compartir uno, y dónde están las patatas, ¿no los había oído el camarero cuando pidieron más patatas? Quentin los miró: una mujer morena de mejillas sonrosadas y su marido, rubio y calvete.

—No voy a comerme las patatas, ¿las quieren?

Parecieron tremendamente avergonzados y rechazaron su oferta con gracias y disculpas. Pero Quentin lo decía en serio. Había olvidado momentáneamente que en un restaurante todo el mundo finge que hay una pared de tres metros alrededor de cada mesa. Excepto los camareros, por supuesto, que tienen que fingir que cada mesa es la única que están atendiendo. Es como vivir en un pueblo pequeño. Reparas en mí cuando quiero que me veas, pero ¿por qué me espías cuando quiero que me dejen en paz?

El camarero llevó sus bebidas a la otra pareja y luego anotó el pedido de Quentin. Mientras le hablaba, Quentin vio que alzaban sus vasos en un alegre brindis. Les devolvió la sonrisa. Muy bien, a veces las paredes caían.

Comió, se fue a casa. Atardecía. No podía posponer aquel asunto eternamente. Cogió la dirección y condujo hasta la vivienda de la bruja que le había elegido como herramienta encantada.

Tendría que haber habido una llama surgiendo de la chimenea, o siluetas de demonios danzando tras las persianas. Sin embargo, parecía una casa del norte de Virginia perfectamente normal. Formaba parte de un grupo de cinco con las fachadas distintas en un débil intento de individualismo y de darles encanto. Muy parecida a la

propia casa de Quentin. La luz del porche estaba encendida.

Sé que me estás esperando, dijo en silencio. Sé que me has estado observando, esperando a que hiciera acopio de valor para venir aquí. Así que adelante, abre la puerta y acabemos con la farsa.

Pero la puerta permaneció cerrada.

Subió las escaleras y llamó al timbre. Tras una razonable espera, llegó un hombre.

—¿Sí?

—¿Señor Duncan?

—Sí. ¿Lo conozco?

—Me llamo Quentin Fears.

—Lo siento, pero no le esperaba. ¿Debería?

—¿Habla en serio? —preguntó Quentin. Pero en todos los sentidos el hombre parecía completamente ajeno a quien era Quentin y a lo que había venido—. ¿El señor Ray Duncan?

—Sí. —El hombre se estaba impacientando.

—¿Su esposa es Rowena Tyler Duncan?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Y su madre es Anna Laurent Tyler?

—Sí. —Ahora parecía preocupado—. ¿Le ha ocurrido algo?

—Me gustaría entrar, si puedo, y hablar con usted y su esposa.

—¿Quién es usted? —exigió saber Ray.

—Estuve ayer en el asilo hablando con Sally Sannazzaro. Con los aeropuertos cerrados, he tenido que venir conduciendo para hablar con ustedes hoy.

—Si tiene un mensaje de la señorita Sannazzaro, ¿por qué no llamó simplemente?

Quentin estaba harto de hablar. Fueran cuales fuesen los juegos a los que jugaba aquella gente, estaba cansado. Esperó en silencio.

Finalmente, la curiosidad de Duncan venció sus celos. Abrió más la puerta e invitó a Quentin a pasar.

Era la típica sala de estar, demasiado decorada. Quizás un poco demasiado al estilo de *Architectural Digest*, pero no tanto como para ofender la vista, siempre y cuando permanecieras de espaldas a la chimenea. Quentin ocupó esa posición, pero no por motivos estéticos. Eso le permitía ver la puerta principal, el pasillo que conducía a la cocina y el comedor y las escaleras a los dormitorios.

—Siéntese, señor... ¿Pierce, me dijo?

—Fears, señor Duncan. —Quentin se sentó en el sillón de napa roja, tras apartar los cojines blancos y colocarlos en el suelo—. ¿Está su esposa en casa?

—Preparando la cena.

Quentin pensó en el desayuno que había tomado en la mansión Laurent en Mixinack y no tuvo piedad.

—Por favor, tráigala.

—Dígame qué desea, señor Fears.

A Quentin se le acabó la paciencia.

—He venido hasta aquí una vez. No volveré. Y no me quedaré un minuto más a menos que su esposa se enfrente conmigo ahora.

—¡Enfrentarse con usted! Señor, puede usted levantarse y coger esa puerta o...

Una mujer apareció en el pasillo.

—¿Qué pasa, Ray?

—No salgas, Ro. Mejor, llama a la policía, por favor. Tenemos un intruso que...

Pero la mujer ignoró por completo sus instrucciones y se acercó a la salita.

Quentin tuvo la sensación de que la había visto antes. De hecho, ahora que estaba junto a su marido, los dos le resultaban vagamente familiares. Pero ella sobre todo... la había visto. ¿Habían hablado? Fuera cual fuese la ocasión, no la recordaba. Quizás era simplemente que se parecía algo a Madeleine. Después de todo, Rowena creó a la súcuba, tenía que tener algo de su creadora.

Algo de ella. ¿A quién intentaba engañar? Todavía pensaba en Madeleine como mujer, como su esposa, a pesar de todos los esfuerzos por apartarla de su corazón.

—Rowena Tyler Duncan —dijo Quentin—. Me llamo Quentin Fears.

Cuando ella no reaccionó en absoluto a su nombre, él continuó.

—Hablé con su madre anoche.

El rostro de Rowena se ensombreció.

—¿Qué me importa? —Se dio la vuelta para salir de la habitación.

—Y regresé a Mixinack con Mike Bolt.

Ella se detuvo y, lentamente, se volvió a mirarlo. Parecía agitada.

—Nuestro antiguo jardinero.

—Ahora es jefe de policía de Mixinack.

—Me alegra oírlo.

—Está casado y tiene varios hijos.

Rowena asintió.

Ray Duncan estaba un poco molesto.

—¿Quién es ese Mike Bolt? ¿De qué estáis hablando?

—Un amigo de la infancia —dijo Rowena.

—Oh, no sea tan modesta —dijo Quentin—. Ella lo hechizó hace años. En la cocina de la casa de su madre, según he oído.

—Qué quiere —susurró Rowena ferozmente.

—No sea tímida. No estoy aquí por lo que yo quiero. No soy yo quien está jugando, Rowena. Al contrario. Así que deje de fingir y dígame qué quiere para que decidamos qué hacer al respecto.

Rowena y Ray se miraron. Pasara lo que pasase entre ellos, no los volvió más cooperativos.

—Señor —dijo Ray—, parece saber usted más sobre nosotros de lo que quisiéramos, pero le aseguro que no tenemos ni idea de quién es usted.

Parecía tan sincero que, por un momento, Quentin se preguntó si tal vez se había

estado engañando a sí mismo. Pero Mike Bolt había visto las letras en los carteles y en la puerta de la mansión Laurent. Y Madeleine había desaparecido, sin dejar huellas. Era real, había sucedido, la señora Tyler lo admitió. Rowena era una bruja.

—Sé más de lo que creen —dijo Quentin—. Sé que Rowena miró en la mente de su madre hace muchos años y vio un recuerdo de lo que parecía un crimen terrible. Y por lo que sé, fue un crimen, un acto monstruoso e indecente. El asesinato del hermano de Rowena, Paul, cuando éste aún no tenía dos años.

Rowena se cubrió la cara con las manos.

—¿Ro, es verdad? —Ray parecía verdaderamente sorprendido.

—Su esposa, señor Duncan, es consciente de que su madre creía que no mató a Paul, sino a otra cosa que llama «la bestia». La señora Tyler cree que esa criatura tomó posesión del cuerpo de su hijo, y que desde entonces su hijo se perdió sin remisión. Todo lo que pudo hacer fue matar a la bestia. Pero no la mató por completo: la aprisionó de algún modo en un cofre que guarda en el salón de la mansión familiar en el Hudson. ¿Estoy diciendo bien, Rowena?

Con el rostro aún enterrado entre las manos, Rowena asintió.

—Pero por algún motivo, señor Duncan, Rowena ha decidido que quiere abrir ese cofre.

Rowena alzó la *cabeza*, sorprendida.

—Oh, no. Oh, por favor, no.

Ray también se alarmó.

—¿Qué pasa, Ro?

Rowena se puso en pie de un salto y corrió hacia las escaleras.

Luego, cambiando de opinión, volvió a la silla y se sentó, retorciéndose la camisa.

—No es asunto tuyo —dijo—. ¡Ni de mamá!

—Oh, ésa sería mi opinión también, si no me hubiera preparado toda la charada que ha arruinado mi vida durante el último año.

—¿Charada? —preguntó Ray.

—¿Por qué no se lo dice, Rowena? Quizá lo acepte mejor si viene de usted.

Rowena parecía confundida, pero entonces pareció tomar una decisión.

—Cuénteselo usted, señor Fears. Cuéntenoslo a ambos.

—Madeleine —dijo Quentin—. Mi esposa. La súcuba que usted creó, Rowena. ¿Me está diciendo sinceramente que su marido no sabe que es una bruja?

Ray se puso en pie y se dirigió hacia la cocina.

—Voy a llamar a la policía.

—Quieto, Ray —le ordenó Rowena.

—Este hombre está loco.

—No, tenemos que dejarlo hablar. Tenemos que averiguar qué ha pasado.

Ray se apoyó contra la pared, furioso por haber sido contradicho por su esposa.

—¿Cree usted que su esposa Madeleine es una súcuba creada por una bruja, señor Fears? —preguntó Rowena.

—Ella me llevó a la casa en la que usted creció. Me hizo creer que estaba habitada. Conocí a varios de sus parientes muertos y a una pareja no tan muerta. Su madre estaba allí, en espíritu aunque no en cuerpo. Y su hermano Paul, aunque por supuesto Madeleine lo llamó «tío Paul». Igual que llamó «abuela» a la señora Tyler.

Y entonces Quentin se detuvo. Porque, aunque era evidente que sus palabras causaban un gran dolor a Rowena, quedó igualmente claro que oía toda aquella historia por primera vez. Finalmente, Quentin cayó en la cuenta de algo: si Madeleine había sido creada por Rowena, ¿por qué no había hecho una mujer de su propia edad? Tenía más o menos la misma que Quentin. Y Rowena podría haber suministrado fácilmente todos los recuerdos necesarios para que Madeleine fuera completamente convincente como hija de los sesenta y los setenta, igual que Quentin.

En cambio, Madeleine ignoraba muchas cosas que debería haber sabido. Lo justificaba pretendiendo que había pasado la infancia enclaustrada, pero de hecho Madeleine no podía ser la creación de una mujer adulta. Sobre todo por lo ocurrido en el saloncito, cuando se volvió petulante y malcriada, comportándose como... una niña de diez años.

—Su hija —dijo Quentin en voz baja—. Naturalmente ella es también... una de ustedes.

—Una bruja —dijo Rowena tristemente—: Ray, ve a despertar a Roz.

—Ro, sabes que odia que la despierten de la siesta.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Quentin—. ¿Vuela por ahí espiando a la gente?

—No comprende lo peligroso que es —dijo Rowena.

Ray llegó al pie de las escaleras.

—¿De qué habla?

—Por favor, Ray. Ve y tráela.

Ray suspiró y subió las escaleras.

Rowena miró a Quentin y habló seriamente.

—Mi hija es una niña notable, señor Fears. Con mucho talento y... fuerza. Tal vez si hubiera dejado que mi madre me enseñara, podría haberla controlado igual que mi madre me controló durante mi infancia. Una niña con esos poderes, ese conocimiento... hace falta un cuidado extraordinario para no volverse salvaje. Pero yo no confiaba en absoluto en mi madre no después de lo que le hizo a Paul.

—Usted nunca conoció a Paul.

—Sí que lo hice —dijo Rowena—. Se me presentó cada día mientras crecía.

Quentin supo la verdad de inmediato.

—Ése no era Paul, Rowena. Era la bestia.

Ella sacudió la cabeza, luego se echó a llorar.

—No lo sé. Sólo sabía que no quería que mi madre... Si era la clase de mujer que mataba a los niños desobedientes, ¿cómo iba yo a dejar mi hija a su cuidado? Ya hace años que no controlo a Roz. Temo que a veces ella me controla a mí. Estudia cosas,

las descubre, y... desaparece días enteros sin que yo sepa qué sucede. Gobierna a su padre. Está completamente hechizado. Cuando yo le hice eso a Mike, no tenía ni idea, no sabía lo que hacía. Lo he dejado en paz desde entonces...

—¿Luego, quién lo ha estado enviando para que asesine a su madre?

Rowena se llevó la mano a la boca.

—Oh, no. No, ella no ha podido...

—Sí que pude, madre —dijo la voz petulante de una niña desde las escaleras.

Una niña pequeña bajó despacio las escaleras, el pelo un poco desordenado por el sueño, pero por lo demás fresca como una rosa. Quentin imaginó qué aspecto tenía durante la siesta: los brazos a los costados en perfecta simetría, sin mover nada, como yacía la señora Tyler mientras su espíritu deambulaba vigilando o lo que hiciera en ese estado. Reescribiendo señales de tráfico, por ejemplo.

Entonces la cara de la niña se hizo visible y por fin Quentin advirtió por qué el matrimonio Duncan le había parecido tan familiar. Los había visto a los tres antes: en el supermercado Giant de la calle Elden justo antes de su primera alucinación con Lizzy.

—Eso es, Quentin —dijo Roz—. No te gusté, según recuerdo.

—Pensé que eras una mocosa malcriada e insufrible.

Roz le dirigió su sonrisa más angelical.

—Bueno, te lo he demostrado, ¿no?

—Me has demostrado que tenía razón.

—¡Te he demostrado lo que es el verdadero poder! —Su sonrisa se volvió viciosa—. Tenías en la mente el tesoro de tu hermana. La comparaste conmigo. Así que te hice verla. Te volví loco.

Quentin miró a Rowena, sentada en su sillón, y a Ray Duncan, que había seguido a su hija y ahora estaba sentado en el sofá. ¿Cómo se estaban tomando aquello?

Los dos miraban a la nada.

—Los he desconectado —dijo Roz—. No hay ningún motivo para que sepan todo esto.

—¿Creaste a Madeleine sólo para torturarme por haberme atrevido a pensar lo que es obvio para todo el mundo que te ve?

—No, estúpido. Te mostré una visión de tu hermana por eso. ¡Pero entonces, cuando estabas allí contemplando la visión que hice para ti, va ella y aparece!

—¿Quién?

—Lizzy —dijo Roz—. Tu hermana muerta. Su espíritu. Bueno, yo no la llamé. Ni siquiera reparó en mí. Fuiste tú quien la llamó. ¡Qué chasco! ¡Tenías algo de poder! ¿Quién lo habría imaginado?

—Nada comparable con lo que tú puedes hacer.

—Sí, bueno, soy bastante notable. Como lo era el tío Paul. Sólo que mamá no me mató como hizo la abuela con su precioso bebé. Es bueno encontrar esas cosas en el armario familiar.

—Sólo tienes el recuerdo de tu madre, con todos sus malentendidos.

—Habría podido obtener los recuerdos de la abuela directamente, pero sabía lo fuerte que es. Mamá y ella batallaban constantemente. Así aprendí la mitad de lo que sé, viendo sus pugnas por impedir que se vigilaran la una a la otra. Fue fácil controlar a mamá... estaba completamente desprevenida. Y papá, claro, es sólo humano.

—Y por tanto no merece la pena.

—Lo necesito para que haga alguna llamada telefónica de vez en cuando.

—¿Me estás diciendo que improvisaste todo esto?

—Vamos, ¿por qué no? —dijo Roz—. Eras más fuerte que la mayoría de los humanos. Reflexioné un momento y comprendí que tal vez podría utilizarte para que abrieras por mí el cofre del tesoro.

—¿Así es cómo lo llama tu madre?

—Mi madre no tiene ni idea de lo que realmente es ni de cómo usarlo. Poder más allá de la imaginación. La abuela la llenó de historias de terror, pero eso es porque ninguna de las dos tiene un ápice de creatividad. Yo pienso en todas las cosas en las que nadie ha pensado antes. Menos que nadie el dragón. Se le puede matar, pero eso sólo lo libera para poseer a otra persona. Se le puede capturar también, que es lo que hizo la abuela. Pero yo he hecho investigaciones que ninguna de ellas pensó hacer. Hay libros, si sabes cómo diferenciar la tontería de la verdad. Sólo tengo once años, pero soy... ¿cómo decirlo suavemente? El sistema escolar me llama «superdotada».

Quentin quiso abofetear aquella boquita presuntuosa.

—Y eso que eras un tipo no violento, ¿eh, Quentin?

También odiaba la forma en que lo llamaba por su nombre de pila.

—¿Qué sería mejor? —preguntó ella—. ¿Debo llamarte «Tin»?

En ese instante, dejó de ser una niña. Se transformó en Madeleine. El corazón de Quentin dio un salto a pesar de todo lo que sabía.

Y entonces Madeleine se quedó desnuda y correteó por la habitación como una bailarina de *strip-tease* de una película mala.

Ya lo había hecho; podría volver a hacerlo. Se obligó a saber que no era real.

Ella no desapareció.

—Es más difícil deshacerse de mí —dijo Madeleine, sentada en el regazo de Ray y revolviéndole el pelo— cuando hay una persona real dentro del cascarón.

Más difícil, pero no imposible. Quentin recordó a la niña presumida y, tras un vacilante momento, allí estaba, sentada en el regazo de su padre, revolviéndole el pelo.

—Eres un amante terriblemente malo, ¿sabes, Quentin? Cualquier mujer que se acueste contigo tendrá que fingir cada orgasmo.

Era obsceno oír ese lenguaje en boca de una niña.

—Es culpa tuya, Quentin —dijo ella—. Yo no estaba interesada en esas cosas hasta que tú empezaste a toquetear a Madeleine aquella noche en tu salón. Estaba claro que metí la pata, así que tuve que leer y espiar a mamá y a papá y descubrir qué

era toda esa mierda del sexo. Pero al final lo conseguí, ¿no? Hice que todas tus fantasías se hicieran realidad, ¿verdad?

Quentin apartó la mirada, avergonzado.

—Oh, vamos, aquí estás, querías tenerme cara a cara, ¿no? Pues adelante. Sé un hombre. Da la cara.

—No quieres que sea un hombre —dijo Quentin—. Quieres que sea una herramienta.

—Pero nos lo pasamos bien, ¿no? Jugando con la política como lo hicimos. Hacíamos una gran pareja gastando tu dinero para cambiar el rostro de la política estadounidense. Quien gobierna Estados Unidos gobierna el mundo. Si hubieras tenido estómago podría haberme olvidado del cofre del tesoro para dedicarme al gran juego. Para las elecciones de 1996 no, pero para las del 2000 habríamos estado preparados. Ambos candidatos a la presidencia nos habrían pertenecido. Pero no pudiste hacerlo. No pudiste seguir. Supe desde entonces que sólo crearías problemas. Así que... al plan B.

—El cofre del tesoro.

—Realmente fue el plan A todo el tiempo. Lo sabía —dijo Roz—. Sabía que te acobardarías porque así es como eres: blando de corazón, como mamá. No tenéis valor para hacer nada poderoso. Incluso mantenerla así... yo no podría hacerlo si ella tuviera valor. ¡Es una bruja! Sería capaz de librarse de mi control si quisiera. Si supiera que lo estoy haciendo. Pero sigue pensando que me ama y eso me facilita controlarla. Como te controlé a ti mientras amaste a Madeleine.

—Pero no lograste hacerme abrir el cofre.

—Fue la abuela. No sabía que era yo, por supuesto, porque cubro todo lo que hago con el espíritu de mamá. Una parte, para que me sirva de máscara.

—Así que eres tú quien controla a Mike Bolt, a través de tu madre. Y bloqueas constantemente a la señora Tyler para que no vea lo que haces.

—Fácil, fácil, fácil.

—Pero no puedes hacerlo todo a la vez.

—No tengo por qué. Sólo sigo a la gente que importa, la gente que cuenta para algo.

—Pero tienes miedo —dijo Quentin—. O no habrías intentado matar a tu abuela.

—Claro que tengo miedo, cabeza hueca. Estamos tratando con cosas poderosas. ¡Ese dragón no es ninguna broma! Y la abuela puede interferir. Quiero quitarla de en medio. Está de sobra desde hace una década.

—Casualmente, la edad que tú tienes.

—Es una asesina de niños, Quentin. Se merece morir. —Roz se echó a reír—. Vamos, saborea el espíritu de todo esto.

Quentin sacudió la cabeza.

—Vine aquí pensando hablar de negocios. Tal vez lográramos elaborar una fórmula para que tú consiguieras lo que quieres y acabar de una vez. Pero no, creo

que no.

—¿No soy digna? —dijo ella cono pena fingida.

—¿Quién necesita a una bestia estando tú en el mundo?

Las palabras ni siquiera parecieron molestarla.

—Todo el mundo es un crítico. Bien, veamos. Eso significa que Quentin Fears no quiere volver a la casa de la abuela y abrir por mí el cofre del tesoro. ¡Qué triste! ¡La pobre Roz no se sale con la suya! ¡Buaaa! ¡Buaaa!

Vamos, pequeña bruja malvada, ve al grano.

—Impaciente, ¿eh? Cómo decía, sólo sigo a los que importan. Por ejemplo, a ese investigador que tu abogado contrató aquí, en Washington. Mientras tú hablabas con la gran dama, yo estaba en su coche, hechizándolo. Es mío, Quentin. Te dio la dirección de esta casa, claro... cuando yo estuve preparada.

—¿Preparada? Estabas echando una siesta.

—Fuiste al cine y cenaste. Yo tenía cosas que hacer. El tema es, recuerda, por fin voy al grano, el tema es que tu pequeño investigador también hizo un encarguito por mí.

Quentin se sintió enfermo, aunque no tenía ni idea de qué podía haberle ella obligado a hacer al hombre.

—Fue a un cementerio de California y excavó un poquito —dijo Roz—. Me trajo un bonito trozo del cadáver de tu hermana. Y, como también conocía su nombre ya... No sabías que eso hace falta, ¿no? Como ya sabía su nombre, pude invocarla. Volvió esta mañana. Tengo a tu hermana bien encerrada. Es una prisionera, igual que el dragón. Sólo que ella no es tan poderosa. No puede salir, ni siquiera un poquito. Sólo existe dentro de su... bueno, llamémosle su hogar, ¿por qué no?

—La bestia ya te tiene.

—Soy más fuerte que el dragón. Eso es lo que mi madre y mi abuela nunca han tenido en cuenta. ¿Y si aparece alguien tan fuerte que no tiene que matar a la bestia ni aprisionarla? Yo soy quien domará al dragón, y lo cabalgaré hasta donde quiera.

—Un *cowboy* en el rodeo —se burló Quentin.

—Y tú me ayudarás. Será en tu cuerpo donde viva el dragón cuando lo esté cabalgando. Creo que es justo. Te di el mejor año de tu vida. Bueno, no un año entero, pero casi. Cuando le cogí el tranquillo, gozaste de mejor sexo que ningún hombre, noche tras noche. Y fui buena compañera. La esposa perfecta. Te pagué por adelantado para usar tu cuerpo ahora. No sufrirás, ¿sabes? De hecho, te reunirás con tu preciosa Lizzy. Tienes mi palabra de que después que el dragón ocupe tu cuerpo, Lizzy saldrá del... lugar. Libre otra vez. Así que te volveré a pagar. Vamos, Quentin, es un buen trato. Tu hermana por mi dragón. Más el año más feliz de tu vida. Nunca podrás decir que te han estafado.

Quentin se sintió como si ya estuviera muerto.

—Tal vez incluso obtengas algún placer viendo cómo el dragón y yo usamos tu cuerpo. Estás pensando que soy el mal puro, lo sé, pero te equivocas. Usaré todo ese

poder para hacer el bien. Unir al mundo bajo un gobierno fuerte. Paz en la tierra. Buena voluntad hacia todos los hombres. Hitler era Hitler antes de que la bestia lo poseyera. Calígula ya era un pequeño cabroncete.

¿Y qué te crees que eres tú?

—Palos y piedras, Quentin. Para eso he querido siempre el poder. Para hacer el bien a todo el mundo. Verás, todo esto es para bien. Tienes suerte de ser el elegido. Y, cuando sea mayor y alcance la pubertad, probablemente me aparearé con tu cuerpo para que tus hijos hereden el reino de la tierra. Como promete el libro de la Revelación... un millar de años de paz.

—También promete devastación.

—Eso depende de lo testaruda que sea la gente si se resiste a mí. No se puede hacer una tortilla sin romper algunos huevos. No pongas esa cara por el tópico, Quentin; sólo se convirtió en tópico porque es verdad.

Quentin se puso en pie y avanzó lentamente hacia la puerta.

—No te ayudaré —dijo.

—Oh, Lizzy lamentará mucho oír eso.

—Lo comprenderá.

—Tú no lo comprendes, Quentin. Esto no es temporal. Si no me ayudas, nunca, nunca la dejaré salir.

Quentin se detuvo en la puerta.

—Tu vida y nunca son dos lapsos de tiempo diferentes, niña. Sólo crees que eres inmortal.

—No tengo que vivir para siempre. Me basta con enterrar el objeto en el que tengo a tu hermana en el patio y... dime, Quentin, ¿quién va sacarla? ¿Cuántos miles de años pasarán antes de que la erosión la descubra por fin? E incluso entonces, no sabes de qué está hecho el recipiente que la contiene. Pero te daré una pista: no es biodegradable.

Quentin apenas podía respirar tan lleno de impotencia se sentía. Roz se levantó del regazo de su padre y subió a saltitos las escaleras.

—Sólo soy una niñita pequeña —dijo—. No deberías enfadarte tanto conmigo.

—Quiero que mueras.

—Algún día lo haré. Ahora diles adiós a mis padres.

Siguió subiendo las escaleras.

Casi de inmediato, el matrimonio Duncan recuperó el sentido. Ray parecía bastante sorprendido.

—¡Debo de haberme quedado dormido, por el amor de Dios! ¿En qué estaría yo pensando?

Rowena, sin embargo, tenía en el rostro una tristeza infinita.

—Ya no puedo negarlo —dijo—. Mi hija nos gobierna, ¿no?

—Sólo porque la aman. Aunque no comprendo cómo ni por qué.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Rowena.

—Porque es mía. Porque yo no soy mi madre. Amo a mis hijos.

—Su madre también los amaba —dijo Quentin—. Pero reconózcale al menos esto: la bestia robó a su hijo. Ella no crió a la suya para convertirla en un monstruo.

—¿Se atreve a juzgarme?

Quentin ladeó la cabeza.

—No la juzgo por lo que ha hecho o ha dejado de hacer. Pero si la deja continuar con lo que planea, entonces la responsabilizo, sí.

—No me importa lo que piense de mí —dijo Rowena—. ¡No soy mi madre!

—Lástima por la raza humana. Lástima por su hija. Ella cree que controlará a la bestia.

De repente Rowena y Ray volvieron a quedar flácidos. Roz apareció en lo alto de las escaleras.

—Ya basta, Quentin —dijo alegremente—. Un poco de aprendizaje es peligroso.

—Y el poder absoluto corrompe absolutamente —respondió Quentin.

—A mí que me registren —dijo ella. Luego le dirigió un saludo—. Abre la puerta y adiós, querido.

Él se esforzó por decir algo que la asombrara por su brutal astucia, pero no se le ocurrió nada.

Y no tenía sentido tratar de hablar con Rowena y Ray, no cuando se hallaban en aquel estado.

—Roz —dijo por fin.

—¿Sí, Tin, muñeco mío?

Ella lo expresó con tanta ironía que se le clavó en el corazón. Porque Quentin se convertiría en su muñeco si la niña ganaba la partida. Si perdía, seguiría siendo de todas formas el vehículo del dragón, el semental de la bestia, y Lizzy nunca saldría de su prisión.

—Tal vez lo haga.

—Lizzy se alegrará de oírlo.

—Tienes que traerla contigo. Tráela.

—Ni hablar —dijo Roz—. ¿Crees que soy estúpida? Por si se te ocurre alguna tontería, recuerda que yo no soy una ilusión como lo era Madeleine. Si se produce una pelea entre nosotros, ganaré. No puedes combatir a una bruja, Quentin. No eres tan fuerte.

—Si decido hacerlo, ¿cómo te lo haré saber?

—Yo lo sabré, tontorrón. —Soltó otra vez su risita infantil.

—¿Qué te hace pensar que esta vez lo conseguirás, cuando la última fracasaste?

—Tengo un plan mejor.

—¿Por ejemplo?

—Estaré allí esta vez. Y habrá menos interferencias.

—No te puedes comparar con tu abuela, si te refieres a eso.

—Me puedo comparar con nadie —dijo ella—. Soy más joven que Alejandro

cuando heredó el reino de su padre.

—No eres tan lista como crees.

—Tú no eres lo suficientemente inteligente como para juzgar. Ahora márchate, señor Fears. Mis padres se quedan atontados cuando los dejo así sentados.

Quentin abrió la puerta y se marchó, dejando la puerta entornada. Había bajado la mitad de los escalones cuando la oyó.

—¡Ha sido un gesto infantil, Quentin! ¡Dejar la puerta abierta! ¡Qué niño grande! La ignoró y regresó a su coche.

Tenía que haber un medio de detenerla. El problema era que no sabía lo suficiente como para tener esperanza alguna de descubrirlo. Pero no importaba. La señora Tyler quería volver a verlo. Le ayudaría a decidir qué hacer para liberar a Lizzy sin soltar a la bestia por el mundo.

Aunque también sabía que, si se trataba de elegir entre la libertad de Lizzy y salvar su propia vida, o incluso salvar el mundo, ni siquiera tendría que pensarlo. Su propia vida carecía ya de valor. ¿Y el mundo? El mundo podía cuidar de sí mismo. El dragón había estado suelto antes, y el mundo sobrevivido. Además, ni siquiera los dragones viven eternamente. Peter, Paul y Mary no sabían de lo que estaban hablando.

Los dragones mueren, sí. ¿No sería una buena broma para Roz y la bestia si tomara una gran dosis de veneno antes de abrir el cofre del tesoro? ¡Que el dragón tomara su cuerpo y luego se desplomara muerto!

Pero eso no sacaría a Lizzy de su prisión. Necesitaba un plan mejor. La señora Tyler sabía qué hacer. Tenía que volver con ella.

17

PELO

Quentin llamó a la compañía de alquiler de coches y explicó por qué iba a dejar en Dulles el coche que había alquilado en La Guardia. La empleada con la que habló tenía una voz nasal cantarína, cosa que ya habría sido bastante molesto pero, lo que realmente le hizo subir por las paredes, fue su aire de complaciente superioridad y su completa falta de disposición admitir la más mínima razón en la postura de Quentin.

—Ese coche no tenía autorización para ser entregado en otro aeropuerto, señor.

—Pero ahí es donde va a ser devuelto.

—Pero no puede devolverlo allí, señor.

—Pero es ahí donde voy a dejarlo.

—Firmó usted un contrato prometiendo devolver el coche en La Guardia.

—Hubo una tormenta. La Guardia estaba cerrado.

—Un contrato es un contrato. ¿No cumple usted sus contratos, señor Fears?

—Estoy tratando de devolver el coche. Tienen ustedes una oficina en Dulles.

El ciclo se repitió unas tres veces antes de que Quentin perdiera por fin la paciencia. No alzó la voz. De hecho, habló más bajo.

—Déjeme explicárselo con sencillez. No tienen ustedes elección porque yo no la tuve. La Guardia estaba cerrado y yo tenía que llegar a Washington. Ahora estoy aquí y regreso en avión a Nueva York; salgo de Dulles. Las regulaciones aéreas no me permiten facturar el coche como equipaje.

—Firmó usted un contrato, señor Fears. Si no pretende...

Quentin estaba harto de que lo acusara de haber roto su palabra.

—Voy a decirlo sólo una vez. Si quiere hablar en vez de escuchar, por mí muy bien.

—Adelante, señor Fears.

—Pagué el seguro de daños. Eso significa que si estrello el coche no tendré ningún problema para devolverlo. También, si roban el coche no será asunto mío. Así que puede usted hacer que su gente en Dulles acepte el coche o lo dejaré en un Seven-Eleven con las llaves puestas y el motor en marcha; que su compañía de seguros se lo reembolse. ¿Qué va a ser?

—Será mejor que hable usted con mi director.

—Tengo una idea mejor. Hable usted con el director. En caso de duda, aquí tiene el número de mi abogado.

Quentin metió sus útiles de aseo en una bolsa, junto con su última camisa limpia, calcetines y ropa interior. Compraría más si le hacía falta. También cogió el teléfono móvil y, camino del aeropuerto, llamó a Wayne Red y le contó su problema con la compañía de alquiler de coches.

—Quentin, no deberías dejar que las empleaditas te molesten. Cuanto más se cabrea uno, más disfrutan.

—Lo sé, Wayne. Tienen un poco de poder y se les sube a la cabeza. Pero no quiero retrasarme.

—Los llamaré. No te preocupes por eso.

—Estoy a cinco minutos de Dulles.

—Soy muy muy rápido.

Lo fue. En el aeropuerto aceptaron la entrega del coche sin una sola queja.

—Muy bien, señor Fears. Ningún problema.

A veces era muy agradable tener dinero y abogados. Quentin no sabía por qué la gente corriente no estrangulaba más a menudo a los burócratas arrogantes. Pero claro, los burócratas eran gente corriente. Tal vez la mayoría de la gente comprendía simplemente sin tener que obedecer reglas estúpidas en el trabajo. Seguían la corriente porque no querían causar problemas a otro pobre diablo. Todo el mundo tenía que tragar para conservar su trabajo.

Sí, pero no tenían que sentir tanto placer con ello.

Mientras recorría el aeropuerto, pensó, así que tengo dinero y eso significa que puedo librarme de todas esas pequeñas molestias. Alguien me molesta, puedo hacer que se encargue mi abogado. ¿Es malo tener tanto poder? ¿Cuánto poder has de tener antes de ser un monstruo? ¿Hasta dónde tienes que hacer que tu vida sea fácil a expensas de los demás antes de volverte malo y merecer la destrucción?

Sentado en el avión, Quentin decidió que no había cruzado la línea. Todavía. Sabía que no era un tirano. Todavía. Pero también sabía que la línea no estaba trazada con mucha claridad. ¿Cuánto la cruzó Roz? Porque estaba seguro de que lo había hecho. Controlar a tus propios padres, usarlos como herramientas, crear una súcuba para seducir a un pobre infeliz a fin de que sacrificara su cuerpo y así tratar de dominar a un monstruo aún peor que tú misma... todas esas cosas estaban al otro lado de la línea.

Al mismo tiempo, tenía que reconocer que, una vez que dejaba las cosas en manos de Wayne, no había ninguna garantía de que se resolvieran con amabilidad y cortesía. Por lo que sabía, Wayne era el abogado del infierno. Llamaba al jefe de relaciones con los clientes y explicaba que Quentin Fears, que tenía dinero suficiente para llevar a cabo una opa hostil la semana siguiente, estaba siendo molestado por una empleada ignorante de la oficina de Nueva York. ¿Podía por favor devolver su coche en Dulles? Y entonces el mandamás de la compañía cogía el teléfono y se encargaba de todo, parte de lo cual podría ser una buena reprimenda a aquella empleada de La Guardia. O tal vez una mala evaluación. O tal vez la mujer perdería su empleo. Tal vez porque la había cagado con el hombre equivocado, con Míster Millonario Pez Gordo, la empleada iba a irse a casa para decirle a su madre viuda y sus tres hermanos menores, de los cuales era el único sustento, que había perdido el trabajo.

El hecho de que yo no vea cómo se hace, no me limpia del mal que se realiza en mi nombre con mi dinero. Tal vez la única diferencia entre Roz y yo es hasta dónde hemos cruzado la línea, y lo sinceros que somos en lo que queremos del mundo. Yo me digo a mí mismo que nunca he buscado el poder, que no me importa el dinero, que sólo estoy haciendo el bien.

La mujer de la compañía de alquiler de coches de Nueva York era idiota. Probablemente no perdió su trabajo ni volvió a oír hablar del asunto. Pero Quentin no lo sabía. Igual que Roz no tenía ni idea de lo que le hacía a la gente que controlaba. Aquel investigador privado que voló a California y de algún modo consiguió excavar la tumba de una muchacha que había muerto hacía décadas para coger un pedazo de su cuerpo... no pudo impedirlo, pero ahora tenía que vivir con haberlo hecho. A Roz no le importaba. Roz no dudaba. ¿Pero era ésa la única diferencia entre ellos, que ella no se lo pensaba dos veces, pero él dudaba y se sentía un poco culpable?

Además, ¿cómo sabía que ella no se sentía culpable? Tal vez se sentía atormentada permanentemente pero continuaba porque sabía que estaba haciendo bien. Uniría al mundo bajo un único gobierno. Acabaría con todas las guerras. No más Bosnias o Ruandas, Somalias o Chechenias. Líbano en paz. Chiapas sin corrupción ni opresión. Colombia sin los *narcos*. Alegres celebraciones de la libertad en la plaza de Tiananmen. El final de la corrupción en Zaire. El final de los asesinatos en Haití. Si ésos eran los sueños del corazón de Roz, ¿entonces quién era él para decir que las pocas vidas que arruinaba no eran un precio justo por todo el bien que conseguiría? ¿En qué era su acción distinta a la de un gobierno que recluta soldados y los envía a morir por una noble causa? Había causas nobles. ¿Por qué no podía ser también noble la causa de esa niña?

Casi logró creer que no había ninguna diferencia moral entre Roz y él. Que no tenía ningún derecho a juzgarla. Que todo se reducía realmente a una lucha por la supervivencia. La ley de la jungla. A un lado, poderes que superaban con mucho los que Quentin podía presentar en la batalla. Al otro, la ventaja de la edad y la experiencia sobre la estrechez de miras y la impulsividad de la juventud. Pero, moralmente, ninguna diferencia real entre ellos. O peor... que las esperanzas del mundo dependieran de la victoria de ella y, si él conseguía derrotarla, la única esperanza para el futuro quedara extinguida.

No, no, no, gritó por dentro. Eso no está bien. Todo es mentira. Pero no supo cómo estar seguro.

¿Es ella quien pone estos pensamientos en mi mente? ¿Trata de que yo me entregue voluntariamente? La súcuba no fue suficiente, así que ahora intenta engañar al muchacho.

Pero no funcionaba así. Las brujas harían creer cosas a la gente. Podían hechizarla y forzar su obediencia, hacer que olvidara. Pero no podían entrar en la mente de Quentin y obligarlo a pensar de una manera determinada, o nunca se habría librado de su creencia en Madeleine cuando regresó a él en su cama. Esas dudas surgían de su

propia mente. Todavía seguía siendo su dueño, a solas dentro de su cabeza.

Roz no tiene poder para hacerme pensar de una manera determinada... pero sí para ver lo que estoy pensando. Y eso significa que, si quiero tener alguna esperanza de vencerla, no puedo permitirme pensar en mi propio plan. Lo que significa que no puedo tener un plan. Lo que significa que bien podría rendirme ya, porque ella sí lo tiene y yo soy uno de los peones.

Ah, no te vendas barato, Tin, muchacho, se dijo a sí mismo. Eres como mínimo un caballo, tal vez un alfil, tal vez incluso una torre.

Pero no la reina.

Y el rey estaba encerrado dentro del cofre del tesoro.

Ése es mi error, advirtió. Roz no es el enemigo. No importa cuánto la odie y la tema, no importa cuánto quiera vengar mi humillación a sus manos. El verdadero peligro es lo que le robó la vida a Paul Tyler y ahora espera a que la tapa del cofre se abra para saltar a otro cuerpo y controlarlo. La bestia sedujo a Rowena con sus mentiras. ¿Cómo sabía que no estaba también seduciendo a Roz? Ven a mí, te serviré, podrás gobernarme. Tú eres la que tiene poder. Saltaré al cuerpo de ese Quentin Fears y luego tú lo hechizarás y me tendrás. ¡Buen plan! ¡Buen plan!

Roz no es el enemigo. Roz está siendo engañada por la bestia igual que yo fui engañado por Madeleine.

Y la verdad era que, en la pugna entre Roz y el dragón, Quentin no podía considerarse ni siquiera un peón. Mientras el juego se desplegaba, no comprendería lo que estaba viendo. Ellos estaban en una competición distinta.

En La Guardia alquiló otro coche... en una compañía distinta esta vez, porque no quería pensar de nuevo en lo que podría o no podría haberle pasado a aquella empleada. Se dirigió al norte por carreteras ahora flanqueadas por murallas de nieve a cada lado. No había ningún paisaje, sólo las luces blancas de los coches que venían de frente, las luces rojas de los coches de delante y las altas paredes de nieve sucia retirada por las máquinas.

Mientras se acercaba a Mixinack, cogió la tarjeta de Mike Bolt y marcó su número. Tal vez era una locura volver con él, sabiendo que había estado bajo el control de Roz. Pero ahora que Rowena era más consciente de lo que sucedía, Roz no tendría tan fácil acceso a él. Mientras Bolt permaneciera lejos de la residencia, era un buen hombre. Un amigo. Y tenía derecho a saber cómo terminaba todo aquello.

Bolt contestó al teléfono.

—Soy Quentin. Estoy a unos cinco minutos de Mixinack. Me ofreciste un sitio donde quedarme. El sofá del sótano o algo así.

—Es medianoche —dijo Bolt—. ¿Hablas en serio?

—Hoy he conocido a Rowena. Vive en Virginia.

—¿Es... cómo dijiste? ¿Es tu enemiga?

—Es una bruja, Bolt. Pero ya no soy capaz de distinguir a los malos de los buenos. Hablaremos cuando llegue.

—¿Vendrá ella? ¿Vendrá a Mixinack?

—Eso creo. Por lo que sé, habrán llegado antes que yo.

—¿De verdad que fuiste conduciendo hasta Washington con esa tormenta? Dijeron que nadie logró pasar.

—Se equivocaron al menos en uno. Sucede siempre.

—Y ya has vuelto.

—Sí, bueno, vuelo con frecuencia.

—Entonces pásate por aquí. —Bolt le recordó cómo llegar. Y entonces preguntó —: ¿Sigue siendo hermosa?

—¿Rowena?

—No, su perra.

—Mike, estas casado.

El tono de broma desapareció cuando contestó:

—Es hermosa, sí. —Aunque Quentin estaba bastante seguro de que le parecería mucho más bonita a Bolt que a él.

—No fue una locura amarla, ¿verdad?

—Bolt, todos estamos locos por amar a alguien. Pero nos volvemos aún más locos si no lo hacemos.

—¿Qué es eso, un aforismo?

—Será mejor que lo pegues en tu frigorífico antes de que llegue.

Mientras recorría las calles secundarias de Mixinack, que no habían sido despejadas tan concienzudamente de nieve como las carreteras, Quentin encontró por fin la certeza moral que había estado anhelando todo el camino. Era Lizzy. Lizzy como rehén. Lo bueno o lo malo de todo el asunto no importaba a la vista de aquello. Haría lo que hiciera falta para salvar a Lizzy. Y eso implicaba seguir vivo, vivo y libre. Porque estaba seguro de que, si la bestia ganaba o lo hacía Roz, el brillante espíritu de Lizzy sería olvidado en su prisión a no ser que Quentin estuviera allí para encontrarla y soltarla.

La esposa de Bolt estaba despierta cuando llegó. Quentin vio de inmediato que se había levantado de la cama: tenía el pelo revuelto a pesar del peine que se había pasado un par de veces y los ojos hinchados de cansancio. Pero le recibió con una sonrisa cuando Bolt los presentó.

—Mi Leda —dijo, pasándole un brazo por encima del hombro.

—¿Café o descafeinado? —preguntó ella, quitándose el brazo de su esposo y dándole en broma un codazo.

—Nada de café —dijo Quentin—. No tendría que haberse levantado, no quisiera causarle ninguna molestia.

—Si no querías causar molestias, haberte quedado en un motel —dijo Bolt—. Vamos, Quentin, ¿cuántas veces crees que tenemos a millonarios durmiendo en nuestro sofá? Deja que juguemos a ser anfitriones desprendidos.

—Eres muy amable. Descafeinado, entonces, o chocolate caliente.

—Tenemos ambas cosas —dijo Leda.

—Chocolate, entonces.

Ella preparó chocolate caliente para los tres y luego sacó del congelador una tarrina a medio consumir de helado de vainilla. Todos pusieron helado en el chocolate caliente y luego lo comieron a cucharadas, frío y ardiente al mismo tiempo. Mientras comía, Quentin advirtió los cisnes que había por toda la cocina. Cisnes de mimbre, de porcelana, de tela, de madera; pintados en jarras, impresos en papel y enmarcados, bordados, dibujados en el papel de pared.

—Leda y el cisne —dijo Quentin—. Supongo que eso significa que el cisne eres tú, ¿no, Mike?

—El dios disfrazado que viene y se lleva a la hermosa damisela —dijo Bolt—. Zeus. Dios del rayo y el trueno.

—Cuidado —dijo Quentin—. Hera puede ponerse celosa.

—Sí, bueno, no hay ninguna Leda. La mujer que se despierta por la noche con mis hijos es la única que existe para mí.

Ella le sonrió, agotada, pero satisfecha por lo que había dicho.

—Mírelo, es mi poeta —dijo—. El cisne podría cogerme en brazos, no creo que pudiera volar. Dios nunca hizo a ningún cisne tan grande.

Quentin notó cómo exageraba el acento del Bronx en su forma de hablar mientras rehusaba modestamente las palabras de adoración de su esposo. Una mujer dulce, una buena mujer. Y Bolt la amaba. Lástima que estuviera hechizado por una bruja cuya hija la controlaba junto con los hombres que poseía. Si Rowena quisiera, abandonaría a Leda sin pestañear. Y sin embargo, sabría que lo había hecho. ¿Podría soportar vivir con esa carga? A Roz sin duda no le importaba, ¿y a Rowena?

Se terminaron el chocolate. Quentin rehusó hablar sobre sus planes. No tenía ninguno. No podía permitirse tenerlos. ¿Conducir hasta la residencia de ancianos? ¿Quedarse hasta que llegara Roz?

Leda volvió a la cama después de fregar las tazas. Bolt le mostró a Quentin su habitación. No había un sofá sino una cama plegable, muy bien hecha. Una tele con mando a distancia.

—No es el Ritz —dijo Bolt.

—Pero es mejor que el motel Seis.

—Buenas noches, pues. No necesitarás despertador en esta casa. Mantendremos la puerta cerrada, pero el ajeteo de los pies de los niños probablemente te parecerá la Segunda Guerra Mundial.

—No me importará.

Bolt se dio la vuelta para marcharse.

—Mike. ¿Estaría perdiendo el tiempo si te pidiera que me prestaras un arma?

—No necesitas un arma. Las armas se disparan y hieren a la gente.

—Sabes contra qué me enfrento.

—No puedes disparar contra mujeres que no dejan huellas, Quentin.

—Estaré con unas que sí las dejan.

—¿Has disparado alguna vez?

—Te prometo que no dispararé cerca de civiles.

—¿Qué impedirá que te quiten el arma y te disparen con ella?

—He de tener algo, Mike.

—Te daré algo para tu defensa personal. Pero no pienses siquiera en un arma letal, Quentin. Si hace falta, yo me encargaré.

—¿Piensas estar allí?

—No me lo perdería.

—Pero ¿serás un hombre libre, Mike?

—¿Qué quieres decir?

—Rowena te posee, Mike. Eso dijo su madre.

—Su madre miente —dijo Bolt alegremente—. Le debo mucho, pero respecto a lo que dice de Rowena, hay que considerar la fuente.

No tenía sentido discutir con él. Tal vez Mike sería un punto a su favor, tal vez no. Pero ya que Quentin se negaba a pensar en ningún plan, no se permitió considerar la cuestión.

—Oh, no pongas esa cara, Quentin. Piensa... has sido seducido por una súcuba y ahora vas a ver un enfrentamiento entre las brujas y los machotes.

—Muy amable de tu parte incluirme entre los machotes.

—Para eso somos amigos —sonrió Bolt.

—No sólo tíos, sino amigos. —Quentin se llevó la mano al corazón—. Estoy conmovido.

Bolt sacudió la cabeza.

—Sí, bueno, recuerda que, si uno de nosotros tiene que morir en esa casa mañana, espero que seas tú.

—Sé que Leda no lo permitiría de otra forma.

Bolt cerró la puerta al marcharse. Quentin se desnudó y, mientras se metía en la chirriante cama con el colchón fino como el papel, supo que sería la peor noche de su vida. Se quedó dormido a los tres minutos.

Por la mañana, Quentin se vistió y se dirigió tambaleándose a la cocina donde Leda cocinaba tortitas y las servía en los platos de los niños.

—¿Quiere utilizar el cuarto de baño antes de comer? —preguntó.

—Si las tortitas están preparadas ya no voy a irme al baño y dejar que estos tipos se las coman todas.

Los niños se echaron a reír y Leda los presentó y desayunaron juntos. Hasta que no se marcharon al colegio, Quentin no advirtió que no había visto a Bolt esa mañana. ¿Por qué no se había dado cuenta? Era increíble que se le hubiera pasado por alto.

Roz, ¿qué estás haciendo?

—¿Dónde está Mike? —preguntó, temiendo la respuesta.

—Oh, tenía algunas cosas que hacer. Me dijo que le dijera que ésa es la carga del hombre casado. Además, tengo que darle esto.

Le tendió una pequeña lata de spray. No había escrito nada por parte del fabricante, pero tenía pegada una etiqueta que decía: «MixPolDep».

—Es mace. El de verdad. Gas lacrimógeno. Mike dice que no lo utilice al aire libre porque el viento lo llevará de vuelta hasta su cara y que, si lo usa bajo techo, se asegure de que su mano no esté a más de un palmo de la cara de su objetivo.

—Piensa que soy un manazas, ¿verdad?

—No lo sé —dijo Leda—, pero les da las mismas instrucciones a los policías nuevos cuando empiezan a trabajar para él.

—Menos mal. Gracias por el desayuno. La mejor comida que he tomado en una semana.

Lo cual era cierto. Lo que pensaba que comía en la mansión Laurent era mejor, pero, estrictamente hablando, no había sido una comida.

—¿Debo esperar a que regrese? —preguntó Quentin.

—Dice que haga lo que tenga que hacer. Si no le espera en el departamento, se encontrarán en la casa. No empiece sin él.

—Muy bien.

Entonces el terror lo apuñaló y pensó que no iba a perder de vista a Bolt. Tengo que buscarlo. Ya me lleva al menos una hora de ventaja. Tengo que llamar a Sally y advertirla de que Bolt anda suelto.

Pero no la llamó. Fue al cuarto de baño y se duchó, se afeitó y se vistió con su última muda. Tal vez fuese la última vez que necesitaba ropa limpia de todas formas.

Por un instante, mientras abandonaba la casa, recordó vagamente que tenía algo que hacer. Algo que parecía muy urgente cuando lo pensó allá en la cocina, justo después de desayunar, pero ¿qué era? No podía recordarlo. Bueno, si tan urgente era, ya se acordaría.

Condujo hasta el departamento de policía.

—El jefe Bolt ha estado aquí hace un minuto —dijo la recepcionista—. Ha salido un momento. Dice que le espere.

Sólo entonces recordó su urgente misión, y en ese instante el alivio lo inundó. Bolt acababa de salir. Todo iba a ir bien.

Abrió la puerta y encontró a Sally Sannazzaro esperando en la oficina de Bolt.

Ella se puso en pie.

—No puedo creerlo —dijo—. La señora Tyler dijo que le encontraría aquí. Pensé que se refería a que el jefe Bolt me diría cómo ponerme en contacto con usted; pero no, aquí está.

—Es el destino —dijo Quentin—. ¿Ha venido en coche? Debe haber salido a las cinco de la mañana.

—He salido a las ocho. Las carreteras están despejadas y es más tarde de lo que cree.

—Gracias por no estar enfadada conmigo.

—No, me porté fatal. Bolt me saca de quicio. Tal vez le engañe haciéndose el simpático, pero juro que es malvado.

Quentin sacudió la cabeza.

—Cuando es dueño de sí mismo, es un buen tipo. Ama a su esposa y sus hijos.

—Bueno, supongo que sólo lo he visto cuando no es dueño de sí mismo —dijo Sannazzaro—. ¿Y usted? ¿Es dueño de sus actos ahora?

—Espero que no. Trato de hacer acopio de valor para hacer algo realmente estúpido y peligroso.

—Si sabe que es estúpido... —Pero no terminó la frase. Los dos sabían que a veces hay que hacer cosas estúpidas y peligrosas.

—¿Qué la trae por aquí?

—Cumpló un encargo de la señora Tyler —dijo ella—. De algún modo, sabía que estaría usted aquí.

—Una mujer sorprendente. Supongo que eso significa que vuelve a hablar con usted.

—Está tan atenta, tan despierta desde que la visitó... Incluso más que cuando llegó a la residencia. Me asegura que usted no la curó, pero Quentin... ¿puedo volver a llamarle Quentin? ¿Todavía?

Él tuvo el súbito impulso de decir: Sólo si puedo llamarte señora Fears. Pero no lo dijo. Supo de inmediato que este súbito y desesperado deseo que sentía hacia Sally Sannazzaro no era más que el síndrome anterior a la muerte. La misma necesidad que muchos soldados antes de la guerra tenían de casarse con alguien o acostarse con alguien, dejar la semilla por si no regresaban.

Ella malinterpretó su vacilación.

—¿Sigue enfadado?

—No, para nada. No sé lo que siento. Por favor, llámame Quentin.

Ella apoyó la mano en la suya un instante, para sellar su reconciliación.

Entonces sacó de su bolso un gran sobre de papel manila.

Había sido doblado en cuatro para que cupiera en él. Lo desplegó, lo abrió y sacó una bolsa de plástico llena de pelo gris.

—¿Ella me ha enviado su pelo? —preguntó Quentin.

—No he dicho que estuviera cuerda, sólo que estaba despierta. No puedo explicártelo... se levantó, buscó las tijeras y se rapó el pelo antes de que yo llegara esta mañana. Tiene un aspecto terrible, pero dijo que sabrías para qué es. Y si no lo sabes, hay una nota.

—¿Qué dice?

—No me ha pedido que la leyera.

Quentin se acordó de la gran dama quejándose cuando él no selló la nota que le dejaba, y sonrió.

—¿Crees que ya la he leído?

—Sonreía porque sabía que no lo has hecho.

Ella puso los ojos en blanco.

—Eso ha sido duro.

—¿Duro?

—Claro que la he leído. Una de mis residentes se corta todo el pelo, me lo da en una bolsa de plástico y me dice que se lo lleve a un millonario a una población en la que no vive, ¿cómo sé siquiera que estará allí? ¿Crees que no iba a leer la nota?

A estas alturas, Quentin ya la había abierto y la estaba leyendo.

Querido Quentin:

Si esto le acompaña, entonces yo le acompaño. Llévelo sobre el corazón. No es mucho, pero es todo lo que puedo hacer por usted. No deje que toque su piel. Si lo hace, no podrá resistirse a poseerlo, aunque la quiera a ella más. Está en sus manos. Que Dios le acompañe.

Sinceramente suya,

ANNA

—¿Has leído esto? —preguntó Quentin.

—¿Tiene sentido para ti?

Al principio no lo tuvo. Hasta que comprendió que, cuando decía que no dejara que tocara su piel, no se refería al pelo, sino a la bestia. ¿O no?

—Está loca, ¿verdad? —preguntó Sally—. La amaba, pero la anciana se ha vuelto majareta, ¿no?

—¿Es ése un término clínico?

—Es una pregunta seria. Supe que había perdido la cabeza en cuanto lo leí. Pero no pude ignorarlo. Sabía que tenía que venir hasta aquí y enseñártelo.

—No está loca y lo sabes.

Sally vaciló un instante, luego asintió.

—Lo sé. Pero quiero saber para qué es esto.

Quentin se desabrochó la camisa y se la quitó.

—Bolt debe tener cinta adhesiva gruesa por alguna parte. Es demasiado macho para tener cinta de oficina.

Sally le ayudó a abrir cajones y archivadores.

—Entonces ¿no vas a explicarme nada?

—Sally, todo lo que conseguiría es que pensaras que estoy aún más loco que la señora Tyler.

—Aquí tienes. Este archivador es como una caja de herramientas.

—Ayúdame a pegarme esta bolsa sobre el pecho, ¿quieres? Y ahórrate el chiste malo de tener pelo en el pecho. Sé lo estúpido que parece.

—Quentin, no sé qué crees que estás haciendo, pero esto no es exactamente un chaleco a prueba de balas.

Había una cosa que le gustaba de ella: podía estar quejándose, pero al mismo tiempo seguía pegándole la bolsa.

Tenía que decirle la verdad. No era justo dejarla a oscuras. Y, si iba a perder esa batalla, no quería que Bolt fuera el único en saber lo que estaba en juego.

—La señora Tyler es una bruja, Sally, capaz de sacar su espíritu del cuerpo y enviarlo al mundo. Donde haya una reliquia de su cuerpo físico, podrá concentrarse y ser atraída hacia ella. Llevo esto para tener, cuando me enfrente al diablo, su poder entre él y mi corazón.

Sally sacudió la *cabeza*.

—Vale, no me digas nada. —Palmeó la bolsa de su pecho, ahora enmarcada con cinta adhesiva—. Tenías razón, parece una verdadera estupidez.

—Su hija Rowena es también una bruja —dijo Quentin—. Mike Bolt trabajó para la familia cuando era un chaval. Ella lo besó y lo hechizó de forma que, cada vez que quiere, él es un completo esclavo y hace todo lo que ella ordene. Por eso intentó asfixiar a la señora Tyler. Probablemente ni siquiera sabía lo que estaba haciendo.

Ahora ella vio que no bromeaba, pero eso no significaba que lo creyera.

—Vamos, Quentin. —Le pasó la cinta por el torso varias veces—. ¿Por qué iba a enviar Rowena a alguien para matarla?

—Porque la señora Tyler mató a su hijo, Paul, cuando era un bebé. Rowena lo sabe y nunca la perdonó.

No tenía sentido tratar de explicar lo de Roz y el cofre del tesoro y Madeleine. Incluso lo ya dicho era evidentemente mucho más de lo que Sally podía creer.

—Esa historia es una locura mayor que Ross Perot —dijo Sally.

Él se puso la camisa y se la abrochó por encima de la bolsa de pelo.

Sally seguía intentando encontrar algo creíble en el relato de Quentin.

—¿El jefe Bolt intentó de verdad asesinar a la señora Tyler?

—Él no intentó nada —dijo Quentin—. Todo depende de lo que quiere que haga la bruja que lo controla.

—Tú eres el que tiene amigas brujas, Quentin. ¿Cuándo será la próxima vez que lo intente?

Se quedaron mirándose un buen rato, allí en la oficina del jefe Bolt, mientras buscaban al menos un motivo para que él no estuviera allí con ellos. ¿Por qué no se habían dado cuenta hasta entonces?

Quentin abrió la puerta y corrió hacia la recepcionista.

—¿Dónde está el jefe Bolt?

—No me da explicaciones, señor Fears, más bien al contrario.

—¿No puede contactar con él por radio?

—No se ha ido en un coche patrulla.

—Creía que todos los coches de la policía tenían radio.

—Los coches patrulla se reservan para los oficiales de servicio. Él iba a salir de la ciudad de todas formas, ¿para qué necesitaba un coche con radio?

—¿Salir de la ciudad? ¿Adonde?

—Pregúntemelo el viernes cuando me pase la factura por el kilometraje de la semana.

Sally lo cogió del brazo.

—Quentin, voy a regresar a la residencia.

—Si está allí, Sally, no podrás detenerlo. Te interpondrás y las pagaré también contigo.

—Llamaré a la policía. Los llamaré por el camino.

La recepcionista parecía sorprendida.

—¿De qué están hablando?

—No tiene nada que ver con usted —la tranquilizó Quentin—. Gracias por dejarnos usar la oficina del jefe Bolt.

—Oh, dijo que se pusieran ustedes cómodos si aparecían.

—¿Nosotros? —le preguntó Quentin—. ¿Nos esperaba a los dos?

—Claro. Sally Sannazzaro y Quentin Fears. No estaba seguro de que fuera usted a venir, señor Fears, pero dijo que usted, señorita Sannazzaro, vendría con toda seguridad.

Sally miró a Quentin con los ojos llenos de temor.

—Es imposible que lo supiera.

—Te he dicho la verdad, Sally. Él sabe todo lo que quiere que sepa la bruja que lo controla.

—Ojalá tuviera tiempo de preguntarte por qué está pasando todo esto —dijo Sally—. Deséame suerte.

—Buena suerte, Sally.

Pero vio en su mirada que ella ya sabía que era demasiado tarde.

—Buena suerte a ti también —le deseó. Luego salió prácticamente corriendo por la puerta. Quentin oyó sus zapatos de enfermera resonar por el pasillo hacia el aparcamiento.

Con una sensación de náusea, Quentin la siguió al pasillo, más despacio. Tal vez debiera ir con ella, dirigirse al norte, tratar de detener a Mike. Pero estaba claro que Roz manipulaba las cosas. Si ella le permitía ir al norte, era porque no importaba... lo había bloqueado con bastante facilidad esa mañana, simplemente con hacerle olvidar. Con toda probabilidad Mike se había marchado hacía una hora, mientras él se duchaba. A Roz le habría sido fácil engañar a la recepcionista para que creyera que Bolt acababa de salir aunque no hubiera aparecido por allí en toda la mañana. Si Roz quería matar a la señora Tyler, ya era demasiado tarde.

La única esperanza de Quentin era asegurarse de que, si la señora Tyler moría aquel mismo día, no fuera en vano. Su trabajo era ir a la mansión Laurent. Los Duncan, obviamente, estaban ya allí. Roz era una niña de once años. No esperaría.

Probablemente habían llegado a Mixinack antes de que Quentin dejara de discutir por teléfono con la empleada de la empresa de alquiler de coches. Probablemente llegaron a la casa antes de que él se despertara esta mañana.

Pero una cosa era segura. No empezarían sin él. Era el único que tenía que estar allí para abrir el cofre: eso lo convertía en el invitado de honor. Subió a su coche, salió a la carretera principal y se dirigió al sur, a la mansión Laurent.

18

EL DRAGÓN

Sally Sannazzaro llamó por teléfono en cuanto puso el coche en marcha.

—Jefe Todd, aquí Sally Sannazzaro. Estoy en Mixinack y tengo motivos para creer que un hombre armado va a intentar asesinar a una de mis residentes.

—¿El mismo tipo de la otra noche?

—Sí.

—¿El jefe de policía de Mixinack?

—Ya hizo un intento en otra ocasión.

—Es mala cosa que un departamento de policía arreste al jefe de otro.

—Resolveremos eso más tarde.

—¿Cómo sabe que pretende ejercer la violencia?

—Mientras estamos hablando, podría estar matándola. La residente en cuestión está en la habitación 368, en la tercera planta, al fondo del ala sur, a la izquierda. Se llama Anna Tyler. Es una anciana postrada en cama, completamente indefensa.

—¿Por qué iba él a...?

—No envíe a un par de patrulleros como si fuera una llamada de violencia doméstica o algo así. Tengo motivos para creer que el jefe Bolt está experimentando un episodio psicótico. Va a ser enormemente difícil de detener.

—Espero que no sea una falsa alarma, señorita Sannazzaro.

—De eso estoy segura.

Desconectó el teléfono. El asunto ya no estaba en sus manos. Todo lo que podía hacer era seguir conduciendo y esperar estar equivocada, que Quentin estuviera tan loco como loca era su historia y que el jefe Bolt se encontrara en alguna parte de Mixinack poniendo multas de tráfico o algo por el estilo.

Pero Quentin Fears no parecía loco. Parecía completamente racional. Un buen tipo. ¿Cuántos millonarios se ponen a ayudar a preparar ensalada en una residencia de ancianos una noche de tormenta?

Tengo que dejar de pensar en la ensalada. Tengo que dejar de pensar en Quentin Fears. Conducir, eso es lo que tengo que hacer ahora. Coloqué el pelo de la anciana, sobre su corazón. Pero eso es lo que ella me pidió. Y el jefe Bolt trató de asfixiarla. ¿Pueden compartir una psicosis tres personas? ¿Estoy redondeando el número en cuatro?

Mike Bolt abrió la puerta de cristal y pasó ante el mostrador de recepción. No había ningún motivo para remolonear o esconderse.

Ella no le vio. Nadie lo vería. Era invisible. Dos ayudantes pasaron ante él mientras esperaba el ascensor. Llevaba la pistola en la mano: obraba sin ninguna

sutilidad. Pero no repararon en su existencia.

Muy en su interior, una parte perdida de sí mismo exclamaba: «¡Tengo un arma, idiotas! ¡Que alguien me detenga!».

En el exterior, las sirenas ululaban. Los coches aplastaban la nieve. Las puertas se cerraron. La del ascensor se abrió. Mike pulsó el botón de la tercera planta. Vio que cuatro policías entraban en la residencia, pistola en mano. Mike estaba a plena vista, enmarcado por la puerta del ascensor, pero ellos no lo vieron. Uno preguntó en el mostrador mientras otros dos corrían por el pasillo: uno a la izquierda, otro a la derecha. El cuarto corrió directamente hacia el ascensor pero, en vez de intentar entrar mientras la puerta se cerraba lentamente, pulsó el botón para subir. La puerta volvió a abrirse, pero el policía no subió. Se quedó allí, dando golpecitos impacientes con el pie, esperando. Por fin, la puerta se cerró por completo sin que el policía llegara a ver el hombre que había venido a buscar.

La parte interior perdida de Mike Bolt guardó silencio, llena de desesperación.

Quentin entró en el camino de acceso de la mansión Laurent, un lugar que ahora le resultaba demasiado familiar. Recordó lo nervioso que estaba la primera vez, en la parte trasera de la *limousine*, preocupado por conocer a la familia de Madeleine. ¿Les caería bien? Qué chiste. Pero de todas formas deseaba poder volver atrás. Que Madeleine fuese real, que la vida que pensaba que tenía fuese la vida de verdad.

Un Lincoln con matrícula de Virginia esperaba delante de la casa, con el motor en marcha. Las puertas estaban cerradas y parecía vacío. Cuando Quentin pasaba junto al coche, vio que el asiento del conductor había sido abatido y que Ray Duncan estaba allí tendido, con los ojos cerrados. Debía llevar toda la noche durmiendo allí. Las brujas lo dejaban dormir fuera. Al parecer, no iba a serles útil en el pequeño drama que estaba a punto de comenzar.

Pero no dormía. O, tal vez, el sonido de los pies de Quentin aplastando la nieve lo despertó. Saludó y se incorporó.

Quentin se acercó al asiento del conductor mientras Ray bajaba la ventanilla.

—Ro y Roz ya están dentro —dijo—. Estoy echando una cabezada.

Gracias por presentarme el maravilloso mundo de lo evidente.

—Debe haber sido un viaje duro.

—Me gusta —dijo Ray—. Hace que me sienta útil —sonrió.

Me pregunto si tenía este mismo aspecto patético cuando era el perrillo faldero de Madeleine.

—Bien, no quiero entretenerle.

—Espero que le guste la casa. Es un lugar hermoso, pero demasiado grande para que nosotros podamos mantenerlo. No sé para qué tanta prisa, pero le aseguro que me alegrará quitármela de encima. Rowena siempre se molesta cuando se habla del tema... sobre si mudarse o venderla. Pero anoche, después de que usted hablara de

comprarla, bueno, cambió de opinión. No debería decirle esto pero, digamos que somos vendedores bastante motivados.

Quentin sonrió.

—Ya veremos.

En el asiento, junto a Ray, había un par de guantes de conducir. Quentin recordó lo que decía la nota de la señora Tyler. No deje que toque su piel. Tal vez no debía abrir el cofre del tesoro con las manos desnudas.

—¿Va a necesitar esos guantes? —preguntó.

Ray puso cara de reparar en ellos por primera vez.

—No, ¿los necesita? Adelante. —Le tendió los guantes a través de la ventanilla—. Tengo calefacción aquí dentro, pero apuesto a que la casa es un témpano.

La casa es lo que su hija decida que sea.

—Gracias, Ray.

Oyó que subía la ventanilla mientras rodeaba el coche y empezaba a subir las escaleras.

Roz y Rowena le esperaban sentadas en el salón. Rowena estaba sentada como una dama; Roz tenía los pies en lo alto del brazo del sillón.

—Has tardado mucho —dijo—. Viniste en avión y nosotros llegamos primero.

—No sabía que esto fuese una carrera —respondió Quentin. Se dirigió a Rowena—. Espero que no tuvieran problemas para entrar. Pero claro, tiene usted una llave.

—No, no la tenemos. La puerta estaba abierta.

—El jefe Bolt la cerró con llave cuando estuvimos aquí el otro día.

Roz suspiró.

—¿Por qué discutimos de llaves y cerraduras?

—Porque, como te dirá tu madre, la cosa que hay dentro del cofre es más fuerte de lo que piensas. No lo abras, Roz.

—No voy a hacerlo. Lo harás tú. —Roz sonrió con picardía.

—¿No se lo ha explicado, Rowena? Se supone que esa cosa está atrapada dentro del cofre, pero aún tiene suficiente poder para abrir y cerrar puertas. No es como ustedes. Tiene poder para hacer cambios en el mundo físico. Está tan por encima de tu nivel que es una locura pensar que puedes controlarla.

Roz se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación.

—Parloteo de adultos. Tienes suerte de que te necesite libre. Cuando mis padres empiezan a sermonearme así, los hago callar. Siento lástima de los otros chicos que tienen que escuchar.

—¿No se te ha ocurrido que tal vez la bestia te está engañando igual que tú me engañaste a mí? «Vamos, no es tan fuerte, puedes controlarlo, puedes montar este caballo». Sólo te dice un puñado de mentiras para engañarte y que hagas lo que no es capaz de hacer por sí misma: romper el sello de tu abuela y escapar.

—No, Quentin. Las ideas estúpidas e imposibles no se me ocurren. —Le miró las manos—. No necesitarás esos guantes.

—Hace frío aquí dentro.

—¿Crees que soy estúpida? ¡He dicho que no necesitarás esos guantes!

Su cara se volvió desagradable y de aspecto peligroso, llena de ira.

—Creo que sí.

Ella se transformó ante sus ojos en una monstruosa parodia de mujer: largas uñas amenazadoras, dientes afilados frente a su cara.

—Quítate los guantes —siseó la voz del monstruo—. No sucederá nada hasta que lo hagas. Lizzy no será libre hasta que te los quites.

No servía de nada. Ella encontraba en su mente hasta el más patético esbozo de plan. Quentin se quitó los guantes.

—Es agradable verte un momento sin la fachada bonita —dijo. Inmediatamente, Roz volvió a convertirse en una niña.

—Ja ja, me partes el corazón —replicó—. Y no pienses que no soy perfectamente consciente del patético intento de la abuela por derrotarme. Ya me he encargado de ella.

Quentin se sintió enfermo de corazón. Había tenido razón al no forjar ningún plan porque, fueran cuales fuesen los fragmentos de un plan que se le hubieran ocurrido a él o a la señora Tyler, habían sido previstos y anulados. Pobre señora Tyler. ¿Quería decir Roz que la anciana había sido confinada otra vez a su cama? ¿O peor? ¿Podía hacer de verdad que el pobre peón de su madre cometiera un asesinato?

—Podría hacer que se comiera sus propios pies —dijo Roz—. El único motivo por el que no lo hago contigo es porque el dragón no entrará en ti si no eres libre.

—Hagámoslo —dijo Quentin.

Como por respuesta, la puerta del saloncito se abrió y golpeó la pared. Por un instante Roz pareció sorprendida, nerviosa. Luego se volvió hacia él y le sonrió.

—El corcel puede protestar, pero en el fondo quiere ser montado.

—Ésa es la cosa más estúpida que he oído jamás.

—Di lo que quieras, Quentin. No tendré que oírte mucho más.

—¿Dónde está Lizzy?

—Fuera, en el coche. En cuanto terminemos, la liberaré.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si pierdes la partida ahí dentro?

—Entonces no importará mucho lo que le suceda a Lizzy, ¿no?

—No voy a hacerlo si no estoy seguro de que ella sale de esto.

Roz se convirtió en una Madeleine, de aspecto dulce y tímido.

—Si no lo haces, Tin, me temo que ella no tendrá ninguna posibilidad de ser libre. Habrá que apostar por mi éxito, ¿no?

Quentin cerró los ojos, negándose a ver a Madeleine.

—Te cuesta más deshacerte de la ilusión cuando yo estoy dentro, ¿verdad, Tin?

Él volvió la cabeza.

Cuando ella habló de nuevo, la voz era la de Roz.

—Dejémonos de juegos. La puerta está abierta. Es la hora.

La habitación no estaba tan desvencijada como las demás de la casa. No había ninguna ventana rota. El polvo era denso, pero no se veían telarañas ni huellas de ratas. El lugar estaba tranquilo. Sólo se apreciaban las pisadas del propio Quentin entrando en la habitación. El cofre del tesoro, sobre su pedestal, parecía brillar un poquito. Latía con luz interna.

Mike Bolt salió del ascensor y recorrió el pasillo. Uno de los dos policías que había subido corriendo las escaleras al llegar salía de la habitación de la señora Tyler. El otro corrió a su encuentro.

—No ha estado aquí todavía.

—Si es que viene.

—Bueno, se supone que tenemos que vigilar la puerta.

—Será una pérdida de tiempo, igual que la otra noche. No sé por qué dejan que una enfermera loca dirija un lugar como éste.

Mientras se quejaban, Mike caminó entre ellos. No lo vieron.

Atravesó la puerta abierta de la habitación de la señora Tyler. Estaba tendida en la cama, con los ojos abiertos. Pugnaba por levantarse pero, cada vez que arqueaba la espalda, volvía a caer. Dejó de debatirse y volvió la cabeza para mirarlo.

—Supongo que nos tiene a los dos, ¿verdad, Mike?

Él alzó la pistola, le apuntó a la cabeza y disparó una vez, dos veces. La fuerza de cada una de las balas fue empujándola hacia el borde de la cama. Tres. La cuarta bala la arrojó de la cama. Una mancha ensangrentada en la almohada marcó el paso de la cabeza de la anciana.

Mike se volvió y, de repente, la presencia que lo había absorbido y controlado desapareció. Miró la pistola. ¿Qué estaba haciendo con ella en la mano? ¿Por qué estaba en la habitación vacía de un hospital? Se acercó a la puerta y se asomó al pasillo.

Allí había dos policías. Los llamó.

—¿Dónde está la señora Tyler? ¿No se supone que está en esta habitación?

—¿Quién demonios es usted? ¿De dónde ha salido? ¡Salga de ahí!

Mike volvió a entrar en la habitación cuando los oyó correr hacia él. Vio la sangre en la almohada. Se acercó a la cama, miró detrás. La anciana estaba tendida en el suelo, obviamente muerta: tenía la cabeza completamente destrozada. Miró la pistola que tenía en la mano. Recordó haberla disparado.

—Señora Tyler —susurró—. Oh, dulce Señor, no.

—¡Suéltela! Suéltela ahora mismo.

Los hombres de la puerta lo apuntaban con sus armas.

—¿He hecho yo esto? —les preguntó.

—Suéltela y póngase las manos tras la cabeza.

Mike se agachó como para soltar la pistola. Pero cuando estuvo completamente

encogido, los brazos en sombras, se metió el arma en la boca y se voló la cabeza antes de que los policías pudieran responder. Se desplomó contra la pared, sacudiendo los brazos. Los policías dispararon entonces, por reflejo, llenándolo de balas. Pero él no las llegó a sentir. Ya estaba muerto.

Quentin se plantó ante el cofre.

—¿Por qué te pones tan lejos de mí, Roz? —preguntó—. ¿Tienes miedo?

—Soy prudente —dijo ella con una sonrisa.

—¿Te importa si te pregunto qué hay dentro de este cofre?

—Por lo que he leído, podría ser el corazón del bebé o su cabeza. Apuesto a que es el corazón. No creo que mi difunta abuela tuviera estómago para cortarle la cabeza a su propio hijo.

—¡Ella no está muerta! —chilló Rowena.

Quentin se volvió para ver a la mujer, de pie en el rincón más alejado de la habitación, en las sombras. Se retorció como si sintiera dolor. O como si esperara evitarlo.

—Lo está, madre —dijo Roz—. Usé tu poder sobre ese amiguito tuyo. Espero que no te importe. Era un caso perdido. Quería que hiciera bien el trabajo.

—Es mentira —susurró Rowena—. Asesinar a tu propia abuela...

—¿No es lo que me has enseñado siempre, madre? ¿Lo malvada que era la abuela? La asesina de niños. Ahora he igualado el marcador. Si no me crees, pregúntaselo a Quentin. Tiene una reliquia suya. Ahora puede llamarla. —Se volvió hacia él—. Adelante, Quentin. Llámala por su nombre.

—Señora Tyler —murmuró él.

—Por su nombre —dijo Roz.

—Anna Laurent. Anna.

La señora Tyler apareció frente a él, al otro lado del cofre, como había sucedido la otra vez.

—¿Es verdad? —preguntó Quentin—. ¿Está usted muerta?

—Sí. Pobre Mike. Está muy preocupado por su familia.

—Escúchala —dijo Roz—. Fingiendo preocuparse por el hombre que la mató. No le preocupa. No le preocupa nada. ¡Excepto que ha perdido! Ni siquiera llegó a saber nunca que era a mí a quien combatía.

La señora Tyler volvió la cabeza y miró fijamente a Roz. Si sintió alguna sorpresa, Quentin no lo notó. Pero claro, ¿se puede sorprender a los muertos?

Roz seguía pavoneándose.

—Siempre pensó que era su débil y estúpida hija quien la combatía. ¡Mira a tu hija, abuela!

Ahora la señora Tyler miró a Rowena y su mirada se suavizó. ¿Amor? Piedad, al menos.

—Allí está, tu blandengue hija, la que no podía soportar la idea de lastimar a nadie. Bueno, yo soy tu verdadera hija, abuela. Tengo el tipo de fuerza que tú tenías... ¡sólo que más! ¡Lo que hice contigo no fue más que justicia! ¿Puedes negarlo?

—No niego nada —dijo la señora Tyler tranquilamente—. Oh, Rowena, si al menos me hubieras creído.

Rowena miraba por la ventana con el rostro anegado en lágrimas.

—Qué triste —dijo Roz—. Todas las señoras mayores envueltas en su pequeño drama. Adivinad una cosa, señoras. Esto no va con vosotras. Sois herramientas u obstáculos, nada más. Mi madre era una herramienta, así que la utilicé. La abuela era un obstáculo y la aparté del camino. Porque lo que estoy haciendo cuenta realmente en el mundo. Siempre he sido demasiado grande para vivir en vuestro pequeño culebrón. Nací más grande de lo que vuestras mentes comprenderán jamás. Así que quedaos por aquí y ved para qué sirve el poder.

La señora Tyler miró a Quentin y le dirigió una sonrisita tensa.

—¡Hazlo, Quentin! —chilló Roz—. Abre mi cofre del tesoro.

La señora Tyler asintió levemente.

Roz se echó a reír.

—Oh, abuela, ¿todavía crees que participas en el juego?

Quentin extendió las manos y sujetó los lados del cofre. Había estado en esa postura antes, pero entonces no tenía ni idea de lo que había dentro. Ahora sintió la desnudez de su piel mientras tocaba la madera cálida y suave.

—Alza la tapa —dijo Roz.

Esta vez no había ningún tío Paul para detenerlo. Alzó un poquito la tapa. Por un instante no sucedió nada. Miró a la señora Tyler. Al hacerlo, una larga y fina arteria roja salió de debajo de la tapa y se pegó a una de las venas del dorso de la mano derecha de Quentin.

Soltó un grito de dolor, no de miedo. Intentó desprenderla con la otra mano, pero la arteria formaba ya parte de su propio cuerpo y, cuando tiró, su mano se movió al unísono. Otras dos arterias más surgieron y se unieron a su mano izquierda.

—No tendrías que haberte quitado los guantes —se mofó Roz.

Quentin trató de resistirse, pero las manos no le obedecían muy bien. Quiso alejarse del cofre, pero sus manos se extendieron hacia la tapa a pesar de sus esfuerzos. La abrieron.

Fue como abrir el interior de un pecho humano. Un entramado de venas y arterias estaba unido a la tapa y las paredes del cofre, y más y más de ellas surgieron para unirse a las manos y antebrazos de Quentin.

Roz empezó a caminar hacia él, sonriendo pero también aterrada.

—Bien —dijo—. Poséelo. Poséelo.

—Basta, Roz —susurró Rowena.

—Demasiado tarde, madre. Una vez que empieza, no se puede detener.

Quentin miró aterrorizado a la señora Tyler. Ella parecía solemne pero no temerosa.

Lo observaba.

Un enorme corazón surgió del cofre, atraído por las arterias que ahora estaban unidas a Quentin por una docena de sitios. Latía, pero no rítmicamente.

—Rápido —susurró Roz, acercándose—. Tómalo.

—El corazón sólo tiene un par de minutos —dijo la señora Tyler, con tanta suavidad como si estuviera dando una explicación a una clase—. Dentro del cofre no podía morir, pero fuera necesita un anfitrión. No lo combata, Quentin. Acerque el corazón a su pecho.

En una agonía de temor, Quentin la miró. Había hecho todo lo posible para no coger el corazón, ¿y ahora le decía que se rindiera? ¿Que dejara que el corazón lo poseyera?

—Sólo un par de minutos, y entonces tendrá que quedarse donde está —dijo la señora Tyler—. Póngaselo sobre el pecho.

Quentin dejó de combatir el impulso. De inmediato sus manos volaron al corazón, lo cogieron y lo libraron de la red de arterias del cofre. De inmediato las venas no usadas se retorcieron y encogieron hasta parecer enredaderas marchitas. El cofre dejó de latir.

Las manos de Quentin vacilaron sólo un instante. Luego acercaron el corazón a su propio pecho: se quedó aferrado a la tela de su camisa, latiendo, latiendo.

—Hecho —dijo Roz.

—Hecho —dijo la señora Tyler.

—¡Roz, no! —chilló Rowena.

—Y ahora a hacerte mío —dijo Roz. Se acercó—. Agáchate, Quentin, para que pueda besarte. —De repente se transformó en Madeleine—. Bésame, Tin. Bésame por última vez.

Ella estaba cerca. Frente a él. Vio a la señora Tyler detrás. Con las manos, hizo el gesto de soltar algo de su pecho. Él comprendió de inmediato. Pero ¿tenía fuerzas para hacerlo?

Solo no. Si la bestia no hubiera querido ir con ella, Quentin nunca lo habría conseguido. Pero quería ir. Y, a causa del pelo de la abuela entre el desfigurado corazón de Paul y su propia carne, los últimos restos de su poder ayudaban a impedir que la bestia tomara plena posesión de sí. Quentin cogió el corazón y se lo arrancó del cuerpo. Puesto que Madeleine estaba justo delante de él, el mismo gesto lo plantó en su pecho.

En ese instante ella se convirtió de nuevo en Roz sólo que, donde había estado el pecho de Madeleine, apareció la piel desnuda de la cara de la niña. El corazón se unía a ella ya por una docena de sitios, y las venas se soltaron de las manos de Quentin. Retrocedió, libre de la cosa, pero incapaz de dejar de ver lo que le sucedía a Roz.

El corazón se le deslizó por la cara, bajo la mandíbula, por el cuello y por dentro

de la camisa. Roz estaba aterrorizada.

—¡Madre! —gritó—. ¡Ayúdame! ¡Madre!

—Ahora lo sabes —le dijo la señora Tyler a Rowena. Su voz estaba cargada de amargura—. Ahora sabes por qué hice lo que hice.

—¿No puedes detenerla? —susurró Rowena.

—Lo hice una vez, cuando poseyó a mi niño pequeño. Pero en este momento, por desgracia, estoy muerta.

—¡Madre! —La voz de Roz era más frenética—. ¡Madre! —chilló. Luego la voz se convirtió en un borboteo.

Roz se tambaleó, cayó sobre una rodilla. Empezó a cambiar de forma. Sus brazos se encogieron y desaparecieron dentro de las mangas. Unas alas le rompieron el tejido de la blusa, rasgándola por la espalda; se extendieron ampliamente, diez palmos, luego veinte, brillantes como seda negra, finas como el papel. Quentin vio la luz de la ventana a través de una de ellas. La niña echó atrás la cabeza, las mandíbulas abiertas. Una enorme lengua de serpiente asomó una vez, dos veces. Luego su cara adquirió una nueva forma. La cabeza de un dragón abrió las mandíbulas para revelar un gran conjunto de dientes, y rugió.

Con el rugido llegó otro sonido. Una detonación. Una. Dos. Tres.

La forma de dragón se desplomó. Era Roz de nuevo, sólo que con una flor de sangre en la cabeza y otra en el vientre. Miró por encima del hombro a su madre con espanto.

—Mami —susurró.

Rowena disparó otra vez, derribándola al suelo. Sólo la ropa desgarrada de la niña daba idea de cómo la había transformado el dragón hacía un momento. El corazón permaneció latiendo desacompasado en su garganta. Trataba febrilmente de soltarse, pero ya estaba débil. Rowena le disparó.

—No malgastes balas en esa cosa —le recomendó la señora Tyler—. Ya había tomado posesión del cuerpo de Roz. Ése es el cuerpo que tiene que morir.

Sollozando, Rowena descargó sus dos últimas balas en la cabeza de su hija.

Con los ojos abiertos, Roz se cayó de espaldas y murió.

—Tenías que hacerlo —dijo la señora Tyler—. No te quedaba elección. Podrás vivir con esto, Rowena. Sé que podrás, porque yo pude.

Rowena, sin vida en la mirada, se volvió hacia Quentin.

—Salga de la casa. Salga o morirá.

Sólo ahora advirtió Quentin que la bestia no había muerto. No tenía un cuerpo viviente, pero aún le quedaba un poco de poder para mover las cosas del mundo físico, como cuando estaba en el cofre. Las tablas del suelo bajo el cadáver de Roz se movieron como si un topo inmenso estuviera escarbando. El movimiento onduló como una ola bajo el pedestal; el cofre cayó y se rompió. La ola pasó por debajo de Quentin y lo hizo caer. Ahora las paredes se movían y los cuadros iban a parar al suelo, y el yeso de la pared se resquebrajaba y caía.

—Salid —dijo la señora Tyler—. Los dos.

Quentin se levantó, trató de coger la mano de Rowena para ayudarla. Ella lo rechazó.

—Acabo de matar a mi hija —susurró—. No voy a dejarla.

Con la habitación encabritada como un caballo, Quentin avanzó tambaleándose hacia la puerta y corrió al vestíbulo.

Allí era aún peor. El pie de la escalera se había soltado y arañaba el suelo como la pata de un gato, desafiándolo a pasar sin ser atrapado y aplastado. No había manera de alcanzar la puerta principal.

Corrió hacia la biblioteca. Los libros salían volando de las estanterías hacia él, como una bandada de pájaros suicidas. No se podía pasar por allí. El comedor. La escalera avanzó hacia él al pasar, pero consiguió llegar. Mientras permanecía allí, jadeando, la sábana que cubría la mesa cobró vida y aleteó hacia él para engullirlo en una red de bordado. Bloqueaba todas las puertas de salida, así que Quentin corrió hacia el ventanal y se lanzó como un paracaidista, de espaldas, rompiendo los cristales en fragmentos parecidos a carámbanos de hielo.

Aterrizó en un matorral pelado, de ramas espinosas, pero fue mejor que lo que habría sido el cristal. Arañado y sangrante, se liberó y corrió hacia la parte delantera de la casa. Ray Duncan esperaba junto al Lincoln contemplando horrorizado la casa, que temblaba y, aquí y allá, se hinchaba con el paso de la bestia invisible.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntó cuando vio a Quentin.

—¡Suba al coche y conduzca! —gritó Quentin.

—¡Rowena está ahí dentro! ¡Roz! ¡Minina!

—Roz está muerta y Rowena no va a salir. ¡Vamos, hombre! ¡Sálvese!

—¡Roz! —chilló Duncan—. ¡Rowena!

Subió corriendo las escaleras hasta el porche.

En el momento en que alcanzaba la puerta, la pared frontal estalló de pronto cuando asomó el pie de la escalera. Lo aplastó una y otra vez hasta que su cuerpo sin vida quedó tendido bajo las escaleras como un ratón bajo la zarpa de un gato.

Quentin dejó el Lincoln y corrió hacia su propio coche, entró, arrancó, salió marcha atrás hasta la carretera. Entonces se detuvo.

—¡Lizzy! —dijo. Roz había dicho que habían traído consigo la prisión de Lizzy.

Trató de regresar a la propiedad, pero las ruedas patinaron y el coche resbaló. Se detuvo, salió del coche y echó a correr, resbalando y tropezando con el hielo y la nieve. Mientras corría, se metió en el bolsillo la mano derecha (aún ensangrentada por las venas que se le habían unido) y sacó su teléfono móvil. Marcó el número de emergencias.

—¡Llame a la policía de Mixinack! ¡Que vengan a la vieja mansión Laurent! ¡No sé la dirección, ellos sabrán dónde está! La mansión Laurent. Envíen camiones de bomberos. ¡Ambulancias! No, no puedo permanecer a la escucha.

Se guardó el teléfono en el bolsillo cuando alcanzó el Lincoln. La casa se

estremecía sobre sus cimientos. El piso superior se desplomó sobre el tercero. Volaban cristales en todas direcciones. Metió la mano por la puerta del conductor y tanteó hasta quitar la llave del contacto. Lo consiguió. Corrió hasta el maletero y lo abrió. Luego lanzó la llave al porche, donde se le habría caído a Ray Duncan mientras corría hacia la casa.

Sólo había una maleta en el coche. La agarró, la abrió sobre la nieve y rebuscó en ella. Contenía únicamente unas cuantas prendas de vestir, unos cuantos útiles de aseo, y una botella de champán. ¿Tan segura estaba Roz de que iba a celebrarlo después?

Abrió todas las cremalleras. Encontró sólo un par de cajas: una con papel de cartas, otra con algunas cadenas de oro y perlas. No había nada más que pudiera contener una reliquia de Lizzy. Roz había mentido. No había traído consigo la prisión de su hermana.

Volvió a mirar la botella de champán. La cogió. ¿Cabría dentro alguna parte de Lizzy?

De repente, la señora Tyler apareció ante él.

—Márchese mientras aún puede.

—Tengo que liberar a Lizzy.

—Márchese.

Desapareció.

Quentin se levantó, aún sosteniendo la botella, y corrió por el camino hacia su coche. Tras él, el tejado de la casa cayó a través de los tres últimos pisos hasta que todo quedó aplastado sobre los cimientos. El primero de los coches de policía se acercó ululando. Les hizo señas para que se dirigieran al camino, pero aún no habían salido de los árboles cuando la casa estalló en un mar de llamas. El fuego engulló el Lincoln, la maleta abierta en la nieve. El tejado se desplomó del todo sobre los cimientos. Llamas, chispas y escombros volaron por los aires y se esparcieron por todo lo que una vez fueron el jardín y el camino de acceso. Llegó la policía, seguida por los camiones de bomberos. Se pusieron a sofocar las llamas, pero estaba claro que no quedaba nada, ninguna posibilidad de supervivientes.

Quentin rompió la botella con una piedra. Y dentro del cristal roto la vio: la mano encogida y esquelética de una adolescente.

—Lizzy —susurró.

Ella estaba sentada en la nieve, a su lado, apoyada contra el coche. Las lágrimas le corrían por el rostro.

—Gracias, Tin —dijo.

—Lizzy, te tenía...

—Buen trabajo, Tin. Estoy libre y la bestia se ha ido.

—¿Estás segura? Tenía control de la casa, era...

—Sólo mientras hubo vida en el cuerpo. Ahora que ella ha muerto, la bestia ha perdido su conexión con el mundo. La señora Tyler me encontró y me lo contó todo. Sabe mucho, Quentin.

—Sí, pero está muerta. Y los padres de Roz, ¿y de qué ha servido? La bestia volverá en otra parte.

—No hasta que alguien la invite —dijo Liz—. Tal vez no suceda hasta dentro de mucho tiempo. Has hecho todo lo posible. La has detenido, antes de que se hiciera fuerte. Eso es todo lo que puede conseguirse.

—Lizzy, ¿y si no te hubiera encontrado?

—Pero lo has hecho. La señora Tyler te guiaba. En cuanto me encontró, hizo que te dieras cuenta. —Lizzy miró alrededor—. Vienen a interrogarte. No dejes que te vean hablando conmigo... pensarán que estás loco. Y no dejes mi mano aquí, Quentin. No quiero estar unida a este lugar.

Desapareció. El recogió la mano disecada y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Un policía se le acercó.

—¿Es usted el que llamó?

—Vine a ver la casa —dijo Quentin—. Ellos vinieron desde Washington para enseñármela.

—¿Había alguien ahí dentro?

—Acababa de llegar. Estaba en el coche, hablando con el señor Duncan, cuando el tejado empezó a desplomarse. Él gritó diciendo que Rowena y Roz estaban dentro y corrió hacia la casa y quedó atrapado. Pedí llamando ayuda, pero era demasiado tarde. ¿Debería haber entrado, oficial? Estaba tan asustado que cogí el coche y me vine hacia aquí y luego el coche se quedó atascado y corrí de vuelta pensando que debía intentar ayudarlos, pero la casa se desplomaba y...

—No, no, hizo usted lo adecuado. Si hubiera entrado, habría muerto también.

—Lo aplastó ahí mismo, en el porche.

A Quentin no le costó ningún esfuerzo dejar salir la emoción, que se disolviera en lágrimas de alivio, de cansancio, de pena por las buenas personas que habían muerto. Todas ellas... incluso Roz. No era más que una niña. Nunca comprendió lo que sucedía hasta que fue demasiado tarde. Ray Duncan no llegó a comprender nada.

—Venga, hombre, tranquilo, siéntese, métase en el coche y descanse un momento. —El policía le abrió la puerta y le ayudó a entrar—. Espere aquí, ¿quiere? Tenemos que hacerle preguntas, pero no hay ninguna prisa. Recupérese primero, ¿de acuerdo?

Quentin se quedó allí sentado, recuperando el control de sí mismo, mientras un bombero se acercaba al policía.

—Me parece increíble que una casa se derrumbe de esa forma. Tenía que haber termitas a montones.

El policía sacudió la cabeza.

—Justo antes de que nos llamara este hombre, nos enteramos de que la anciana que era dueña de esta casa ha sido asesinada en un asilo río arriba. La ha matado nuestro propio jefe. Trabajó para ella como jardinero. Se ha vuelto loco, loco, y la ha

matado y luego se ha volado la cabeza. —El policía apartó la mirada un momento, como para contener sus propias emociones—. Un padre de familia, un tipo decente, buen jefe, buen policía. Nunca se sabe.

—¿La dueña de esta casa acaba de ser asesinada?

—Es como si fuera la venganza de la anciana. No puede ser sólo coincidencia. Es asesinada y luego la casa se desploma.

Quentin habló desde el coche.

—Creo que ellos eran familiares suyos.

El policía y el bombero se acercaron.

—¿Qué?

—Los Duncan. Dijeron que su madre era dueña de la casa, la vendían para ella. Estaba en una residencia río arriba, dijeron.

—¿Quiere decir que la gente que había dentro de la casa eran sus hijos?

—Y su nieta. Toda la familia que tenía en el mundo.

—Santo Dios del cielo —murmuró el policía—. Toda la familia en una hora, a ciento cincuenta kilómetros de distancia unos de otros.

—Nadie va a creer una historia como ésta —dijo el bombero—. Parece salida de *Expediente X*.

Siguieron hablando. Quentin cerró los ojos. Se había acabado. El final era horrible, pero podría haber sido peor. Para él. Para todos.

Excepto para la familia de Mike Bolt. Para ellos difícilmente podía ser peor.

Sally Sannazzaro detuvo el coche en la barricada emplazada delante de la residencia. El policía la reconoció y la dejó pasar. Estaban sacando dos cadáveres del edificio, ambos cubiertos por sábanas. Las cámaras destellaban. Los equipos de televisión proyectaban focos que hacían que los cuerpos estuvieran más iluminados que a la luz del día.

El jefe Todd se encontraba junto a la ambulancia. Le indicó que se acercara, se lo pensó mejor y avanzó para reunirse con ella mientras se bajaba del coche.

—Nadie se explica cómo lo hizo. Mis chicos llegaron primero, verificaron que ella estaba bien y luego montaron guardia delante de la puerta. Juran que nadie pudo pasar. Pero él lo hizo. No oyeron los disparos. Cuando lo vieron de pie en la puerta con una pistola, ya estaba muerta.

—¿Y Bolt?

—Ni siquiera pudieron desarmarlo antes de que se volara la cabeza. Eso no les impidió meterle otras ocho balas en el cuerpo. Señorita Sannazzaro, la cagamos. No sé cómo, porque no son mis peores hombres. No sé si despedirlos o ahogarlos, tan cabreado estoy. Lo siento muchísimo.

Ella le dio una palmada en el hombro y se dio la vuelta. Las lágrimas corrían por su cara.

—No creo que pudiera haberlo impedido, jefe Todd. Me parece que habría sucedido de todas formas.

—Sé que tiene usted un millar de cosas de las que ocuparse ahí dentro. Todo el asilo es un clamor; su personal se alegrará de verla. Vendré mañana y le haré algunas preguntas, ¿de acuerdo?

—Bien —dijo ella.

Se dirigió a la entrada de la residencia. Los periodistas la identificaron y empezaron a acribillarla a preguntas. Pasó ante la ambulancia mientras introducían el segundo cadáver. No se detuvo a ver de quién era.

Ya no importaba.

Todo lo que sabía era que únicamente había una persona en el mundo que pudiera explicarle todo aquello, y era un loco que llevaba el pelo de la anciana muerta en una bolsa de plástico pegada al pecho.

EN LA TUMBA

Los interrogatorios policiales en dos pueblos retuvieron a Quentin en la zona durante los siguientes días, pasados los cuales ya no hubo motivos para marcharse antes de los funerales. Además, Sally Sannazzaro estaba allí, respondiendo también a las preguntas de la policía y después, por la noche, asaltándolo con preguntas propias.

Pobre mujer. Intentaba creerlo con todas sus fuerzas. No era una escéptica como Wayne Read, pero, al contrario que Mike Bolt, no había visto ninguna prueba con sus propios ojos. No contribuía a su credibilidad que, inmediatamente antes de que le contara la verdadera historia, ella captara su sarta de engaños a la policía mientras daba una versión más creíble de las actividades de Mike Bolt previas a su misión asesina. Sin embargo, se quedó junto a él el mayor tiempo posible durante los días de preguntas y pesares. Finalmente Quentin pensó que se quedaba con él, a pesar de sus dudas, porque lo necesitaba. Era bueno para algo que no implicaba dinero ni abrir cofres que contenían bestias míticas.

Antes del funeral de Mike Bolt, Sally y él se sentaron junto a Leda Bolt en el salón de su casa. Quentin sentía lo poco útil y vacío que era su dinero cuando se enfrentaba a problemas reales. Sin embargo, podía hacer algo. Le prometió que todos sus hijos recibirían educación universitaria, que nunca carecerían de nada. Si les resultaba difícil seguir viviendo en Mixinack, les pagaría el traslado a cualquier lugar que quisieran.

—¿Por qué hace usted esto? —preguntó Leda—. Apenas conocía a Mike.

—Lo conocí mejor que nadie, excepto usted, en sus últimos días de vida. Fue amigo mío. ¿Cuánto tiempo hay que ser un amigo de alguien antes de poder ayudar a su familia cuando muera?

Ella se echó a llorar. Poco después, su llanto se calmó y él volvió a hablarle, la mano apoyada en su espalda inclinada.

—Leda, esto va a ser duro para usted, pero aún más para sus hijos. No sé cómo decírselo de modo que me crea pero es cierto, así que voy a decirlo de todas formas. Si les dice a sus hijos que su padre fue un buen hombre, una y otra vez, eso será verdad. Dígales que, aunque fue su cuerpo el que empuñó la pistola y apretó el gatillo, su padre nunca decidió matar a la señora Tyler y que, si eligió suicidarse, fue sólo porque pensó que la había matado. Pero no fue él. Fue otra persona, alguien que ahora también está muerto, usando su cuerpo contra su voluntad. Sus hijos no son los hijos de un asesino o un psicópata. Su padre fue un hombre cuerdo y bueno. Se casó usted con un buen hombre y él la amó con todo su corazón y usted le hizo feliz. Todos deberían estar orgullosos de él.

Leda lloró con más fuerza mientras se volvía y lo abrazaba. Él la consoló. Al otro lado de la habitación, con el pelo brillante a la luz de los visillos, estaba sentada Sally

Sannazzaro, contemplándolo, llorando también. Asintió. Había hecho bien.

Quentin y Sally estuvieron juntos ante la tumba de Mike Bolt con el departamento de policía de Mixinack al completo, los doce miembros leales a su jefe no importaba cómo hubiera sido su fin. Sabían, sin que Quentin se lo dijera, que no era el Mike Bolt que conocían quien hizo lo que se había hecho en la residencia de ancianos. Y, por la forma en que se congregaban alrededor de Leda Bolt y sus hijos, Quentin sospechó que la familia no se marcharía de Mixinack; allí estarían muy bien cuidados.

Más tarde, Quentin y Sally fueron quizá los únicos dolientes entre los curiosos congregados ante las cuatro nuevas tumbas del viejo cementerio de la familia Laurent. El cementerio amurallado era la única estructura que quedaba en pie en los terrenos. Quentin ya había indicado a Wayne Read que comprara el lugar.

Planeaba separarlo de la carretera por una verja, cubrir los cimientos de la casa y que la vegetación creciera salvaje. Una pequeña reserva natural. Un cementerio pequeño, descuidado. Que los muertos se ocuparan unos de los otros sin ser molestados. Que ninguna casa creciera en aquel sitio durante cien años. En algún otro lugar la bestia estaría de nuevo al acecho, buscando otro corazón, otro anfitrión. Pero no allí. Aquel lugar había oído hablar por última vez del dragón.

Finalmente todo acabó, y el final del día se redujo a lo siguiente: Quentin Fears y Sally Sannazzaro sentados en el sofá del apartamento de ella. Era el momento de enfrentarse a su incredulidad. Quentin no quería marcharse y dejarla en la duda.

—Sally —dijo—. No me he inventado esto. No soy tan estúpido para inventarme esta locura. Hasta este siglo, la mayoría de la gente creía en las brujas. Las cosas que han sucedido aquí esta semana, las cosas que me han sucedido a lo largo del último año, habrían sido una maravilla o un horror, pero no una sorpresa. Nacimos en el momento equivocado, eso es todo.

—No sé —dijo Sally—. Una época sin brujas es mejor.

—Pero ésta no lo es. Ojalá lo fuera.

—Ahora lo es —dijo Sally—. En nuestras vidas, al menos.

—Eso espero.

—Acepto tu palabra de que no estás loco.

—Espero que no te acostumbres a invitar a psicóticos a tu apartamento para mantener largas conversaciones ante un helado.

—Los de Ben y Jerry's amansan a una bestia salvaje mucho mejor que la música —dijo ella. Tomó otra cucharada.

—Tengo que preguntarte una cosa, Sally.

—Adelante. No tengo por qué contestarte.

—No eres una bruja, ¿verdad? No pretenderás no creer en mi historia para que yo no sospeche que lo eres, ¿no?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Te sientes encantado?

—Un poquito, tal vez.

—Eso son los efectos de la pena y el trauma. Uno siente la necesidad de aferrarse a algo.

—Cierto. Pero cuando el trauma pase y controle la pena, ¿no seguiré queriendo aferrarme a algo? ¿No es eso normal?

—Pero podrías ser más selectivo respecto a quién te aferras. No soy una bruja, Quentin, pero la gente me ha llamado cosas parecidas.

—Sí, bueno, yo soy un solitario empedernido. O entras en mi vida o me convierto en Howard Hughes. Es mi última oportunidad. Sálvame, Sally.

—¿Eres rico de verdad, Quentin?

—Sí. Y gracias a Madeleine, tengo además influencias políticas en todo el país.

—Que se jodan. Marchémonos. Ahora que los funerales se han acabado, dejemos el país y vayamos a Europa, Suramérica, África, la India, China, Australia.

—¿Hablas en serio?

—Habitaciones separadas, Quentin. No soy ese tipo de chica. Pero puedes permitírtelo, ¿no?

—Y siempre en primera clase.

—Veamos si nos gustamos cuando no preparamos ensaladas o acabamos con residencias de ancianos o vemos cómo las personas decentes se destruyen mutuamente.

—Siempre que no te importe pasarte primero por California —dijo él—. Tengo que devolver algo al lugar al que pertenece.

Ella sabía de lo que estaba hablando. Asintió y apartó la mirada mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Tienes pasaporte? —preguntó él.

—No. ¿Hasta qué punto son buenos tus contactos políticos?

—Sácate una foto y veremos a qué velocidad se puede hacer trabajar el sistema.

Ella le cogió la mano.

—Si alguna vez me llevas a conocer a tus padres, Quentin, te prometo que no me llevaré demasiado bien con ellos.

El se echó a reír y miró su plato de helado.

—Y si yo pienso alguna vez que me recuerdas a mi hermana Lizzy, te prometo no mencionarlo. —Ella sonrió.

—Aunque no salga bien, me alegro de haberte conocido.

—Una vez que has pegado con cinta una bolsa al pecho de un hombre, no hay marcha atrás.

Ella apoyó la cabeza en su hombro. Le pareció muy bien. Su peso. El olor de su pelo. Su mano en la suya. Era diferente a como había sido con Madeleine. No resultaba tan excitante. Era más tranquilo esta vez. Pero también era mejor. Desde el principio, lo había sido. De haber conocido antes a una mujer como Sally, tal vez no hubiese sido engañado por un fraude.

O tal vez lo engañaban otra vez. Después de todo, Madeleine había sido creada

por una niña de once años... una niña dotada, cierto, pero que había sacado todo cuanto sabía del sexo de libros o de la propia cabeza de Quentin. Una adulta con experiencias reales haría un trabajo mejor, ¿no?

Trató con todas sus fuerzas de dudar de la existencia de Sally Sannazzaro. Se esforzó en creer que la presión de su mano, el peso de su cabeza, todo era ilusión; que su fuerza y su amabilidad eran una respuesta a su propia necesidad; que su temperamento severo era un producto para hacerla más plausible después de Madeleine.

Pero cuando abrió los ojos, ella seguía allí, mirándolo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Tratando de hacerte desaparecer.

Ella lo pensó un instante.

—No va a funcionar —dijo por fin.

—Bien —respondió él. Y entonces la besó. No fue un beso perfecto. Chocaron de narices. Se echaron a reír—. Si eres un fraude, no me lo digas nunca.

Y así continuarían, separados o juntos según decretaran el amor y el tiempo y el azar, rodeados siempre por los muertos silenciosos y amados, y respondiendo a su silencio con el grito de la vida. Ése era el cofre del tesoro invisible que Quentin había recibido hacía mucho tiempo pero que hasta ahora no había encontrado y abierto. Contenía poder: la clase de poder que desaparece cuando uno se apropia de él, pero que crece tan rápido como los hijos cuando se comparte.

FIN



ORSON SCOTT CARD (24 de agosto de 1951). Es un escritor estadounidense de ciencia ficción y otros géneros literarios. Su obra más conocida es *El juego de Ender*.

Nacido en Richland, Washington, Card creció en California, Arizona y Utah. Vivió en Brasil dos años como misionero para La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (Iglesia mormona). Es licenciado por la Brigham Young University en 1975 y la Universidad de Utah en 1981. Actualmente vive en Greensboro, Carolina del Norte. Él y su mujer, Kristine, son padres de cinco niños: Geoffrey, Emily, Charles, Zina Margaret y Erin Louisa, llamados así por Chaucer, Brontë y Dickinson, Dickens, Mitchell, y Alcott, respectivamente.

Escritor prolífico, Orson Scott Card, es autor de numerosas novelas individuales (*Niños perdidos*, *El cofre del tesoro*) y diversas sagas como *La saga del retorno* o las historias de *Alvin el Hacedor*.

Ha ganado numerosos premios Hugo y Nébula, como el Nébula de 1985 y el Hugo de 1986 a la mejor novela por *El juego de Ender* y el Nébula de 1986 y Hugo de 1987 por *La voz de los muertos*.

Además, y como curiosidad Orson Scott Card es el autor de las frases de la famosa batalla de insultos de «El secreto de Monkey Island».

Así mismo, Orson Scott Card se ha adentrado en el mundo del cómic, escribiendo el guion entre el 2005 y el 2006 de la miniserie *Ultimate Iron Man*.

Notas

[1] Juego de palabras intraducible. «*Mad*» significa «enfadada» o «loca». «*Tin*» es «lata» u «hojalata». (N. del T.). <<